Toti Martínez de Lezea

LA EDITORIAL

13

Tras medio siglo de esfuerzos, lo que en su día fuera un pequeño almacén se ha convertido en una editorial puntera con vocación de liderazgo, aunque para ello sea preciso adentrarse en negocios que poco o nada tienen que ver con los libros. Por motivos diferentes, desde la venganza a la indiferencia pasando por el ansia de riquezas o el verdadero amor hacia la Literatura, los descendientes de su fundador, Gervasio Egurra, luchan por hacerse con las riendas de la empresa familiar, bajo la vigilante mirada de doña Lola, viuda de Gervasio y matriarca del clan, que no olvida su pasado.

Toti Martínez de Lezea

La editorial

INSURGENTES

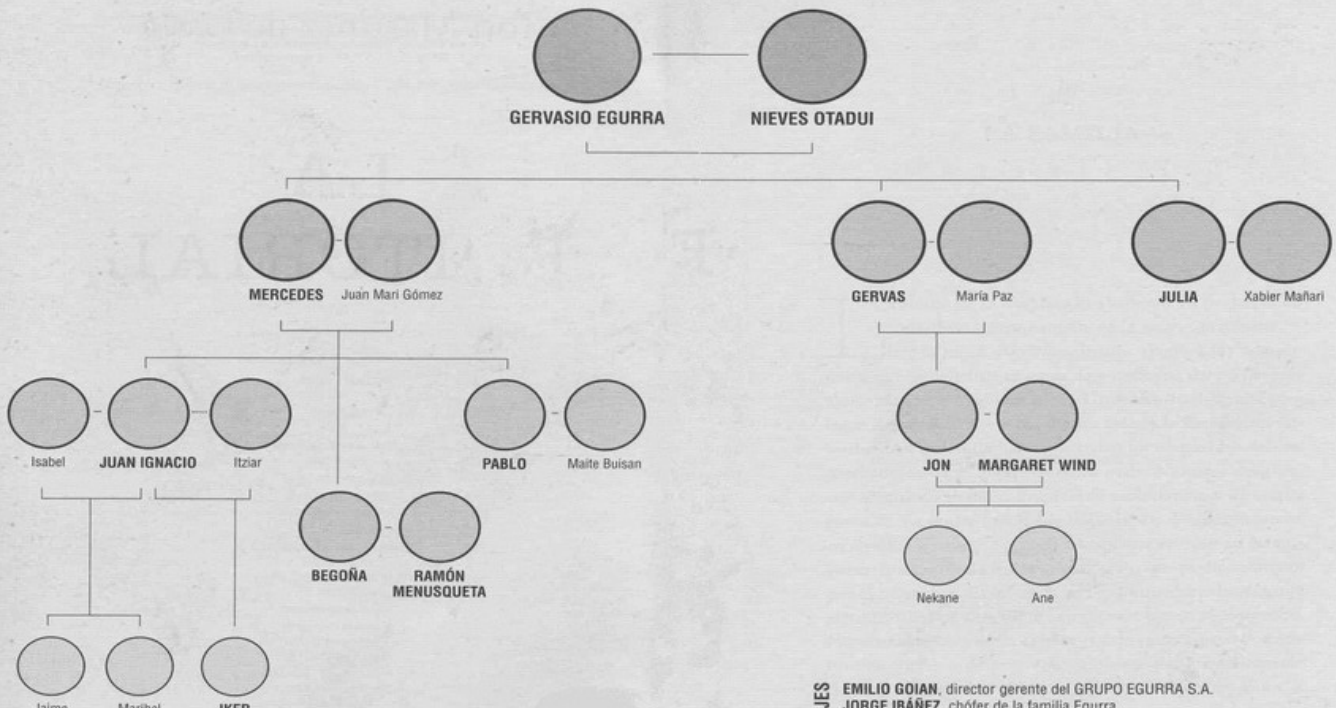
Título original: *La editorial*
Toti Martínez de Lezea, 2020

-

Revisión: 1.0

22/04/2021

⁕ FAMILIA EGURRA ⁕



OTROS PERSONAJES

EMILIO GOIAN, director gerente del GRUPO EGURRA S.A.
JORGE IBÁÑEZ, chófer de la familia Egurra
NEKANE SAINZ, lectora y correctora de Ediciones Egurra
MANU LARDAZABAL, amigo de Gervas Egurra y accionista de EGURRA S.A.
CARLOS ALBI, especulador y accionista de EGURRA S.A.
ABEL EGURRA, hijo no reconocido de Gervasio y Nieves

1
LA FAMILIA

La mujer de la limpieza lo encontró en su despacho a eso de las once y media de la noche, la cabeza sobre la mesa, y gritó pidiendo ayuda a los compañeros que se hallaban en otras dependencias del edificio de cinco plantas situado en plena Gran Vía de Bilbao. El celador llamó al 112, y estos dieron aviso a la Ertzaintza, advirtiendo a quien llamaba que todos los empleados debían permanecer en el lugar sin tocar nada. Minutos después, casi al mismo tiempo, llegaban la ambulancia y un coche patrulla. La mujer que había dado la voz de alarma estaba en *shock*, no dejaba de gemir y suspirar, pero aun así los inspectores lograron la única información que podían obtener por el momento. El señor Egurra solía quedarse hasta tarde algunos días, así que no le extrañó ver luz en su despacho. No obstante, asomó la cabeza por la puerta para desearle buenas noches y, de paso, saber si pensaba seguir trabajando durante mucho más. No podía limpiar mientras él no se fuera, y tampoco era cuestión de esperar dos o tres horas a que lo hiciera, como ya había ocurrido otras veces.

—Mi horario es de ocho a doce —aclaró—, y cobro por esas cuatro horas, ni un euro más, aunque tenga que quedarme más tiempo.

El caso es que don Gervas no había respondido a su saludo, cosa que le extrañó pues era un hombre muy educado. Le llamó la atención que tuviera la cabeza sobre la mesa y pensó que se habría quedado dormido, así que se aproximó y descubrió que tenía los ojos abiertos, no parpadeaba, no se movió cuando ella le tocó en el hombro. Fue entonces cuando salió al pasillo y llamó a sus

compañeros. Los demás empleados de la empresa de limpieza, media docena en total, confirmaron lo dicho por la mujer, no podían decir más; no habían visto nada fuera de lugar, no quedaba nadie en las oficinas ni en el almacén, ningún teléfono o alarma había sonado.

El cadáver fue trasladado a las dependencias del Instituto Anatómico Forense y el celador se encargó de avisar a la esposa del director, doña María Paz, quien en compañía de su hijo Jon, nuera y dos nietas se presentó en el Instituto a la espera de ver el cuerpo y enterarse de lo ocurrido. No podían hacer nada allí, los informaron, y era mejor que volvieran a su casa y esperaran a que la Ertzaintza se pusiera en contacto con ellos a la mañana siguiente. Sobrecogidos por la terrible desgracia que acababa de perturbar su hasta entonces ordenada vida, regresaron a su domicilio en Las Arenas, donde la recién enviudada tomó un medicamento para dormir y se retiró a su habitación. Los demás permanecieron durante un rato en el salón sin saber muy bien qué hacer. Había que avisar a los tíos y primos, pero eran ya las dos de la madrugada, y decidieron dejarlo para el día siguiente. Al rato, el silencio se adueñaba del palacete con vistas a El Abra, en cuyas aguas se reflejaba la luz de la luna que les daba un aspecto plateado, irreal.

Horas después, la familia al completo tomaba un desayuno inglés en la larga mesa de caoba que ocupaba el centro del comedor: zumos, té, café, jamón, frutas cortadas, beicon frito, huevos, bizcocho, tostadas, varias clases de mermeladas y mantequilla, que cada cual se servía a su gusto directamente del aparador. La costumbre la había introducido Margaret, la nuera inglesa del difunto, y todos se habían acostumbrado a servirse mientras una doncella se mantenía discretamente apartada, atenta a cualquier necesidad. Todavía bajo la impresión, ninguno de ellos hablaba, si bien, cada poco, la señora se llevaba a los ojos la servilleta bordada en lino, y sus dos nietas hacían lo mismo. Seguían sin avisar a los tíos, que vivían en la otra mitad de la villa, hasta que Jon Egurra hizo un gesto a la menor de sus hijas y la joven salió disparada; volvía con ellos minutos más tarde y la doncella les sirvió sendos cafés bien cargados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó por fin la tía Mercedes tras beber un sorbo.

—Lo han encontrado esta noche, en su despacho —respondió su sobrino—, una de las mujeres de la limpieza.

—Pero ¿qué ha pasado? —repitió el tío Juan Mari.

—No lo sabemos. Estamos esperando a que nos informe el forense. La Ertzaintza aparecerá por aquí en cualquier momento.

—¿La Ertzaintza?

—Es lo acostumbrado cuando alguien muere de repente.

María Paz sollozó ruidosamente, y sus nietas se la llevaron a la terraza. A través de la cristalera, los demás observaron cómo la ayudaban a sentarse bajo el toldo, en uno de los sillones de ratán gris, y ellas hacían lo mismo en otros, cogiéndola cada una por una mano para consolarla.

—Habrá también que avisar al Consejo.

Jon reprimió un gesto de enfado al escuchar a su tía, aun a sabiendas de que tenía razón. Su padre era el director general de la empresa, era por tanto obligado comunicar el fallecimiento a los consejeros.

—La empresa puede seguir funcionando unos días sin su director —respondió apretando los labios.

—¿Has llamado a la tía Julia? ¿Y a los primos?

—No.

—Ya lo hago yo.

La vio salir hacia la salita de estar donde su padre leía la prensa todas las mañanas y estuvo a punto de decirle que fuera a la otra, a la sala de las visitas; aquella era una habitación privada solo para uso de la familia, pero no se movió.

La policía llegó antes que el resto de los familiares; el inspector hizo las preguntas habituales, si el fallecido estaba enfermo, si habían notado algo raro en él, si había tenido algún tipo de molestias. Nada. Como de costumbre, Gervas había salido para el despacho a eso de las diez de la mañana y llamado a su mujer para decirle que volvería tarde; tenía pendientes unos asuntos que requerían atención urgente. No era extraño, lo hacía a menudo; su marido, afirmó la viuda, era un hombre muy trabajador, aunque lamentaba que no se hubiera jubilado a tiempo, a los sesenta y cinco como cualquier otro.

—Siempre decía que lo iba a hacer —añadió con los ojos llenos de lágrimas—. Me prometió un viaje alrededor del mundo para

compensarme por su dedicación a la empresa, y ya ve usted…

El inspector asintió con un gesto de cabeza. Debería estar acostumbrado a aquel tipo de situaciones tan tristes como incómodas, pues él no podía hacer nada para consolar a los deudos que perdían a un familiar de manera repentina, pero no se acostumbraba. Probablemente Gervas Egurra había muerto de un ataque al corazón, aunque esto debía confirmarlo el forense. No había mucho que hacer hasta entonces, reiteró su pésame, dejó su tarjeta por si fuera necesario contactar con él y prometió acompañarlos cuando recibieran aviso del Instituto Médico Forense, algo que, por lo general, tardaba un par de días. También les comunicó que el despacho del fallecido quedaba precintado y con un vigilante hasta conocer el resultado de la autopsia.

—Es lo que se hace en estos casos —añadió para que no quedaran dudas.

Poco después llegaba a la casa el resto de los miembros de la familia. Faltaba la abuela, doña Nieves, pero nadie se atrevía a ir al lujoso piso que ocupaba desde el fallecimiento del abuelo y donde vivía en compañía de una vieja sirvienta y la sobrina de esta tras ceder el palacete a sus dos hijos mayores. ¿Quién le diría que Gervas había fallecido cuando ella siempre había asegurado que era antinatural que una madre sobreviviera a sus hijos? Por otra parte, no tardaría en saberse la noticia, y sería mucho peor que se enterara por otros. Finalmente, Julia decidió ser ella quien se lo comunicara. No se dejó acompañar; la abuela se alarmaría si veía a más de una persona aparecer de pronto a media mañana. Caminó despacio, intentando pensar en cómo se lo diría. Sabía lo mucho que quería a su hermano, una réplica casi exacta de su padre, tanto en lo físico como en el carácter, y aquello iba a ser un golpe muy fuerte para ella. Al rato estaba sentada en el balcón-terraza donde su madre tomaba un té con galletas mientras contemplaba el mar y leía la prensa diaria. La alegría de verla se truncó en pesar al conocer la mala nueva; sin una palabra, con la mirada fija en el horizonte, dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin intentar enjuagarlas.

—Tendría que haberme ido al mismo tiempo que tu padre —dijo al cabo de un rato—. Me habría evitado esta tristeza, y otras.

Antes del mediodía, todo el mundo estaba ya al corriente de lo sucedido. Los móviles no cesaban de sonar; amigos, políticos,

banqueros, gentes de las finanzas y de los medios de comunicación llamaban sin cesar, unos para presentar sus condolencias y preguntar acerca del funeral, otros para averiguar lo ocurrido. Había corrido la voz del súbito fallecimiento del director general de una de las mayores empresas editoriales del país, el Grupo Egurra S. A., y su desaparición planteaba más de una incógnita en cuanto a lo que pudiera ocurrir en adelante.

Gervasio Egurra padre había dejado todo bien atado. Llevaba ya casi veinte años enterrado, y la filosofía de la empresa se mantenía igual a cuando él estaba vivo; de hecho, su sombra todavía planeaba en el Consejo de Administración, los pasillos, los despachos y los almacenes. Nunca había dejado que nadie olvidara que él, un casero, hijo de caseros, era el artífice de la fortuna que permitía a hijos y nietos llevar un tren de vida muy por encima de la media, incluso de la de otras familias adineradas. No dejó de ocuparse del negocio con mano férrea y murió cumplidos los ochenta con la llegada del nuevo milenio. Los hijos del fundador, Mercedes, Gervas y Julia, recibieron la mitad de la herencia, pues si bien la otra mitad más un cuarto correspondía a la viuda, doña Nieves decidió que tenía de sobra y añadió el cuarto al legado de sus herederos. Donó una mitad del palacete a cada de sus dos hijos mayores, y el caserío del pueblo a la más joven; ella adquirió un piso con vistas al mar, allí mismo, en Neguri.

No parecía que nada fuera a variar en la marcha de la empresa, pero las nuevas tecnologías, el empuje del mercado, saturado hasta límites insospechados años atrás, obligó a un cambio de estrategias, y la familia decidió invertir en medios de comunicación, incluido el proceloso mundo de Internet. Para ello, era preciso contar con mentes jóvenes, adaptadas a los nuevos tiempos, y los nietos de Gervasio entraron en la empresa dispuestos a modernizarla. “Ediciones Egurra” también cambió de nombre, más acorde con los tiempos, y pasó a llamarse “Grupo Egurra, S. A.”, si bien, básicamente, la estructura establecida por el fundador continuaba casi igual. La hija mayor, Mercedes, quien se consideraba la matriarca del clan pese a que su madre estaba viva, era la presidenta del Consejo de Administración, que se reunía un par de veces al año. El segundo hijo, también Gervasio, Gervas para diferenciarlo, había ocupado el puesto de su padre como director

general de la entidad. La tercera, Julia, vivía en el pueblo, y raramente se la veía por Las Arenas, menos aún por las oficinas de Bilbao, aunque a veces hacía acto de presencia en las reuniones del Consejo, durante las cuales no abría la boca, desapareciendo a toda prisa en cuanto estas finalizaban.

De los tres hijos de Mercedes, Juan Ignacio era el responsable de la edición y distribución, Begoña era jefa de recursos humanos y Pablo estaba a cargo de los medios de comunicación, así como de la imagen, publicidad y proyección de la empresa. Llevaban los apellidos de sus padres unidos por un guión, Gómez-Egurra, que sonaba más aristocrático, idea de la madre, quien no tuvo reparos en inscribirlos así en el juzgado. Otro nieto más del fundador, Jon, hijo único de Gervas y María Paz, y economista de carrera, se ocupaba de los temas financieros.

Pablo era sin duda el más ambicioso de la tercera generación. Matriculado en Económicas, Derecho y Periodismo, no había pasado del primer curso en ninguna de las tres carreras, por lo que, gracias a las presiones de su madre, había entrado en el negocio muy en contra de la opinión de su tío, quien pensaba que el mozo era un tarambana de cuidado. Ahora, tras quince años de experiencia, consideraba estar preparado para un cargo más importante que el de dirigir la división de publicidad y prensa que, a fin de cuentas, no tenía mucho de excitante, al menos para él. El Grupo Egurra erala primera empresa de Euskadi dentro de su ámbito y una de las más importantes del Estado, pero él aspiraba a que ocupara el primer puesto, con proyección internacional, y esto era algo que jamás lograrían si no arriesgaban; eran necesarios fondos considerables para dar el gran salto, pero, pese a su empeño, de todas todas topaba con la negativa del tío, con quien, por otra parte, nunca se había llevado bien.

—Dedícate a lo tuyo y deja los asuntos de dinero a gente más preparada —le decía Gervas cada vez que volvía al tema.

—¿Como tu hijo Jon?

—Pues ya que lo mencionas, sí, como él. No tenemos deudas y eso, te lo puedo asegurar, es lo mejor que puede decirse de una empresa. Además, ¿tienes alguna queja? Ganas más que un ministro y puedes invertir tu dinero en lo que quieras, pero sin poner en riesgo el negocio.

—No es solo una cuestión de dinero.

—Entonces ¿de qué?, ¿de poder?

—De progreso. Apenas hemos desarrollado nuestra actividad desde que murió el abuelo.

—¡Hombre! Hemos comprado dos editoriales, también tenemos acciones en prensa y televisión. No digas que no hemos desarrollado la actividad.

—La idea es abrir en Estados Unidos para entrar en el mercado anglosajón y en China.

Gervas esbozaba entonces una sonrisa irónica y, automáticamente, llamaba a su secretaria dándole a entender que tenía cosas más importantes que hacer que entretenerse en proyectos caros y con pocas probabilidades de éxito.

¿Qué pasaría ahora que este había muerto? Habría que nombrar a otro director general, y el asunto se las traía, pues los cuatro primos se consideraban aptos para el puesto. Aunque la decisión final correspondía al Consejo, doña Nieves poseía un considerable paquete de acciones y la persona a quien ella designara como su apoderada decidiría la cuestión del nombramiento. Hasta la fecha no había hecho falta su mediación, pues Gervas ya ocupaba el puesto de vicedirector en vida de su padre y pasó a dirigir el negocio sin encontrar oposición alguna.

Los forenses dictaminaron que el fallecimiento se había debido a un ataque de corazón; se levantó el precinto y se retiró la vigilancia del despacho, si bien este debía permanecer inaccesible hasta la designación del nuevo responsable. Por si acaso, y en presencia del gestor de la empresa, se cambió la cerradura de la puerta, y se guardó la llave en la caja fuerte del bufete de abogados encargado de los temas legales de la misma.

El funeral por el alma de Gervas Egurra Otadui tuvo lugar en una abarrotada parroquia de San Ignacio de Loyola, y fue oficiado por media docena de sacerdotes. El coro Biotz Alai entonó el "Lacrimosa" del *Réquiem* de Mozart acompañado por miembros de la Orquesta Sinfónica de Bilbao y, para el *Stabat Mater dolorosa* de Pergolesi, se contrató a una soprano y a una alto, afamadas solistas, que llegaron desde Zúrich aquel mismo día al aeropuerto de Loiu, y cuya interpretación hizo brotar no pocas lágrimas. El cadáver había sido enterrado por la mañana en el panteón familiar del cementerio

de Getxo, que, hasta la fecha, solo guardaba los restos de su padre, en una ceremonia íntima a la que únicamente asistieron los parientes más cercanos y su mejor amigo, Manu Lardazabal, compañero de estudios en Deusto y asimismo empresario.

Doña Nieves no acudió al cementerio, aunque sí a las honras fúnebres, asistida en todo momento por sus dos hijas, mientras que la viuda, María Paz, lo era por su nuera y nietas. La familia al completo, las mujeres a la izquierda y los hombres a la derecha, ocupó las dos primeras bancadas a ambos lados del pasillo y, una vez finalizada la ceremonia, tardó más de una hora en abandonar el lugar dado el interés de la mayoría de los presentes por dar el pésame y, de paso, dejar constancia de su asistencia al funeral. La abuela fue la primera en escapar de besos y abrazos, siempre escoltada por Mercedes y Julia, quienes la asían de un brazo cada una, e introducirse en el Lincoln Continental de color negro cuyo chófer esperaba con la mano en la manilla.

—Lléveme a casa, Jorge —le ordenó.

—¿No vienes con nosotros? Hemos dispuesto un tentempié para la familia y los íntimos.

—No estoy para tentempiés.

—María Paz agradecería tu presencia…

—No creo que tampoco ella esté para fiestas.

—Madre…

—Jorge, lléveme a casa.

Sus dos hijas esperaron a verla partir antes de reunirse con los demás.

—Está cada vez más inaguantable —comentó Mercedes.

—Solo está mayor —aseveró su hermana.

Algo más tarde, la familia y unos pocos amigos se reunían en el espléndido salón de la primera, que más parecía el *hall* de un hotel de cinco estrellas que el de un domicilio particular: en blancos y cremas, suelo de mármol veteado, alfombras de nudos, sofás redondeados y tresillos con sus respectivas mesitas situados estratégicamente a distancia a fin de crear ambientes separados, y una gran chimenea, también de mármol. Marinas y varios paisajes que colgaban de las paredes, un enorme jarrón chino, alguna figurilla de porcelana aquí y allá y cortinones de flores completaban la decoración. Quizás debido al vino y los licores que sirvieron unas

doncellas uniformadas, a las bandejas de bocaditos dulces y salados que desaparecían a toda rapidez para dar paso a otros de inmediato, o a la certidumbre de que la muerte es un hecho irremediable del que nadie puede escapar, el duelo dio paso a animadas conversaciones en las que no faltaban las sonrisas.

Para sorpresa de todos, doña Nieves hizo acto de presencia cuando ya no se la esperaba. Ella y su nuera se sentaron en un coqueto sofá de dos plazas de estilo provenzal colocado junto a un ventanal desde el que veían el anochecer en el mar. De la treintena de personas presentes, ellas eran las únicas que no bebían ni comían, solo pensaban en una persona: Gervas, el hijo querido, el marido amado. Asidas las manos, las miradas húmedas, no necesitaban decir una palabra; incapaces de comprender su repentina desaparición. Siempre se habían llevado muy bien, tal vez porque ambas compartían orígenes parecidos y no lo olvidaban. La anciana ayudó en la creación de la empresa, trabajó a la par que su marido, ocupándose del primer almacén de libros y cuidando de la casa y de los hijos, ahorrando hasta el último céntimo, hasta que Gervasio padre logró lo que tanto ansiaba: hacer fortuna. María Paz no tuvo que esforzarse tanto, no pasó por las penalidades de su suegra, pero, en el fondo, se sentía incómoda en un ambiente que no consideraba del todo propio; habría preferido que el joven que conoció cuando trabajaba de camarera a fin de pagarse los estudios de secretariado no hubiera sido un empresario absorbido por el trabajo sin tiempo para ella ni para su hijo, sino un hombre normal, con un horario normal, con una vida normal.

Había ya anochecido del todo cuando concluía la reunión y se despedían los primeros invitados. Doña Nieves se levantó del sofá y pidió que avisaran a su chófer viéndose de inmediato rodeada por sus familiares, todos dispuestos a llevarla.

—Llévame tú.

La elección causó una pequeña conmoción; el elegido era su bisnieto Iker, el hijo que su nieto Juan Ignacio había tenido con una muchacha treinta años atrás, cuando ambos no habían cumplido los veinte. Mercedes y su marido se negaron en redondo a aceptar una unión que no consideraban apropiada y enviaron a su hijo a estudiar a Madrid; a ella le ofrecieron una compensación económica, que rechazó. Ignoraban que estuviera embarazada,

también lo ignoraba él; acabó sus estudios de Empresariales, matrimonió con una “igual”, hija y nieta de contratistas, y entró a trabajar en la editorial. Un día, pasó por delante de una pequeña librería del Casco Viejo y entró a echar una ojeada; no se fijó en ningún libro, la mirada clavada en la librera que atendía a un cliente. Itziar no había cambiado en aquellos diez años, la misma melena rizada, los mismos ojos brillantes, la misma sonrisa… Un chaval salió de la trastienda preguntando a su madre si no era hora de cerrar porque ya había acabado los deberes y tenía hambre. La decisión de legitimar a su hijo causó un terremoto, pero él se mantuvo firme y, curiosamente, fue su abuela paterna la única que lo apoyó. Costó sin embargo que todos se acostumbraran a ver como uno más al “adulterino”, como lo llamaba Mercedes en privado, aunque también era cierto que su presencia era ocasional.

—¿Qué tal te va en el trabajo?

Sentados en la sala de estar, con una taza de té en las manos, la anciana contemplaba al joven informático que no se parecía a nadie de la familia, aunque ella siempre había dicho que tenía un aire a su marido, quizás la forma de mirar de frente, de no amilanarse.

—Bien, *amama*, bien. Estoy contento. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Mal, dolida por la pérdida de mi hijo. No puede ser de otra manera, aunque no tenga remedio.

Iker acarició su mano, y aquel simple gesto, el cariño que leyó en sus ojos, le hizo decir en voz alta lo que pensaba guardar en lo más profundo de su ser.

—Gervas no ha muerto de un ataque al corazón.

—*¡Amama!*

—Y ahora no vengas con eso de que leo demasiadas novelas. Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué sabes?

—Tráeme esa carpeta morada que está encima de los libros de la segunda balda —dijo señalando la biblioteca que ocupaba una de las paredes de la sala.

Abrió la carpeta, sacó de un sobre un mensaje de tres líneas escritas a mano y se lo tendió.

—Léelo.

Al mismo tiempo, en la villa sobre El Abra, Mercedes hablaba con su hijo Pablo en la habitación que a ella le gustaba definir como su estudio, donde leía, llevaba la administración y mantenía la correspondencia.

—No será capaz de nombrar apoderado al adulterino —repitió por enésima vez.

—Quién sabe…

—Sus votos son los que más cuentan a la hora de nombrar a un nuevo director general.

—Que será mi hermano…

—Mañana hablaré con ella para asegurarme. Quiero mucho a Juan Ignacio, pero mi amor de madre no me ciega. Tú eres mucho más apto para el cargo, estoy convencida.

—Yo también.

—Cuentas con mis votos y con los de la tía Julia, aunque imagino que María Paz apoyará a su hijo y este se votará a sí mismo… Así que todo dependerá de tu abuela.

—No olvides a Lardazabal y a los de Madrid.

Durante un instante, Mercedes pareció sorprendida, el amigo de su hermano y los de Madrid… No había pensado en ellos, nunca aparecían por las reuniones del Consejo; de hecho, a menudo olvidaba que uno y otros eran también accionistas de la empresa. Tras el fallecimiento de su padre, y debido a la crisis y a la enorme disminución de los beneficios, que ponían en peligro la viabilidad de Ediciones Egurra, fue necesario colocar en el mercado un paquete de acciones que su madre, sus hermanos y ella se vieron obligados a ceder. A su vez, Lardazabal había comprado unas pocas directamente a Gervas para echarle una mano en un momento en que necesitó dinero.

—Si te parece bien, mañana hablo con los de Madrid.

Pablo besó a su madre en la mejilla y fue a reunirse con su mujer, quien lo esperaba para volver a su casa, un dúplex en la zona nueva de Las Arenas. Mercedes todavía permaneció un rato en el estudio dando vueltas al asunto de la elección del nuevo gerente. Después, comprobó que todo estaba en orden y que no quedaba ni un solo vaso en su salón de revista y se fue a dormir. Su marido llevaba ya rato acostado y roncaba tan a gusto.

—Tendré que cambiar de cuarto —dijo en voz antes de cerrar

los ojos.

2
LA EMPRESA

Con la disculpa de que debía pasar por el hotel Carlton a saludar a los gerentes de sus filiales en Madrid y Barcelona llegados para el funeral, y a quienes no había tenido ocasión de atender, Juan Ignacio dejó a su mujer y sus hijos en casa y tomó la carretera de Bilbao, pero no fue al hotel; dejó el coche en el parquin de El Arenal y se dirigió a la calle Jardines. Al rato, hacía el amor con una mujer que no aparentaba los cincuenta que pronto cumpliría, la única a la que amaba, a la que había amado desde que ambos eran solo unos adolescentes, y que lo hacía sentirse todavía un muchacho.

Su reencuentro había convulsionado su vida de tal manera, que a veces ni él mismo lo entendía. Se consideraba una persona honesta, incapaz de engañar a nadie, y mucho menos a su esposa. Isabel le había dado un hijo y una hija a los cuales adoraba y lo hacían sentirse muy orgulloso. Ella misma era todo lo que cualquier hombre desearía, guapa, culta y activa en la cama, además de la perfecta anfitriona; mantenía relaciones con lo más granado de la sociedad de Neguri y de Bilbao, y no eran pocas las veces en que la acompañaba a una cena en el Real Club Marítimo del Abra o a un evento en la Sociedad Bilbaína donde siempre brillaba por su elegancia y saber estar. Todos los consideraban una pareja ideal, atractiva y rica. Todos… menos él. No negaba que había sentido algo por ella en su momento, no era una mujer que pasara desapercibida, pero era al mismo tiempo previsible, y él había llegado a hartarse con su manía por la perfección, la melena siempre impecable, el maquillaje, la ropa conjuntada a la moda, las

decenas de pares de zapatos alineados en el vestidor, las camisas, todas parecidas en tonos diferentes, jerséis y chaquetas a juego… Jamás dejaba nada al azar, y a él le gustaba sorprenderse. Tras el noviazgo durante los últimos años de carrera, la boda con cerca de quinientos invitados, el viaje de novios a Italia y la llegada de sus dos hijos, su relación había caído en la monotonía justo cuando Itziar reapareció en su vida.

La había buscado, preguntado por ella a algunos conocidos, en el bar donde trabajaba, pero desapareció sin dejar huella y al cabo de un tiempo dejó de buscarla, se resignó, hasta que la descubrió tras el mostrador de su pequeña librería y supo que tenía un hijo de ella. Compró un apartamento en la calle Jardines, y juntos lo amueblaron y lo convirtieron en un hogar acogedor en el que se refugiaba siempre que podía, en especial cuando su esposa y sus hijos se iban a la casa de Mundaka en verano. Más de una vez estuvo tentado de pedir el divorcio para casarse con la mujer a la que verdaderamente amaba, pero no lo hizo por respeto a su esposa y por los niños, fue la excusa, aunque más bien fue el miedo al escándalo. Además, era un católico practicante, y la Iglesia prohibía el divorcio entre sus fieles. Mantenía por tanto una doble vida a sabiendas de que no obraba correctamente, pero su amor por Itziar y por el hijo de ambos era más fuerte que su voluntad. Poco después de conocer su existencia, decidió que Iker debía tener las mismas posibilidades que sus medio hermanos y lo legitimó a pesar del disgusto que supuso para sus padres y, muy especialmente, para Isabel. Sin embargo, esta presumía de ser una persona caritativa, entendía que su marido hubiera tenido un desliz de juventud antes de haberse prometido con ella y acabó aceptando lo irremediable, así como la pulsera de brillantes y perlas rosas que él le regaló a modo de compensación, si bien la disculpa fue su aniversario de bodas. Aunque suponía que lo sabía, quería creer que ignoraba su bigamia, pues nunca le había dicho nada en todos aquellos años, ni una alusión, ni un reproche; las buenas apariencias eran para ella lo más importante, todo lo contrario que para la mujer que dormía a su lado con una sonrisa confiada. La besó y se levantó procurando no hacer ruido; se vistió y salió del piso.

—Tenían ganas de charla —respondió cuando Isabel le preguntó medio dormida por qué volvía tan tarde.

Se metió en la cama por segunda vez en unas horas después de darse una ducha y dejar la ropa en el cesto para lavar.

Era preciso continuar y, tras algunas deliberaciones a varias bandas, un mes más tarde tuvo lugar la reunión del Consejo que decidiría el nombramiento del nuevo CEO. Al no tratarse del balance anual de la empresa, en este caso no asistieron los nietos del fundador, excepto Jon en representación de su madre y de su parte en la herencia del difunto Gervas. Para gran sorpresa de Mercedes, que no se lo esperaba ni por lo más remoto, doña Nieves hizo acto de presencia, y también estaban allí Lardazabal y Carlos Albi, el dueño de la inversora madrileña. Atónita, vio cómo su madre entraba en la sala de juntas del brazo del chófer y tomaba asiento a la cabecera de la mesa, donde ella solía sentarse. A punto estuvo de recordarle quién era la presidenta, pero más valía no incomodar a la accionista mayoritaria de la sociedad, y se sentó en un lateral, entre Julia y el amigo de su hermano; en frente lo hicieron su sobrino y el madrileño. En su calidad de secretario eventual, y aunque no fuera necesario pues la junta se componía únicamente de las seis personas presentes, Jon Egurra procedió a leer sus nombres y el número de acciones que concurrían, pasando a continuación al motivo que los reunía: el nombramiento de un nuevo director general del Grupo Egurra S. A.

Lo que debía ser una decisión rápida se convirtió en un debate que duró más de dos horas. Mercedes fue la primera en proponer el nombre de su hijo Pablo; su espléndida trayectoria de quince años en la empresa avalaba con creces la candidatura, habiendo sido él además quien había planteado la necesidad de introducirse en otros campos mediáticos. Manu Lardazabal rebatió con fuerza su propuesta. Según él, el único capaz de ocupar el puesto era, sin duda, Juan Ignacio Gómez-Egurra, quien llevaba veinticinco años trabajando en la empresa y siempre con gran maestría; la editorial contaba con autores de renombre nacionales e internacionales gracias a él. En cuanto al tema de los medios e Internet, quería recordarles que, antes de que Pablo tuviera algo de peso en el negocio, su añorado amigo Gervas ya le había comentado algo al respecto; de hecho, había sido él el primero en invertir en un par de radios de ámbito local. Se barajaron también los nombres de Begoña y Jon, pero la primera apenas tuvo apoyo. El segundo

declinó dicha posibilidad, al menos por el momento; su campo eran los números, aseguró, y tenía suficiente con ser el director financiero de la entidad. Volvió por tanto a discutirse acerca de los dos primeros sin llegar a un acuerdo, no quedaba otra que votar. Fue entonces cuando doña Nieves habló:

—Yo propongo a Emilio Goián.

—¡Madre! ¿Y ese quién es? Esta es una empresa familiar.

Podía apreciarse el estupor más absoluto plasmado en el rostro de Mercedes.

—No del todo —replicó doña Nieves señalando a Lardazabal y al inversor madrileño—. Aquí tenéis su currículum.

Dicho esto, empujó hacia su nieto la carpeta que el chófer había depositado sobre la mesa, y aquel repartió cuatro hojas grapadas a cada uno de los presentes, en las que se enumeraban los títulos, cargos, actividades, conferencias y demás del aludido.

—Conozco a Goián, es un hombre muy respetado en muchos ámbitos —Albi fue el primero en hablar—, pero ¿cree usted que le interesaría el puesto?

—Ya lo hemos hablado —respondió ella—. Vino a visitarme hace unos días. Su trabajo lo ha llevado por el mundo, pero ahora desea asentarse aquí y no tiene inconveniente en echarnos una mano.

Aquello ya fue demasiado.

—¿Echarnos una mano? —explotó Mercedes—. ¿Acaso necesitamos que nos echen una mano?

—Yo creo que sí —fue la escueta respuesta—. Votemos.

El resultado fue abrumador: cinco a favor y uno en contra de la designación de Emilio Goián, siempre que el currículum se ajustara a la realidad, algo que debería comprobarse antes de firmar su nombramiento. Pálida de rabia, Mercedes se levantó de la mesa y salió de la sala sin despedirse.

—Abuela, ¿avisamos a tu chófer para que te lleve a casa? —preguntó Jon a doña Nieves.

—No, querido. He reservado una mesa para todos nosotros. Siento que tu tía se haya ido con tantas prisas. Ella se lo pierde —añadió con una sonrisa.

Poco después se hallaban en el restaurante los cinco y uno más, el nuevo director general del Grupo Egurra S. A.

El nombramiento causó un gran impacto en la empresa. Los empleados de todos los niveles no tardaron en saber de la fama que lo precedía en su calidad de gestor de grandes compañías, tanto en Europa como en América y Asia. No había cumplido los cincuenta, aunque parecía más joven, y su aspecto, desgarbado, con gafas, el cabello algo largo, la barba aparentemente descuidada, era el de un hombre normal, más bien gris. Un examen más minucioso revelaba, no obstante, detalles que solo los entendidos sabrían distinguir: trajes y zapatos de firma, la fina montura en oro de las gafas, el *Vacheron Constantin* que llevaba en la muñeca… En unas pocas semanas estaba al corriente del negocio; no hizo cambios entre el personal y mantuvo a cada cual en su puesto, incluso la secretaria de Gervas siguió en el suyo, lo que, ya de entrada, era una señal de aparente continuidad que contentó a casi todos, menos a Pablo, por supuesto. A Begoña tampoco le agradó tener un jefe desconocido a quien enseguida calificó de "capricho de la abuela", pese a que se leyó sus referencias y tuvo que admitir que no era fácil encontrar a alguien tan bien preparado como él. Sin embargo, casi habría preferido que el elegido hubiera sido su hermano para así ocupar su lugar en la división de prensa y comunicaciones, mucho más entretenido y con mayor *glamour*, a su parecer, que el de jefa de recursos humanos.

A Pablo, por su parte, el disgusto le provocó una úlcera de estómago y juró no volver a hablar con su abuela, por traidora, ni con la tía Julia, ni con el prepotente del primo Jon, que siempre parecía mirarle por encima del hombro. Su madre, tal como había prometido, fue a hablar con la abuela al día siguiente del funeral del tío Gervas. Todo parecía haber ido bien; escuchó lo que tenía que decirle y en ningún momento comentó que tenía a otra persona en mente para hacerse cargo de la empresa. ¡Maldita vieja! Nunca lo había querido, y él a ella tampoco.

Todavía recordaba el día en que, siendo un crío, les contó la mar de orgulloso a ella y al abuelo que había invertido sus ahorros en una colmena con la que pensaba dedicarse a la fabricación de miel y cera. El abuelo sonrió y le soltó un billete de mil pesetas "para que sigas invirtiendo", le dijo. Ella, sin embargo, se rio y le preguntó a ver dónde pensaba colocarla colmena. La colocó en el balcón, y aquel invierno se le murieron todas las abejas. Estaba

convencido de que había sido por su culpa, de que ella les había echado el mal de ojo. También hizo un comentario desagradable cuando se enteró de que entraba a trabajar en la empresa. No recordaba muy bien qué fue lo que dijo exactamente, pero algo así como que solo serviría para hacer los recados, vistos sus fracasos universitarios. Cierto que fue muy generosa con él y con Maite el día de su boda y les pagó el viaje de novios a Italia y, asimismo, abrió una cartilla para cada uno de sus tres hijos con una buena cantidad de dinero, pero lo uno no quitaba lo otro; lo que acababa de hacer no tenía perdón. Y tampoco se libraban los inversores madrileños con quienes había hablado por teléfono y a los cuales creía haber convencido de que él era la mejor opción.

A Juan Ignacio, por su parte, le pareció bien la elección, aunque no dejó de molestarlo el hecho de que su madre hubiera por fin dejado ver con claridad cuál era su hijo preferido. No es que él no esperara ser el elegido, pero, en su calidad de editor jefe, tenía un horario fijo con raras excepciones como atender a un autor o autora que aparecía por Bilbao o cuando tenía que viajar para convencer a un escritor famoso para que firmara con ellos. Su labor era leer originales, comprobar galeradas, decidir acerca de las portadas, estar al corriente de las tendencias literarias, apostar por este o aquella con la esperanza de que sus libros llegaran a las listas de los más vendidos y viajar a las grandes ferias: Fráncfort, Londres, París, Nueva York… a la caza de algún título antes que la competencia. Y deseaba seguir igual. Su vida, aparte de sus dos familias, eran los libros; adoraba tener en las manos el primer ejemplar de una edición en la que tanto empeño y trabajo ponían sus colaboradores y él; lo releía de nuevo, fruncía el ceño al observar una errata que se había colado pese a la meticulosa corrección, y lo cerraba satisfecho de saber que, de alguna manera, contribuía a hacer cultura. Cierto que el oficio tenía su parte oscura, pero, por suerte, a él no le había tocado traicionar a un amigo, vender favores o comprarlos; tampoco aceptaba publicar libros inútiles, mal escritos, que no aportaban nada, aun a sabiendas de que venderían unos cuantos miles de ejemplares solo porque su autor o autora era un político importante, un personaje de la *jet*, una señora que ponía precio a sus intimidades, un futbolista de moda o uno de aquellos *mindundis* que tenían seguidores en Internet. Ninguno de ellos era

capaz de escribir una frase con un mínimo de interés y, eso lo tenía claro, no pensaba darles la oportunidad de ganar más de lo que ya ganaban; Ediciones Egurra era una empresa seria, con vocación literaria, y así pretendía que continuara.

Lo uno trajo lo otro, y recordó que tenía pendiente la lectura del último trabajo del plasta de su cuñado Ramón. ¿Quién le había metido en la cabeza que era un buen escritor? Había intentado hacérselo entender de buenas maneras, explicarle que una obra no lo era solo por estar correctamente escrita, que debía tener algo más, y sus relatos no enganchaban, no interesaban, eran infumables. No había utilizado estas palabras, más bien había hecho referencia a las tendencias literarias en boga, pero nada. El tipo estaba empeñado en creerse un James Joyce reencarnado cuando ni siquiera estaba a la altura de un Fernández Flórez, que ya era decir. Tendría que volver a encararse con él, escucharlo decir que los editores eran unos vendidos chupasangres que no sabían distinguir a un gran escritor y que solo les interesaban los beneficios económicos. Y luego estaba Margaret. ¿Por qué diablos no quería editar con ellos ni siquiera las traducciones en castellano? Le había ofrecido unas condiciones magníficas, mejor que a muchos otros tan o más famosos, pero ella erre que erre.

—No quiero mezclar familia y trabajo —repetía cada vez que le entraba al tema.

—No sé a qué viene eso —decía él de manera invariable.

—Lo sabes de sobra. Tengo a mi editorial en Inglaterra.

—Sí, pero publicas con la competencia en castellano.

—Es mi editorial la que decide.

—¿Y tú no tienes nada que decir?

—No. Me parece bien.

—¿Y qué dice mi primo? ¿Está de acuerdo con que su esposa publique con la competencia?

—Él tiene su trabajo y yo el mío. Y no nos va mal.

—¿Egurra te parece poco?

—No. Ya sabes que no.

—¿Entonces?

—Habla con mi agente.

Siempre la misma conversación y siempre las mismas respuestas. Margaret Wind era una autora del género histórico con cientos de

miles de ejemplares vendidos en todo el mundo, reconocida por la crítica, con innumerables premios en su haber y series televisivas basadas en algunos de sus libros. Su nombre aparecía todos los años entre los elegibles para el premio Man Booker, si bien ella se reía cada vez que alguien se lo mencionaba y soltaba su frase favorita: "*Cotos do not like flowers*". No sabía a qué venía aquello de que a las vacas no les gustan las flores. ¿Cómo lo sabía? ¿Acaso era ella una flor? ¿O era una vaca? ¡Malditos escritores, tan pagados de sí mismos! En toda su experiencia como editor podían contarse con los dedos de una mano los autores o autoras "normales" que había conocido.

Dejó de pensar en el asunto al recibir aviso de que el nuevo gerente deseaba hablar con él y se dirigió a su despacho, en el cuarto piso del edificio. Tuvo que esperar unos minutos a que acabara de dar unas indicaciones a la secretaria, observó sus ademanes, su tono amable, y comprobó que la mujer respondía con una sonrisa, ella, que en vida de Gervas siempre le había recordado a la señorita Rotenmeyer de *Heidi*. Sonrió divertido, el hombre era un encantador de serpientes. Le hablaría de Margaret, a ver si él lograba convencerla. Salió del despacho media hora después preguntándose si a él también lo había hipnotizado. Tras felicitarlo por la excelente labor realizada al mando de la edición de libros, la calidad de las ediciones, los últimos fichajes, un Premio Nacional entre otros, le planteó la posibilidad de dar asimismo cabida a otro tipo de publicaciones, menos literarias quizás, pero más rentables, justo el tipo de libros que él aborrecía. Hizo un comentario sobre la conveniencia de contratar bajo manga a un par de críticos importantes con presencia en los mayores diarios nacionales, y luego soltó la bomba:

—Habría que crear un galardón de categoría, a nivel del "Premio Autor", o incluso mayor.

Y, al observar su cara de sorpresa, continuó:

—No es ningún secreto que, en la actualidad, ese galardón no es sino una fórmula de *marketing* como cualquier otra. Lo de menos es la calidad de los títulos ganadores, lo importante es la cuantía de los premios. La gente piensa que si una editorial está dispuesta a desembolsar un millón de euros por la obra premiada será porque se lo merece. Y la publicidad que consigue no tiene parangón.

Aparece en toda la prensa del país, periódicos, revistas, incluso en las hojas parroquiales. También en todas las radios y televisiones, en el extranjero, y no hay nadie que no sepa o haya oído hablar de él.

—Es un fraude —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—No. Ya te digo, es un medio como cualquier otro para vender un producto, aunque, por el momento, mejor será mantener el secreto. Hablaré con el director financiero sobre la cuantía mientras tú vas pensando cómo formularlo y a quién podríamos dárselo. Por supuesto tiene que ser alguien con nombre, a poder ser que pertenezca a otra editorial, así ganaríamos un nuevo autor o autora, ahora que tanta preponderancia se está dando a las mujeres. Te aconsejo que te enteres de quiénes son las agentes más agresivas del país. Ellas son las que tienen la sartén por el mango, y ya conoces el proverbio chino: "Cuando el dinero habla, la verdad calla".

No conocía el dicho, pero sí a un par de agentes, ambas igualmente duras a la hora de negociar. Le había costado dios y ayuda contratar a dos autores, uno de cada una de ellas. No en vano, al referirse a sus representados, hablaban de "cuadra", vocablo que odiaba con todas sus fuerzas, pues daba la impresión de que lo que vendían eran caballos o coches de carreras. Establo, caballeriza, boyera, pocilga, cobertizo, corral… musitó mientras bajaba a su despacho en el segundo piso. Era un juego con el que se entretenía de niño y buscaba en el diccionario, cuando todavía no sabía a qué iba a dedicarse de mayor, pero tenía claro que lo suyo eran las palabras, aunque luego lo mandaron a estudiar Empresariales. Sentado a su mesa de trabajo volvió a pensar en la absurda propuesta de Goián. El abuelo Gervasio siempre decía que había que pisar tierra firme para hacer las cosas bien, y no estaba seguro de que la idea de crear un premio millonario fuera tierra firme. Cualquiera de las agentes con prestigio negociaría a cara perro, exigiría garantías de que el galardón iría a parar a su cliente, puede que también el compromiso de dos o tres libros más. ¿Y si resultaba un fiasco? No sería la primera vez que habían concedido el famoso "Autor" a un juntaletras famosillo. La editorial se había tenido que comer la mitad o más de la edición y, encima, se había visto obligada a publicar los siguientes libros del premiado. Era un riesgo que añadir a la caída de ventas, el cierre de librerías, la

intrusión de gigantes como Amazon, Internet, la piratería…

Pidió a Karmele Sainz, su ayudante, lectora y correctora, que le preparara una lista de los autores patrios más notorios, sin olvidar el nombre de sus agencias y las casas en las que publicaban, y decidió que era hora de darse un descanso. Al salir coincidió con su hermana, pero adujo una cita de trabajo para no tener que comer con ella y llamó a Itziar; quedaron en un pequeño restaurante de la calle Somera, en el que jamás se toparía con ningún conocido.

Begoña por su parte se dirigió a la calle Ledesma y entró en el restaurante donde la esperaba su marido.

—¿Sigue en pie lo de Arteaga? —le preguntó Ramón nada más sentarse.

—Por supuesto que sí.

—¿Y vendrán tu madre y tu hermano Pablo?

—¿A qué viene eso?

—No sé… se me ha ocurrido. Después de lo que pasó con lo del nombramiento…

—Una cosa son los negocios y otra muy diferente la familia.

—Me alegra saberlo. Así que estaremos todos, ¿no es así?

—Naturalmente. La abuela cumple noventa y cinco, y a saber cuántos más le quedan.

—¿Y qué tal el nuevo gerente?

—¿Emilio? Bien. Acaba de empezar, pero tiene ideas innovadoras. A ver si con un poco de suerte me saca de personal y me pasa a comunicaciones.

—Eres psicóloga…

—Y mucha psicología es lo que hace falta para relacionarse con los medios de comunicación.

—¿Y Pablo?

—¡Que le den! Es un niño mimado que coge un berrinche cuando no recibe lo que quiere. Cada vez se parece más a nuestra madre.

—Pues mira, hablando del rey de Roma…

Lo vieron entrar en el restaurante en compañía de una joven rubia y sentarse a una mesa al otro extremo de donde ellos estaban.

—¿Es alguien del trabajo? —pregunto él.

—No, que yo sepa. Al menos no ha pasado por mi oficina.

Las sonrisas que se dedicaban el uno a la otra, el gesto de él

colocando un mechón rebelde que escapaba de la cola de caballo baja, el roce de la mano de ella, no dejaban lugar a dudas de que eran más que amigos, y Ramón sintió un pellizco de envidia.

Quería a Begoña, estaba a gusto con ella y era una amante que lo satisfacía, pero esperaba más de su matrimonio, a fin de cuentas, había entrado en una familia de editores, y él era escritor. ¿Qué menos que ayudar a uno de los suyos? No entendía el rechazo de Juan Ignacio a publicar sus libros. Cierto que lo había hecho con el primero, una recopilación de relatos, hacía ya diez años, pero no llegaron a venderse quinientos ejemplares. Insuficientes, le dijo, para una editorial como la suya. No hubo manera de que comprendiera la profundidad de sus textos, el realismo sucio que impregnaba su obra siguiendo la estela de los grandes John Fante y Bukowski. Su cuñado era de la vieja escuela, aunque solo fuera unos años mayor que él, entusiasta por igual del género costumbrista del XIX, el histórico, la novela negra, y de algún otro, como aquel bodrio que había publicado sobre una mujer maltratada que había asesinado a su marido, y que vendió miles de ejemplares en unos meses. La gente no tenía ni idea de lo que era la buena literatura, cuanto más gordo el libro, mejor; cuanta más sangre, crímenes, sexo, mejor. Por no hablar de la mujer de su primo, que escribía historias de toca y espada sin valor literario alguno por mucho que vendiera. Solo los entendidos como él eran capaces de discernir las sutilezas implícitas en un texto de no más de doscientas páginas, trabajado hasta la extenuación, el uso preciso de cada palabra, la parquedad extrema en las descripciones, la ausencia de adjetivos, la vida descarnada y sucia de sus personajes.

—Ambos tuvieron unas vidas muy duras —le dijo Juan Ignacio un día en que él se empeñó en hablarle de sus “maestros”—. Dudo que alguien como tú, que vive de las rentas, pueda llegar a escribir como ellos. ¿Por qué no intentas narrar sobre lo que conoces?

¿Cómo se atrevía a decirle algo así? ¿Con quién diablos creía que estaba hablando? Cierto que disponía de una renta fija mensual gracias al buen ojo de su padre a la hora de invertir, pero él no era solo un rentista; se ganaba un sueldo como profesor en un colegio de monjas. No volvieron a tratar del tema, pero Ediciones Egurra rechazó sus siguientes originales, ocho en total, uno detrás de otro. Lo mismo hicieron otras editoriales importantes y, finalmente,

publicó sus libros en una pequeña en la que, además, tuvo que pagar a fin de ver sus obras impresas y con cubiertas. Se habían vendido suficientes ejemplares para cubrir los gastos, pero seguía siendo un autor ignorado, incluso allí mismo, en Bilbao, pese a asistir a todo tipo de eventos literarios, charlas, ferias, y a escribir un artículo mensual en el cuadernillo de un periódico local.

—¿Nos vamos? Procura que no te vea.

La voz de su mujer lo devolvió al presente.

—¿Quién?

—Pablo. No quiero líos.

La acompañó hasta la puerta de las oficinas y luego fue a visitar varias librerías, a ver si por casualidad tenían alguno de sus libros.

3
LA PROPUESTA

Margaret acababa de recibir una caja con veinte ejemplares de su última novela, *Times of sorrow*, un drama ambientado en la Inglaterra de finales del siglo XIII, momento en que el rey Eduardo I expulsó a los judíos achacándoles los muchos problemas de su reino, cuando los verdaderos motivos habían sido la codicia y la necesidad de dinero para mantener sus guerras contra Escocia y Francia. La Historia se repetía una y otra vez. Acarició la portada diseñada por su hija Ane, que mostraba una larga fila de hombres, mujeres y niños encaminándose hacia la pasarela de una coca de una vela, ojeó algunas páginas y colocó uno de los ejemplares en la zona de la biblioteca donde tenía sus primeras ediciones por orden de aparición, junto a las traducciones a varios idiomas. Tendría que pensar en un título para la edición castellana, "Tiempos de dolor" no acababa de convencerla. Luego releyó el *e-mail* enviado por su agente con la larga lista de presentaciones y eventos que la mantendrían ocupada a partir de mediados de septiembre. Inglaterra, Estados Unidos, España, Francia, Italia…

Empezaba a cansarse de tanto viaje, de tantas sonrisas, maletas, aviones, entrevistas, de repetir siempre lo mismo. Por supuesto que le encantaba que sus historias gustaran y que ya no tuviera que pelear como al principio, cuando varias editoriales rechazaron su primer trabajo aduciendo que el llamado género histórico estaba pasado de moda. De nada valió que insistiera en el hecho de que la novela solo era una novela, ubicada, eso sí, en una época determinada, pero que no le interesaba escribir sobre reyes, reinas, amantes reales, conquistadores, guerras y demás, que ella utilizaba

la Historia con h mayúscula como escenario, pero que la trama era suya y giraba en torno a gentes sin nombre: mujeres, campesinos, huérfanos, artesanos, que siempre habían sufrido la opresión de los poderosos; ellos eran los verdaderos artífices de la Historia, aunque no aparecieran. Por suerte, una pequeña editorial se interesó, y hasta ahora.

Salió a fumar un cigarrillo a la miniterraza de la pequeña casa que Jon y ella habían comprado en el Puerto Viejo de Algorta, antes de que los precios se dispararan. Se enamoraron de inmediato de aquel "cubículo para gatos", como lo definió la tía de su marido un día que se presentó sin avisar, a cotillear. Cierto que no era grande y que tuvieron que ingeniárselas para transformarlo en un lugar habitable para las niñas y ellos: arriba, dos habitaciones y un cuarto de baño; abajo, un salón-cocina donde también escribía, pero aquella terraza con vistas al mar compensaba cualquier estrechez. Se trasladaron a la villa tras la muerte del abuelo porque sus suegros insistieron en que lo hicieran ya que querían tenerlos cerca, y el lugar era demasiado grande para ellos dos solos, pero conservaron la casita, y era allí donde se refugiaba; le habría resultado imposible escribir en otro ambiente. Además, aunque no se le ocurriera decirlo en voz alta, no tenía intención de envejecer en un entorno de mármoles y muebles lujosos, separado por una sola pared de aquellos miembros de su familia política que menos apreciaba. No soportaba a la tía Mercedes, ni al pánfilo de su marido y mucho menos al insufrible primo Pablo. Estaba convencido de que este heredaría la parte del edificio de sus padres, o que al menos llegaría a un acuerdo con sus hermanos pues tenía el ego de un trepa, y por nada del mundo querría tenerlo de vecino.

Acabado el cigarrillo, entró de nuevo en su cuarto de trabajo, el que había sido dormitorio de sus hijas. Tenía varias llamadas perdidas, no respondía cuando estaba inmersa en la escritura, pero había algunas de Jon y pensó que tal vez tenían que ver con sus hijas. Un par de horas más tarde se hallaba en el reservado de un restaurante en compañía de su marido, Juan Ignacio y Emilio Goián, quien llevaba la voz cantante. La conversación se desarrolló en inglés a fin de que no pudiera ser escuchada por oídos ajenos, según aseguró el tipo a quien veía por vez primera, lo cual le pareció una excusa ridícula. Tras alabar su trabajo y enumerar sus

cifras de venta, obtenidas al parecer a través de una empresa danesa que se ocupaba de estudios de mercado en todo el mundo, pasó a hablarle de sus intenciones de hacer del Grupo Egurra el mayor conglomerado editorial de España y uno de los mayores de Europa.

Mencionó su gran proyección en los países de habla latina, incluido Brasil, y aseguró que pronto estaría en condiciones de introducirse en los del mundo anglosajón, e incluso en China. Finalizó exponiendo un proyecto que la empresa tenía en mente: la creación de un gran premio literario, y deseaba que fuera ella la primera en recibirlo.

El tipo sabía negociar, eso estaba claro. En ningún momento mencionó su relación familiar, tampoco habló de fechas, ni de temáticas; tenía carta blanca para escribir lo que quisiera, le aseguró, si bien dejó caer que quizás aquel era el momento de probar algo diferente, teniendo en cuenta de que ya había tratado el género histórico y de que, quizás, querría adentrarse en otros.

—¿Una de sado? ¿Una negra con sangre desde la primera página? —preguntó con sorna al tiempo que paladeaba un helado de vainilla con ron y pasas.

Jon no había dicho ni dos palabras seguidas y notaba que estaba incómodo. Nunca en sus veintiséis años de matrimonio se había entrometido en su trabajo; no era un acuerdo, cada uno tenía su espacio y el otro lo respetaba. No le cabía la menor duda de que Juan Ignacio le había hablado de ella al nuevo director, y que este se había documentado a fondo sin, probablemente, haber leído ningún libro suyo. No tenía aspecto de ser un lector, al menos de novelas, aunque puede que se equivocara, no sería la primera vez que se llevaba una sorpresa al descubrir a alguien a quien jamás habría imaginado leyendo sus obras.

—Estoy convencido de que lo bordarás, cualquiera que sea el tema elegido.

Definitivamente, era un buen vendedor; le recordaba a uno de los personajes de una de sus primeras historias, un chamarilero en el Londres del siglo XIV que lo mismo vendía cuchillos que crecepelos milagrosos.

—Me lo pensaré.

—Pero no tardes demasiado…

—Ya os diré algo.

Había cogido el metro para ir a Bilbao y volvió a casa con su marido.

—¿A qué venía esa encerrona? —preguntó al cabo de un rato.

—Lo siento. Me han cogido por banda esta mañana, y no he podido negarme.

—Ya.

—Emilio tiene grandes proyectos para la empresa…

—Ya me he dado cuenta.

—Pero tú haz lo que quieras.

Sonrió divertida. Por supuesto que haría lo que quisiera, ¡faltaría más! Hicieron el resto del trayecto en silencio, a él no le gustaba hablar mientras conducía, y ella aprovechaba los viajes para pensar. Desde luego, la propuesta era más que espléndida: un millón de euros por una novela que le supondría unos seis meses de trabajo. Sin embargo… Sin embargo, nadie daba nada a cambio de nada. ¿Por qué ella y no cualquiera de los autores o autoras españoles que estaban en los primeros puestos de ventas?

—Bueno, aunque seas inglesa, también eres española desde hace años —había respondido Emilio.

No estaba muy segura de serlo. Cierto que tenía la doble nacionalidad, pero, en honor de la verdad, no se sentía nada en especial, solo que le encantaba aquel rincón del mundo al que había llegado de la manera más inesperada, porque a su amiga Jane se le había ocurrido hacer el Camino de Santiago por la costa. No llegaron a Galicia, se quedaron en Bilbao, coincidiendo con las fiestas. En Inglaterra no había fiestas parecidas, donde todo el mundo se echara a la calle para bailar, beber y pasar seis noches haciendo el gamberro, y aquello les pareció todo un descubrimiento. Dormían durante el día y salían al atardecer, fue así como conoció a Jon y supo que no volvería a su país.

Volvió, unos meses, hasta que consiguió trabajo como profesora de inglés en una academia y se plantó en aquel lugar, donde todo el mundo parecía conocerse, se comía tarde, se retiraba aún más tarde, y no faltaban los eventos culturales de cualquier tipo. Y fue allí también donde empezó a escribir, aunque no se le ocurrió presentar el primer original a Gervas, pues no deseaba que publicaran su novela por ser la nuera del editor. Aprovechó unas vacaciones en Inglaterra para, de paso, darse una vuelta por varias

editoriales. A pesar de los rechazos, comenzó la segunda, incluso una tercera, cuando recibió la carta de una pequeña editorial de Londres. No había dejado de publicar con ella desde entonces si bien le fastidió que la gran Random la comprara. Ya tenía nombre para entonces y exigió seguir manteniendo la relación con su editor de siempre, el bueno de Jim Connor, de quien, según los rumores, pensaban deshacerse, y seguía con él como si nada hubiera cambiado. Ediciones Egurra era una buena apuesta, pero desde el principio ella había querido mantener separadas las relaciones familiares y las de trabajo. Por otra parte, ¿le ofrecerían el premio que pensaban crear si ella no tuviera ya miles de lectores? ¿Les interesaba lo que escribía o solo vender? Ahí estaba Ramón, ¿por qué no le publicaban a él? Cierto que a ella no le gustaba lo que escribía, pero eso no significaba nada; a él tampoco le gustaban sus novelas y se permitía opinar como si conociera a fondo su obra cuando, de hecho, solo había ojeado una, que ella supiera.

Su hija Nekane los esperaba en la puerta del garaje, la bisabuela se había roto la tibia derecha y la habían llevado a urgencias; la abuela María Paz y la tía habían ido con ella al hospital. Al parecer estaba bien, no había hecho falta una intervención, y pronto estarían de vuelta. En efecto, apenas una hora más tarde, vieron llegar el coche conducido por el chófer, quien se apresuró a sacar la silla de ruedas que le habían encargado comprar mientras hacían la cura, cogió a su señora en brazos, la depositó con sumo cuidado en el asiento y empujó la silla hasta la habitación que le indicaron.

Tal como todos temían, Mercedes decidió que su madre permaneciera en su casa hasta que pudiera regresar a la suya, si es que regresaba. La oyeron hablar por el móvil y, al rato, el chófer salía en busca de las dos sirvientas, que llegaron con unas maletas cuyo contenido colocaron en el vestidor de un amplio dormitorio, con salida a la terraza y baño amplio, situado en la planta baja, que la dueña reservaba para los invitados, aunque la idea era que ella y su marido la ocuparan llegado el momento en que les resultara difícil subir las escaleras. Como de costumbre, a la manera de un sargento organizando su batallón, dio órdenes a diestro y siniestro, mandó a las dos sirvientas al ala del servicio, pidió a la cocina una

crema de verduras para la accidentada y no quedó tranquila hasta que todo estuvo organizado y la anciana en la cama; luego invitó a su cuñada y sus sobrinos a cenar. Como no podía ser de otra manera, no tardó en dirigir la conversación hacia el tema que le interesaba: la gerencia de la empresa.

—¿Qué tal vuestro nuevo jefe?

Jon era el único de los presentes que trabajaba allí, así que la pregunta iba dirigida a él.

—Bien, bien —respondió este mientras intentaba atacar el salmón encebollado, plato que odiaba.

—Espero que así sea, visto que una parte de la familia prefirió elegir a un extraño para dirigir la empresa…

—No tanto. Recuerda que es un ejecutivo reconocido, bastante mejor que otros sin historial.

—Que tú, por ejemplo —replicó ella picada por la alusión a Pablo.

—Yo tengo una carrera.

—Mi padre no la tenía.

—Él era especial.

—¿Por qué no votaste por tu primo?

Tía y sobrino se miraron directamente a los ojos.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—Porque la mitad de tu paquete de acciones es de tu madre.

—Jon tiene mi confianza para obrar como mejor le parezca.

María Paz raramente intervenía en las conversaciones cuando su cuñada estaba presente, algún comentario, una afirmación quizás. Le había dejado bien claro desde el principio que ella no pertenecía a su clase, lo cual era ridículo dado que los Egurra eran nuevos ricos, aldeanos venidos a más, como escuchó comentar despectivamente a unas señoras que ignoraban quién era ella en una fiesta a la que acudió, siendo novia de Gervas. Mercedes había llegado a creerse que pertenecía a la élite nacida de las alianzas económicas y matrimoniales entre iguales a lo largo de varias generaciones; no dejó de recordárselo al inicio de su relación, y ella aprendió a escuchar, y a callar.

—Y tú, ¿no habrías votado por Pablo?

Durante unos instantes solo se escuchó el ruido de los cubiertos.

—No.

La respuesta dejó tan sorprendida a su cuñada, que ni siquiera preguntó el motivo de su negativa.

—De todos modos, solo tienen el diez por ciento de las acciones, y Julia y yo tenemos el veintiocho —afirmó mientras se cepillaba el pelo antes de acostarse.

Su marido hacía rato que dormía.

El accidente de doña Nieves había tenido lugar un viernes, y el fin de semana fue un continuo ir y venir de hijos, nietos y bisnietos interesándose por su estado de salud. Sentada en la silla de ruedas, con la pierna estirada, la anciana se dejaba querer, la sonrisa siempre en los labios, la mente en su querido Gervasio.

Habían luchado duro para lograr una posición acomodada, aunque nunca imaginaron que sus esfuerzos pudieran llegar tan lejos. Tres hijos, cuatro nietos, ocho bisnietos… No estaba mal, aunque a los dos les habría gustado tener más, no en vano él se había criado en una familia numerosa, y ella se había quedado sola a la muerte de su único hermano. Habían perdido el contacto con cuñados y sobrinos por motivos fútiles, ni siquiera recordaba cuáles, pero echaba de menos el pueblo donde todos se conocían, y al que apenas había regresado en contadas ocasiones. No le quedaba mucho de vida, para qué engañarse, y tal vez le pidiera a Julia que la llevara a pasar unos días al caserío que había sido de sus suegros, y que Gervasio compró a sus hermanos evitando que se convirtiera en una ruina. ¿Cuánto hacía que no iba por allí? Al menos treinta años. Quería volver a ver al lugar en el que había nacido y crecido, aunque puede que hubiera cambiado tanto que ya ni siquiera lo reconociera.

—¿En qué piensas?

Sonrió a Iker. Él y Nekane eran los únicos que le hablaban en euskera, y se lo agradecía, aunque a veces no entendiera lo que decían; ellos habían tenido la oportunidad de estudiar la lengua de sus antepasados, ella no.

—En que llevo mucho tiempo sin volver al pueblo…

—Cuando quieras te llevo.

—¿Lo harías?

—Por supuesto. ¿Cuándo vamos?

—En cuanto se me cure la pata y pueda escaparme de la vigilancia de Mercedes, que no me deja sola ni para ir al servicio.

Su risa llamó la atención de los demás, poco acostumbrados a oír reír a la anciana.

—¿Has encontrado algo de lo que te pedí?

—En ello estoy. No lo he olvidado, pero no resulta nada fácil.

—¿No le habrás dicho nada a nadie?

—No, claro que no. Tranquila. Tu secreto está bien guardado conmigo.

—¿Crees que son solo imaginaciones mías?

—No lo sé, pero no podemos hacer nada hasta no tener pruebas.

—Pues a ver si duro lo suficiente, que como siga rompiéndome huesos ¡no voy a durar un avemaría!

—Ah, ¿pero tú rezas?

—Por si acaso, no vaya a ser que me manden al infierno.

—No creo que el diablo te quiera allí.

Y de nuevo los oyeron reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Mercedes acercándose a ellos, molesta por no entender de lo que hablaban.

—Secreto… —respondió el joven besando a su bisabuela en la mejilla—. *Agur, amama*. Adiós, doña Mercedes, tengo que irme.

No hubo beso para su abuela, a quien siempre llamaba "doña" desde el día en que, por primera vez, su padre lo llevó a conocerlos a ella y a su marido. Ninguno de los dos tuvo un gesto cariñoso, y él no olvidaba sus palabras cuando lo metió en su estudio con la disculpa de mostrarle una góndola dentro de una botella que había comprado durante un viaje a Venecia.

—Recuerda que ahora eres un Gómez-Egurra —le dijo—, pero no por eso eres un verdadero miembro de nuestra familia. No esperes que te trate como a mis otros nietos.

—¿Puedo llamarte abuela? —preguntó él con la inocencia de sus diez años.

—No. Llámame doña Mercedes y trátame de usted.

Escapó corriendo de la habitación y pidió a su padre que lo sacara de allí. Le costó mucho regresar a la casa, solo lo hacía cuando no le quedaba más remedio, aunque el tiempo había hecho su trabajo y ahora le daba igual lo que de él pensara aquella señora. En una ocasión, años después del primer encuentro, salió en los periódicos al acabar el bachillerato con la mejor nota de Euskadi y la segunda mejor del Estado. Ella le dijo que estaba muy orgullosa

de tener un nieto tan estudioso y que podía dejar de tratarla con tanta ceremonia; la escuchó como quien oye llover y siguió dirigiéndose a ella como a una extraña.

Pensó en “el asunto de la *amama*" mientras volvía en metro y, ya en el pequeño apartamento alquilado encima del piso de su madre, encendió el ordenador y buscó el archivo ‘AMAMA’, donde guardaba la carta que ella le había entregado, sobre incluido, y que había escaneado antes de devolvérsela. La releyó varias veces; iba dirigida a doña Nieves, recién fallecido su marido, y estaba claro que se trataba de una amenaza. Ella lo denunció, pero la policía archivó el caso al no haber habido más mensajes del mismo tipo. Era algo común, le dijeron; con la crisis aparecían perturbados, o desesperados, tal vez buscando dinero. No tiró el papel a la basura como le recomendaron, lo guardó, quizás a la espera de recibir otro que diera una pista. Examinó también el sobre; el membrete estaba fechado el 31 de diciembre de 1999, fecha de la muerte del bisabuelo Gervasio. Había estudiado en la “Uni” el llamado “Efecto 2000”, por el cual los programas informáticos mundiales podrían haber fallado debido al cambio de dígitos. No fue tan grave. Durante los meses anteriores miles de informáticos en todo el mundo trabajaron para poner los equipos al día, y solo se registraron algunos incidentes sin mayor importancia. Echó mano de la hemeroteca en Internet y sonrió, el último día del año 1999 era el hipotético día del fin del mundo.

¿Cómo se llamaba aquella película? Había visto unas cuantas sobre el tema, sino todas, más que nada porque le encantaban los efectos especiales: hecatombes, volcanes, terremotos, maremotos, tsunamis…, y porque siempre tenían lugar en Estados Unidos; en Bilbao no había nada que temer, pensó con sorna, todo el mundo lo sabía. Se distrajo un rato leyendo profecías, supuestos calendarios mayas, egipcios, celtas, las predicciones de unos cuantos chiflados a lo largo y ancho del planeta, que aseguraban que aquel día sería el último. Al igual que con los sistemas informáticos, no había ocurrido nada; el mundo seguía girando, lo cual era ya de por sí un milagro, visto el calentamiento global, el continuo estado de guerra, la corrupción a todos los niveles, el hambre… Un timbrazo le recordó que había quedado con la cuadrilla, apagó el ordenador y bajó a la calle. Mucho rato después, en un bar de la Plaza Nueva, su

amigo Arkaitz dijo algo que lo dejó meditativo:

—La venganza de los desposeídos.

—¿De qué hablas?

—De un título que se me ha ocurrido para el guión que estoy escribiendo. ¿Os he contado que me han pedido que escriba para un cómic?

Oyó sin escuchar las explicaciones que daba a los demás; una frase casi, casi parecida estaba escrita en el mensaje anónimo recibido por la *amama*.

—¿Es tuya la frase? —lo interrumpió.

—Sí, claro que es mía.

—Te lo pregunto porque tengo la impresión de haberla oído antes…

—Bueno, puede que yo también la haya oído, o leído, o vete tú a saber. ¡No hay nada nuevo bajo el sol!

Su amigo se echó a reír y continuó hablando del guión que, según él, lo lanzaría al estrellato del mundo del cómic.

4
LA FERIA

El lanzamiento del nuevo libro de Aud Ólafsson, una autora noruega de gran éxito del llamado "género negro nórdico", consiguió que por el momento Pablo olvidara su enfado. Normalmente, no se molestaba en acompañar a los autores por un periplo de capital en capital que duraba varios días; su equipo se encargaba de que nada fallara: presentaciones, prensa, televisión, etc. La propaganda había empezado a circular tres meses antes, el *book-trailer* estaba colgado en Internet desde hacía uno, concertadas las citas con periodistas de todo el país, hechas las reservas hoteleras y, por supuesto, la de la carpa central de la Feria del Libro de Madrid para el segundo fin de semana, el mejor de los tres en opinión de los entendidos. Su presencia era innecesaria, pero le urgía darse una vuelta, olvidarse de la empresa durante unos días, y de la familia, y de Silvia, su actual amante, que estaba empezando a ponerse pesada pidiéndole que se fueran a vivir juntos. Le vendría bien un poco de aire fresco con los gastos pagados y en compañía de aquella rubia natural de ojos claros, a quien solo conocía por las fotos de promoción. Acudió al aeropuerto a esperarla y no lo defraudó; de unos cuarenta y algo, exuberante, la melena al aire, unos vaqueros ajustados y la camisa entreabierta que dejaba adivinar sus pechos, solo le faltaba el caballo para asemejarse a una walkiria, de aquellas que aparecían en las películas.

Tenía debilidad por las rubias, siempre la había tenido, aunque su mujer era morena y se negó a teñirse la única vez que se lo insinuó, en vísperas de su boda. Además, la noruega era simpática. La acompañó al hotel y esperó pacientemente a que bajara, quería

visitar el Guggenheim. La espera mereció la pena; estaba radiante con un vestido blanco y las plataformas que la hacían aún más alta de lo que ya era, menos mal que él tampoco era bajo. La llevó al museo y aguantó estoico el paso por las salas; no entendía de arte, ni le interesaba aprender. Por fin logró sacarla de allí, y cenaron en una terraza de uno de los mejores restaurantes de Bilbao, aunque ella estaba cansada del viaje y se retiraron pronto. Al día siguiente también la acompañó a varias entrevistas y después comieron con sus hermanos, y con Ramón, quien se apuntó a última hora, quizás para ver de cerca a una escritora de éxito, aunque su presencia entorpecía la conversación ya que era el único que no sabía inglés; hizo algún comentario desafortunado respecto al *boom* de la novela policíaca e intentó hablar de lo que, en su opinión, era la "verdadera literatura", pero acabó de convidado de piedra pues los demás no le prestaron la mínima atención.

A Juan Ignacio le interesaba saber si ella tenía en mente una próxima novela, continuación de la saga. No lo confesó, pero, en realidad, solo había leído el primer volumen, los otros cinco eran más de lo mismo: tramas situadas en un pueblo de nombre impronunciable, sexo a manta, asesinatos siempre resueltos por la misma pareja de policías, un comisario alcohólico y arisco y su ayudante, una réplica de la autora. Lo aburrían, pero tenía que reconocer que sabía escribir, que ya era algo dado el nivel general de lo que se publicaba. También le interesaba conocer la relación con su editorial, los adelantos que recibía por las traducciones a otros idiomas, y si ella tenía algo que ver con el cambio de las cubiertas. Meses atrás, había asistido a una reunión en Oslo en la que se hallaban presentes sus editores mundiales y en la cual se les dijo que debían cambiar todas las portadas, incluso se les entregó un *pdf* con el nuevo diseño. La broma costó un ojo de la cara, ya que hubo que hacer nuevas ediciones y triturar los ejemplares almacenados, pero era eso o perder a una de las autoras con más ventas.

Aud Olafsson era una persona comunicativa, segura de su éxito; movía la cabeza agitando la melena y no tuvo empacho alguno en contestar a sus preguntas, les contó que también había escrito una novela más personal sobre las relaciones de una pareja con problemas basada en su propia experiencia, pero no había

funcionado, y que por eso pensaba continuar con la saga criminal.

—Las ventas han descendido debido a la cantidad de imitadores de Larsson y de otros similares, pero, con lo que ya llevo vendido, puedo jubilarme cuando quiera.

—¿Y la literatura? —le preguntó él.

—No entiendo…

—¿Por qué empezaste a escribir?

—Porque de joven me encantaban las novelas de Söwall y Wahlöö, y porque siempre he sido muy cuentista. Si ellos y otros podían, yo también.

Dijo estas últimas palabras con una sonrisa de oreja a oreja mostrando una dentadura perfecta, blanca, brillante. Le ha tenido que costar una pasta gansa, pensó Begoña, aunque se libró de decirlo en voz alta.

—Pero… la escritura es algo más que contar cuentos —Juan Ignacio volvió a la carga—. Söwall y Wahlöö eran comunistas, muy críticos con el sistema. Su intención fue plantear un debate intelectual sobre la sociedad sueca de su momento y encontraron el medio a través de sus novelas, que son mucho más que simples historias de policías y asesinos…

—A mí no me interesan los debates intelectuales, solo entretener a mis lectores.

Y de nuevo aquella sonrisa de anuncio dental.

—¿Corriges mucho? —Fue el último intento del editor.

—No. Escribo el borrador y luego otros lo corrigen. Es lo que siempre se hace ¿no es cierto? Lo importante es la idea, la historia, el resto es labor de mi agente y de la editorial. Ellos tienen expertos que se encargan de ese trabajo.

Así pues, ni los textos eran del todo suyos. Una vez más se encontraba con una persona con suficiente imaginación para inventar una trama, pero incapaz, o sin ganas, de esforzarse en escribirla debidamente, e iban… Era patente la proliferación de escritores que brotaban como champiñones después de la lluvia; todo el mundo escribía, todo el mundo quería publicar, y solo unos pocos tenían suerte. Sin alguien detrás que supiera de sintaxis, gramática, narrativa, espacio, tiempo, estructura, que corrigiera, o incluso reescribiera sus originales, aquella simpática noruega habría llegado a publicar con una pequeña editorial, o habría tenido que

echar mano de la autopublicación pagándose de su bolsillo una tirada de doscientos ejemplares para familiares y amigos.

Quedaban aún varias entrevistas por hacer, y se despidieron con la promesa de volver a verse, algo bastante improbable, al menos hasta la siguiente entrega del comisario borracho y la rubia despampanante.

—Es una mujer muy agradable —comentó Begoña cuando volvían hacia las oficinas.

—Lo que escribe no vale un pimiento —farfulló Ramón.

—Gusta a mucha gente… —apuntó su cuñado—. ¿Has leído algo de ella?

—No me hace falta, no leo putos *bestsellers* a lo Harry Potter.

—¡Ya quisiéramos! En veinte años la saga de Harry Potter ha vendido quinientos millones de ejemplares en todo el mundo, que se dice pronto. Y te recuerdo que Cervantes también fue un *bestseller* en su época. Víctor Hugo, Dickens, Saint-Exupery, Tolkien, Camus, García Márquez, Eco, Murakami… La lista es larga. *Bestseller* solo significa supervenías, y existen obras sublimes dentro de esa categoría, que no solo lo fueron en su momento, sino que se han convertido en *longsellers*, el sueño de cualquier escritor de raza.

—Algunos de los cuales no fueron reconocidos en vida y se murieron de hambre.

—Quizás en el pasado. Ahora, un buen autor, verdaderamente bueno, acaba publicando antes o después. Todas las editoriales andamos a la búsqueda de un mirlo blanco literariamente singular que, además, venda.

—Pues algunos editores deberían usar gafas para leer…

Juan Ignacio no reaccionó ante la alusión, ya estaba acostumbrado; entró en el edificio y se dirigió al ascensor topándose con el gerente que salía del mismo. De nada sirvió que adujera el trabajo que se acumulaba sobre su mesa; Emilio se empeñó en que lo acompañara a tomar algo a una cafetería cercana, quería hablar con él fuera de la oficina, dijo. No era un ruego, era una orden. Poco después estaban sentados a una mesa al aire libre, bajo una marquesina y con sendos *gin-tonics* en las manos.

—¿Qué tal la sueca?

—Es noruega. Bien, es maja. Tenía unas entrevistas y mañana sale para Zaragoza.

—¿Cómo va el asunto del premio? ¿Ha dicho algo la mujer de Jon?

—No.

—¿Y tú qué crees que va a decir?

—Difícil pregunta… creo que no lo va a aceptar.

—¿Bromeas? ¿Quién puede negarse a recibir un pastón a cambio de una novela?

—Margaret.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No lo necesita. Llevo años pidiéndole que publique con nosotros, y no hay manera, ni siquiera las versiones en castellano. Dice que es asunto de su editorial inglesa y de su agente literaria.

—¿Tenéis problemas familiares?

—No, en absoluto. Asegura que no quiere mezclar trabajo y familia.

—Eso es una gilipollez.

—Pues díselo tú, porque a mí no me hace caso.

—Y si no es ella, ¿quién queda por ahí que pueda servirnos?

—Probablemente unos cuantos. He hecho una lista de los autores y autoras que subastan sus originales.

—¿Que hacen qué?

—Subastan sus originales. ¿No lo sabías? Cuando acaban un libro, sus agentes contactan con varias editoriales y negocian. La lista no es larga, y no están las primeras plumas, que no necesitan negociar porque les pagamos los adelantos sin rechistar, pero aparecen algunos nombres que están en el candelera en estos momentos.

—O sea que tenemos que decidir cuál nos interesa y comprarlo por el mejor precio.

—Sí.

—¿Y un desconocido, o una?

—Se puede mirar… Tengo varios originales sobre la mesa, algunos prometen.

—¿Y un político, un actor, un deportista o una de esas señoras que aparecen en los programas de corazón?

—Eso no es literatura.

—¡Déjate de vainas! ¿A quién le importa?

—A mí. Ediciones Egurra es una editorial seria. Apostó desde sus

inicios por la buena literatura, aunque no niego que a veces hemos tenido que hacer concesiones y hemos publicado libros que se salían de nuestra línea.

—¿Como en el caso de la sueca?

—De la noruega, sí. Pero incluso entonces hemos buscado un mínimo de calidad, y Aud Olafsson la tiene, o la tiene la persona que revisa sus textos, que, a fin de cuentas, a nosotros nos da igual. Aquí, en Euskadi, hay unos cuantos buenos escritores… —dejó caer.

—Le he estado dando alguna vuelta al tema, y no interesan autores vascos si no son conocidos a nivel nacional. Nuestro premio… cómo te lo diría… solo interesaría a los medios de comunicación locales. Si vamos a soltar una millonada, hagámoslo a lo grande. He estado curioseando en Internet, ya sabes, los más vendidos, los que se repiten más a menudo, los que tienen mejores críticas, y no he visto a ningún vasco. Margaret sería una buena apuesta, es inglesa, tiene la nacionalidad española, es mujer, pero sobre todo es muy conocida en Europa y en los Estados Unidos. Ella sería la persona ideal.

—Ya te he dicho que…

—Déjamelo a mí —lo interrumpió—. Yo hablaré con ella. Tengo grandes planes para la empresa, hay que modernizarse y habrá que hacer algunos cambios en lo que se refiere a la edición de libros. Bueno, tengo cosas que hacer. Nos vemos.

Lo vio perderse entre la gente que llenaba la Gran Vía en aquella tarde soleada. ¿A qué venían sus últimas palabras? ¿Acaso acababa de decirle que su trabajo no era suficientemente satisfactorio? ¿Para eso lo había invitado a tomar algo y, encima se había ido sin pagar? Abonó la cuenta y se encaminó a las Siete Calles; llevaba una semana sin ver a Itziar y necesitaba hablar con ella, era la única a quien podía confiar sus cuitas.

A primera hora de ese mismo día, Pablo aparcó su flamante Porsche descapotable delante de la puerta del hotel Carbón. Minutos más tarde, él y Aud emprendían viaje a Zaragoza; después irían a Barcelona y de allí a Madrid. Le había preguntado la víspera si prefería viajar en coche o en avión, y ella respondió que era la primera vez que visitaba España y que le gustaría conocer el país, no solo dos o tres ciudades en las que apenas tendría tiempo de ver algo. A él le encantaba conducir, meter el acelerador a la máxima

potencia permitida, y a la no permitida también, lo cual resultaba imposible en Bilbao y alrededores, pero no en los largos trayectos por autopista que unían las capitales a las que se dirigían.

Por otra parte, una mujer atractiva y desinhibida a su lado no hacía sino reforzar dicho placer; se sentía como un productor de Hollywood de los años cincuenta. Atrás quedaban sus complejos juveniles al darse cuenta de que, de los tres hijos de sus padres, él era el patito feo, flaco, miope. Juan Ignacio era un tipo guapo que, incluso, había mejorado con los años, y Begoña no le iba a la zaga. Creía a pies juntillas en el cuento, el patito se transformaría en un hermoso cisne, pero no fue así; siguió siendo el mismo tipo feo, flaco y miope. Sin embargo, tenía algo de lo que sus hermanos carecían: la labia; era capaz de vender un trasto a precio de antigüedad, sabía ser empático, divertido, ocurrente y, además, era rico. No necesitaba ser un Adonis, la prueba era que nunca le había faltado compañía femenina, antes y después de casarse con la hija del banquero a quien nunca había amado, pero tampoco era tonto. No aguantaba a sus suegros, pero su mujer, hija única, heredaría una fortuna; todo era cuestión de esperar. Católica practicante, Maite jamás pediría el divorcio, pero, por si acaso, él la complacía en la cama, le había hecho tres hijos que la mantenían ocupada y dejaba en sus manos la casa y la educación de los niños, asuntos de los que, de todas formas, tampoco tenía intención de responsabilizarse.

En Zaragoza y en Barcelona todo fue como previsto. Los responsables en ambas ciudades de la distribuidora, propiedad del Grupo Egurra, se encargaron de acompañarlos a las entrevistas, aunque luego se vieran obligados a cenar con ellos, y él tuviera que hacer de traductor en conversaciones sobre libros, librerías, ventas y demás, que le interesaban bien poco. Aud, sin embargo, sí quería conocer cómo andaba el mercado del libro en España y sonrió satisfecha cuando le confirmaron lo que ya sabía, que sus novelas estaban en el *Top Ten* de las más vendidas. Asimismo, los distribuidores de la ciudad condal comentaron que era una lástima que no hubiera presentado la última, ya que estaba allí.

—Eso, ¿por qué no he presentado mi libro aquí y en Bilbao?

—No hace falta, eres de sobra conocida —le respondió—. Has salido en prensa, radio y televisión. Las presentaciones son una

pérdida de tiempo. Hay que alquilar una sala, hacer invitaciones, disponer un *lunch*…, y de cien personas que acuden, solo veinte compran el libro, si lo compran. No queremos que te canses más de lo necesario. Haremos una buena presentación en Madrid, no te preocupes.

Volvió a proponerle el avión ya que el trayecto hasta la capital llevaría un buen número de horas; del coche se encargaría la empresa, pero ella repitió que prefería seguir por carretera, que estaba disfrutando mucho, y no se habló más. No había prisa, era miércoles y no se les esperaba en Madrid hasta el viernes por la tarde. Tomaron la ruta de la costa hasta Valencia, aunque se desviaron antes de llegar a dicha localidad y se adentraron por carreteras comarcales a fin de ver las "Casas colgadas" de Cuenca. Aquella noche se alojaron en la localidad medieval de Pastrana, en un hotel rural, de los llamados "con encanto", una antigua casona de piedra con techos de madera, provista de todas las comodidades, *spa* incluido. Contemplaron el anochecer metidos en el agua, cenaron en un patio repleto de plantas y flores y se acostaron juntos en la cama con dosel y cortinas vaporosas de la habitación de ella, que los dueños habían denominado "Dulcinea" en honor a Cervantes quien, aseguraron, había pasado por allí en su viaje a La Alcarria. Estando a solo dos horas de su destino, decidieron pernoctar un día más, tiempo que ocuparon entre paseos por las calles empedradas de la localidad, visitas a conventos, *spa* y comidas, unas minivacaciones en toda regla, aunque Pablo llamó a su mujer para preguntarle por los niños y quejarse de lo agotador que estaba siendo el viaje, con un calor insoportable a pesar de no estar todavía en verano.

—Y vosotros a veinte grados. ¡Qué envidia me dais! —exclamó a sabiendas de que Maite se creía todo lo que le decía.

Asimismo, llamó a su hermano para comentarle que todo iba como previsto. El viernes por la noche, en efecto, estaban en un hotel de cinco estrellas próximo al museo de El Prado. La *suite* reservada para la autora incluía un *jacuzzi*, del que disfrutaron antes de pedir que les sirvieran la cena en la habitación y de meterse en la cama. Se consideraba ducho en asuntos amatorios, pero tenía que reconocer que nunca se había acostado con una mujer como aquella, activa, imaginativa e incansable. Antes de quedarse

dormido, exhausto, le hizo una pregunta:

—¿Por qué no escribes una novela de sexo, de esas que tienen tanto éxito?

—Ya la he escrito —rio ella—, y más de una, pero con otro nombre.

—¿Cuál?

—Es mi secreto.

No hubo manera de que le confesara el seudónimo, solo le dijo que las publicaba en castellano con otra editorial porque la suya había rechazado el ejemplar enviado por su agente años atrás al considerarla demasiado atrevida, incluso pornográfica, añadió entre risas.

Dejó que sus representantes y distribuidores se ocuparan de ella durante el día, aunque asistió a la presentación en la carpa central de la Feria, repleta de gente, y también se dio una vuelta para verla firmar en el *stand* de Ediciones Egurra cuya cola contemplaban con envidia los feriantes vecinos. Estaba claro que era una escritora de éxito, y no pudo evitar una sonrisa al pensar que aquella mujer, admirada por todo tipo de personas, era suya por la noche y, además, autora de unas novelas "guarras", que estaba decidido a encontrar. Pasó el resto del día de caseta en caseta buscándolas, pero resultaba difícil dar con ellas teniendo en cuenta que ignoraba su alias, y que los libreros o sus ayudantes muchas veces no tenían ni repajolera idea de lo que vendían; los mismos títulos se repetían una y otra vez hasta la saciedad, los de Aud Olafsson por ejemplo.

En las casi cuatrocientas casetas que ocupaban el Paseo de Coches del parque de El Retiro, algunas minúsculas, se hacinaban librerías y editoriales de todo tipo, desde las grandes que ofrecían sus catálogos de novelas, ensayos, libros de cocina, infantiles…, hasta las de autoedición, facsímiles, autoayuda, asociaciones culturales, panfletos, viajes, e incluso grupos religiosos. Bajo un sol de justicia, el espacio se hallaba repleto hasta la bandera. "Mucha gente y pocas bolsas", había comentado su hermano de la feria del año anterior, y era cierto. Familias enteras se paseaban de arriba abajo sin siquiera acercarse a ojear los libros, también parejas que habían ido a dar una vuelta, gentes que buscaban caras conocidas de la televisión y jóvenes a la caza de autógrafos o de un *selfie* con un *youtuber* famosillo al que acababan de publicar un libro,

condenado de antemano a caer en el olvido en pocas semanas. Cierto que autoras y autores notorios no dejaban de firmar, pero también los había que se comían el bolígrafo. Reconoció a un escritor de prestigio que había publicado con ellos; se entretenía hablando con el librero mientras, en el *stand* de al lado, se amontonaba la gente a fin de conseguir la firma de una vieja actriz del cine español a la que le habían editado un libro de recetas de cocina. Algo más adelante, se hallaba la mujer de un político, escoltada por dos maromos inmóviles, que había "reescrito" unos cuantos cuentos clásicos, muy solicitada también.

Estaba a punto de desistir y de regresar al hotel para darse un baño antes de cenar con Aud y el director de su filial en Madrid, cuando se detuvo en una caseta de unos tres metros de ancho, en la que no había nadie en esos momentos. Echó una ojeada a los títulos expuestos, todos de autores desconocidos, al menos para él, que apenas leía, aunque sí estaba al corriente de los nombres punteros. Dedujo por las portadas de algunos de los libros expuestos, y por la presencia de una bandera de la extinta Unión Soviética y otra de Cuba sujetas con chinchetas en el fondo del reducido espacio, que aquella era una caseta "proletaria". El tipo, sentado detrás del mostrador, mostraba cara de aburrimiento y ni se movió cuando él le preguntó si tenía algo de una escritora noruega.

—¿De qué género?

—Sexo.

El hombre hizo un esfuerzo, se levantó y, sin decir una palabra, cogió un libro en cuya portada aparecía el bosquejo de una mujer desnuda y se lo puso delante.

—Sueca, noruega o finlandesa, no lo sé…

—¿Qué tal está?

—Pues… si te gustan esas cosas…

—Es por curiosidad.

—Ya.

Pagó, el tipo metió el libro en una bolsa y volvió a sentarse.

Una hora más tarde, recién duchado, cubierto con el albornoz del hotel y un vaso de *whisky* en la mano, leía las primeras páginas de una novela escrita por una autora noruega, como indicaba la solapa sin fotografía, y publicada en castellano por una editorial que no le sonaba ni de lejos. Tuvo que parar para vestirse y no

llegar tarde a la cena, aunque, antes, encendió su portátil y tecleó el nombre de la escritora que aparecía en letra pequeña encima del título. Había varias entradas, ninguna foto, y quedó sorprendido al comprobar la cantidad de seguidores que tenía en las redes.

Aud estaba agotada tras una jornada sin pausa, por lo que cada uno se fue a su habitación después de cenar. Ella a dormir, él a seguir leyendo una novela que lo había enganchado desde la primera página pese a que incluso era capaz de discernir su nula calidad literaria y la falta de una trama con algo de enjundia, aunque entendió el motivo por el cual triunfaban libros, películas y series televisivas que giraban en torno al sexo. Hacía tiempo que no se masturbaba, no le hacía falta, pero lo hizo mientras leía aquellas páginas de diálogos sin prosa, vulgares, obscenas, que lo hacían sentirse como aquel primer hombre que se atrevió a desobedecer al mismo Dios.

5
RECUERDOS

Pese a la rotunda negativa de Mercedes a que su madre se fuera de excursión con el "adulterino", doña Nieves dejó bien claro que haría lo que le diera la gana.

—Todavía no estoy chocha —afirmó.

Tampoco quiso que los llevara el chófer; se montó en el asiento del copiloto del viejo coche de Iker, dispuesta a disfrutar de un día soleado en compañía de su bisnieto, visitando el pueblo donde había nacido al que solo había regresado en contadas ocasiones, que prefería no recordar. Por otra parte, tenía deseos de ver lo que Julia había hecho con el caserío de sus suegros. Había hablado con ella la víspera para confirmar que estaría allí y sonrió divertida al constatar que su hija se quedaba sin palabras; la quería, aunque nunca hubieran mantenido una relación más allá de la que se presupone entre una madre y una hija, en especial mientras fue niña. Ninguna de las dos era dada a expresiones de cariño y tampoco a las confidencias. La vio crecer, emanciparse y desaparecer de su vida sin que, en honor a la verdad, la echara demasiado en falta. Se veían de vez en cuando, se llamaban, le alegraba saberla bien, aunque solo contestara con monosílabos y nunca le hubiera presentado al hombre que compartía su vida desde hacía algo más de tres décadas; únicamente sabía su nombre, y eso gracias a Mercedes.

—Mi hermana vive con un hombre de nombre Xabier —le dijo un día.

—¿Cómo que "y"? ¡No están casados!

Cierto que ahora era algo común; su biznieta Ane vivía con su

pareja, y nadie se escandalizaba por ello, pero años atrás resultaba chocante, concubinato lo llamaban los curas, y más aún en un entorno social en el que tanto esfuerzo había costado integrarse, aunque también era cierto que había mucha hipocresía, y que los "apaños" estaban a la orden del día, ella conocía varios. Quizás este fuera el motivo por el cual su hija pequeña no encajaba en él y había aceptado rápidamente la donación del caserío familiar en el que, de todos modos, vivía desde antes de morir Gervasio. Su hermana, incluso ella misma, la tenían por "rara", aunque, tal vez, las raras fueran ellas por haber renegado de sus orígenes o, en su caso, haber querido borrarlo por completo de su memoria. Su marido y ella se lo tomaron bien. Por supuesto que les habría gustado conocer a la pareja de su hija, que se casaran, verlos a ambos por la casa, pero respetaron su decisión de aislarse, y nunca le preguntaron nada.

Apenas había veintitantos kilómetros de distancia hasta el pueblo y, casi sin darse ella cuenta, enfilaban el camino bordeado de árboles a modo de túnel natural que no había cambiado en todos aquellos años; los caseríos desperdigados por las colinas, el río en el que de niña iba con su hermano a pescar cangrejos, el olor a hierba… Los recuerdos se agolpaban y, por un momento, estuvo a punto de pedirle a Iker que diera media vuelta.

—Ya hemos llegado, en unos minutos estamos en casa de los tíos.

—¿Has estado tú aquí antes? —le preguntó sorprendida.

—Sí. Vengo a menudo. ¡Soy el nieto adoptado! —rio él—. ¡Con un poco de suerte me nombran su heredero universal!

—Para el coche.

—¿Qué?

—Que pares el coche.

Hizo lo que le pedía y aparcó en el entrante de un camino forestal.

—Verás, hijo, es la primera vez que vuelvo desde hace mucho y me gustaría saber algo antes de llegar y parecer una señora de ciudad que nunca ha puesto los pies donde pisan las vacas. Vamos, que no quiero parecer una lela.

A Iker le hizo gracia la expresión; le habló de los invernaderos ecológicos que Julia y Xabier habían montado para cultivar frutas y

hortalizas, además de plantas y flores. Él también tallaba madera y, aunque la familia lo ignorara, era un artista que vendía muy bien sus obras. Asimismo, le habló del pueblo, tan cerca de la ciudad y tan lejos al mismo tiempo. Aquel era otro mundo, sin industrias ni tráfico, rodeado de verde, donde todavía se escuchaba la antigua lengua y el canto de los gallos, y podían verse las estrellas. La vida allí transcurría sin prisas, sin aglomeraciones; todos se conocían, amigos y enemigos compartían el mismo espacio, fiestas, funerales, cotilleos… Las desavenencias se dejaban de lado si era preciso, como cuando se perdió el crío de "Mendi" el guardabosques, y todos salieron en su búsqueda. Lo encontró "Txirlo" el carpintero, quien llevaba años sin hablarse con el padre del niño por un asunto de maderas del que ya ni ellos se acordaban; se lo entregó, se abrazaron, y siguieron sin hablarse. Al joven le brillaban los ojos.

—Estoy pensando muy seriamente en venirme a vivir aquí. A fin de cuentas, estamos a menos de media hora de Bilbao, y a Leire le encanta este pueblo.

—Leire…

—Ya te hablé de ella, es mi amiga.

—¿Vivís juntos?

—Casi. Nos gustaría tener una casita con jardín, pero todavía no nos da para comprar una. ¿Seguimos?

Doña Nieves asintió. Su bisnieto le acababa de describir un lugar idílico, distinto al que ella recordaba, también muy cambiado. El suyo era un recuerdo de viejos caseríos de piedra con tejados torcidos, algunos abandonados, y casas sin ninguna gracia a ambos lados de una calle sin aceras; de burros y vacas. Lo que veía ahora era un pueblo bonito y limpio, las mismas casas, todo cuidado, pintado, lucido. Incluso habían restaurado la destartalada torre de la plaza, reminiscencia de una época de bandos y luchas, que ahora se hallaba habitada, según dedujo por las cortinas, las flores en las ventanas y la mujer joven con dos niños que salió por su gran puerta de madera con tachones de hierro. Si su sorpresa fue grande al observar los cambios producidos en la localidad, aún lo fue más al descubrir el destartalado caserío de sus suegros, transformado en uno de postal, absolutamente precioso. Encalado de blanco, vigas maestras a la vista, contraventanas y maderamen, todo en marrón oscuro casi negro, un balcón repleto de geranios rojos donde antes

había un mirador inutilizable, un jardín de plantas y flores, los invernaderos de los que hablaba Iker. Era como hallarse en un lugar desconocido a pesar de que allí habían transcurrido sus primeros años de casada. Julia y Xabier salieron a recibirlos, más sorpresas.

Su hija no se parecía en nada a la mujer que la visitaba de vez en cuando y que acudía a los eventos familiares. En dichas ocasiones, solía vestir con una elegancia discreta, el cabello recogido en un moño, algo de maquillaje, alguna joya. Verla con unos pantalones viejos, una camisa de cuadros, alpargatas, sin maquillar, el pelo suelto sujeto por una banda y, sobre todo, una sonrisa feliz de oreja a oreja, la dejó atónita; parecía más joven a pesar de sus cabellos, más blancos que grises. El hombre que estaba a su lado también sonreía; se le hacía una cara familiar, pero había visto tantas a lo largo de su vida que no era de extrañar. El hueso había soldado bien, aunque todavía se le hinchaba el tobillo si permanecía mucho tiempo de pie, y hacía calor; se sentó a una mesa de madera, bajo una parra, y Julia no tardó en servirle un vermú artesanal que elaboraba un buen amigo. No bebía alcohol, pero le encantaba el vermú y todos los mediodías, a modo de rito, se tomaba uno. A Mercedes le parecía algo impropio de una mujer de su edad, pero lo cierto era que le sentaba de maravilla y no pensaba dejarlo. Unas anchoas, un poco de jamón y queso y un pedazo de pan acompañaron al trago. Les siguió un pisto de calabacín y berenjena, “de casa” señaló Xabier, y un trozo de las chuletas que este asó a la brasa. ¿Hacía cuánto que no comía tan a gusto? Escuchó a la pareja hablar medio en euskera medio en castellano de su producción de hortalizas y plantas, de lo bien que les iba, de las tallas y otros proyectos; vio a ambos intercambiar guiños y sonrisas, y sintió envidia, aquella vida debería de haber sido la suya, y entendió por qué su hija de algún modo rehuía a la familia. Aprovechó para hablar a solas con ella cuando los dos hombres fueron a ver la nueva plantación de hayas en un bosquecillo incluido en la propiedad.

—No sabía que hablabas euskera —le dijo—. Nunca has hablado en euskera conmigo.

—Tampoco tú conmigo…

¿Notaba un deje de reproche?

—Te veo feliz.

—Lo soy.

—¿Y cómo conociste a Xabier? ¿Es de aquí?

—De toda la vida.

—¿Y cómo se apellida si puede saberse?

—Mañari. Sus padres se llamaban Lucio y Eulalia.

Corrió al interior de la casa y regresó con una vieja fotografía en blanco y negro enmarcada en una moldura antigua de madera.

—Mira, eran estos. A lo mejor los conociste…

—No… no me acuerdo… —Le temblaban las manos mientras sujetaba el marco y contemplaba el retrato—. Ha pasado ya mucho tiempo… ¿Y tú?

—Sí, claro. Fallecieron hace unos años.

—¿Y ellos sabían quiénes eran tus padres?

—Pues claro, *ama* —Julia soltó una risa divertida—. ¡Qué cosas se te ocurren! Ellos sí se acordaban de vosotros, decían que habíais sido muy amigos de jóvenes, pero que perdieron el contacto cuando os fuisteis a Bilbao.

De pronto sentía la necesidad de marcharse de allí; adujo que era la primera vez que salía desde que le habían quitado la escayola y que estaba cansada. Poco después, Iker la llevaba de vuelta a Las Arenas. No habló en todo el trayecto.

—A mi casa —le pidió al llegar—. Y, por favor, ve luego a buscar a Reme y a Miren. Que traigan mis cosas. Si tu… si Mercedes dice algo, que me llame.

A la espera de que llegaran las dos mujeres, sentada en el balcón con los ojos fijos en el mar, doña Nieves suspiró. Una simple fotografía y dos nombres habían despertado en ella los fantasmas del pasado que hacía tiempo creía olvidados.

Eran jóvenes, recién salidos de la adolescencia, y la guerra había dejado una huella más profunda de lo que cualquiera de ellos pudiera suponer; pasaron hambre y miedo, vieron partir a padres, tíos, hermanos, y algunos no regresaron, su padre y su hermano entre otros. Pero la mayoría de los seres humanos tienen la capacidad de recuperarse con asombrosa facilidad, olvidan penas y temores, buscan la forma de resarcirse de los malos momentos, y ellos no eran diferentes. Trabajaban en las huertas y con el ganado,

acompañaban alas madres al mercado de Bilbao, a vender huevos, leche, verduras, y se reunían en el molino abandonado siempre que podían. Allí eran libres; hablaban, reían, bebían, bailaban al son de la música de la pequeña radio de segunda mano conseguida a cambio de unas botellas de *txakolin* y unas ristras de chorizo, daban gritos a la República, y se emparejaban en cualquiera de los recovecos del edificio.

No se supo quién los había denunciado; la Guardia Civil apareció una noche y los detuvo a todos, chicos y chicas, acusándolos de inmoralidad y, lo que era mas grave, de subversivos. A ellos los llevaron a La Salve; a ellas, a las Carmelitas de Amorebieta, todavía cárcel de mujeres. Los encerraron solo unos días, eran menores de edad, aunque el juez les advirtió de que la siguiente vez no sería tan benigno. A Gervasio no lo soltaron. Ocho meses más tarde ella dio a luz a un niño que ni siquiera llegó a ver; se lo quitaron la matrona y otras mujeres que la atendieron en el parto, y ni los llantos ni su abatimiento lograron que se lo devolvieran. Se encerró en sí misma, no hablaba, no comía, y únicamente recuperó el ánimo un día, dos años después, cuando él apareció, la cogió de la mano y la llevó al caserío de sus padres, aquel que ahora era el feliz hogar de Julia.

Su marido y ella no volvieron a hablar del tema, si bien no podía evitar mirar a todos los niños que veía en el pueblo, preguntándose si alguno de ellos sería su hijo. Estaba obsesionada, y ni siquiera el nacimiento de Mercedes y luego de Gervas consiguió que olvidara. Todo habría continuado igual si un día su Gervasio y Lucio Mañari no se hubieran enzarzado en una pelea en la única taberna del pueblo. Eran carne y uña hasta lo del incidente del molino, pero su marido sospechaba que había sido su amigo quien los había denunciado porque sentía celos de su relación con ella, y le había retirado la palabra. El calor, el vino, el rencor acumulado hicieron el resto, y lo que empezó por un comentario acabó en trifulca donde se dijeron cosas que pronto fueron la comidilla del pueblo. La más grave: que ella había matado a su primer hijo tirándolo al río. Gervasio le estampó en la cara el *txikito* que sostenía en la mano, y ambos acabaron a puñetazos. No supo el motivo de la riña hasta días después, cuando una mujer le preguntó en la panadería si no habían denunciado a Lucio por calumnias.

—¿Qué calumnias? —preguntó.

—Ya sabes, lo de que tú habías tirado a tu hijo al río…

Abrió la boca, pero fue incapaz de decir nada. Unas semanas más tarde se mudaban a Bilbao con el firme propósito, al menos por su parte, de no volver a poner los pies en el pueblo.

Iker estaba de vuelta con las dos sirvientas y se sentó un rato a su lado en el balcón.

—*Amama*, quería preguntarte una cosa…

Fue a por la carpeta morada que seguía en el mismo sitio y volvió con la carta.

—A ver… Este mensaje fue enviado el último día de diciembre de 1999, y tú lo recibiste…

—Supongo que unos días más tarde… Tu bisabuelo acababa de fallecer, y no me preocupé de la correspondencia durante semanas.

—Te leo: "Ha llegado la hora de la venganza de los desposeídos. Uno a uno, caerán los culpables de las miserias de otros, y los ricos no disfrutarán de sus riquezas".

—La policía me dijo que era cosa de un loco, pero… —La anciana vaciló—, la muerte de tu tío Gervas… Estaba bien, nunca había tenido ningún problema de salud y se hacía chequeos todos los años. ¿Y si lo mataron, y el asesino es el mismo que escribió este mensaje?

—¿Por qué iba a esperar casi veinte años?

—No lo sé.

—¿Conoces a alguien que os tenga inquina?

—Seguro que lo hay. Uno no hace fortuna sin dejar algún cadáver en el camino, lo decía tu bisabuelo.

—¿Y de cuando fuisteis a vivir a Bilbao?

—Vivíamos en un piso de la plaza Miguel de Unamuno, y andábamos con lo del almacén de libros.

—¿Por qué libros y no otra cosa?

—Porque un hermano de mi marido, Faustino, ya estaba metido en el negocio. Era repartidor de periódicos y revistas, y Gervasio entró a trabajar con él. Se nos ocurrió que también podíamos distribuir libros. Ahora se dice que la gente no lee con eso de los inventos modernos, pero entonces sí que no se leía. Costó mucho

salir adelante después de la guerra. Había muy pocas librerías, y editoriales todavía menos… Montamos la editorial y, poco a poco, empezamos a funcionar. El caso es que mi cuñado nos acusó de habernos aprovechado de él porque no lo quisimos de socio. Nos amenazó con quemar la lonja, aunque naturalmente no lo hizo. Era un bocazas. Nos encontramos en el funeral de mi suegra, hace… No hablamos, y no he sabido nada más de él desde entonces.

Estaba cansada, demasiadas emociones para un solo día, pero permaneció en el balcón después de que el joven se hubiera marchado. Sentía la brisa del mar en su rostro mientras intentaba pensar. En unos días cumpliría noventa y cinco y no podía quejarse; tenía una salud excelente aparte de los achaques propios de su edad, incluso se duchaba sin ayuda, no había habido ningún drama en la familia, accidentes, drogas… y lo más grave que le había ocurrido en la vida era la pérdida de su hermano y de aquel hijo que no llegó a conocer, y que tendría tres años más que Mercedes. No se engañaba, sin embargo, estaba llegando al final de su vida, y no sabía si alegrarse o lamentarse. ¿Por qué se había acordado de aquel mensaje después de tanto tiempo? La memoria le fallaba, olvidaba qué día era o lo que había hecho la víspera y, sin embargo, se acordaba de cosas ocurridas cuando todavía era una mujer joven y activa; el tiempo había transcurrido muy deprisa, demasiado.

Iker, por su parte, pasó a dar las buenas noches a su madre y se encontró con su padre, quien se había mudado durante unos días aprovechando que Isabel y los hijos se hallaban en Mundaka, propiedad adquirida gracias a una herencia inesperada que ella había recibido años atrás de un tío “indiano” soltero a quien ni siquiera conocía. El hombre había hecho fortuna en Uruguay legando parte de ella a los sobrinos que tenía de su única hermana. No es que recibieran una millonada, pero sí lo suficiente para comprar la vivienda. Jaime y Maribel hacían surf desde niños, y la idea de disfrutar del mar sin tener que hacer el trayecto desde Bilbao los entusiasmó a todos por igual. En especial a él, que así no se sentía culpable ni necesitaba inventar disculpas para pasar las noches con Itziar; el verano era su estación favorita del año. También la de Iker. No tenían muchas oportunidades de hablar con tranquilidad, compartir mesa, hacer risas, y aquellas escasas jornadas de vida familiar compensaba la separación obligada

durante el resto del año.

Les contó cómo había llevado a la bisabuela al pueblo, el gesto de sargento chusquero de doña Mercedes al verla entrar en su "cuatro latas", lo bien que lo habían pasado. No comentó, sin embargo, la preocupación de la anciana, pero sí preguntó a su padre si alguna vez había escuchado hablar de un tal Faustino. *Amama* Nieves había comentado que era un hermano del bisabuelo Gervasio, y que acabaron riñendo. Estaba viendo una serie sobre una familia empresarial de Estados Unidos, en la que sus miembros se llevaban de pena, y se preguntaba si en la suya habían ocurrido cosas parecidas.

—Faustino… El tío Gervas me habló de él en una ocasión. Una vez se presentó en las oficinas, cuando la editorial estaba ya en marcha, y parece que organizó una buena. Discutió con el abuelo, y los gritos se escucharon hasta en la calle.

—¿Por qué discutieron?

—Lo ignoro. El tío tampoco lo supo porque el abuelo nunca quiso hablar de ello.

—¿Y eso cuándo ocurrió?

—Pues…

—Yo lo conocí —intervino Itziar.

—¿A quién? —preguntaron ambos al unísono.

—A Faustino. Traía la prensa a la… librería. Entonces también vendía pan —la mujer soltó una risita—. No sabía que era un Egurra, pero todos los días se paraba delante de los libros de vuestra editorial y soltaba un juramento.

—¿Tenías nuestros libros? —preguntó Juan Ignacio.

—Siempre, desde el principio.

—¿Por qué?

—Porque son una parte de ti.

El joven los contempló durante unos instantes. Habían entrelazado las manos y se miraban embobados, como si todo a su alrededor hubiera desaparecido, incluido él. No conocía a una pareja tan enamorada y nunca había escuchado una queja en labios de su madre a pesar de que su padre tenía otra familia, otro hogar. A él nunca le había faltado el cariño; se deslizó suavemente fuera de la cocina y subió a su cuchitril.

6
LA CELEBRACIÓN

La jornada se preveía radiante. No solo el buen tiempo acompañaba, también se había disipado el bochorno de días anteriores, y las previsiones para el siguiente eran de los más halagüeñas. Todo estaba dispuesto para la celebración del cumpleaños de doña Nieves; su hija mayor y su nuera se habían encargado de que así fuera. Olvidadas, o más bien disimuladas, las diferencias con motivo de la elección del nuevo director general de la empresa, ambas llevaban meses ocupándose de todos los detalles habiendo acudido en varias ocasiones al Castillo de Arteaga, un hotel de ensueño situado en la Reserva del Urdaibai, a hablar con la directora a fin de asegurarse de que no hubiera fallo alguno; repasaron los menús y distribuyeron las habitaciones. Esto resultó lo más peliagudo, lo que más tiempo las entretuvo. El hotel disponía de trece habitaciones diferentes, a cuál más bonita. Estuvieron de acuerdo en adjudicar la elegante *suite* "María Eugenia" a la homenajeada, quizás la más sobria, pero exquisita en todos sus detalles, y cómoda para que pudiera moverse con holgura. Además, llevaba el nombre de la antigua propietaria del castillo, la emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, y ella era una amante de la Historia y gran lectora tanto de ensayos como de novelas del género histórico.

—Seguro que le va a encantar —comentó María Paz.

—Por supuesto —replicó su cuñada—. ¿Y dónde metemos a la tata Reme y a Miren? Porque en algún lugar tendrán que dormir y, la verdad, una *suite* me parece demasiado para ellas.

—Puede colocarse una cama supletoria en la habitación, incluso

dos —había apuntado la directora del establecimiento.

—Para nada. Mi madre duerme sola.

No se le había ocurrido pensarlo hasta que su hija Begoña se lo comentó. La abuela necesitaba que alguien la ayudara, que estuviera pendiente de ella en todo momento, y las dos mujeres eran su apoyo, sus báculos por decirlo de alguna manera. Cierto que, con sus casi ochenta años, la tata ya no servía para mucho, pero estaba en la casa desde que era joven, y su madre se tomaría a mal que no la invitaran a la celebración; su relación era más la de un par de amigas que la de señora y sirvienta. De hecho, Miren las atendía a las dos. Finalmente, decidieron que tía y sobrina ocuparan una de las habitaciones estándar, la más cercana a la *suite*. Los hijos de Pablo e Isabel planteaban asimismo un problema, ¿dónde iban a meter a tres críos y a su niñera? También había solución para ellos: una habitación de dos pisos con camas en ambos. En cuanto a los demás, empezaron por las parejas "legítimas", como sostuvo Mercedes dejando a la directora muy sorprendida, adjudicándoles las mejores habitaciones, incluida la que ocuparía María Paz y su hija Nekane; el resto sería para los "prestados". Quedaban los tres nietos mayores de la doña, Maribel, Jaime y el otro, "el adulterino". Decidieron poner a los dos jóvenes juntos y a la nieta en una habitación sola. A los chóferes les buscaron alojamiento en una casa del pueblo de Arteaga, lo que no resultó fácil dado que estaba repleto de veraneantes en esas fechas. Una vez solucionado este asunto, ya solo restaba encargar las flores para las mesas y contratar a un grupo de música a fin de amenizar la velada que seguiría a la cena, uno como era debido, que cantara melodías normales, nada de rockeros y *txunta-txunta*, insistió la jefa del clan.

Con puntualidad británica, los coches fueron llegando a media tarde, antes de que anocheciera, con tiempo para pasear por los jardines y contemplar la puesta de sol desde las terrazas. Además de la familia, a la cena estaban invitadas unas cincuenta personas, todas ellas relacionadas con la empresa y algunas más, en especial vecinos de Neguri y un par de amigas que todavía le quedaban a doña Nieves. Vista la buena temperatura, se habían colocado en el exterior unas mesas alargadas con bebidas y canapés de todo tipo a modo de aperitivo. No tardaron en formarse corrillos de invitados afines, la mayoría trajeada como si se tratara de una boda, en los

que no faltaban los modelos de firma y el brillo de las joyas de las damas. Mercedes no cabía en sí de placer. Ella y su marido habían sido los primeros en llegar y recibían a los invitados como si fueran los dueños del castillo; también fueron los primeros en pasar al comedor en cuya entrada había una lista con los nombres de los ocupantes de las mesas por vinculación. La principal, frente al resto, reservada para doña Nieves sus dos hijas, su nuera y las parejas de las primeras. A la mayor no le hacía ninguna gracia la idea de compartir mesa con el amigo de su hermana; lo solucionó colocándolo en un extremo. Solo faltaba la llegada de la festejada, quien, a las ocho en punto, entró del brazo de su nieto Juan Ignacio en medio de aplausos y felicitaciones.

—Ni que fuera la reina madre… —susurró con ironía.

—Lo eres, abuela, lo eres.

Ajena a las conversaciones, la anciana contemplaba a los asistentes y se preguntaba cuántos estarían allí por verdadero cariño hacia ella. Leía sin problemas, pero no distinguía los rostros a más de dos o tres pasos, si bien ya se encargaba su hija de indicarle nombres que no retenía y que, en realidad, le daban igual; su mundo se reducía a los miembros de su familia, a las dos mujeres que la atendían y al chófer. Los demás eran sombras de su pasado o de su presente, que también las había. Por ejemplo, el hombre joven, sentado a la mesa vecina, que ahora ocupaba el puesto de su difunto marido y de su querido Gervas. Miró a María Paz y le dio unas palmaditas en la mano; él debería estar a su lado, entre ellas dos, y dicho pensamiento humedeció aún más su vista vidriosa. De nuevo pensó en Emilio Goián, el flamante director del Grupo Egurra. No había vuelto a verlo desde la comida que siguió a la reunión del Consejo en la que fue elegido gracias a su mediación. Su nieto Jon le había comentado que no lo estaba haciendo nada mal; en los pocos meses que llevaba al mando, habían aumentado las cifras de ventas y tenía grandes proyectos para la empresa.

Se preguntaba, no obstante, si había hecho bien o, todavía bajo el impacto de la muerte de su hijo, se había dejado llevar por las brillantes referencias del desconocido que se había presentado sin avisar. Tal vez habría sido mejor dejar las riendas en manos de alguien de la familia, de uno de sus nietos, pero… A Juan Ignacio solo le preocupaban los libros, las buenas ediciones, el trato con los

autores; las televisiones y medios de comunicación no parecían atraerlo demasiado, y aún menos las inversiones. Begoña hacía bien su trabajo, pero nunca le había visto la chispa necesaria para dirigir un negocio de la importancia del de ellos, y Pablo… Pablo, el niño bonito de su madre, era un ambicioso incapaz de acabar lo que empezaba; únicamente pensaba en sí mismo. Se había casado con Maite, una buena chica, rica, pero sosa hasta decir basta; con ella no había manera de mantener una conversación que no girara en torno a los hijos, el vestuario o las vacaciones. No le interesaba la lectura, la música, el arte; era sencillamente una mujer plana, su marido hacía lo que le venía en gana, y todos menos ella sabían que le ponía los cuernos a la menor oportunidad. Quedaba Jon. Si tan solo se hubiera parecido a su padre…, pero era como María Paz, amable, tranquilo, discreto; no tenía el carácter combativo tan necesario en el mundo de los negocios. Los bisnietos mayores eran todavía jóvenes para un cometido de tanta responsabilidad.

Estaban ya en el postre: una tarta de varios pisos, también igual a la de una boda, aunque en lugar de una pareja de novios, aparecía una figurilla que la representaba encargada a un taller de cerámica exclusivamente para la ocasión.

El primer trozo fue para ella, figurilla incluida. A continuación, llegaron los brindis, la canción que le dedicaron los pequeños de Pablo y Maialen, la poesía recitada por Ane, incipiente poetisa, y los discursos de algunos de los presentes, empezando por Mercedes, quien había preparado unas líneas muy emotivas, algo cursis en su opinión. Los zapatos nuevos le apretaban los juanetes y quería retirarse a la habitación, pero aguantó hasta el final de la cena y escuchó la canción que los miembros de la orquestina entonaron en su honor, *a capella* y en euskera, su favorita. Le gustaba cantar, pero ya no tenía voz, así que canturreó la primera estrofa en un susurro.

Maitia, nun zira?
Nik ez zaitut ikusten,
ez berririk jakiten.
Nuratgaldu zira?

“Querido, ¿dónde estás? No te veo, ni sé nada nuevo de ti.

¿Dónde te has perdido?”.

¿Dónde estaba Gervasio, dónde su pequeño Gervas, sus padres, su hermano, tíos, primos, los amigos y amigas que había conocido a lo largo de su vida? Suspiró y se levantó de la mesa. Más aplausos, felicitaciones, besos… Al poco estaba en la habitación atendida por Miren; Reme hacía rato que se había acostado.

Mientras jóvenes y menos jóvenes se movían al ritmo de la música, otros salían a fumar o se perdían entre los árboles que rodeaban el recinto amurallado, Emilio Goián y Manu Lardazabal conversaban sentados a una mesa de la terraza, con sendos vasos de licor en las manos.

—Sería preciso aumentar el capital social, y no sé hasta qué punto estará la familia dispuesta a ello… —argumentó el segundo.

—Es cuestión de plantearles la situación. Son necesarios nuevos recursos si queremos que el Grupo Egurra desarrolle una actividad más agresiva. De lo contrario, será absorbido en unos años, no muchos, por cierto.

—Doña Nieves…

—Doña Nieves está en edad de riesgo, y noventa y cinco son muchos.

—Pero puede durar hasta los cien, y entonces sería tarde.

—De todos modos, no tendrá nada que decir si los demás están de acuerdo —Emilio bebió un trago antes de continuar—. La viuda de Gervas hará lo que le aconseje su hijo, y Jon es un tipo razonable que sabe un huevo de números y también de lo que nos conviene. Además, confían en ti, y ya te encargarás tú de disipar sus dudas si es que las tienen. Pablo convencerá a su madre, de eso estoy seguro. Solo tenemos que ofrecerle un puesto a la medida de su ambición. En cuanto a Julia… No lo sé. Pero si sumamos sus acciones y las de doña Nieves, tienen más de la mitad.

—Entonces… habrá que hablar con Julia.

—O con… ¿quién es el tipo que la acompaña?

—Su pareja desde hace un montón de años. No están casados y nunca han tenido relación con la familia, ignoro la razón. Mi amigo Gervas no me hablaba de ellos. Bueno sí, en una ocasión me comentó que eran unos *hippies* ecologistas.

Ya sabes, son *hippies* porque prefieren el amor a la guerra. Y ecologistas porque se dedican al cultivo ecológico. No los he visto,

pero parece que tienen unos invernaderos muy productivos, y que les va bien.

—Pues habrá que hacerles una visita…

Emilio tuvo la oportunidad de hablar con Xabier Mañari a altas horas de la madrugada, cuando la velada ya finalizaba. Estuvo observándolo durante un rato antes de aproximarse aprovechando que su pareja conversaba con otras personas, y que él permanecía apartado. Le entró directamente; había sabido que se dedicaba a la agricultura ecológica y le comentó que, durante un tiempo, él fue director de una empresa dedicada a la fabricación de invernaderos en Argentina. Fue como tocar un timbre para que la puerta se abriera; al hombre le brillaron los ojos, y no paró de hablar sobre el tema hasta que ya solo quedaba media docena de invitados prestos a marcharse. Se despidieron con la promesa por parte de aquel de ir a visitarlos en unos días.

—¿De qué hablabas con Goián? —le preguntó Julia ya en la habitación.

—De invernaderos. Estuvo trabajando en una fábrica en Argentina.

—No me gusta ese hombre.

—¿Por qué? ¿No votaste a favor de su nombramiento?

—Sí. Era la mejor opción. Pero hay algo en él…

—Ya tendrás tiempo de averiguarlo. Vendrá a visitarnos la semana que viene.

—¿Para qué?

—Para ver los invernaderos.

Xabier la besó, se dio media vuelta y se quedó dormido casi al instante. Ella todavía permaneció despierta un rato. ¿Invernaderos? Tendría que mirar el currículum cuya copia guardaba con otros documentos de la empresa. Le resultaba sospechoso el súbito interés por un pequeño negocio que daba para vivir bien y poco más. No dejó de observarlo durante la reunión del Consejo, organizada para presentar al nuevo director a los socios, y no le pasó desapercibido que bajo su apariencia amable, algo bohemia, se ocultaba un hombre impaciente; no dejó de tamborilear en la mesa con los dedos de su mano izquierda, donde, por cierto, lucía un reloj de los caros, de los muy caros. Le dio la impresión de que quería que se marcharan y lo dejaran por fin al mando. Un buitre devorando un

cadáver fue la última imagen que le vino a la mente antes de cerrar los ojos.

La familia se reunió para el desayuno en el comedor de huéspedes del hotel, todos menos los niños que se bañaban vigilados por la niñera en la piscina del torreón de la *suite* "Napoleón", ocupada por sus padres. Doña Nieves había desayunado antes que los demás y apareció en el comedor con el mismo vestido que la víspera, uno de muselina azul añil, pamela incluida, regalo de sus hijas, que la hacía parecer una actriz del cine mudo.

—Me voy a la playa —anunció.

Casi no les dio tiempo ni a felicitarla por su cumpleaños; mandó llamar a su chófer y se metió en el coche en compañía de Reme y Miren.

—¡La comida es a las dos! —Tuvo tiempo de avisarle su hija mayor.

—¿Con todos los de ayer otra vez?

—No. Solo nosotros.

Mercedes la vio marchar y apretó los puños. ¿Por qué tenía que hacerlo todo siempre tan difícil? María Paz y ella habían previsto un pequeño paseo por los jardines y un aperitivo antes de comer. No resultaba sencillo reunir a la familia al completo, y su madre podría ser más afable para una vez que estaban todos, incluidos "el adulterino" y el amante de su hermana…

—¿Te acuerdas, Reme, de cuando veníamos aquí con los niños?

Las dos mujeres caminaban del brazo por la orilla de la playa de Laida, descalzas, dejando que el agua mojara los bajos de sus vestidos, mientras Miren y el chófer no las perdían de vista.

—Me acuerdo, doña Nieves. Usted…

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me trates de usted cuando no están los otros delante? —La interrumpió.

—Es la costumbre…

—Pues olvídate de la costumbre, ahora que estamos aquí las dos solas. Tú eres la única persona que ha estado siempre a mi lado, querida Reme.

—Gervasio fue un buen marido.

—Y un golfo. ¿O no te acuerdas de cuando le pillaste metiéndole mano a una doncella?

—Pero luego te regaló un collar…

—Ya, porque nos enteramos, pero seguro que hubo más. Mis nietos han salido a él. ¡Hay que ver la lata que les da a los hombres eso que tienen entre las piernas!

A las dos les entró la risa justo en el momento en que una olilla reventaba y las salpicaba en la cara dejando en sus labios el sabor a sal. Miren y Jorge, el chófer, las vieron regresar, mojadas, risueñas; parecían dos niñas pilladas en falta, y ambos sonrieron. Estaban de vuelta media hora antes de la hora prevista para la comida, a tiempo para cambiarse de ropa. Mercedes no ocultó su contrariedad al ver a su madre aparecer con el carísimo vestido mojado, la pamela en la mano, el cabello revuelto, las mejillas rojas, y lanzó una mirada asesina a las sirvientas, que ni se inmutaron; ellas solo servían a doña Nieves.

El menú preparado por el *chef* del hotel, una exquisitez compuesto de entrantes, pescado, solomillo a la brasa y el llamado "Pastel Imperial", una crema de leche tibia y canela hizo las delicias de los comensales, aunque, como de costumbre, la anciana solo probó un poco de cada. Tras brindar para que pudieran repetir la celebración durante muchos años más, la anciana golpeó suavemente su copa de cristal, y todos guardaron silencio.

—Os doy las gracias por esta fiesta de cumpleaños y por estar aquí en estos momentos. Mi tiempo se acaba, lo sabemos, nadie vive eternamente, y yo he tenido una vida muy larga. Quiero deciros que hace unos días hice un nuevo testamento, en el que habéis sido todos incluidos. Mi único deseo para vosotros es que seáis felices, y recordad que el dinero no hace la felicidad, a veces incluso la destruye. Y ahora, sino os importa, me vuelvo a mi casa. Ha sido demasiada agitación, y tengo que acabar la última novela de Margaret. No vaya a ser que no me dé tiempo… Por cierto, querida —añadió dirigiéndose a la aludida—, ven a verme cuando puedas. Tengo algo para ti.

La reserva era para dos noches, y no era cuestión de desaprovecharla, así que salieron a despedirla y, después, cada cual hizo sus planes. Los jóvenes se fueron a la playa con la intención de acercarse luego a Gernika, donde eran fiestas. María Paz, Maite, la

nanny y los niños fueron a ver el *Urdaibai Bird Center*, un museo situado a poca distancia del castillo para el conocimiento del mundo de las aves y provisto de un observatorio. Julia y Xabier aprovecharon para visitar a unos amigos que habían creado un pequeño paraíso en lo alto de un monte desde donde se divisaba Bermeo y la costa; su casa rural estaba considerada una de las mejores de Europa, pero eran sobre todo sus invernaderos y su producción ecológica lo que ellos querían ver. Por su parte, Juan Ignacio, Begoña, Jon y sus respectivas parejas decidieron visitar las cuevas de Santimamiñe, Juan Mari se apuntó en el último momento. Mercedes y su hijo Pablo permanecieron en el hotel; ninguno de los dos estaba por la labor de bañarse, andar, ver pájaros o cuevas. Sentados en cómodos sillones en la terraza de uno de los torreones, contemplaban el panorama mientras él bebía un *whisky* y ella un refresco.

—¿Qué ha querido decir la abuela con eso de que ha hecho un nuevo testamento?

—No lo sé. Siempre ha sido una mujer difícil, pero últimamente lo está siendo mucho más. No me cuenta nada.

—¿Crees que se le va la cabeza?

—A veces tengo esa impresión. ¿Has visto cómo han vuelto ella y la tata de la playa con las ropas mojadas? ¡Por favor!

Pablo tardó unos instantes en hablar.

—¿Sabes que existe un modo de declarar incapaz a una persona que no está en su sano juicio?

—¿A qué te refieres?

—A ver… la abuela es ya muy mayor y posee una fortuna en acciones, obras de arte, *cash*, joyas… ¿Y si se le ocurre donar todo lo que tiene, no sé… a una ONG?

—¿Por qué iba a hacer semejante cosa? Ha asegurado que todos estábamos incluidos.

El tono de voz de Mercedes reflejaba preocupación.

—Tú misma acabas de decir que tienes la impresión de que chochea.

—Pero… el testamento…

—Depende de cómo esté redactado. Y aunque tú y la tía recibierais la legítima, vete a saber cómo lo ha dispuesto. Hablaré con el abogado de la empresa. No podemos arriesgarnos.

Mercedes decidió descansar un rato antes de la cena mientras Pablo permanecía en la terraza contemplando el atardecer. Era inmune a la belleza que no pudiera comprarse, pero aquel lugar evocaba otros tiempos, y pensó que le habría gustado ser el señor del castillo, jefe de su linaje, con poder de vida y muerte sobre sus vasallos y derecho de pernada. En algún lugar había leído que tal derecho no existía en realidad; los señores no lo necesitaban, tomaban o dejaban alas mujeres a su antojo. Desde su vuelta de Madrid no había hecho el amor con Maite, tampoco con Silvia, y todavía saboreaba el recuerdo de las noches con la escritora noruega. Parecía increíble que una mujer llegada del frío lo hubiera excitado como ninguna otra, sin mojigaterías, ni falsos pudores. El sexo era consustancial a la naturaleza humana; los machos eran los jefes de las manadas, y las hembras estaban para procurarles goce, ser sometidas y parir a sus hijos, todo lo demás eran discursos vanos. Una lástima en efecto caviló, que a él le hubiera tocado vivir una época en la que las mujeres se creían iguales a los hombres. No lo eran, ni tampoco eran más inteligentes. Su madre era una mangoneadora, su mujer una beata pusilánime y su abuela una millonaria que había amasado una cuantiosa fortuna gracias a su marido. No permitiría que un solo euro de su patrimonio fuera a parar a criadas, chóferes o nietos bastardos. Acabó borracho de *whisky* y a duras penas logró llegar a su habitación y tumbarse en la cama.

Unos días más tarde, Margaret visitó a doña Nieves por primera vez por así decirlo; su relación era cariñosa, pero no lo suficientemente profunda, limitándose sus encuentros a cumpleaños, bautizos y fiestas familiares. Pasaron el día juntas, comieron, hablaron, y la inglesa supo más acerca de su familia política en unas horas que en los muchos años que llevaba casada con Jon. No dejaba de sorprenderla que la abuela de su marido se confiara a ella de manera tan descarnada, que le hablara de su vida en el pueblo durante y después de la guerra, la pérdida de su primer hijo concebido fuera del matrimonio, los inicios de la editorial que había llegado a ser una de las más importantes del país, la relación entre sus miembros y la de estos con otras personas a quienes no

conocía. Intentaba memorizar nombres y hechos, le estaba poniendo en bandeja un magnífico guión para una novela, pero la anciana no dejaba de hablar, saltaba de un tema a otro, y resultaba difícil retener tanta información.

—Creo que nunca te lo he dicho, pero he leído todos tus libros —dijo al fin—. Y no los habría leído de no haberme gustado la forma en la que escribes. Hace tiempo decidí que no merecía la pena perder el tiempo con historias que no cuentan nada, aunque estén bien escritas. Muchas son simples ejercicios de autocomplacencia, egos, baratijas literarias de autores que creen que es suficiente con dominar léxicos y gramáticas para escribir historias vacías de contenido que se olvidan una vez leídas. Sé de lo que hablo, yo también escribo.

Sonrió divertida al observar la mirada sorprendida de Margaret.

—Lo hago desde hace años, casi toda la vida —prosiguió—, pero no lo suficientemente bien y jamás se me ha ocurrido publicar a pesar de tener todos los medios a mi alcance. Nadie de la familia sabe que escribo, solo Reme. Ni siquiera lo supo mi querido Gervasio, que en paz descanse. Te estarás preguntando por qué te he pedido que vengas… Como ya te he dicho, soy lectora tuya y admiro tu habilidad para componer tramas ficticias en escenarios reales. Aparte de mi nieto Juan Ignacio, creo que tú eres la única que sabe de literatura en esta familia de editores. Si no te importa, acércame esos dos archivadores que están en la segunda balda de la biblioteca, en la esquina.

Los archivadores contenían diez cuadernos de los grandes y carpetas de plástico repletas de fotografías.

—Aquí tienes la historia de la familia Egurra Otadui. Quiero que la guardes tú.

—¿Y por qué no una de tus hijas o uno de tus nietos?

—Porque… Ya lo verás si es que la lees.

—La leeré, te lo prometo.

—Gracias, querida. Haces muy feliz a esta anciana. Y otra cosa, si algo de lo que encuentras te inspira para escribir una novela, hazlo, pero no dejes que lo haga nadie más.

Margaret se despidió poco después y fue a la casita del Puerto Viejo a dejar los archivadores. No tenía intención de leer los cuadernos mientras doña Nieves viviera; sería como espiar en su

intimidad.

7
EL PROYECTO

Apenas dos semanas después de la celebración del cumpleaños de la matriarca, Emilio Goián se presentaba en el caserío de Julia y de su pareja. Su visita no fue inesperada, había llamado antes para avisar. Él también se sorprendió al encontrar a la mujer vestida con pantalones, camisa y alpargatas, y recordó las palabras de Manu Lardazabal en cuanto a que aquellos dos eran un par de *hippies* ecologistas. Tampoco le pasó desapercibida una cierta animosidad en ella, aunque la olvidó cuando su pareja lo invitó a acompañarlo a ver los invernaderos. No le había dicho que, en realidad, no tenía ni idea del asunto, solo era un halcón al acecho en todo momento de un buen negocio que había trabajado para el inversor que compró la empresa de Argentina; su cometido se limitó a desmontarla y venderla por partes al mejor postor.

La propiedad no era ni de lejos interesante desde el punto de vista de una posible especulación, aunque no pudo evitar pensar que, visto el auge del turismo en el País Vasco, algo impensable años atrás, no sería mala idea transformar el caserío en un hotel rural de lujo para turistas adinerados que desearan experimentar lo que era la vida en el campo, al igual que otros se alojaban en monasterios o incluso en cárceles. La sociedad del siglo XXI, la de Internet y las modernas tecnologías, buscaba experiencias nuevas, y allí estaban él y otros como él dispuestos a proporcionárselas, aunque, por ahora, solo le interesaba convencer a Julia para que apoyara la ampliación de capital del Grupo Egurra a fin de dar el gran salto. Tocó el tema a los postres, mientras degustaba unas manzanas asadas regadas con coñac que le supieron a gloria. Les

habló de lo muy agradecido que les estaba por haber confiado en él la marcha de la empresa y el reto de modernizarla siguiendo el devenir del momento que obligaba a plantearse nuevas actividades. Xabier afirmaba con gestos de cabeza, pero ella permanecía aparentemente impasible.

—Al grano —dijo al fin—. ¿A qué has venido en realidad?

Sabía reconocer a un antagonista y, estaba claro, ella lo era. Se preguntó por qué habría votado a su favor, pero no intentó averiguarlo y les expuso su idea de convertir al Grupo Egurra en la mayor empresa editorial del Estado, pero, para ello, era necesario ampliar el capital, adquirir editoriales menores a lo largo y ancho del país, incluso en el extranjero, y por supuesto medios de comunicación.

—Hoy en día, quien posee los medios tiene un as en la manga. Sin ellos no hay nada que hacer, al menos en nuestro negocio —concluyó con una sonrisa que, por lo general, conquistaba a sus oponentes.

—¿Y por qué nos cuentas esto? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Porque sois accionistas de la empresa.

—Yo no tengo nada que ver —apuntó Xabier.

—¿Qué es exactamente lo que nos estás pidiendo? Porque has venido por algo, ¿no es cierto?

—Que apoyes el aumento de capital.

—Y para eso…

—Habrá que vender parte de las acciones.

—¿Qué dice mi madre?

—Todavía no he hablado con ella.

—Pues vuelve cuando lo hayas hecho. Tengo que ir a dar de comer a las gallinas y a los conejos.

¡Maldita mujer! ¡Parecía una mosquita muerta y era igual que la vieja! La vio desaparecer en el gallinero, pero no perdió la sonrisa.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó a Xabier.

—Nada.

Algo más tarde se encontraba con Lardazabal en un *pub* de El Ensanche.

—¿Y bien? —pregunto este.

—Dice que hablemos primero con su madre.

Manu no pudo evitar una sonrisa. Había conocido a Gervas en los Escolapios, y juntos habían estudiado en la Universidad de Deusto, fueron padrinos de sus respectivas bodas, aunque él no tuvo suerte; su matrimonio duró el canto de una golondrina, era también el padrino de Jon. Viudo y sin hijos, la familia de su amigo había ocupado el lugar de la que tendría que haber sido la suya; lo adoptaron como a uno más, y él respondió a su cariño de la mejor manera que supo, aconsejando y ayudando cuando había problemas. La idea de Goián no era mala, los tiempos mutaban a velocidad extraordinaria, y era preciso adaptarse, pero la ambición es mala consejera, y transformar una editorial puntera en un emporio de intereses diversos tenía sus riesgos, el más importante en su opinión perder la esencia de lo que había sido el germen de la empresa, en este caso los libros, la buena literatura, concebida por el fundador no solo como medio de vida, también como vehículo de cultura. El viejo Gervasio lo tenía muy claro: la lectura enseñaba, la gente aprendía leyendo. Él mismo solía decir que, pese a no haber pasado de la escuela, había aprendido historia, filosofía, arte, creencias, modos de vida y mucho más gracias a los libros, de ahí su empeño en editar lo que mereciera la pena, no vulgares panfletos de entretenimiento. Doña Nieves había trabajado hombro con hombro con su marido, y estaba casi seguro de que se negaría a un cambio de política. Gervas opinaba igual que su padre, también Juan Ignacio, pero, a la vista estaba, la teoría y la práctica chocaban en un mundo de intereses económicos en el que siempre ganaba el más fuerte. El Grupo Egurra solo tenía dos posibilidades: triunfar o ser absorbido, y para sobrevivir era necesario invertir, aunque fuera en negocios que poco o nada tenían que ver con los libros. De todos modos, él no era sino un espectador, y la venta o inversión de sus pocas acciones no iban a cambiarle la vida, pero era asimismo un gran lector, en especial le gustaban las historias de sagas familiares, y aquella trama tenía los mimbres de *Los herederos* de Isaac Bashevis Singer o de *Los Buddenbrook* de Thomas Marin, si bien todavía era pronto para conocer el epílogo.

—Supongo que irás tú a hablar con doña Nieves. A fin de cuentas, ella te eligió…

—Nos presentó alguien que los dos conocemos —respondió Emilio—. Ya me perdonarás, pero he quedado para cenar con un

amigo y quiero darme antes una ducha.

No era cierto, no había quedado con nadie, pero no quería continuar con la conversación. Le caía bien Lardazabal, era un hombre con experiencia que había creado varias empresas de éxito y las había vendido antes de jubilarse aun manteniendo parte de las acciones, pero no ignoraba su gran amistad con el anterior director general y su familia. A veces, tenía la impresión de que lo espiaba, de que controlaba sus movimientos, así que cuanta menos información tuviera acerca de él, mejor. Por supuesto, no le dijo que aquel "alguien" que le había presentado a doña Nieves era Jorge Ibáñez, el chófer.

Se sorprendió al encontrárselo un día en un prostíbulo por el que aparecía cuando el cuerpo le pedía guerra. Pudiendo tener a cualquier mujer u hombre que deseara, aquel prostíbulo de mala muerte era una actividad peligrosa que afrontaba como cualquier otra de sus aficiones; pagaba generosamente y no utilizaba condón, aunque luego acudiera a su masajista y se hiciera inyectar una dosis de penicilina G a fin de prevenir la sífilis. Fue allí donde se tropezó con Ibáñez, en la puerta, y ninguno entró; se fueron de copas. Se conocían desde hacía tiempo, habían coincidido en los campeonatos de España de *motocross* y, en compañía de un grupo de apasionados, habían acudido a la Isla de Man a presenciar el *Tourist Trophy*, la prueba de velocidad más rápida y peligrosa del mundo. Luego se habían perdido de vista. Su antiguo colega de afición le contó que trabajaba de chófer para los Egurra, los años no pasaban en balde, y había que comer.

—Pero estoy contento. Gano bastante más que otros y trabajo bastante menos —añadió—. Mi jefa es una señora mayor, sale poco y, por lo general, me avisa cuando va a hacerlo. Vivo en el barrio de Romo, cerca de Neguri, así que acudo al momento cuando me llama.

—Esa señora, tu jefa…

—Doña Nieves. Es la dueña de la empresa familiar, por así decirlo, la editorial Egurra. Nadie mueve un dedo sin que ella lo apruebe.

—¿Me la presentarías?

Estaba al corriente del volumen empresarial del grupo, había investigado en la Cámara de Comercio, en Hacienda, consultado los

directorios de empresas, la información mercantil, el balance de situación… En fin, todo lo que pudiera saberse del Grupo Egurra.

Se vanagloriaba de conocer a las personas a la primera ojeada, y supo enseguida que la venerable anciana que tenía delante era todo menos tonta y que más valía ser franco con ella. Le dio el pésame por la muerte de su hijo y pasó sin más dilación a hablarle de él, de sus viajes y de los puestos relevantes que había ocupado en empresas de ámbito internacional. Añadió que su padre se había deslomado trabajando a fin de darle una carrera universitaria; era ya un hombre mayor con achaques, uno de los motivos por los cuales deseaba dejar de ser un expatriado, estar junto a él y crear una familia antes de que fuera tarde. Lo siguiente que supo meses más tarde fue que había sido elegido CEO del Grupo Egurra S. A.

Habló por separado con los cuatro nietos. Pablo, por supuesto, estaba de acuerdo en ampliar el negocio, y con más motivo cuando él le propuso la dirección de la división audiovisual. A Begoña también la atrajo prometiéndole el control de los recursos humanos de una empresa el doble, o triple, de la actual, aunque, si lo prefería, podría hacerse cargo de los medios de comunicación, que serían asimismo mucho más amplios que en la actualidad. Juan Ignacio se le resistió aduciendo su vocación de editor de obras de calidad, no de cualquier tipo de libros. Lo convenció con la promesa de que Ediciones Egurra seguiría la misma línea editorial, al tiempo que se crearían nuevos sellos para otras publicaciones, que él también supervisaría. Jon tampoco puso trabas; ser el director financiero de una multinacional no era algo que pudiera rechazarse a la ligera. Aun así, nada podría hacerse sin contar con doña Nieves y con su hija pequeña. Se dilucidó quién sería el “valiente” que iría a hablar con la señora en una reunión posterior en la que los cuatro nietos se hallaban presentes.

—Lardazabal y los inversores madrileños están también de acuerdo. Solo queda convencerlas, a ella y a vuestra tía Julia, y esta hará lo que decida su madre.

Les tocó ir a Juan Ignacio y a Jon por la simple razón de que ambos eran los que mantenían una relación más estrecha con la abuela. Los escucharía, aseguró Goián, y, una vez convencida, pondrían en marcha la maquinaria que llevaría al Grupo Egurra S. A. a lo más alto del mundo empresarial. La anciana, en efecto,

escuchó con atención a sus nietos, pero en ningún momento exteriorizó lo que pensaba, y la única respuesta que obtuvieron fue que se lo pensaría y que ya les diría algo cuanto antes.

—No va a aceptar —dijo el mayor de los primos ya en la calle.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la conozco. Quizás sea mejor así. No acaban de convencerme demasiado todos esos proyectos de expansión que plantea Emilio. No nos hacen falta, estamos bien como estamos.

Karmele había preparado la lista solicitada de posibles autores y autoras, tanto de la casa como de otros sellos. Su jefe no le aclaró para qué la quería, si bien dejó caer que se trataba de algo "especial". Llevaba en la editorial desde poco después de la muerte del fundador, y estaba contenta. Su principal cometido era leer los originales que les llegaban todos los días, desechar los que no interesaban por su baja calidad sintáctica o su contenido, y releer los aprovechables, que solían ser uno o dos cada mes, en ocasiones ni eso. Un trabajo anónimo, pero su jefe confiaba plenamente en su criterio y le permitía decidir qué obras serían publicadas en los meses siguientes. Se trataba de una labor de responsabilidad, una especie de espada que cortaba de cuajo las esperanzas de muchos de llegar a ser escritores algún día, pero no dejaba de sorprenderle la ignorancia literaria de la mayoría de los originales que debía juzgar. Leía varias páginas del comienzo, otras hacia la mitad y las últimas; solo con eso ya sabía lo que iba a encontrarse y únicamente se molestaba en leer la obra completa cuando pasaba la primera criba, o si la trama mostraba indicios de ser atractiva a pesar de sus deficiencias, ya se encargarían ellos de ponerla a punto. A fin de cuentas, ¿qué se valoraba?, ¿la idea o la redacción? Ambas deberían serlo, pero era increíble el número de personas que pensaban que escribir era solo contar una historia sin prestar la menor atención a la escritura. Había literalmente reescrito un par de obras de comienzo a fin, aunque odiaba ser una "escritora fantasma", apelativo atribuido a los anónimos correctores de estilo encargados de transformar en legibles originales que no lo eran. En ambas ocasiones había tenido que soportar las críticas laudatorias dedicadas a los supuestos autores sin que estos se hubieran

molestado siquiera en darle las gracias y estaba decidida a no repetir la experiencia.

Don Jerónimo Urdan, su profesor de Literatura en la facultad, repetía a menudo un mantra: "*para escribir bien un texto de ficción hacen falta tres cosas: haber leído antes mucho, ser creativo y, ante todo, tener algo que contar*". Le llegaban textos imaginativos, aunque claramente influenciados por las modas, y recibía decenas de originales meses después de aparecer un *bestseller* de repercusión internacional. Puede que, como decía el profesor, todo estuviera ya escrito, sin embargo, quería creer que un día se toparía con algo diferente. Mientras tanto, leía, corregía, daba el visto bueno y, en la intimidad, releía los libros que atesoraba en su biblioteca: Dostoievski, Proust, Hugo, Dickens, Tolstoi, Dickinson, Stevenson, Conrad, Ibsen, Pessoa, Orwell y muchos más, todos extraordinarios novelistas, dramaturgos, poetas. Era lectora de los clásicos desde que tenía edad para recordar y le asombraba que algunos autores exitosos no los mencionaran al ser preguntados por sus escritores favoritos. A escribir se aprendía leyendo, no había otro camino, también lo decía don Jerónimo, y aunque ella nunca fuera capaz de novelar una historia, sí lo era para juzgar las que otros escribían.

La lista no era muy larga, apenas media docena de nombres. Su jefe lo había dejado bien claro:

—No tienen que ser extranjeros ni desconocidos del todo, ni haber recibido un premio de esos rimbombantes dados a dedo. Tampoco me valen los de un solo libro que saltan a la fama y desaparecen después, ni los de las listas de más vendidos, que ya sabemos cómo funcionan. Ante todo, Karmele, que sean buenos.

Creía que le resultaría fácil, pero no; el catálogo era interminable. Había cientos de nombres, y pasó horas y horas metida en Internet, revisando blogs de autores, asociaciones de escritores, empresas de autopublicación, entradas en Facebook y Twitter; consiguió información de la Agencia del ISBN, de CEDRO, de las asociaciones de editores y libreros y, cuanto más indagaba, más desalentada se sentía. ¡Era como buscar una aguja en un pajar! Finalmente, decidió ir a hablar con el profesor.

Don Jerónimo se había jubilado, aunque continuaba con su labor docente, ahora impartiendo charlas aquí y allá en bibliotecas, casas de cultura, pueblos pequeños. No lo había visto desde que

acabó la carrera y la sorprendió que él se acordara de ella. Luego recordó su fama de memorión que, por lo visto, conservaba. Le explicó dónde trabajaba y que debía encontrar a un autor o autora singular, en el sentido de que fuera una piedra en bruto dentro del mundo literario "oficial", alguien cuya calidad estuviera fuera de toda duda, que ya hubiera editado y que no fuera demasiado conocido. La editorial buscaba nuevas plumas, pero resultaba difícil, dado que los mejores escritores ya estaban comprometidos, y de que tampoco era cuestión de robárselos a otras editoriales a base de adelantos millonarios, algo que, por otra parte, ya no se estilaba demasiado debido a la caída de las ventas de libros en los últimos años.

—¿Conoce usted a alguno que merezca la pena?

El hombre la había escuchado con atención y sonrió. Le habló de autores y autoras que publicaban en grandes y medianas editoriales, incluso pequeñas, desapercibidos para la crítica especializada, ausentes de los eventos literarios instituidos para mayor gloria de los organizadores, ignorados por los medios de comunicación y que, sin embargo, contaban con lectores fieles, él entre otros. Y le dio nombres, que ella apuntó en la libreta que siempre llevaba en el bolso. También le prestó varios ejemplares, que prometió devolver en cuanto los hubiera leído; una buena disculpa para reencontrarse con él solo para hablar de literatura.

Juan Ignacio repasó la lista y frunció el ceño; aquellos nombres no le sonaban ni de lejos, ni siquiera los que publicaban con la competencia, y que él debería conocer, pero accedió a leer los libros que ella puso ante él con la recomendación de que se los devolviera porque se trataba de un préstamo. Su mujer y sus hijos habían regresado ya de Mundaka, pero los tres se habían vuelto a marchar. Maribel comenzaba la carrera de Artes Escénicas en Madrid, y su madre y hermano la habían acompañado; la primera para asegurarse de que disponía de un alojamiento adecuado, y Jaime porque todavía le quedaban dos semanas antes de empezar el segundo curso en la Escuela de Ingenieros y le apetecía darse una vuelta por la "capital del reino", dijo no sin guasa. Tenía por tanto unos días para pasarlos en su segundo hogar.

Itziar lo encontró ensimismado en la lectura de una novela de poco más de doscientas páginas que ya casi había acabado. El título

le era conocido, puede que lo hubiera tenido en la librería, pero no lo había leído; no podía leer todo lo que le llegaba. Tras una cena frugal, mientras afuera llovía, cada uno cogió uno de los libros de Karmele y se enfrascaron en la lectura. Días más tarde, fin de semana incluido, ambos habían leído los seis ejemplares prestados. Exceptuando un par de ellos, los otros cuatro les habían causado una grata impresión, tanta que Juan Ignacio decidió que se pondría en contacto con sus autores. Quizás ninguno de ellos ganara la *Super Bowl*, como llamaba al para él extravagante proyecto de Emilio, pero tenía claro que se trataba de excelentes escritores, dignos de ser publicados en Ediciones Egurra.

Tal y como suponía, Goián puso trabas cuando él le habló de los dos autores y de las dos autoras que podrían optar al premio de marras. Antes se había documentado acerca de ellos; tres andaban en torno a los cuarenta, y una frisaba los sesenta. Los cuatro trataban temas muy diferentes, englobados en algunos de los llamados subgéneros, negra, histórica, psicológica y dramática, aunque para él solo existía un único género: la novela.

—¿No hay más? —preguntó Emilio—. Tiene que haber más.

—Sí, bueno, tengo una lista con otros, pero he leído a estos y puedo asegurarte que cualquiera de ellos merece la pena.

—¿Son conocidos?

—No, si por “conocidos” te refieres a si pertenecen a la élite literaria, pero tienen lectores.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

—A ver, Juan Ignacio. La idea no es dar uno de esos premios que conceden los ayuntamientos o las asociaciones culturales de cualquier pueblo. La idea va mucho más allá. Debe crear unas expectativas, que ya nos encargaremos de publicitar a su debido tiempo. Pero no puede ser para un autor desconocido del gran público.

—¿Te refieres al público que no lee? —preguntó mordaz.

—Pero compra, que es lo que nos interesa. Si das un premio millonario, si lo publicitas, si creas expectación, la gente compra el libro solo porque aparece en los medios.

—Igual que si fuera una batidora o un champú.

—Igual. Todo el mundo quiere dárselas de culto, y ¿qué hay más

culto que decir que uno tiene la novela que está de moda?

—Aunque sea una chapuza…

—Ya te encargarás tú de que no lo sea. De todos modos, te echaré una mano. Tengo amistades en el mundo editorial, y seguro que podrán aconsejarnos.

El editor calló, pero por su mente pasó una escena leída en un original malísimo que había rechazado, en la que un empleado tiraba a su jefe por la ventana. Ojalá su abuela se negara a vender parte de sus acciones, y también la tía Julia. Quizás tendría que ir a hablar con ellas, aunque ello supusiera una traición al Grupo Egurra y a sus ansias de expansión. Les iba bien, eran una de las mejores editoriales del país, gozaban del respeto de sus colegas, ¿por qué fastidiarlo con un premio que todo el mundo sabría que estaba dado de antemano, aunque luego hicieran el paripé de anunciar a bombo y platillo que habían recibido tropecientos originales y que les había costado decidir a quién dárselo? Su padre y, antes que él, su abuelo le habían enseñado que la honestidad era el bien más preciado de todo empresario. Un empresario deshonesto estaba abocado al fracaso personal por muchos millones que atesorara, y él no estaba dispuesto a que Ediciones Egurra perdiera la credibilidad que tanto esfuerzo había costado lograr.

Emilio permaneció pensativo cuando él abandonó su despacho; era un excelente editor, pero carecía de visión de futuro y, probablemente, rio colaboraría en su ambicioso proyecto, pero él tenía las cosas muy claras; buscó un nombre en su lista de contactos del móvil y marcó un número.

8
EL DIVORCIO

La bomba estalló un día a comienzos del otoño. Maite rogó a su marido que abandonara el domicilio conyugal a la espera de que su abogado dispusiera los papeles para el divorcio. El piso era de ella, regalo de bodas de sus padres, y no estaba por la labor de aguantar a un adúltero bajo su techo. No solo conocía su relación con una tal Silvia, le informó, también estaba al corriente de otros líos mantenidos a lo largo de sus diez años de matrimonio, dio pelos y señales y le mostró fotografías comprometidas en las que aparecía en compañía de diversas mujeres, todas rubias, algunas conocidas. En ningún momento alteró su tono de voz, ni mostró enojo; habló como de costumbre, como la señora bien educada que era, incluso de manera amable, pero firme.

Pablo se quedó de una pieza. Su primer impulso fue negar las evidencias, algo difícil teniendo en cuenta la mucha información de la que ella disponía. Luego pensó que salía ganando, a fin de cuentas, pues volvería a ser libre para hacer lo que quisiera; pidió a la sirvienta que le preparara una maleta de las grandes y dejó dicho que volvería a recoger sus cosas, entre estas el *Picasso* adquirido por él tras recibir su parte de la herencia del abuelo Gervasio. No tenía ganas de ir a casa de sus padres, solo le faltaba tener que aguantar las recriminaciones de su madre; necesitaba estar solo y, ese mismo día, alquiló un apartamento amueblado en las torres Isozaki.

Tras encargar una *pizza* y una caja de cervezas, tecleó la palabra “divorcio” en el portátil y permaneció hasta altas horas de la madrugada dándole vueltas a su nueva situación, bastante más complicada de lo que en principio había creído: custodia de los

hijos, régimen de visitas, pensión alimenticia, liquidación del régimen económico… ¿Qué había ocurrido para que Maite, de habitual comedida, tomara una medida tan drástica, sin haberlo hablado antes con él, sin haberlo prevenido? ¿Y de dónde había sacado tanta información? Nunca le había dado motivos para sospechar de sus aventuras; dormía todos los días en casa, acudía con ella a eventos y comidas, también había estado presente en los tres partos… Pero los nombres de sus amantes, las fotografías, no dejaban resquicio: había sido vigilado, y desde luego aquel espionaje no era obra de ella, sino de un profesional. Solo se le ocurrió pensar en su suegro, su maldito suegro, el hijo de puta.

No se cayeron bien desde un principio. Aurelio Buisan dejó claro que un joven incapaz de acabar una carrera no era el partido deseado para su única hija, educada en los mejores colegios, que había estudiado idiomas en París y en Londres, heredera de una cuantiosa fortuna de la que él no vería un céntimo, pues no aprobaría la boda a menos que las capitulaciones matrimoniales fueran en régimen de separación de bienes que, además, serían supervisados por sus abogados.

—Por lo que pueda pasar —añadió.

No lo mandó al infierno porque no era aconsejable tenerlo en contra y porque ella adoraba a su padre; un enfrentamiento entre ellos habría dado al traste con sus planes de emparentar con el todopoderoso banquero. Aguantó sus insinuaciones, sonreía cada vez que lo presentaba como “el nieto de Gervasio Egurra”, omitiendo su nombre, e intentaba mostrarse indiferente cuando le hacía un comentario acerca de su trabajo de correveidile de su tío Gervas, decía. En algún momento se le ocurrió que le ofrecería un puesto en el banco, algo que no tardó en desechar; ni Aurelio se lo propuso, ni él se lo pidió. Lo único que parecía satisfacer a su suegro era la presencia de sus nietos, dos chicos y una niña, de quienes estaba sumamente orgulloso y para quienes no cesaba de hacer planes sin contar con él. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que lo había hecho espiar durante aquellos años, ¿cómo si no tendría Maite fotos con esas mujeres, a algunas de las cuales no había vuelto a ver?

—¡Cabrón! —exclamó.

Lo uno trajo lo otro. Aunque ellos llegaran a un acuerdo

amistoso, su maldito suegro haría lo posible por complicarle la vida y, peor, retirar al Grupo Egurra la garantía bancaria. La relación entre las dos entidades databa de la época del abuelo, con quien Aurelio mantenía una gran amistad, así como con su tío, pero ahora ya no era la misma. Se tranquilizó diciéndose que, en cuestiones de dinero y beneficios, un banquero dejaba de lado los sentimientos personales, pero no estaba seguro de que fuera a ser así en su caso; el padre de su mujer tenía un punto vengativo y consideraría su comportamiento una ofensa al honor de su hija y de la familia Buisan. Ya no existían los duelos con pistolas porque, de existir, el tipo le enviaría sus padrinos. Llamaría a Maite, quedaría con ella en algún lugar romántico, le regalaría algo especial y la camelaría como siempre había hecho.

Lo despertó una llamada en el móvil a las ocho de la mañana, hora en la que por lo general salía para la oficina, y tardó un rato en espabilarse; no había bajado las persianas y la luz iluminaba una habitación extraña para él. Su madre no dejaba de hablar, se había enterado de lo del divorcio la víspera, directamente de boca de su todavía nuera. Le preguntó que a ver si estaba loco, cómo se le había ocurrido ponerle los cuernos a su mujer y dejarse pillar, que qué iba a pasar con los niños; nunca había habido un divorcio en la familia, y el escándalo los afectaría a todos.

—Luego te llamo —le cortó, y a continuación se metió en la ducha.

A media mañana llegaba a la oficina. No observó nada raro, ninguna mirada curiosa, y se concentró en la campaña de promoción de un autor norteamericano de éxito cuya última novela estaba a punto de salir en Ediciones Egurra, una de intriga en las altas esferas del gobierno estadounidense. Quizás la leyera, por curiosidad. Al parecer, estaban grabando una serie para la televisión, noticia importante para atraer a los medios y a los seguidores de series. Juan Ignacio le había comentado con cierto desdén que estaba bien escrita, pero que la trama era una más de aquellas en las que se mezclaban sexo y política a las que tan aficionados eran los yanquis, aunque reconocía, añadió, que en España a ningún escritor se le ocurriría escribir una novela en la que el presidente del Gobierno tuviera un *affaire* escabroso u ordenara asesinar a un oponente político. El nombre del autor no le

sonaba de nada, aunque tampoco era raro, únicamente conocía los de los autores que ellos publicaban, y no los de todos. La foto del *dossier* mostraba a un hombre algo mayor que él, sonriente, posando de medio lado y con la barbilla apoyada en el dorso de su mano izquierda. Tendría que pedir a su agente algunas otras, más naturales, para enviar a la prensa; a los periodistas no les gustaba repetir imagen, y todavía no estaba confirmada su presencia para las presentaciones.

Su cuñado Ramón apareció sin avisar y lo invitó a comer. No se llevaba mal con él y tampoco quería comer solo, así que aceptó, y ambos entraron en un pequeño restaurante cercano a las oficinas donde servían el mejor bacalao de Bilbao, a decir del dueño. Sentados en un rincón del local, pidieron el menú del día y una buena botella de vino.

—¿Y cómo así por aquí a estas horas? —le preguntó.

—Hoy no tengo clase a la tarde y he pensado que te vendría bien un poco de compañía…

—¿Y eso?

—Ya sabes… Por lo tuyo y lo de Maite…

¡Maldita fuera su estampa! No quería pensar y menos tratar del tema con nadie. Lo primero que le vino a la cabeza es que la metomentodo de su madre no había tardado nada en contárselo a sus hermanos, a las tías, a los primos, y que tendría que aguantar las preguntas de todos ellos.

—Ese es un asunto privado —dijo en un tono seco.

—Vale. ¿Y qué tal con el nuevo director?

—Bien. Tiene proyectos, aunque ya veremos si puede llevarlos a cabo.

—¿Por qué?

—Pues porque la abuela y la tía Julia no están por la labor de invertir en las nuevas tecnologías y en otros negocios. No puede hacerse nada sin sus acciones.

—Doña Nieves ya es mayor…

—Y cualquier día la espicha quieres decir.

—Hombre…

—Es cierto. ¿Cuánto más durará? ¿Dos, cinco años?

—He oído que puede declararse incapaz a una persona mayor.

Eso mismo le había dicho él a su madre, aunque no habían

vuelto a tratar el tema y tampoco había hablado del asunto con el abogado de la empresa. Miró a Ramón con curiosidad. No hablaban mucho aparte de intercambiar los comentarios de costumbre cuando coincidían en los eventos familiares, no tenían gran cosa que decirse. Su cuñado siempre le había parecido un tipo gris, parecido a su propio padre; estaban, pero daba igual que no estuvieran.

—¿Y qué tal tú con tus libros? —preguntó por cambiar de tema.

El mundo literario era una selva de envidias, se publicaban verdaderos bodrios que solo servían para devastar bosques mientras los buenos escritores, él entre otros, eran desdeñados por las editoriales cuyo único interés giraba en torno a las ventas, aunque la calidad de sus publicaciones estuviera a la altura del barro.

—¿También metes a Egurra en el saco?

Había hecho la pregunta en un tono seco, a la defensiva.

—No… bueno… Aunque no entiendo por qué tu hermano se niega a publicarme.

—Tendrá sus razones. ¿Por qué no escribes algo más… no sé… asequible, algo que pueda leer todo el mundo?

—Porque yo soy un escritor de raza.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que para mí lo primero es la escritura y que no sigo modas. Escribir es una forma de expresar lo que siento, lo que pienso. Es crear. Escritor es quien escribe, y yo escribo para mí, no para ser famoso, y me importa un bledo que me lean o no.

—Ah, y entonces ¿por qué te empeñas en publicar si te da igual que te lean o no? Yo también escribo.

—No lo sabía. ¿Y qué escribes?

—Informes, campañas publicitarias, presentaciones de autores, cartas, mensajes, notas de prensa.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—No hay creación en lo que haces.

—¡Que te crees tú eso! Tengo que buscar las palabras justas, sin errores, convencer, vender a nuestros autores, incluso mentir a veces. Te aseguro que hay mucha literatura en lo que hago.

Era un diálogo que no llevaba a nada. Pablo se despidió poco después mientras su cuñado permanecía en el restaurante con un

vaso grande de *patxaran* entre las manos.

Sabía desde que era niño que había nacido para ser escritor. Lo supo desde el momento en que se dio cuenta de que, al contrario que a sus compañeros, a él no le interesaban los cuentos ni los tebeos, sino los libros de tapa dura que se alineaban en perfecto orden en la biblioteca de su padre. Podía afirmar, sin mentir, que antes de los quince años era una de las pocas personas de todas las edades que había leído *El Quijote* en versión íntegra, y sus ejercicios de redacción, influidos por los existencialistas franceses de los sesenta, dejaban pasmados a sus profesores, quienes le auguraban un más que brillante futuro en el mundo literario. Con este bagaje, la carrera de Filosofía y Letras y su dominio de la lengua, se dispuso a conquistar el mundo, pero todo lo que había conseguido hasta ahora eran aquella única edición en Egurra que no vendió ni medio millar de ejemplares, los títulos que pagaba de su propio bolsillo y las columnas mensuales en el periódico.

Sus originales le eran devueltos al cabo de semanas, incluso meses, con la coletilla correspondiente: "Lo sentimos, pero sus relatos no entran en nuestra línea de edición", lo que venía a decir que no les interesaban en absoluto. Se había asimismo presentado a los grandes galardones, los que iban acompañados de fama y una buena cantidad de dinero, pero solo obtuvo el silencio como respuesta. Lo intentó entonces en algunos concursos locales y consiguió un par de premios que halagaron su ego, pero no sirvieron para mucho; continuó siendo ignorado por lectores y críticos. Al mismo tiempo, se veía rodeado de plumillas cuyos libros aparecían en las listas de los más vendidos y eran esperados con ansiedad por los lectores, y que, a su parecer, no le llegaban a la suela del zapato. Contemplaba impotente cómo otros firmaban ejemplares entre sonrisas y parabienes en las ferias organizadas por el sector librero, mientras mascullaba algo acerca de la ignorancia de la gente, mordisqueaba el bolígrafo y mantenía una sonrisa de compromiso. Ya no asistía a las ferias, ni siquiera se acercaba a El Arenal durante las dos semanas que duraba la Feria del Libro de Bilbao, ¿para qué?

Gracias a Internet, conocía al dedillo lo que se cocía en torno al mundo del libro; leía artículos, blogs, entrevistas, listas de más vendidos y demás parafernalia. La red era un pozo sin fondo de

críticas, opiniones y cotilleos para todos los gustos; cualquier incompetente podía escribir sobre cualquier cosa y darse aires de literato, y él era mucho mejor que todos ellos juntos. Era momento de hacerse un hueco, de crear su propio blog y decir lo que pensaba acerca de editoriales, escritores, librerías y lectores. Le gustó la idea, se acabó el contenido del vaso, pagó la cuenta y fue directamente a casa, dispuesto a transformarse en el azote de una industria que rechazaba a los buenos y aupaba a los mediocres.

—¿Qué te ha dicho Pablo sobre lo suyo con Maite? —le preguntó Begoña mientras cenaban.

—Nada, que sus asuntos son privados.

—Mi madre está que trina, aunque era de esperar. Si yo fuera Maite haría lo mismo. ¿No andarás tú también con alguna rubia?

—¿Te importaría que tuviera una o más amantes?

—¿Qué pregunta es esa? ¡Pues claro que me importaría!

—Muchos grandes escritores las tuvieron y las tienen…

—Entonces, me alegro de que tú no lo seas.

Lo dijo con una sonrisa acompañada de un beso en la boca y un gesto provocativo invitándolo a seguirla al dormitorio, pero él no se movió. ¡Putos Gómez-Egurra! Uno le decía que no tiene calidad para ser publicado, otro que también era escritor porque redactaba notas de prensa, y la tercera le soltaba que se alegraba de que él no fuera alguien famoso. ¿Cómo era el dicho? “Hasta una hormiga muerde si la atosigas”. Estaba harto de ser una hormiga en aquella familia de prepotentes con ínfulas de superioridad. La rabia lo inspiraba, sus dedos corrían veloces por el teclado; acabó el artículo, uno genérico acerca de los males de la industria editorial, lo releyó, lo corrigió y pulsó “Compartir” en su recién creado blog, que denominó “Pepito Grillo”.

Encendió el ordenador nada más levantarse al día siguiente y comprobó, decepcionado, que no había ninguna entrada, aunque se dijo que debía ser paciente al recordar que había colgado el escrito pasada la una de la madrugada. Solo tenía un par de clases esa mañana y regresó a casa en cuanto acabó en lugar de deambular por las librerías; sonrió satisfecho: trescientas cincuenta y cuatro personas alcanzadas, dos “me gusta” y uno compartido. No estaba mal para ser la primera vez, y escribió otro artículo, más largo, más punzante, acerca del maltrato al que se veían abocados valiosos

autores por parte de las editoriales importantes. La respuesta en esta ocasión fue bastante mayor, incluso con comentarios que le daban la razón y exponían sus casos. Por lo visto, él no era el único en sufrir la desidia editorial, aunque también habría que saber qué tipo de libros escribían aquellos supuestos autores… De todos modos, malo o bueno, bienvenido aquel que tuviera alguna queja, al menos por el momento.

Olvidó Internet y se centró en su nueva obra, una novela. La idea se le había ocurrido tiempo atrás, después de leer una en la que un autor asesinaba a su editor por considerar que lo engañaba, que había vendido muchos más ejemplares de los declarados en su liquidación anual. Era imposible para un autor conocer las cifras de ventas, así que uno debía fiarse. ¿Y si se habían vendido de sus primeros relatos más de aquellos quinientos? El difunto tío Gervas y Juan Ignacio no solo serían unos embusteros, también unos imbéciles, pues habrían perdido la oportunidad de hacerse de oro con él. Aunque… ¿por qué iban a hacer algo así en contra de sus propios intereses? ¿Lo odiaban acaso por algún motivo que se le escapaba? Algo así debía de ser, pues no había otra explicación. Garabateó en su cuaderno de apuntes las líneas maestras de la narración, un escritor que busca venganza al ser rechazado por una editorial, y definió a los personajes principales, sosias de la familia Egurra aunque, eso sí, con otros nombres. A continuación, empezó a escribir y no se detuvo hasta que llegó Begoña.

—¿Estás con la columna para el periódico?

—No. He empezado con una novela.

—Me alegro. ¿Y de qué va?

—Es de género negro.

—¿De asesinatos y esas cosas? Me encantan. ¿A quién matas?

No respondió, y ella tampoco siguió preguntando. Sabía que a su mujer le importaba bien poco su carrera literaria, de hecho, sospechaba que pensaba igual que sus hermanos: que él no valía para escribir. Nunca lo había animado y, ahora que lo meditaba, tampoco le había dado su opinión respecto a lo que ya había escrito; en todo caso le hacía algún comentario cuando salían sus columnas. Les demostraría que estaban equivocados, se arrepentirían de su menosprecio cuando la crítica aplaudiera su nueva novela.

No había transcurrido un mes desde que Maite lo había echado del piso cuando Emilio Goián invitó a Pablo a comer los dos solos, recalcó lo de “solos”. Este supuso que sería para tratar de los nuevos proyectos y acudió a la cita encantado, convencido de que ya era una realidad el puesto prometido en la nueva organización. Hablaron, en efecto, de la marcha de la empresa, de las esperanzas puestas en la ampliación con miras a otras actividades, alejadas de la edición de libros y revistas, en especial en el ámbito de los audiovisuales, cine y series para televisión incluidos.

—Pero tenemos un inconveniente…

Era preciso contar con un gran apoyo económico, en concreto el de la Banca Buisan, máxima avalista del Grupo Egurra hasta la fecha. Cierto que podrían intentarse otras vías, pero los bancos se mostraban remisos a las aventuras tras la crisis, y llevaría mucho tiempo llegar a un acuerdo con otros, lo que retrasaría los planes. Ellos no eran los únicos en plantearse una ampliación de la actividad; no había más que fijarse en el número de coproductores que aparecían en los créditos de películas y series. También podrían buscar nuevos inversores, pero ya lo habían hablado, para eso sería preciso vender parte de las acciones y contar con la aprobación de doña Nieves, algo poco probable por el momento.

—No veo el problema… El banco siempre nos ha avalado.

—Precisamente. Aurelio Buisan nos ha comunicado que su entidad retirará la garantía bancaria a menos que… a menos que prescindamos de ti.

Pablo permaneció mudo durante unos instantes.

—¡Lo sabía! ¡Maldita sea la madre que lo parió!

—Es un tipo poderoso…

—¡Es un hijo de puta!

—Que en estos momentos tienen la sartén por el mango…

—¿Y piensas echarme del negocio de mi familia? ¿Así por las buenas, porque ese cabrón quiere acabar conmigo?

—Le he estado dando unas cuantas vueltas. Necesitamos el apoyo de su banco para crear una compañía a nivel internacional, y cuanto antes nos pongamos a ello, mejor para todos. Por otra parte, imagino que a tu familia no le hará ninguna gracia que te despidamos, aunque, aquí entre nosotros, deberías haber sido un poco más cuidadoso con tus líos amorosos… Esto es lo que te

propongo. Desapareces durante el tiempo necesario para que montemos el tinglado y vuelves una vez conseguido.

—¿Y qué hago mientras tanto? ¿Tocarme los huevos?

—He hablado con alguien a quien conozco desde hace tiempo. Está dispuesto a contratarte para un tema de imagen. No cobrarás tanto como en Egurra, pero aprenderás cosas interesantes, aunque tendrás que vivir en Madrid durante una temporada.

—¿Y qué es lo que vende ese tipo? ¿Jamones?

—Es un político.

Dos semanas más tarde, Pablo Gómez-Egurra se instalaba en un apartamento del centro de Madrid.

Había intentado hablar con Maite, invitarla a una cena íntima en el restaurante más caro de Bilbao, pero ella respondió que no tenía intención de tratar con él de nada que no fuera el divorcio y sus condiciones, y todavía no había recibido los papeles del abogado. Con la excusa de que a su mujer no le gustaban, devolvió a la joyería los pendientes de brillantes que había comprado para camelarla y se despidió de los niños en el parque bajo la atenta vigilancia de la niñera; a Silvia no le dijo ni adiós. La víspera de su marcha, cenó en casa de sus padres, en compañía de sus hermanos, los cinco solos; todos estaban al corriente de la condición impuesta por Aurelio Buisan, aunque nadie mencionó el motivo de la misma. Le dio la impresión de que incluso, por diferentes motivos, sentían un cierto alivio al verlo desaparecer durante una temporada. Sus padres preferían tenerlo lejos mientras se tramitaba el divorcio, y Begoña podría al fin ocupar su puesto en la empresa, algo que ambicionaba desde hacía tiempo. Juan Ignacio fue el único que hizo un comentario que agradeció:

—Ni el abuelo ni el tío Gervas habrían aprobado semejante chantaje. A este paso, Ediciones Egurra desaparecerá vista y no vista.

A la mañana siguiente, cogió el avión en Loiu y ni se molestó en mirar hacia abajo, ¡a la porra con todos y todo!

9
BUÑUELOS CON NATA

Nadie sabía por qué razón Mercedes se empeñaba en celebrar sus cumpleaños rodeada de toda la familia. Desde siempre organizaba un banquete digno de una boda real que, a lo largo de los años, se había convertido en un evento obligado en el calendario familiar, al igual que la comida de Navidad; recibía en su enorme salón y agradecía los regalos, aunque luego fueran a parar al trastero. Lo único que no consiguió aquel año fue que asistieran a la celebración de la misa en la parroquia de San Ignacio de Loyola, ni siquiera sus propios hijos e hija. Acudió a la iglesia en compañía de su marido, su madre y María Paz, lamentando la falta de devoción de los demás y rogando para que volvieran al buen camino. Ella era una verdadera creyente, convencida de que Dios marcaba el destino de cada uno y de que los juzgaría por sus buenos y malos actos el día del Juicio Final. Devota del santo de Azpeitia, entregó al párroco una generosa limosna y dio un billete de diez euros ala asombrada mujer que pedía a la puerta del templo, centrándose a continuación en la fiesta.

Su organizada vida y la de la familia se habían visto alteradas por el fallecimiento de Gervas, la nueva dirección de la empresa y el divorcio de su hijo; era preciso por tanto recordar que los Gómez-Egurra y los Egurra en general formaban una pifia, un clan unido e incluso invitó a Iker y Xabier para demostrarlo. Lamentaba que su querido Pablo no estuviera con ellos, pero, a cambio, consiguió que acudieran Maite y los niños. Siempre se había llevado muy bien con su nuera; era guapa, elegante, culta y, sobre todo, rica, si bien torció el morro cuando se enteró de lo de la separación de bienes.

¿Desde cuándo se hacía algo semejante en un matrimonio como Dios mandaba?

Ignoraba la razón por la cual se había casado con Juan Mari, un hombre bajito y rechoncho, con una cabeza casi calva, una nariz eternamente roja como la de un *clown*, probable resultado del gran placer que sentía con una copa en la mano, y un puro siempre encendido. Tampoco ella era una belleza. De los tres hermanos, había resultado ser la menos agraciada, y las gafas de culo de vaso no ayudaban. Era como su padre, pero, al igual que él, tenía una clara tendencia a acumular más kilos de los necesarios y siempre había tenido complejo de gorda, más aún cuando observaba a su hermana y la veía esbelta y bonita, si bien ella lo compensaba con los elegantes conjuntos que le cosía una modista y su siempre cuidado peinado. Era mucho más lista que Julia, pero ¿de qué le servía? La Naturaleza no había sido en absoluto generosa con ella y, por mucho que quisiera a su madre, no podía evitar echarle la culpa de su desgraciado físico.

Pasados ya los veinticinco y sin novio, pensó que estaba abocada a ser una solterona para toda la vida. Claro que siempre quedaba el convento. La tía Felicia se había metido a monja cuando tuvo la seguridad de que no se casaría, llegando a ser superiora y directora de un colegio religioso. Si tomaba semejante decisión, no sería una monja más, sería superiora como su tía, o tal vez madre general de la Orden, que todo podía ser. Se hallaba dándole vueltas al asunto cuando acompañó a Julia y a sus amigas a las fiestas del Puerto Viejo, dispuesta como siempre a ocuparse de bolsos, chaquetas y chales mientras las otras bailaban y ella miraba. Para su sorpresa, él se la acercó y le pidió un baile. Tenía ganas de bailar, así que aceptó la invitación, y el refresco que él le ofreció comprar después, también charlaron durante largo rato. Juan Mari tenía ambiciones para la pequeña tahona heredada de su padre, y, mientras hablaba entusiasmado de sus planes y de cómo pensaba convertir el reducido negocio en una gran panificadora, su rostro anodino y vulgar se transformó, e incluso llegó a parecerle atractivo; nunca, desde entonces, volvió a sentir por él algo parecido. La dote y el aval del banco de Buisan, amigo de su padre, ayudaron a que el insignificante negocio se transformara en una empresa floreciente de la que, por supuesto, también era propietaria, pues en ningún

momento se les ocurrió hacer una separación de bienes. Hablaría con Maite y la haría entrar en razón, a fin de cuentas, su marido también le había puesto los cuernos más de una vez, y no por eso se había divorciado. Es más, incluso había agradecido la disculpa para no tener que acostarse con él, cada uno dormía en su cama.

La comida transcurrió como de costumbre en ocasiones similares, en una mesa dispuesta con gusto exquisito para la cual ordenó sacar el mantel bordado comprado en "Los Encajeros", la vajilla de porcelana de Limoges, la cubertería de plata y la cristalería de Bohemia, en la que los platos se sucedían servidos por doncellas de uniforme, vigiladas en todo momento por el ama de llaves, y en la que la guinda fue una tarta de buñuelos rellenos con nata de tres pisos, su postre favorito, elaborada especialmente para el evento por Pastelerías Gómez-Egurra. Tras los brindis y el obligado "cumpleaños feliz", los niños se retiraron a la sala de juegos y los mayores pasaron al salón de recibir, como a ella gustaba denominarlo, donde se sirvió café y licores. Todo transcurría de manera placentera, entre conversaciones anodinas, cuando ocurrió algo que los dejó estupefactos: súbitamente pálida, Mercedes se levantó del asiento y vomitó sobre la alfombra de nudos persa.

—¡Mi alfombra! —exclamó antes de desplomarse en el suelo sin sentido.

En unos instantes la rodeaban la familia al completo y los sirvientes, todos hablando al mismo tiempo, cada cual opinando sobre lo que debería hacerse; prevaleció el parecer de que era preciso llevarla al hospital cuanto antes. Minutos más tarde, cubierta con una manta, la metían en la parte trasera del Lincoln del matrimonio, y el chófer enfilaba hacia la autopista en dirección al hospital de Urduliz con un conmocionado Juan Mari sentado en el asiento del copiloto y seguido por cuatro coches más. Maite había pedido a la niñera que se llevara a los niños, y en la villa solo quedaron la cocinera y las doncellas, también doña Nieves e Iker. En la zozobra del momento, nadie, excepto el joven, había prestado atención a la anciana, quien permaneció sentada en el sillón mientras el resto salía en estampida hacia el hospital.

—¿Estás bien, *amanta*?, —le preguntó solícito.

—Salgamos al mirador. Supongo que alguien llamará para

informarnos…

Sentados en una de las butacas de la terraza, ella cubierta con una manta de mohair a fin de paliar el fresco del atardecer, ambos permanecieron en silencio durante un buen rato.

—Solo queda una —dijo ella de pronto.

—¿De qué hablas?

—Digo que solo queda tu tía abuela Julia, y yo claro. Dos hijos en menos de un año…

—A ver, *amama*, que seguro que no es nada. Habrá tenido un corte de digestión o algo por el estilo. Esas cosas pasan.

—Esperemos que solo sea eso.

—¿No pensarás que alguien la ha envenenado? —rio el joven—. Nos habrían envenenado a todos. Además, ¿quién iba a querer hacerlo?

—No lo sé.

—*Amama*, me tienes preocupado.

—¿Crees que estoy mal de la cabeza?

—Creo que habrías sido una excelente escritora de novela negra.

—¿Y qué hay del mensaje? ¿Has hecho algo?

—Ya te dijo la policía que hay mucho loco suelto por ahí… He buscado en Internet mensajes parecidos, hay mogollón. ¡Y ni te cuento la cantidad de pelis y novelas que tratan de temas parecidos! Si solo tuviéramos alguna otra pista…

Al rato asomaba el ama de llaves con cara de circunstancias para informarles de que llamaba la señorita María Paz, quería saber si la señora se encontraba bien.

—Preocupada, naturalmente —respondió ella.

—En realidad, quiere saber si se siente usted bien de salud. Al parecer… ha habido una intoxicación.

—¿Qué significa eso?

—Algunos de sus nietos, también bisnietos, han empezado a sentirse mal por algo que han comido, y los están atendiendo en el hospital. Menos mal que todavía no se han tirado las sobras porque van a venir los de Sanidad a examinarlas para saber qué ha podido provocar la intoxicación.

Doña Nieves miró a Iker antes de responder.

—Dígale que no se preocupe, estoy perfectamente.

—Yo también —añadió el joven.

—¿Y qué me dices ahora? —preguntó la anciana una vez que la mujer volvía a entrar.

—Que será salmonela o anisakis o cualquier porquería de esas que comemos sin enterarnos.

—Empieza a hacer frío. Llévame a casa si no te importa.

Poco después se hallaban bebiendo una infusión de tomillo, llantén, jengibre y zumo de limón endulzada con miel, mano de santo para las infecciones estomacales, aseguró Reme en cuanto ella y Miren supieron lo ocurrido.

—Y ahora coge un papel y un bolígrafo y escribe una lista de los platos que nos han servido.

El joven hizo lo que le pedía y apuntó el menú: entremeses, mariscos, carnes, pescados y dulces. A continuación, marcó con una equis lo que ellos dos habían comido. La una comía muy poco, pero había probado de todo a fin de no desairar a su hija; él era vegetariano en protesta contra el maltrato animal, aunque, en realidad, el hecho de que su novia lo fuera había tenido mucho que ver en su decisión. Se miraron sorprendidos, el único plato que ninguno de los dos había probado era la tarta de buñuelos rellenos con nata.

La cosa no pasó a mayores. Mercedes se recuperó tras un lavado de estómago y unos días en el hospital, aunque quedó marcada por la experiencia, asegurando a todos que había visto la luz al final del túnel. Además, los médicos le encontraron una serie de problemas que ella ignoraba tuviera: colesterol, tensión y, lo peor, diabetes, lo que la sumió en un estado depresivo del cual no logró sacarla ni su hijo Pablo, llegado al día siguiente desde Madrid. Los demás miembros de la familia presentaban diversos grados de intoxicación, algunos solo habían tenido pequeñas molestias. Los niños ninguna; habían comido un menú diferente: macarrones con tomate, pollo y helado de postre. De todos modos, era preciso averiguar qué había provocado la intoxicación alimentaria, por lo que todos los presentes en el banquete, incluidos los sirvientes, tuvieron que responder a las preguntas de un inspector de Sanidad que los citó en el palacete una vez examinados los restos del festín. Doña Nieves le hizo saber que, si quería hablar con ella, no tenía más que acudir

a su casa; la temperatura había dado un bajón, y no tenía intención de coger un frío. El hombre le hizo las preguntas por teléfono.

Iker, por su parte, había hecho su encuesta particular y llegó a la conclusión de que, en efecto, la intoxicación se debía al postre. Quienes más tarta habían comido tarta habían sido asimismo los más afectados, en especial la tía Julia, quien adoraba los buñuelos al igual que su hermana. Pastelerías Gómez-Egurra iba a tener problemas, aunque tampoco estaba muy seguro de que así fuera, pues le había comentado sus sospechas y las de la bisabuela al inspector de Sanidad, y este le había mirado con el aire displicente de un maestro a un aficionado. Habló con la cocinera cuando acompañó a su padre a visitar a doña Mercedes; en la cocina no se había dado ningún caso, nadie había probado la tarta de la que apenas quedaba rastro. También se acercó a la fábrica; el director de esta era un pariente de Juan Mari Gómez, y él se presentó como nieto de este. El hombre le confesó su preocupación por la mala imagen que un hecho así podría suponer para la empresa si llegaba a saberse, aunque, señaló, los de Sanidad ya habían hecho las pruebas correspondientes y no habían encontrado nada anómalo en la pasta ni en la nata de los buñuelos por lo que, en principio, ellos no eran responsables de la intoxicación.

—Te lo dije —aseguró doña Nieves cuando él le contó sus pesquisas—. Esto ha sido obra de alguien que envenenó la tarta en el obrador, o en el trayecto, o en casa de mi hija. Alguien que nos quiere muertos.

Decidió investigar a todas y cada una de las personas que tenían relación con la familia, empezando por los miembros de esta. Hizo una ficha de cada uno, incluidos su padre y él mismo: tíos, tías, primos y primas junto a sus parejas. A continuación, se centró en otras, en aquellas sin relación familiar, sirvientes, chóferes, jardineros y, por supuesto, accionistas y empleados del Grupo Egurra. La tarea le llevó días, aunque, por suerte, Internet era un pozo sin fondo, pese a que tenía claro que no era de fiar; más de una vez había contrastado informaciones diferentes sobre un mismo tema y no había averiguado cuál era la verdadera. Allí estaban casi todos, Emilio Goián, Manu Larzabal, Albi, el banquero Buisan… Había conseguido la lista del personal por medio de su padre, aunque la explicación que le dio para conseguirla fue un estudio,

encargado por la Consejería de Desarrollo Económico e Infraestructuras del Gobierno Vasco, concerniente a las plantillas laborales de las principales empresas de Euskadi, y buscó en Facebook, Twitter e Instagram, a los trabajadores, hombres y mujeres, uno por uno. Pese a ser informático, o quizás por esta razón, él no utilizaba las redes; las consideraba una pérdida de tiempo. Quejas, denuncias, opiniones, actividades, familias, amenazas, insultos, todo estaba allí al alcance de cualquiera, y se preguntó si la gente era consciente de lo peligroso que resultaba dejar entrar en su intimidad a personas anónimas que podrían rastrearlo a uno de forma tan simple. Necesitaba desconectar y decidió aparcar el tema hasta acabar un trabajo que tenía pendiente, le vendría bien si no quería contagiarse de los temores de su *amanta*. No lo consiguió.

Una semana más tarde, una noticia terrible se abatió de nuevo sobre la familia. Julia había fallecido en el hospital de Usan solo víctima de una insuficiencia hepática fulminante. Se había sentido mal, con náuseas y vómitos, pero lo había achacado a la intoxicación en el banquete, limitándose a las recomendaciones en cuanto a la toma de medicamentos y la dieta a seguir, pero no solo no notaba mejoría alguna, sino que se sentía peor a cada día que pasaba, le dolía el estómago, no tenía apetito y las náuseas no cesaban. Finalmente, Xabier la llevó al hospital al observar que tenía la piel amarillenta, también el blanco de los ojos, y que decía palabras incoherentes. Falleció horas después ante la impotencia de los médicos y la estupefacción de su compañero, que no avisó a nadie hasta que todo hubo acabado. Llamó entonces a Iker porque el suyo era el único número de algún familiar que tenía en el móvil; este llamó a su padre, y ambos acudieron a toda prisa y encontraron al hombre hecho un mar de lágrimas, incapaz de hacerse a la idea de que ya no estaba la mujer que lo había acompañado durante los últimos treinta años de su vida. No había mucho que hacer allí; debía practicarse la autopsia, en especial la del hígado, a fin de averiguar qué era exactamente lo que había provocado la muerte, así que padre e hijo decidieron acompañarlo al caserío, siendo el joven quien condujo su coche mientras Juan Ignacio los seguía de cerca.

Los tres hombres se sentaron a la mesa de la cocina, en torno a

una botella de sidra, medio queso y una barra de pan. Xabier, por lo general parco en palabras, sorprendió a los otros dos al empezar a hablar; era como si, de alguna manera, quisiera ahuyentar la realidad, revivir a su compañera. Les habló de cuando se conocieron, ambos ya maduros, allí mismo, durante las fiestas del pueblo, de la primera vez que se besaron, de la primera que se acostaron, de cómo decidieron vivir juntos sin pasar por la iglesia para escándalo de parientes y vecinos, de lo felices que habían sido; les mostró fotografías, recuerdos de las dos veces que fueron de vacaciones, una a Asturias y la otra al Pirineo navarro; les contó anécdotas de ella, pequeñas manías que tenía… y finalmente calló y no volvió a abrir la boca. Era ya casi medianoche cuando Juan Ignacio se marchó a su casa. Iker se quedó a dormir en el caserío, lo había hecho otras veces y tenía una habitación que la tía había dispuesto para él.

—Eres un nieto para nosotros —le había dicho—, y un nieto siempre tiene un cuarto en casa de sus abuelos.

No hubo funeral, tañido de campanas, ni entierro. De nada valió que Mercedes, ya bastante recuperada, se opusiera con todas sus fuerzas; doña Nieves se limitó a decir que debía hacerse lo que Julia deseaba. Y lo que ella quería, según su pareja, era que incineraran su cuerpo y echaran las cenizas al mar. Manu Lardazabal puso a disposición el barco en el que solía salir a pescar, y una mañana fría de una jornada de finales del otoño se reunieron los miembros de la familia a quienes no les preocupaba en absoluto la damnación eterna del alma, como aseguraban los otros, de aquella tía que había vivido a su manera, sin molestar, sin inmiscuirse en vidas ajenas ni hablar mal de nadie, y a quien todos querían. La anciana no asistió, el golpe había sido demasiado duro, dos hijos en tan poco tiempo, no tenía fuerzas; ella, Reme y Miren lloraron y rezaron mientras contemplaban desde el balcón la salida del barco hasta que desapareció de su vista.

Emilio Goián sí estuvo presente en representación del Grupo Egurra. La nueva situación planteaba un cambio de estrategias, los valores de la difunta podían influir en el futuro de la empresa, y era importante palpar el ambiente que se respiraba entre los allegados y, sobre todo, saber a quién irían a parar sus acciones. Lo supieron cuando el notario leyó el testamento: todo, caserío, terrenos y

acciones, lo legaba a Iker Gómez-Egurra con la condición de que su querido compañero continuara a cargo de la casa y de los terrenos mientras viviera. En el documento aparecía además una cláusula por la que doña Nieves, heredera forzosa de su hija, donaba asimismo a su bisnieto la legítima que le correspondía.

Mercedes puso el grito en el cielo y propuso impugnar el testamento; nadie excepto su marido secundó su propuesta, y el nuevo propietario y su novia se trasladaron a vivir con el "*aitona*". Xabier para gran contento de este, quien, además de viudo, ya se veía solo y expulsado de su hogar. El director general habló con Juan Ignacio y con Lardazabal para informarse de si el heredero de Julia estaría dispuesto a apoyar la expansión. No lo conocía, solo lo había visto una vez, en la fiesta de cumpleaños de la matriarca, y no habían intercambiado palabra. Ninguno de los dos pudo darle razón de lo que haría o no el joven, aunque ambos suponían que se dejaría aconsejar visto su nulo conocimiento en asuntos empresariales. Emilio se prometió hablar con él después de las Navidades; diciembre era un mes complicado, época de balances finales, cenas de empresa, fiestas, y de la Azoka, la Feria del Libro y Disco Vasco de Durango.

Nunca había estado en ella, no le interesaba lo más mínimo, ni siquiera cuando era joven, pues además de no leer, tampoco le gustaban los cantantes y grupos de música "aldeanos", los llamaba. En esta ocasión, sin embargo, quería comprobar si era cierto lo que se decía, que la Feria atraía a miles de personas durante sus cinco días de duración, siendo en número de visitantes la tercera del Estado, detrás de la de Madrid y de la de Sant Jordi en Barcelona, y más teniendo en cuenta que, según había leído, la mayoría de las publicaciones estaban en *euskera*. Ediciones Egurra también se hallaba presente; Juan Ignacio y antes que él su tío y su abuelo se habían empeñado en editar en dicha lengua.

—No editamos muchos —le había dicho el primero—, pero buscamos a buenos autores y autoras y cuidamos las ediciones.

—¿Por qué?

—Porque somos una empresa vasca y siempre hemos apoyado la cultura de nuestro pueblo, la lengua inclusive.

—¡Pero si tú no tienes ni idea!

—Pero Karmele y varios de mis ayudantes dominan

perfectamente el *euskera*. Ellos se encargan de elegir las obras que publicamos.

—¿Y ya las compra alguien o solo es postureo?

—Existen menos lectores, cierto, entre otras cosas porque hasta hace solo unos años la educación era exclusivamente en castellano, y los mayores, aunque lo hablan no leen, pero te asombraría saber todo lo que se ha avanzado en ese campo.

Acudió a Durango con la mente puesta en un restaurante del hermoso valle de Atxondo que le habían recomendado, uno de tres estrellas Michelin, donde había quedado con un amigo de juventud al que no había visto desde la época de las competiciones de motos. A fin de cuentas, la famosa feria solo serían unas cuantas casetas instaladas en una plaza, no le llevaría demasiado tiempo y se iría a comer tras echar un vistazo. No pensaba ni por lo más remoto encontrarse con un recinto acristalado con más de cien *stands* en los que editores, músicos y autores presentaban sus novedades. Los tres pasillos se hallaban repletos de gente hasta la bandera, y resultaba casi imposible dar un paso. No le interesaban los libros expuestos, tampoco los discos, no entendía lo que se decía por los altavoces, ni lo que escuchaba a su alrededor, pero tomó buena nota. Las otras editoriales presentes no podían compararse a la de ellos, pero vendían, no paraban de vender; era solo cuestión de enterarse de cuáles eran las mejores, y comprarlas. Observó durante un rato a cierta distancia el movimiento en el amplio *stand* de Ediciones Egurra, en el cual había libros en ambas lenguas, también varios autores y autoras firmando, y la gente se aglomeraba haciendo cola. A fin de cuentas, quizás Juan Ignacio tuviera razón, y él no debería subestimar la posibilidad de hacerse también con el mercado en vasco. Lo descubrió atendiendo a los compradores como un simple vendedor, con una sonrisa satisfecha en el rostro. A su lado reconoció a Karmele y a otros empleados de la editorial, pero lo que más lo sorprendió fue ver a Margaret tras el mostrador. ¿A qué jugaba? No quería publicar con ellos, ganar un premio que para sí quisiera cualquier juntaletras, pero estaba dispuesta a vender sus libros. Aquella familia lo desconcertaba. Le hizo una seña para que fuera a reunirse con él, y ambos se acercaron a una cafetería cercana.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó una vez pedidos unos cafés

en la barra.

—Ayudar. Juan Ignacio quiere que todas las personas que están en el *stand* sepan de libros, trabajen con libros, conozcan los gustos de los lectores, puedan aconsejar. Cinco días desde las diez de la mañana hasta las ocho de la noche son muchas horas, y nos turnamos.

—Pero tú no publicas con nosotros, ni trabajas en la editorial…

—Pero sé de libros y te recuerdo que soy co-accionista con mi marido. Nosotros no hemos hecho separación de bienes —rio—. Además, disfruto estando aquí. Me encanta.

—¿Sabes vasco?

—Me defiendo, aunque hablo de pena. De todos modos, me ocupo de la literatura en castellano.

—¿Has pensado en nuestra propuesta?

—¿La del premio? Pues la verdad es que no.

—¿Por qué?

—Porque no veo la utilidad. No necesito más de lo que ya tengo. Trabajo con mi editorial inglesa desde que empecé, y estoy contenta.

—¿Ni por ayudar a la familia?

—Al Grupo Egurra S. A., querrás decir…

—Es lo mismo.

—No, no lo es. Tal vez habría aceptado si al abuelo Gervasio o al tío Gervas se les hubiera ocurrido esa idea. Pero resulta que se te ha ocurrido a ti, que no lees, ni siquiera has ojeado alguna de mis novelas. ¿Me equivoco? No sabes nada de literatura, solo te interesa vender lo que sea, libros o latas de conservas con tal de hacer dinero. Eres un vulgar mercader. Yo soy escritora, y eso significa que tengo imaginación. Hay que tenerla para crear personajes de todo tipo, buenos, malos, altos, bajos, generosos, rastreros; para hacerlos hablar, amar, odiar, reír o llorar, y matarlos cuando una quiere. He aprendido mucha psicología en estos años que llevo escribiendo, y no me fío de ti. Quieres que publique con vosotros porque ya soy conocida y tengo lectores. No sabes si lo hago bien o mal, y no me apetece entrar en un negocio en el que priman las ventas, no la calidad. Te dejo, que todavía tengo que currar un par de horas.

Margaret había hablado sin perder la sonrisa, con su inequívoco

acento inglés que le daba cierto encanto. La vio salir del local, detenerse en la puerta a saludar a un conocido y reírse por algo que este había dicho. Y juró que algún día la obligaría a retractarse.

Transcurrido el fin de semana y cuando se disponían a salir para hacer las compras de Navidad, Mercedes y su marido recibieron una visita totalmente inesperada, la de un inspector de la Policía Científica de la Ertzaintza. La autopsia no dejaba lugar a dudas: la insuficiencia hepática fulminante que había acabado con la vida de su hermana Julia se había debido a la ingesta de un tipo de seta venenosa, probablemente la *Amanita Phalloides*, la más letal de todas, aunque existían otras también muy peligrosas. Dos *enzainas*, de paisano habían acudido al caserío de la fallecida tras recibir el parte del hospital, diligencia obligada en casos parecidos. Su compañero y su sobrino respondieron a las preguntas, en especial el primero. Su mujer no había comido setas que él supiera, pero vomitaba todo lo que ingería desde el día del banquete en casa de la hermana mayor. Las pruebas toxicológicas de los restos no habían dado positivo alguno, pero dada la insistencia del joven en cuanto a que la tarta de buñuelos podría ser la causa de la intoxicación, se iba a proceder al cierre de la fábrica a fin de inspeccionar a fondo las dependencias.

—Usted y su marido son los propietarios, y he querido venir a comunicárselo en persona —concluyó el inspector.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó Mercedes a punto de sufrir un síncope—. Estamos en vísperas de Navidades. ¡Va a ser una ruina si cierran la fábrica en estas fechas!

—Ya lo siento, pero estamos obligados a hacerlo.

10
EL PLAN

Mercedes no recordaba unas fiestas de Navidad tan lúgubres como aquellas en las que, por primera vez en mucho tiempo, cada cual las celebró a su manera. Las muertes de Gervas y de Julia los habían sumido en la tristeza; no había ganas de festejos, sonrisas y parabienes. Su madre le hizo saber que no se movería del piso, la mujer de su hijo le comunicó que los niños y ella las pasarían con sus padres, y su cuñada le informó de que Jon había reservado habitaciones en un hotel de Baqueira Beret, y que se iban todos allí a intentar olvidar aquel *annus horribilis*. Por si eso fuera poco, el obrador continuaba cerrado debido precisamente a las fiestas, lo cual suponía una sangría económica de enormes dimensiones; fue precintado y no se permitió sacar de allí ni un paquete de magdalenas, además de haberse visto obligados a enviar a los operarios a casa, naturalmente abonándoles la paga extra. No se les dijo el motivo del cierre provisional, pero los rumores eran peores quela peste y, antes o después, su buen nombre estaría en entredicho. Juan Mari parecía como ido desde la visita del inspector, no decía ni media palabra desde entonces y pasaba el tiempo con la mirada perdida fumando puro tras puro. Tampoco sus hijos estaban muy por la labor, aunque tanto Juan Ignacio como Begoña confirmaron su presencia en la comida del día de Navidad, advirtiéndole, eso sí, de que procurara no excederse con el menú. Pablo fue el único que pasó la semana en el palacete; su jefe se había tomado unas vacaciones y él no tenía nada que hacer en Madrid. Tampoco le apetecía alquilar un apartamento solo para unos días, así que se instaló en su habitación de soltero, aunque sus

padres solo lo veían a las horas de las comidas, y no siempre.

Contratado para mejorar la imagen de un diputado salpicado por un escándalo de corrupción, no estaba contento con su vida en la capital, donde se limitaba a escribir discursos, controlar notas de prensa, organizar visitas, siempre atento al móvil, pues tenía que salir corriendo si al tipo se le ocurría una idea o simplemente tenía ganas de hablar, aunque fueran las tantas de la noche. Disponía de suficiente dinero para vivir de las rentas sin hacer nada y ya estaba pensando en volver a Bilbao cuando acompañó al diputado a un encuentro en un coto de caza privado. Nadie salió a cazar; los seis hombres reunidos hablaron durante toda la jornada, con él y los otros acompañantes sentados detrás de sus respectivos jefes, sin intervenir ni tomar notas, atentos a todo lo que se decía. Aparte de la mejora de la imagen del partido, descalabrada tras varios escándalos monetarios y las desafortunadas declaraciones de algunos de sus miembros que se habían ido de la lengua, las conversaciones giraron entorno a cuatro de los presentes, ninguno político de oficio, los cuatro potentes empresarios que exigían leyes que favorecieran sus intereses, incluso alguno amenazó con retirar su apoyo si las cosas no cambiaban pronto. Les daba igual un partido que otro, aseguraron, dar fondos a una causa u a otra, con tal de que ellos y sus negocios resultaran beneficiados en el trueque.

Siendo un cinéfilo empedernido, una manera de compensar su desinterés por los libros, Pablo tuvo la impresión de hallarse inmerso en una película de mafias, de aquellas estadounidenses en las que grandes potentados entregaban enormes sumas de dinero a los republicanos o a los demócratas, y ponían o quitaban presidentes cuando les venía en gana. Siempre había creído que había mucho de ficción en dichas historias, pero al parecer no la había tanta si a alguien como él, que no tenía nada que ver con la política, se le permitía escuchar hablar de dichos asuntos. Por un momento, perdió el hilo de la conversación, y le vinieron a la mente películas y series de televisión que trataban de temas parecidos: la corrupción en las altas esferas desde la época de los romanos. Emperadores, reyes, dictadores, presidentes… poderosos gracias a las inmensas cantidades proporcionadas por los ricos, a veces por propia voluntad, otras, obligados. El dinero movía el mundo, y el Grupo Egurra nunca sería verdaderamente importante mientras no

tuviera la capacidad para hablar de tú a tú con tipos como aquellos.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó su jefe en el coche, de vuelta a Madrid.

—Muy interesante.

—¿Te gustaría entrar en política?

Le miró sorprendido; ni se le había pasado por la imaginación; solo esperaba que su suegro se olvidara de la mala leche y él pudiera regresar a su vida de siempre.

—Te he observado durante estos dos meses que llevas a mi lado. No lo haces mal, nada mal. Has conseguido que la prensa se olvide de mí. Eres un hombre educado, sabes inglés, tienes labia para convencer. No te hace falta más.

—¿Y las convicciones?

—¿Las tienes?

—No.

—Perfecto entonces.

Todo era cuestión de probar. Tras las vacaciones de Navidad entraría en el gabinete del diputado como asesor, un paso necesario a fin de ponerse al corriente, para luego iniciar su carrera política; también le doblarían el sueldo. Si llegaba a diputado o senador o, por qué no, a ministro, su suegro tendría que comerse los comentarios despectivos referentes a su persona, y Maite se lo pensaría antes de pedir definitivamente el divorcio.

El asunto estaba en punto muerto; le daría largas dejándola creer que estaba de acuerdo y que no pondría impedimento alguno, pero que necesitaba un tiempo para reorganizar su vida. Seguro que cambiaría de opinión en cuanto lo viera medrar por méritos propios, y él le ofreciera vivir en Madrid, donde podría lucir sus modelitos y llevar a los niños a colegios de alto *standing*. Nada más llegar, se dio una vuelta por las oficinas, pero las encontró cerradas hasta después de las fiestas, según le informó el conserje, así que llamó a Goián a fin de informarle sobre su idea y de saber cómo iban las cosas. Ambos se encontraron al día siguiente en un pequeño restaurante de Portugalete donde no se tropezarían con ningún conocido, y hablaron largo y tendido. Emilio lo tenía muy claro: la empresa debía crecer, expandirse en otras áreas de la comunicación, incluso invertir en negocios inmobiliarios, hoteles, viajes e industrias varias. Pero para ello era necesario ampliar el

capital y asociarse con quienes controlaban la economía, el verdadero motor del poder.

—No nos vendrá nada mal tener a alguien dentro del ámbito político con capacidad de decisión —concluyó con una sonrisa.

Acompañó a su madre a visitar a la abuela en la mañana del día de Navidad. No le hacía ninguna gracia, pero no se habían visto cuando lo de la intoxicación y, a fin de cuentas, más valía estar a buenas con ella, entre otras cosas porque no tardaría en morirse, y él sería uno de los herederos de su fortuna y de sus acciones. No olvidaba que por su culpa no había obtenido el puesto de director general del Grupo Egurra, pero había tiempo; era joven todavía. Además, con suerte, pronto sería alguien influyente y se las haría pasar canutas a unos cuantos, al hijoputa de Aurelio Buisan, entre otros.

—¿Y qué tal te van las cosas en Madrid? —le preguntó doña Nieves.

—Bien.

—¿Vas a meterte en política?

—Puede…

—Pues nada, hijo, que tengas suerte.

¿Por qué tenía la impresión de que se estaba burlando de él?

—¿Por qué no iba a tenerla? —preguntó a la defensiva.

—Seguro que la tienes, siempre has tenido mucha suerte.

Lo decía con el mismo tonillo utilizado cuando lo de las abejas, sus fracasos en los estudios, la boda con la "heredera" como le había oído decir una vez, su falta de preparación para ser el gerente de la empresa… ¡Maldita vieja! ¡Ya podría darle un ataque en aquel mismo instante, que él no movería un dedo para ayudarla!

Se lo comentó a su hermano mientras bebía un *whisky* antes de la comida de Navidad.

—No te lo tomes a mal —le dijo Juan Ignacio—. Es muy mayor y con la edad, ya se sabe, las personas se vuelven… raras.

—Para ti es fácil decirlo. Siempre has sido su favorito.

—¡Qué va! No hace diferencias. Recuerda que a los dos nos pagó el viaje de novios.

No quería seguir hablando de la abuela y cambió de tema.

—¿Cómo va todo en la empresa?

Al parecer su hermano tenía ganas de explayarse, pues le habló

de los planes del actual gerente en cuanto a la adquisición de dos nuevas cadenas de televisión, tres editoriales pequeñas y varios periódicos; asimismo, le habló del premio millonario que quería establecer, y que estaba resultando un problema ya que no daban con el tipo de autor o autora que quería. Él, por supuesto, estaba en contra de semejante idea, a su parecer se trataba de un timo por mucha publicidad que pudiera atraer. Lo escuchó atentamente; Emilio ya lo había puesto al corriente, pero no venía mal conocer la opinión de Juan Ignacio, quien, a su vez, podría influir en las decisiones de su hijo Iker, el heredero de la tía Julia.

Si la cena de la víspera había sido frugal y tristona con solo tres comensales, la comida, sin embargo, recuperó algo del brillo de otras Navidades. Mercedes se dijo que nada ni nadie estropearía la fiesta familiar por antonomasia, en la que se aparcaban las diferencias y todos se deseaban lo mejor. No faltaron los mariscos, el pavo asado de todos los años, los turrones ni las yemas, y tampoco el concierto de piano que los hijos de Juan Ignacio e Isabel interpretaban a cuatro manos desde que eran niños. Faltaban, eso sí, su madre, Maite y los nietos pequeños, la cuñada, los sobrinos, pero sus tres hijos eran su verdadera familia y los únicos dignos de heredar la empresa familiar; los demás sobraban.

A media tarde, ella y Pablo se encerraron en el estudio. Él partía de nuevo para Madrid aquella misma noche. Ambos tenían claro que el Grupo Egurra no debía dispersarse, debía volver a sus orígenes, ser dirigido por la única descendiente viva del fundador y por sus hijos, en concreto el más joven, el más capaz para liderar la gran empresa; el mayor solo sabía de libros, y Begoña no dejaba de ser un espíritu simple. Era por tanto preciso asegurarse el control de las acciones, visto que la abuela no tardaría en pasar a mejor vida. María Paz y Jon no les preocupaban, pero sí el “adulterino”, los inversores madrileños y Lardazabal.

—Ocúpate de los madrileños, yo me encargo de este. Cuanto antes logremos la mayoría, mejor.

—¿Iker?

—Déjamelo a mí.

—¿Y Emilio?

—Nos lo quitaremos de encima en cuanto deje de sernos útil. A fin de cuentas, solo es un empleado.

Transcurridas las festividades, Mercedes llamó a Jorge Ibáñez y le comunicó que su madre había decidido no volver a abandonar su piso por lo que sus servicios ya no serían necesarios; su propio chófer se encargaría en caso de que fuera preciso llevarla a algún sitio. Observó que el hombre apretaba los labios, contrariado, y esperó unos instantes para continuar. Sabía de sobra que tenía un empleo excelentemente remunerado, Seguridad Social incluida, era libre la mayor parte de los días y no tenía familia, así que tendría sus buenos ahorros, pero su vida daría un vuelco a peor, y eso no gustaba a nadie. No tendría problemas para encontrar otro trabajo de conductor, le aseguró, y ella se encargaría de proporcionarle unas buenas referencias, sin embargo…

—Quizás le interese a usted otro tipo de empleo… diferente…

—¿Cómo de diferente? —preguntó él, sorprendido y receloso a partes iguales.

—Digamos que necesito algo así como una persona de confianza, de mucha confianza, que vele por mis intereses. Una especie de… guardaespaldas.

—¿Guardaespaldas?

—Bueno, no del todo. Alguien que trabaje para mí y haga lo que le pido de manera absolutamente confidencial.

—No la entiendo, señora.

—Es muy sencillo. Han ocurrido muchas cosas durante este último año, supongo que está usted al corriente. Necesito ciertas informaciones y a alguien que tramite algunos asuntos particulares y vele por nuestra seguridad, la mía y la de mi marido. Pasará usted a vivir aquí y también dispondrá de vehículo y de un móvil para uso exclusivo conmigo. En cuanto a su sueldo, se le pagará un diez por ciento más de lo que cobra ahora, y un plus para vestir adecuadamente y para recompensarle en casos especiales.

El hombre no tuvo que pensárselo; había empezado a aburrirse, incluso aunque cobrara por permanecer de brazos cruzados. Por otra parte, las condiciones que se le ofrecían eran estupendas y, encima, podría alquilar su vivienda de Romo mientras viviera en palacio, porque aquello ni era un chalé ni una villa, era un verdadero palacio. Además, le había echado el ojo a una de las sirvientas, una joven llamada Pili, que le sonreía cada vez que se encontraban. Tal vez había llegado la hora de formalizar su

situación antes de que fuera un solterón solitario… No supo a qué se refería la señora con lo de “casos especiales”, y tampoco preguntó. Se trasladó aquel mismo día a una habitación encima del garaje, baño incluido, televisión y *wifi*. No necesitaba más.

El primer encargo de su nueva jefa fue que averiguase todo lo posible acerca de un hombre llamado Manuel Lardazabal, un empresario jubilado forrado de dinero, viudo y sin familia. Quería saber todo sobre él, en especial si ocultaba algo. No le costaría encontrarlo, era conocido, buen conversador, vivía allí mismo en Getxo, tenía un barco para la pesca deportiva y acudía al Marítimo todos los días. En efecto, no tuvo problemas en dar con él en el bar del club; doña Mercedes le había mostrado una foto. Si bien no recordaba haberlo visto antes, quizás habían coincidido en algún evento familiar de los Egurra, pero un chófer era invisible de todos modos. Se hizo el encontradizo, le contó que estaba de paso en casa de unos amigos de Bilbao, le preguntó si conocía a alguien que alquilara un barco para salir de pesca y descubrió que su buen aspecto físico y el atuendo deportivo de marca adquirido para la ocasión facilitaban el contacto. No tardaron en sumirse en una conversación sobre peces, cañas y cebos, que acabó con una invitación para ir a pescar, y no solo eso.

—Supongo que no te habrás traído la ropa adecuada —dijo de pronto Lardazabal—, pero, tranquilo, tengo dos equipos completos, botas, calcetines, camisetas, pantalones ¡y gorros de lana! Porque, no sé si lo habrás intentado alguna vez, pero pescar en el Cantábrico en pleno invierno, con el mal tiempo y el frío que hace, es toda una heroicidad.

Era un buen tipo, y le daba cierta grima engañarlo, pero había aceptado un trabajo y él siempre cumplía sus compromisos. A media mañana del día siguiente se hallaban a cinco millas de la costa, bajo un cielo gris, en una mar algo agitada, los aparejos sujetos a la barandilla del barco, los cebos dispuestos con tiras de chipirón y trozos de sardina en los anzuelos, y al anochecer regresaban con una buena captura de chopas, dos doradas, un besugo y una lubina. Por suerte, Mercedes y su marido habían acudido a un concierto en La Filarmónica, y no se vio obligado a informar a su patrona; estaba agotado, dejó su parte de la captura en la cocina, se duchó y se metió en la cama quedándose dormido

de inmediato.

Lardazabal y él habían tenido horas para hablar. El hombre era de habitual discreto, pero la espera entre captura y captura, la lluvia que los obligó en varias ocasiones a guarecerse en la cabina, e incluso el termo con café y los bocadillos de lomo con pimientos compartidos, se prestaban a las confidencias. Le habló de sus negocios, de su vida solitaria tras la muerte de su mujer a una edad temprana y también de Gervas Egurra, cuyo fallecimiento hacía unos meses había sido un duro golpe para él. Seguía manteniendo relación con la viuda e hijo, pero ya no era igual, pues no tenía con estos la misma confianza que con el amigo añorado. No parecía que hubiera nada de extraordinario en su vida, y Jorge se preguntó qué narices lo había enviado la doña a investigar. Tras atracar el barco y bajar a tierra, el hombre le dio su dirección y número de teléfono y lo invitó a comer al día siguiente.

—Quiero enseñarte mi colección de peces disecados —dijo.

Fue a hablar con la jefa antes de acudir a la cita para, de paso, saber qué era exactamente lo que tenía que descubrir. La respuesta lo dejó pasmado.

—Cualquier cosa que pueda resultar interesante. Algo que llame su atención. No sé… si le atraen los niños, si es homosexual, si se droga… Y si consigue usted alguna prueba, mejor.

No se atrevió a preguntarle el motivo de su interés por alguien que, en apariencia, no tenía nada que ocultar. Lo que sí tuvo claro fue que el propósito de la señora escondía algo turbio, muy turbio.

Lo asombró la vivienda de Lardazabal, un piso de dos plantas en el centro de Getxo, enmoquetado de arriba abajo, muebles antiguos, objetos aparentemente valiosos, cuadros, libros y todo tipo de peces disecados en sus respectivos soportes y marcos colgados en las paredes. Su anfitrión le mostró varios, explicando dónde los había pescado, cómo, por qué. Los había de todos los lugares del mundo, aunque de lo que más orgulloso se sentía era del acuario de corales en el que nadaban cinco peces “mandarín”, un macho y cuatro hembras, traídos expresamente para él desde Indonesia.

—Se llaman así por sus colores, que recuerdan la túnica de un mandarín, y solo comen artemias vivas, que crío en casa para más seguridad.

No tenía ni idea de lo que era un pez mandarín, las artemias y

mucho menos de que lo que parecían piedras y plantas de adorno, los corales, fueran animales vivos, pero tampoco preguntó; a él le gustaba pescar peces y comérselos, no escuchar conferencias, pero aguantó las explicaciones con una sonrisa. No acabaron ahí las sorpresas. Pasaron la tarde hablando de peces y cuadros, las dos pasiones de Lardazabal. Él sabía algo de lo primero, pero nada de lo segundo. La mayoría de las obras colgadas eran marinas, todas pintadas por grandes artistas, aunque tampoco le sonaban los nombres: Sorolla, Monet, Gauguin, Van Gogh… Ignoraba quiénes eran aquellos pintores, pero debían de ser importantes por el entusiasmo que mostraba su dueño y, por ende, muy valiosos. Por un momento, se le pasó por la cabeza que no sería mala idea robar alguno de ellos, aunque luego lo pensó mejor, ¿a quién coño iba él a vendérselos? Años atrás había andado en el contrabando de tabaco, pero dudaba de que sus antiguos contactos supieran qué hacer con un cuadro que, a todas luces, estaría catalogado.

Mercedes escuchó la descripción que le hizo acerca de la vivienda del hombre que estaba interesada en investigar y que no parecía tener nada que esconder; se trataba de un caballero educado, culto y, desde luego, muy amable. Lo instó a continuar manteniendo relación con él hasta descubrir algo “raro”, pero siguió sin decirle qué era lo que debía encontrar. Iba a salir de la habitación cuando se fijó en una revista de arte colocada encima de una mesita junto a la puerta y se detuvo.

—¿Le interesa a usted la pintura? —Oyó que ella le preguntaba.

—No, pero el señor Lardazabal tiene una como esta, o parecida.

—Qué interesante… ¿puede sacarle una foto?

—No sé…

—Inténtelo.

No era un ruego sino una orden, y como tal la recibió. Dos días más tarde se hallaba de nuevo en la vivienda del hombre; habían hablado de salir a pescar, pero el parte meteorológico aconsejaba no hacerlo, pues se esperaba una borrasca. A pesar de disponer de sistema de calefacción a gas y de que la temperatura era más que suficiente, el dueño había hecho encender la chimenea de la biblioteca porque, según afirmó, le encantaba leer sentado en su sillón orejero mientras contemplaba las llamas del fuego. La habitación era un espacio anexo al salón donde lo había recibido la

primera vez, más pequeño, pero más acogedor, separado de aquel por puertas corredizas. En esta ocasión, hablaron de literatura, aunque más bien uno habló, y el otro escuchó. A Jorge solo le interesaban las novelas policíacas, pero era un buen oyente, tanto que incluso parecía versado en cualquier tema que se tratara; sabía decir lo adecuado en el momento justo, hacer un comentario, dar una opinión, engañar al interlocutor. Trataba de no mirar el cuadro colocado encima de la chimenea, el mismo que su jefa le había ordenado fotografiar, esperando el momento, y ya desesperaba de poder hacerlo cuando el otro se levantó del sillón, hizo un comentario sobre la próstata y lo dejó solo.

De regreso a la villa, mostró una docena de fotos a Mercedes y se las pasó a su móvil. Las había sacado durante los minutos que permaneció solo en la biblioteca, y en ellas aparecían el cuadro que a ella le interesaba y otros, además de dos extraños bichos colgados en un marco. Algunas estaban torcidas, una ni se apreciaba, pero estaban bien en general. La señora no hizo ningún comentario aparte de que, por el momento, sería mejor que no volviera a ver a Lardazabal. También le dijo que quería un informe completo acerca del heredero de su hermana Julia y del tipo aquel con quien ella había vivido y que, al parecer, continuaba en el caserío del pueblo.

—¿Y cómo lo hago? —Se le ocurrió preguntar.

—Dígale que doña Nieves le habló de sus invernaderos, o de lo que sea que hagan allí, y que tenía usted curiosidad por verlos. Por cierto, revise los sistemas de alarma, que parece que hay problemas en la zona del servicio.

Era lunes, y tres de las cinco empleadas internas tenían el día libre. En el cuarto de la plancha, la gobernanta verificaba el planchado mientras una doncella sacaba brillo a la plata en la cocina. A Jorge se le alegró el ojillo al ver a Pili, pero la mujer no les quitaba la vista de encima a través de la puerta que separaba ambos espacios, así que se puso manos a la obra. Se le daban bien las averías, no tardó en comprobar que a una de las cámaras de seguridad se le había agotado la batería y se entretuvo revisando el resto. Para cuando acabó, la gobernanta había desaparecido, y ambos aprovecharon para besarse y quedar en Bilbao el siguiente jueves, día en que ella libraba.

Mercedes se fue tarde a la cama. Envió las fotos a su correo

electrónico y a continuación entró en Internet y buscó los cuadros, en especial la marina de Van Gogh, una muy parecida a la del reportaje de la revista y que había sido robada de una galería holandesa meses atrás. Apretó los dientes; se parecía, pero no era la misma. Tampoco había nada especial en las otras pinturas, aparte de ser obras de artistas famosos, lo cual la llevó a pensar que deberían estar en un museo, no en manos de un particular quien, además, no tenía hijos, aunque puede que tuviera sobrinos que heredarían su fortuna y propiedades. Iba a apagar el ordenador cuando se fijó en los dos bichos enmarcados. No sabía nada de peces, ni le importaban, pero se preguntó por qué razón Lardazabal los había colocado en su biblioteca, junto a cuadros tan valiosos. Amplió la imagen para leer el nombre grabado en una chapita:

Phycodurus eques. Buscó en Internet y descubrió que eran dos especímenes raros del llamado "dragón de mar", una especie protegida en Australia cuya exportación estaba expresamente prohibida. ¿Cómo había conseguido el amigo de su hermano aquellos dos ejemplares? El chófer le había comentado que la vivienda estaba repleta de peces raros enmarcados, ¿y si poseía otros asimismo prohibidos? Había leído algo en alguna parte acerca del tráfico ilegal de animales y plantas, una verdadera plaga penada por la Ley que movía millones, y decidió informarse bien antes de dar el siguiente paso.

11
LA SORPRESA

La Ertzaintza no encontró nada irregular en el obrador de Pastelerías Gómez-Egurra, así que levantó el precinto, y la actividad se reanudó para alivio de la propietaria. Su marido no se enteró; se hallaba cada vez más perdido, solo articulaba monosílabos y era incapaz de prestar atención, no se aseaba y pasaba las horas sentado en un sillón, con la mirada perdida y un eterno puro apagado entre los labios. Lo encontraron una helada mañana del mes de enero, en pijama, sentado en una silla plegable bajo el ciruelo deshojado del jardín, un árbol que él mismo había plantado años atrás y con el que estaba muy encariñado; había pasado allí toda la noche y se había congelado. Nadie en la casa se enteró de su ausencia; los sirvientes se retiraron a la hora acostumbrada, y su mujer dormía en otra habitación desde el verano a fin de no aguantar sus ronquidos, como prometió que haría. El médico dictaminó que el óbito se debía a una hipotermia por la exposición al frío sin abrigo, hecho debido con toda probabilidad a la incipiente demencia que el hombre mostraba desde hacía algún tiempo.

Presa de un sentimiento de culpabilidad por no haberse preocupado más de él, Mercedes encargó un ataúd de lujo, de roble macizo y barnizado, con doble tapa, tapizado en blanco y asas de bronce; también seis coronas de flores, las más grandes del catálogo. En el tanatorio adecentaron el cadáver con su mejor traje, pero no quiso dejarlo allí, pues el velatorio se llevaría a cabo en la propia casa, como antes era costumbre, afirmó. Ordenó limpiar a fondo el salón, sacar brillo al mármol del suelo y disponer un *lunch* para los visitantes. Después, se vistió de luto riguroso y esperó en

compañía de su cuñada, su hijo y sus nietas, quienes se habían apresurado a su lado en cuanto oyeron gritos y vieron gente en el jardín compartido por ambas familias; Margaret se hallaba en Estados Unidos de promoción de su nueva novela. Juan Ignacio y Begoña, junto a sus parejas e hijos, no tardaron en aparecer, e incluso Pablo, que voló desde Madrid tras pagar el billete de avión a precio de oro. Nada más entrar se encontró con su todavía mujer y los padres de esta, pero no era momento de mostrar hostilidad, primaban las buenas formas; Maite y su madre le dieron un abrazo, y su suegro la mano. A lo largo de la tarde fueron llegando amigos, vecinos, conocidos, el gerente y los representantes sindicales de la empresa pastelera, al igual que Emilio Goián y los directivos del Grupo Egurra; mostraban sus condolencias, algunos se acercaban a ver al difunto y luego se reunían en corrillos y daban buena cuenta de las bebidas y los canapés dispuestos para la ocasión.

Llamado por su padre, Iker también acudió aun sin sentir absolutamente nada por aquel abuelo que jamás le había dirigido la palabra, solo le hacía daño apretándole los carrillos cuando era un crío, hasta que aprendió a esquivarlo. Creyó encontrarse en una reunión social al entrar en el imponente salón repleto de gente desconocida para él y se sintió incómodo, no se le había ocurrido cambiarse de ropa y vestía como siempre, con vaqueros y playeras desgastadas. Abrazó a su padre, dio el pésame a Mercedes, y se marchó sin dirigir una mirada al ataúd; preguntó a la gobernanta por su bisabuela y salió corriendo cuando esta le informó de que la señora ya no abandonaba su domicilio. Creía que la hallaría encamada, pero se la encontró leyendo tranquilamente en su butaca de flores, el primer lujo de cuando el almacén de libros comenzó a funcionar y de la que nunca había querido desprenderse, incluso la tapicería era similar pese a haberla cambiado varias veces desde entonces.

—¡Amante! ¿Cómo así por aquí? —preguntó al verlo entrar.

—Es que me han dicho que ya no sales de casa…

—¿Y para qué voy a salir? Aquí estoy bien y, además, en cuanto ando un poco me duelen las rodillas. ¿Has estado en el velatorio?

—Sí, claro. De ahí vengo.

—¿Y?

—Pues que aquello estaba lleno de gente papeando —añadió.

—¿Y mi yerno?

—También estaba allí.

—¿Con su asqueroso puro?

—No lo sé. No he me he acercado a verlo.

—¿Te asustan los muertos?

—No. Aunque tampoco he visto ninguno al natural.

—Espero que sí vengas a verme cuando me toque.

—*¡Amama!*

—En realidad no lloramos por nuestros seres queridos, sino por su ausencia, porque nunca más vamos a verlos. Añoro a tu bisabuelo y a mis dos hijos. Pienso que debería haberles dicho más a menudo que los quería, pero… así es la vida. ¿Cómo ha fallecido Juan Mari? Solo me han dicho que lo encontraron en el jardín.

—Se quedó helado. Al parecer pasó toda la noche a la intemperie, en pijama.

—¿En pijama?

No lloraría su ausencia. De todos los miembros de su familia, aquel le era el más indiferente. Había sableado a Gervasio en dos o tres ocasiones sin devolver el préstamo, y este lo aceptó más que nada porque, en el fondo, le estaba agradecido por casarse con su hija mayor, quien llevaba todas las de vestir santos. Ella también estaba convencida de que se quedaría soltera, lo cual no era ningún baldón; la tía Felicia, su amiga Angelines y otras conocidas no se habían casado y tampoco se había caído el mundo. De hecho, era absurda aquella idea de que una mujer debía casarse casi por obligación, como si no existieran otros modos de llevar una vida normal e independiente. Su yerno era un tipo mediocre, carente del mínimo ingenio, a veces burdo, aunque tenía que reconocer que era trabajador y que le había dado tres nietos.

Lo sentía por Mercedes, que ahora se quedaría sola en su parte de la casa decorada con mármoles y muebles caros, tan diferente a la de su hermano, mucho más acogedora. Tampoco se imaginaba a sus nietos viviendo allí, como sí habían hecho Jon y su familia siendo ahora un gran apoyo para María Paz. De todos modos, esperaba que a su hija no se le ocurriera querer vivir con ella.

—Al menos este no ha sido envenenado. ¿Has averiguado algo de lo nuestro? —preguntó.

—En ello estoy. Tengo una lista con todas las personas que

conocemos, también con las que trabajan en Egurra, aunque me queda otra por hacer con los empleados de la pastelería. Es todo muy complicado.

—Pregúntale a Xabier ya que vives con él.

—¿A Xabier? ¿Por qué?

—Porque tiene una edad y nunca se ha movido del pueblo. Quizás recuerde algo.

—¿Sobre qué?

Le contó lo ocurrido con Lucio Mañari, lo del molino, la difamación, la bronca en la taberna.

—Puede que él lo ignore, así que procura sonsacarle sin que se dé cuenta. Y de paso, entérate de qué fue de los parientes de tu bisabuelo. Eran un montón de hermanos y hermanas. Ni me acuerdo de sus nombres, aunque puede que alguno esté todavía vivo, hijos, nietos… Todas las familias tienen sus secretos.

—Pero ¿por qué iba alguien a querer hacernos daño después de… cuántos años? ¿Sesenta? ¿Ochenta?

—No lo sé, pero tú pregunta, por si acaso.

Doña Nieves tampoco asistió a la misa funeral de su yerno; mandó una corona y habló con Mercedes por teléfono para decirle que no se sentía con fuerzas, lo cual era cierto, aunque también lo era que no tenía deseo alguno de pasar otra vez por lo mismo: condolencias, abrazos, besos y palabras vanas. Envió a Reme y a Miren en su nombre y dedicó el día a escribir en el cuaderno que no había entregado a Margaret por no estar acabado y porque su letra era cada vez peor. Su hija fue a visitarla al día siguiente para llevarle un recordatorio, y ambas se emocionaron al recordar a sus tres fallecidos en tan breve lapso de tiempo, en especial a los dos primeros. Juan Mari, a fin de cuentas, había sobrepasado los ochenta y ya empezaba a perder la razón; a ninguna de las dos se le ocurrió pensar que, en un momento de lucidez, el hombre hubiera decidido quitarse del medio antes de perderla del todo. Para alivio de la anciana, Mercedes no dijo nada acerca de irse a vivir con ella, muy al contrario; le insinuó la posibilidad de que se trasladara a la villa para así poder atenderla como era debido, ahora que las dos se habían quedado solas. Le dio largas, le dijo que estaba muy bien, pero que ya se lo pensaría, cosa que no tenía intención de hacer. El recordatorio fue a parar a la cajita de madera donde guardaba las

estampas mortuorias de toda una vida.

Begoña también acudió a visitarla sin su marido, de lo cual se alegró. Con Ramón le ocurría lo mismo que con su yerno, le era bastante indiferente. Había conocido a sus padres al trasladarse a Las Arenas, una pareja con la que Gervasio y ella hicieron buenas migas e incluso compartieron más de una comida. El hijo no se parecía en nada a ellos, todo lo que el padre tenía de optimista, él lo tenía de adusto, y mientras la madre era alegre y habladora, él era la viva imagen de una persona agobiada vete tú a saber por qué razón, ya que no tenía motivos aparentes, y su nieta tampoco era una mujer problemática. La recordaba de pequeña, cuando iba a pasar unos días a la villa, y se reía con sus ocurrencias, siempre había sido una criatura risueña y, aunque distanciadas con los años, conservaban una relación cariñosa. Ahora que Pablo estaba en Madrid, le habló de su nuevo puesto como directora del departamento de comunicaciones y publicidad de Ediciones Egurra. Del resto de las secciones, televisiones y medios, se ocupaban otros ejecutivos. En un mes comenzaría la campaña de primavera, la más importante, junto a la de las Navidades, para la promoción de las novedades literarias.

—¿Alguna interesante? —le preguntó ella.

—Varias. Ya sabes que en esto de los libros cuenta mucho la moda, y ahora están de moda las novelas del género negro.

—Policíacas.

—Sí. Bueno, no siempre lo son, depende del autor. Sacamos dos. También tenemos otras dos obras traducidas de escritores extranjeros con mucha fama en sus países, una biografía, un poemario, dos novelas en euskera y otra de un autor llamado Arthur James, de quien ya hemos publicado otro libro con bastante éxito.

—¿Inglés?

—No. De aquí.

—¿Sus padres son ingleses?

—No. También son de aquí.

—¿Y por qué se ha puesto ese nombre?

—Porque a los artistas, ya se sabe, les gustan los seudónimos. Arthur James es una mujer, pero no se lo digas a nadie. Es un secreto.

Begoña se echó a reír al ver la cara de sorpresa de su abuela. La

autora llevaba ya nueve novelas publicadas, pero no era demasiado prolífica; sacaba un libro cada cuatro o cinco años. Ferviente admiradora del género realista de los siglos XIX y XX, de Flaubert, Emily Brontë, Eça de Queiroz, García Márquez y de otros autores y autoras, había escrito su primera novela hacía ya cerca de cuarenta años. La razón por la que había elegido un seudónimo inglés masculino no era otra que la indiferencia de editores y críticos hacia las escritoras, muchos de los cuales, por no decir todos, opinaban entonces que las mujeres nunca escribirían como los hombres. Algunos seguían opinando igual. De hecho, había enviado el primer original a varias editoriales, y se lo habían devuelto; probó a enviarlo bajo el seudónimo de marras, y se lo aceptaron a la primera.

—Más tarde quiso recuperar su nombre verdadero, se llama María Fernández, pero le recomendaron que no lo hiciera. Nunca ha salido una fotografía de ella en las solapas de los libros ni en la prensa, y responde por correo a las entrevistas.

—¿No echa en falta ser reconocida?

—No me ha dado esa impresión.

—¿Y cómo le va a tu marido?

—Como siempre. Escribe sin parar, esperando que alguien reconozca lo bien que lo hace y echando pestes contra las editoriales que rechazan sus originales, la nuestra por ejemplo…

—¿Y tú qué opinas?

—A ver… Sus relatos son sombríos, y sus protagonistas, lo que les ocurre, cómo acaban, de lo más deprimentes. Me llama la atención porque él no es así. Cierto que no es la alegría de la huerta, pero tampoco es un ser oscuro como los personajes que describe, al menos no lo es conmigo. De todos modos, me entristece verlo tan desanimado. Ahora se ha metido en una novela. Quizás, no sé, se sentiría mejor si una buena editorial publicara alguno de sus libros…

—Quizás. Por cierto, una pregunta: ¿a vosotros también os sentó mal la comida de cumpleaños de tu madre? El postre por ejemplo…

—¿La de los buñuelos? Ninguno de los dos comimos. Ramón es muy aprensivo con todo tipo de cremas. Una vez sufrió una intoxicación con un bollo suizo relleno de nata y no ha vuelto aprobar ningún postre que lleve crema. Yo me he acostumbrado y

hago lo mismo. ¿No te fijaste que tampoco probamos la tarta de tu cumpleaños?

No pudo evitar pensar, una vez sola, que tal vez el marido de su nieta era el culpable del envenenamiento de la familia, y de la muerte de su querido Gervas. Al igual que el personaje principal de la serie de relatos que había leído, los únicos, y que no le habían gustado en absoluto, era un hombre oscuro, ególatra, que además se sentía agraviado por el hecho de que Ediciones Egurra no le hubiera publicado sus otros libros. Podría haber envenenado la tarta a sabiendas de que ni él ni su mujer la probarían. Pero desechó semejante idea. Como decía Iker, tenía una imaginación demasiado calenturienta de tanto leer historias de ficción. De todas maneras, hablaría con Juan Ignacio y le pediría que publicara uno de sus libros, todo con tal de ver feliz a Begoña.

La llamada de su cuñado interesándose por lo que estaba escribiendo pilló a Ramón desprevenido. Atónito, lo escuchó hablar de fechas para su publicación antes del verano, coincidiendo con las ferias de libros, o para el otoño, antes de la campaña de Navidad, en caso de que todavía le faltara mucho para acabar. Solo al final de la conversación le preguntó de qué iba la trama, y creyó percibir un tono de alivio al responderle él que era una novela, un *thriller*, aunque omitió decirle que trataba de un autor que mataba no solo al editor sino también a toda la plantilla de la editorial por haber rechazado su original. Permaneció pensativo durante largo rato después de colgar. ¿A qué venía semejante cambio de postura tras sus anteriores rechazos? ¿Tendría algo que ver con los nuevos planes de Goián? Begoña lo mantenía al corriente de las innovaciones que se estaban llevando a cabo en la empresa y, desde luego, todo indicaba que el Grupo Egurra estaba a punto de dar el salto que lo colocaría al nivel de los dos grandes grupos editoriales que se repartían el mercado nacional, magnífica plataforma para darse por fin a conocer.

En su opinión, ahora escribía mejor y estaba convencido de que Juan Ignacio ni siquiera había leído sus originales, que se los había pasado a Karmele, una antigua condiscípula dela UPV, con la que nunca se había llevado bien desde que él intentó ligar con ella en

primero de carrera. Se la encontró años después en la editorial, cuando su mujer, novia todavía, lo llevó a conocer las oficinas, y apenas intercambiaron unas palabras de saludo. La discípula favorita del profesor Urdan, con quien él intentó vincularse sin conseguirlo, ocupaba el puesto que a él le habría gustado, el de responsable de la edición de ficción, justo por debajo del editor jefe, aunque se consoló pensando que a ella le habría gustado ser una gran escritora, no una mera correctora de textos ajenos. Nunca le había dado su parecer respecto a lo que él escribía, y él tampoco se lo había preguntado, no tenía por qué; su relación con la editorial era exclusivamente con su cuñado y así seguiría, visto el súbito interés de este por su nueva obra, cuya trama, desde luego, no pensaba modificar.

—Tu hermano me ha llamado para decirme que me publicarán la novela —informó a su mujer en cuanto esta entró por la puerta.

—¡Genial! Ya me encargaré yo de hacerte una publicidad de primera.

Begoña se hallaba en su salsa, le encantaba su nuevo cometido, tan diferente al de jefa de recursos humanos, en el que tramitaba contrataciones, sueldos, Seguridad Social o quejas sindicales, entre otras cosas; esto era muy diferente, mucho más ameno y atractivo. Ni se le ocurrió comentarle que aquello se debía probablemente a la mediación de la abuela Nieves; lo vio contento y se alegró por él, solo esperaba que su nueva obra no fuera una historia como las otras, pesimista y carente de interés.

Presa de una fiebre creativa, Ramón centró todos sus esfuerzos en escribir, llegando incluso a pensar en pedirle a un amigo médico que le extendiera un parte de baja a fin de no tener que dar sus clases en el colegio, aunque, a fin de cuentas, estas solo le llevaban un par de horas al día y le venía bien un descanso mental. Entre capítulo y capítulo, escribía en el blog y respondía a las entradas de sus visitantes, cada vez más numerosos, y que él se había hecho a la idea de que eran reales cuando no lo eran; había abonado dieciocho euros para conseguir diez mil seguidores más y cientos “me gusta”. Puede que aquello fuera un timo, pero él se lo tomaba como un medio más para obtener seguidores, convencido de que no era el único en actuar de dicha manera. Conocía de vista a un escritor que tenía miles de seguidores en la red y que, sin embargo, apenas

firmaba ejemplares en la Feria del Libro de Bilbao, pero recibía comentarios en su página, lo cual significaba que el asunto funcionaba. Escribió unas líneas criticando a un autor que llevaba una veintena de novelas publicadas y continuó con la historia de su asesino en serie cuyo final tenía ya previsto; escaparía, al igual que Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos* de Thomas Harris. Lo del típico asesino que acababa muerto o en manos de la policía estaba demasiado trillado.

Finalizó antes de lo que esperaba a pesar de que el número de páginas era el doble que en sus anteriores trabajos y llevó el *pdf* a una imprenta para presentarlo en papel y encuadernado. No estaba por la labor de enviar el original por correo electrónico después de todo lo que había leído acerca de que cualquiera podía plagiar lo que se movía por las redes.

Iba tan ensimismado, con su libro bien sujeto entre los brazos, que no se fijó en el hombre que se dirigía hacia él en el vestíbulo del amplio portal del edificio hasta que estuvo a un paso.

—¿Qué hay, Ramón? ¿Qué te trae por aquí?

—He quedado con mi cuñado.

—¿No será una novela eso que llevas ahí?

—Pues sí…

—Déjame ver.

Emilio Goián se la quitó de las manos y le echó una ojeada.

—*La venganza*… Esto promete. ¿Te importa si me la llevo? Ya te diré algo en cuanto la lea.

Lo vio salir del edificio sin esperar su respuesta mientras él permanecía pasmado por el “atraco” que acababa de sufrir. ¡El tipo le había robado su original! Pensó en salir tras él y exigirle que se lo devolviera, pero luego recapacitó. Goián era ahora el gran jefe de Ediciones Egurra y, según Begoña, nunca había trabajado en el ámbito de los libros ni parecía saber mucho de literatura. Si a él le gustaba la novela, de nada valdrían las pegas de Juan Ignacio y de su secuaz Karmele. Todo era cuestión de cruzar los dedos y esperar, aunque, por si acaso, volvió a la imprenta y pidió otra copia encuadernada.

No tuvo que esperar mucho. Apenas dos semanas más tarde el propio Emilio lo llamó por teléfono, y quedaron en verse en su despacho. Tenía clase, pero avisó al colegio con voz ronca de que

había cogido una bronquitis, y que el médico le había ordenado no salir de casa. Se presentó en las oficinas a media mañana procurando que no se le notara el nerviosismo y se detuvo antes de llamar a la puerta del despacho del gerente. Aunque no le llegaba el sonido de sus voces, a través de la cristalera observó que este y su cuñado discutían; solo había que ver los ademanes del segundo y la forma displicente con la que el primero lo escuchaba y le hacía gestos con la mano para que se calmara. Golpeó con los nudillos y entró, Juan Ignacio tomó asiento en una de las dos butacas situadas al otro lado de la mesa de Goián, y él lo hizo en la otra. Dos horas más tarde salía del edificio aturdido, como si la cabeza fuera a explotarle; entró en el primer bar que encontró y pidió una copa de champán. Había recibido por fin la noticia que llevaba esperando desde hacía tanto: Ediciones Egurra publicaría su novela en otoño, y no solo eso.

—La empresa tiene la intención de instituir un premio literario, un gran premio —le había informado Emilio con una sonrisa—. Si hacemos bien las cosas, puede que tú seas el primero en recibirlo, aunque, ya sabes, discreción hasta que esté todo bien decidido.

El asunto no resultaba fácil; era preciso no precipitarse, planear bien la campaña publicitaria, convocar el concurso, contratar anuncios en radio y televisión, también en las publicaciones del grupo, concertar entrevistas con críticos y revistas especializadas, organizar conferencias en foros y Universidades en las que él expondría su visión literaria, darlo a conocer en una palabra.

—Y corregir el texto —había añadido Juan Ignacio entre dientes.

No se había despedido de él, había salido nada más acabar la reunión y no lo encontró cuando fue a buscarlo a su despacho; tampoco había rastro de Karmele.

—¡Que se jodan! —exclamó antes de beberse de un trago el contenido de la copa.

Sentados en una de las tres mesas del pequeño bar de la Plaza Nueva, en esos momentos vacío de clientela, Juan Ignacio y Karmele bebían sendas cervezas. Nada más salir del despacho de Emilio, el editor había ordenado a su ayudante que dejara lo que

estuviera haciendo y lo acompañara, cosa que esta hizo de inmediato alarmada por la crispación que percibió en sus ademanes, de habitual reposados. No hablaron durante el trayecto; él caminaba a paso rápido por el puente de El Arenal, seguido al trote por ella, y solo pareció calmarse tras beber un par de tragos.

—No pienso aguantar ni un minuto más —fue lo primer que dijo—. Me largo de la empresa.

Karmele sonrió; no era la primera vez que lo oía decir aquello desde la llegada del nuevo director general, aunque esta vez la cosa parecía más seria. Embalado, le habló acerca del asunto del premio, "farsa" lo llamó, y de la decisión de Goián de dárselo al inútil de su cuñado. Había aceptado publicar su novela a petición de la abuela, pero una cosa era publicar un libro entre tantos y otra muy diferente darle un premio millonario a una basura que sería preciso reescribir entera.

—Porque no vale nada —insistió—. Solo he tenido tiempo de leer unas páginas, suficientes para saber que se trata de una novelucha, incluso peor que sus relatos. Al menos en estos hay algo de ese estilo que mi cuñado se empeña en incluir dentro del género de realismo sucio cuando, en realidad, no se le acerca ni de lejos. Va de un escritor frustrado que se carga a todos los empleados de una editorial, menos al maquetista, porque no le quieren publicar. ¿No hemos recibido algún original con la misma o parecida trama?

—Más de uno.

—Ramón podría defenderse en el relato corto a poco que encontrara su propia voz, pero una novela, ni de coña, y menos para recibir un premio que nos va a poner a la altura del barro en cuanto los críticos se lancen a por nosotros solo porque Emilio quiere llegar a ser el más importante CEO de la industria editorial a nivel nacional. ¡Imbécil!

—Tranquilo, Juan Ignacio. Tú eres el editor jefe y sabes de sobra que tenemos los medios para no publicar lo que no queramos. Pásame el texto de tu cuñado, y hablamos.

12
LA ESCRITORA FANTASMA

Si había algo que Margaret no esperaba era encontrarse con el primo de su marido. Llevaba casi dos meses de promoción, y estaba ya aburrida. Durante la gira por Europa, había podido volver a casa unos días entre país y país, pero América se hallaba demasiado lejos. Madrid era la última etapa de su periplo donde tendría que presentar la novela por enésima vez, insistir en que lo suyo no era el ensayo histórico sino la narrativa, responder a periodistas, más bien becarios, que no leían y que, de todas todas, le preguntaban si tenía intención de escribir otro tipo de libros alguna vez o si escribía solo para el público femenino, dado que muchas de sus protagonistas eran mujeres. A veces no podía contenerse y preguntaba a su vez al entrevistador si Umberto Eco o Saramago o Joyce escribían solo para hombres, dado que sus caracteres principales solían ser masculinos. ¡Era el cuento de no acabar! De todos modos, al día siguiente estaría de nuevo en Las Arenas, donde se movía a su aire sin que nadie la incordiara, cuanto mucho un saludo, una sonrisa. Por suerte, Jon era un encanto de marido; la llamaba todas las noches, y se tiraban una hora hablando. A veces la acompañaba, cuando la promoción caía en verano, lo cual no era el caso, pero al menos había acabado por ese año, y él le había prometido unas vacaciones sorpresa en Semana Santa.

—Dos semanas en… ¡ya lo averiguarás cuando llegue el momento!

Las chicas eran mayores, ambos estaban muy orgullosos y nunca les habían dado problemas, también era verdad que había empezado a ser conocida siendo ellas adolescentes crecidas que ya

hacían su vida, aunque vivir con sus suegros también ayudaba. María Paz adoraba a sus nietas y le ahorraba muchas preocupaciones por lo que le estaba inmensamente agradecida. Esa era también una pregunta habitual, la de cómo compaginaba el ser madre y el tener éxito, algo que, por supuesto, raramente preguntarían a un colega masculino, pero, en fin, un pequeño esfuerzo y habría acabado. Se hallaba firmando ejemplares tras la presentación cuando escuchó una voz por encima de las demás.

—No imaginaba que tuviera una prima tan famosa.

Alzó la cabeza y se sorprendió al descubrir a Pablo a su lado.

—Ponte a la cola —le dijo con una sonrisa.

—No pienso. Esperaré a que acabes y luego te llevaré a cenar.

Había sido una jornada dura, y tenía ganas de irse al hotel, pero no podía negarse y asintió con un gesto de cabeza. Dos horas después se hallaban en un restaurante de ambiente romántico, con luces tenues y velas en las mesas, apropiado para parejas, aunque ellos no eran dos, porque el diputado se presentó cuando acababan de sentarse, solo entonces se fijó en que la mesa estaba reservada para tres comensales. El hombre retuvo su mano durante más tiempo del necesario para un saludo y luego se sentó a su lado. No le gustó el personaje; reía demasiado, hacía comentarios de poco gusto, aunque al parecer era un gran lector. No había leído nada de ella, confesó, pero lo haría sin falta ahora que conocía el parentesco que la unía a su querido amigo y colaborador. Además le gustaba el género histórico y> pasó lista a sus autores favoritos, todos hombres, la mayoría españoles, excepto Marguerite Yourcenar, de obligada mención para cualquiera que se preciara de ser un conocedor de la materia.

—Deberías escribir una novela sobre la batalla de Cartagena de Indias, en la que los españoles les dieron estopa a los ingleses —dijo el hombre dándoselas de ocurrente.

—¿Y por qué no una sobre la de Trafalgar, en las que los ingleses vencieron a españoles y franceses? —preguntó ella con sorna—. Ah no, que esa ya la han escrito… No escribo sobre batallas, no me interesan los triunfos o derrotas de este o aquel ejército, ni los personajes famosos.

—¿Y eso?

—Porque prefiero el pueblo llano, del cual se ha escrito tan

poco, que parece que no hubiera existido. No novelo la Historia, escribo historias que ocurren en determinados lugares y épocas.

—¿De amor, violaciones y esas cosas que tanto os gustan a las mujeres?

No merecía la pena responder y tampoco quería entrar en una discusión que no llevaría a nada. Los escuchó a él y a Pablo hablar de política, deportes, cotilleos sobre personas a quienes no conocía, ni le interesaban, y por fin llegó el momento de retirarse, adujo que debía coger un vuelo temprano y que estaba cansada.

—¿Te importa que nos saquemos una foto? ¡No todos los días tiene uno la oportunidad de conocer a una escritora famosa!

El diputado le pasó su móvil a Pablo y le echó el brazo por encima del hombro atrayéndola hacia él como si se conocieran de toda la vida, incluso apoyó su mejilla en la de ella, algo que le molestó, aunque no dijo nada y sonrió; estaba acostumbrada a posar con todo tipo de personas.

Tal y como Jon le había anunciado, diez días más tarde partían de vacaciones. No le dijo adonde, pero no le fue difícil averiguar que su destino era Francia pues cogieron la autopista a la frontera y, de allí, la de Burdeos, aunque no se detuvieron en esta ciudad, como pensó que harían, sino que tomaron la ruta de Bergerac. El viaje fue un sueño a partir de entonces.

Siguiendo el curso del Dordoña, se detuvieron en casi todos los pueblos a orillas del río, subieron por calles empinadas de piedra, comieron en hospederías, durmieron en castillos, visitaron iglesias y monasterios, y ella sintió que volvía a una época histórica que la fascinaba desde que siendo una adolescente leyó *Ivanhoe*, y luego *Nuestra Señora de París, El conde Belisario, El nombre de la rosa, El Puente de Alcántara…* y tantos y tantos otros. La ficción la llevó a la Historia, aficionándose a los ensayos que leía como si fueran novelas; compró libros de arte y de arquitectura, así como discos de música medieval; probó a hacer algunas recetas para experimentar a qué sabría lo que se comía siglos atrás, asistió a conferencias de historiadores y visitó museos de trajes y mobiliarios. Aquellos pueblos, muchos simados en lomas escarpadas que requerían un esfuerzo para subir, con sus torres, templos, casas y calles de piedra, eran un placer para la vista y los sentidos.

La sorprendió muy gratamente que Jon hubiera planificado el

viaje hasta en los más mínimos detalles, reservando habitaciones en hoteles “singulares”, huyendo de lo fácil, buscando sitios que sabía que a ella le gustarían. E hicieron el amor como al comienzo de su relación; recuperaron una ilusión que había menguado en los últimos años, quizás porque empezaban a sentirse mayores, o porque habían caído en la monotonía de una organizada vida en común. Allí estaban los dos, sin familia, sin nadie que los interrumpiera, con todo el tiempo para ellos solos. Las dos semanas previstas transcurrieron muy rápido, y lamentaron tener que dejar atrás la vuelta al pasado que tanto los había seducido.

Sentados en la terraza del hotel, mientras contemplaban el paisaje y disfrutaban de su último día de vacaciones en la increíble población de Rocamadour, la “ciudad santa”, meta de peregrinos durante diez siglos y custodia por la famosa imagen de una Virgen Negra, Jon dijo algo que le llamó la atención:

—No sé por qué me viene ahora a la cabeza… pero no recuerdo haber visto la tablilla de mi padre por ninguna parte…

—¿La tablilla?

—Sí, un fragmento de una arqueta medieval que representa a un monje en su *scriptorium*. La tenía encima de su mesa, en un soporte, y decía que se trataba de una copia en resina, aunque en realidad es de marfil y de copia, nada. Data del siglo XII.

—¿Y cómo la consiguió? Esas piezas no están al alcance de cualquiera…

Le habría encantado ver la tablilla, pero nunca había estado en el despacho de su suegro; de hecho, solo había pasado por las oficinas en contadas ocasiones, y siempre en busca de su marido.

—La compró en un anticuario de Burdeos, aunque nunca confesó cuánto pagó por ella. Yo creo que más bien la adquirió en el mercado negro de antigüedades, y que por eso aseguraba que era una copia barata, como todas esas que hemos visto en las tiendas de *souvenirs*. Supongo que también lo decía para que a nadie se le fuera la mano…

—¿Y ha desaparecido?

—No lo sé. A lo mejor está con las cosas que nos entregaron después de su muerte. Ama guardó la caja en algún lugar, y allí seguirá.

Lo primero que hicieron al llegar a casa fue preguntar a María

Paz por la caja. En efecto, continuaba en el vestidor de Gervas, que ella todavía no se había decidido a vaciar. Dentro encontraron papeles, una docena de plumas y otros utensilios de escritura, varios premios que le habían sido concedidos por su labor editorial, un pisapapeles de cristal de Murano, fotografías enmarcadas de la familia… aunque ni rastro de la tablilla.

La campaña de primavera estaba en su apogeo. Había comenzado en marzo, antes de las vacaciones de Semana Santa, pero todavía quedaban cabos sueltos, retoques a textos y portadas que debían estar en el mercado antes del comienzo de las ferias cuyo pistoletazo de salida lo marcaba el Día del Libro, y de manera especial el Sant Jordi de Barcelona. A partir de entonces y hasta finales de junio no habría descanso: agendas de presentaciones y eventos, *dossiers* de prensa, contactos con críticos y blogueros literarios, preparación de expositores para situar a la entrada de librerías y grandes superficies comerciales, acuerdos para que, en estas, los libros estuvieran en escaparates y mesas de novedades, lo que, dependiendo del establecimiento, implicaba determinadas cantidades que, por supuesto, se abonaban a fin de situarse en primera línea.

Ajena a la agitación que la rodeaba, Karmele intentaba centrarse en la ingrata tarea encomendada por Juan Ignacio: revisar el original de Ramón Menusqueta. En vano le pidió que no se lo encargara a ella, que había otras personas en la editorial que podrían hacerlo mejor. Su jefe se mantuvo firme, se encerró en su despacho con ella y volvió sobre el asunto del premio.

—El director general ha decidido que sea esta la obra a premiar.

—¿Sabías que tu cuñado y yo estudiamos juntos en la Facultad? Nunca nos hemos llevado bien, y organizará una buena si se entera de que he metido mano a su original.

—No tiene por qué enterarse.

—Busca a otro corrector.

—Te quiero a ti, eres la mejor. Nos jugamos mucho en este asunto, te lo puedo asegurar. Ya que no parece que Goián vaya a cambiar de idea, tenemos que hacer lo posible para que no resulte un desastre. Y si hace falta reescribir la novela, hazlo.

—¿Me estás pidiendo que ejerza de escritora fantasma?

—Sí, si es preciso.

—Me niego.

—Karmele… no me obligues a buscar a otra persona. Llevamos mucho juntos, y lamentaría tener que prescindir de ti si pierdo la confianza.

Permanecieron en silencio; él con una mirada suplicante, ella mordisqueándose el labio inferior, ¿acaso su jefe acababa de amenazarla con el despido?

—Vale —dijo al cabo de unos instantes—, pero con una condición: yo no he visto este original, no lo he leído, no lo he corregido. Has sido tú. Y te juro que no me callaré si se te ocurre decirle algo a Ramón, o a cualquier otro.

Observó una mirada aliviada en los ojos de Juan Ignacio, cogió el original, salió del despacho sin decir una palabra, pasó por la máquina del café y, luego, se sentó en su rincón a leer.

La trama giraba en torno a un escritor fracasado que decide acabar con la plantilla de una editorial pequeña, desde el director hasta el repartidor. No era la primera vez que leía algo parecido, aunque resultaba novedosa la inclusión de todo el personal. Un asesino en serie con ansias de venganza tampoco era un tema demasiado original, pero ¿cuál lo era? Todo estaba ya escrito, lo decía siempre don Jerónimo, y era cierto. Lo que diferenciaba a una buena novela de una mala no era solo el argumento, también el estilo, la prosa, los diálogos, el desarrollo del relato, la resolución. Ramón no escribía mal, pero su escritura era plana, aburrida, había leído todos sus originales, aunque en este caso parecía querer salirse de la línea habitual y planteaba una interesante variedad de caracteres y situaciones, si bien el personaje principal era un ser atormentado, como siempre. Con su habitual estilo descarnado, huyendo de las descripciones, reflejando las miserias y la sordidez humanas, lograba una historia sugerente en la línea del género negro. No había casi erratas, ni fue necesario hacer demasiadas correcciones de estilo, pero sí atar varios cabos que en la trama quedaban al aire, sin respuesta. Añadió por tanto apuntes, párrafos incluso, que escribió en rojo, y unas notas finales en las que proponía modificaciones en algunas partes de la novela, como por ejemplo el hecho de que a la mitad ya se supiera quién era el

asesino cuando la intención del autor, en principio, parecía ser la de mantenerlo en el anonimato hasta el final. Tampoco quedaba claro el carácter del protagonista ni los motivos por los cuales decidía dejar con vida al responsable de la maquetación y diseño de los libros.

Al acabar, depositó la copia corregida encima de la mesa de Juan Ignacio, ausente en aquellos momentos. Volvió a encontrársela sobre la suya al día siguiente con una nota: “Reescríbela entera”.

—Si pregunta por mí, dile que estoy en mi casa, haciendo el trabajo que me ha encargado —informó a la secretaria de su jefe.

Una cosa era corregir, añadir notas, y otra reescribir toda una novela de principio a fin; para ello necesitaba estar sola. Y la reescribió; le llevó horas de trabajo, varios paquetes de cigarrillos y litros de café. Al acabar, el texto de doscientas cincuenta páginas se había convertido en otro casi el doble de largo.

—No parece la misma novela —le comentó el editor, satisfecho tras haberla ojeado por encima.

—No lo es.

—Has hecho un trabajo excelente.

—Pues olvida que he sido yo, y no vuelvas a pedirme algo parecido porque entonces no tendrás necesidad de despedirme. Seré yo quien se largue de la empresa. Ahora me voy a tomar unos días de descanso, que buena falta me hace y, por cierto, te pasaré las horas extras.

Él también se fue a casa con el libro bajo el brazo, pero al piso de la calle Jardines; Isabel se hallaba en Madrid con su hija, y a Jaime apenas lo veía, así que nadie lo echaría en falta en Las Arenas. Dejó dicho que tenía una reunión y que si alguien lo buscaba, que lo llamara al móvil.

La novela reescrita por Karmele solo tenía en común con el original la trama, las motivaciones iniciales y el desenlace. El resto, diálogos, situaciones, entresijos, psicología de los personajes, era una obra diferente y mucho más interesante. Acabó de leerla al filo de la madrugada y se tumbó vestido sobre la cama donde Itziar dormía desde hacía rato. Despertó cuando ella ya se había marchado, encontrando sobre la mesa el desayuno preparado, incluido café caliente en el termo, y fue directamente al despacho del gerente.

—Leela —dijo sin tan siquiera dar los buenos días.

Después se reunió con su equipo a fin de revisar la marcha de la campaña de primavera, aunque apenas prestó atención a sus colaboradores. No podía quitarse de la cabeza dos cuestiones: la primera, cómo le diría a su cuñado que la novela había sido reescrita de comienzo a fin. La segunda, cómo era posible que en veinte años no se hubiera dado cuenta de que Karmele era mucho más que una correctora de estilo. Nadie que no fuera un verdadero escritor podría haber transformado aquel pésimo texto en una obra excelente, de lo mejor que había leído en los últimos tiempos. Emilio Goián lo llamó a su despacho dos días más tarde.

—¡Es magnífica! —exclamó—. ¡Vamos a dar el campanazo!

—¿No decías que no querías autores de aquí?

—Bueno, ya hablaremos de eso…

—De todos modos, nos plantea un problema. Ignoro cuál será la reacción de Ramón cuando compruebe que esto no es lo que él ha escrito. Puede que se niegue…

—¿A qué se va a negar? Dinero, fama, entrevistas, viajes, el ascenso al Parnaso… ¡No hay nadie que rechace semejante oportunidad de oro!

—No estoy seguro de que lo acepte. Es muy suyo.

—Pues no le digas nada.

—¡Hombre! Querrá revisar las galeradas…

—Dale largas. Pásale su texto con algunas correcciones y mantenlo entretenido. Me jacto de conocer a las personas y, por lo poco que he hablado con él, creo saber que tu cuñado sueña con la gloria, con el reconocimiento público. A nosotros lo que nos interesa es vender, dar un braguetazo literario, y este premio lo será. Además, me he informado de que es algo más habitual de lo que parece, de que casi todos los años se publican obras que no pasarían la mínima criba, y que su éxito estriba precisamente en la labor de las editoriales para transformar churros en *bestsellers*. Ya he dado orden de que se prepare el contrato. Y también de que se convoque el concurso.

No quiso continuar hablando del tema y adujo tener una cita para salir de la oficina; estaba asqueado y se acercó a la calle Ledesma. Sentado a una mesa de un bar, con un libro en las manos, encontró a su amigo Koldo, lector empedernido de todo tipo de

obras, a quien le daba lo mismo un ensayo que una novela, el género negro que el romántico o la poesía, leía todo lo que caía en sus manos. También escribía cada semana una columna en un periódico de tirada nacional habiéndose ganado fama de crítico honesto, por lo que las editoriales le enviaban sus novedades a la espera de que se dignara a prestarles atención, algo difícil pues tenía por norma elegir él mismo los libros a reseñar. Momentos más tarde hablaban acerca de lo que a ambos apasionaba. El tipo era un pozo sin fondo, sabía todo sobre el mundo de la literatura: escritores, editoriales, publicaciones, premios, festivales, cambalaches, cotilleos varios.

—¿Sabías que le soltaron a un expresidente del Gobierno un millón de euros por sus memorias? ¡Un millón! ¡Que se dice pronto! Aunque a otro le dieron casi dos. Además de no escribirlas ellos, solo las compraron sus acólitos y algún adversario. ¡No recuperarán esas cantidades ni haciendo rogativas a san Judas Tadeo! Porque… ¿cuántos ejemplares han vendido? Aquellas tiradas de cincuenta o cien mil ejemplares han pasado a la historia por mucho que las editoriales pongan fajas a los libros. Claro que también es cierto que ahora se puede sacar una nueva edición en unos días. ¿Te has fijado en que en las fajas ya no ponen los ejemplares vendidos sino el número de lectores? "Fulanito de tal, tropecientos mil lectores"… ¡Cómo si eso pudiera saberse!

—¿Alguna novedad interesante? —le preguntó más que nada para desviar el tema.

A veces, en Ediciones Egurra también ponían fajas.

—Sí, alguna. Hace unos días recibí un ejemplar de la primera novela de un autor joven que promete, aunque todavía está algo verde, le falta experiencia, pero promete. Me han llegado también otros de dos autoras nuevas, que todavía no he ojeado.

—¿Y de los… consagrados?

—Alguno hay, pero, si quieres que te diga la verdad…

Su amigo se explayó a gusto mientras bebían *txakolin* y comían unas rabas. La literatura había caído en manos de meros mercaderes de libros que no leían y a quienes lo mismo daba publicar una buena obra que un infumable tocho de ochocientas páginas al que le sobraban más de la mitad; el caso era vender. Despotricó contra las grandes editoriales que devoraban el mercado, comprando sellos

medianos o pequeños, incluso importantes, despidiendo a personas que se habían dejado el pellejo en la labor y colocando en su lugar a gentes que sabían de literatura tanto como sabía de labores de ganchillo un cazador de lobos marinos. Y encima, encargaban la impresión en China o en India porque así ahorraban encostes, aunque ello hubiera llevado al cierre de muchas imprentas nacionales o a la reducción de sus plantillas.

A Juan Ignacio le gustaba escucharlo; le contaba asuntos que ignoraba o simplemente se los recordaba. Además, le hacía gracia que le hablara como si él fuera ajeno al medio. Cierto que, hasta la fecha, Ediciones Egurra había mantenido el tipo. Mimaba su producción en todos los detalles: elección de originales, corrección, maquetación; contrataba a sus propios diseñadores e ilustradores y, por supuesto, la edición se hacía en un par de imprentas locales con las que mantenían una relación laboral y de amistad desde hacía años, pero… Mucho se temía que las cosas iban a cambiar más rápido de lo que él en un principio esperaba. En una de las últimas reuniones, Emilio había dejado caer como de pasada que la editorial necesitaba un *lifting*, un proyecto más ambicioso acorde con los tiempos, menos obsoleto. Se preguntaba si a él le ocurriría igual que a otros editores que, una vez absorbida la empresa por parte de algún gigante, se habían visto en la calle con, eso sí, una buena indemnización y palabras de agradecimiento. En ocasiones olvidaba que él también era parte del Grupo Egurra y que, en principio, no podrían echarlo a la calle, aunque, también fuera cierto que no podía intervenir al no tener acciones, si bien era, junto a sus hermanos, heredero de su madre y de su abuela. ¿Cómo se le había ocurrido a esta votar por un tipo ajeno a la familia y que no tenía ni idea de literatura?

13
EL HIJO PERDIDO

Siguiendo las indicaciones de la bisabuela, Iker intentó averiguar cualquier cosa que pudiera resultar interesante sobre la familia y el pueblo. Leire y él llevaban viviendo allí desde hacía ya unos meses y estaban muy a gusto. Por suerte, su trabajo le permitía trabajar desde casa, y había montado una habitación con todo el equipo necesario, lo que dejó perplejo a Xabier cuya única modernidad consistía en un móvil viejo que funcionaba a la perfección para asombro del joven. Había días en que no salía del cuarto al que llamaba con sorna su "estudio", recordando la ridícula pomposidad de doña Mercedes, pero, cuando se cansaba de estadísticas, gráficos, diseños y demás, iba en busca del tío abuelo adoptado y le echaba una mano en los invernaderos.

Comprobó que aquellas pausas en las que desconectaba de su tarea le venían bien física y mentalmente. Trabajar con las manos, aprender, descansar la vista y compartir momentos con un hombre que, a todas luces, gozaba cultivando la tierra, era una experiencia nueva para él. A veces, también se sentaba en el taller y contemplaba ensimismado cómo transformaba un pedazo de madera en una obra de arte; lo veía utilizar gubias, cuchillos de tallar y lijas, con la habilidad de un cirujano y no podía evitar cierta envidia al saberse él mismo inútil para cualquier tipo de trabajo artesanal. Pese a su manifiesta pericia y a que vendía sus obras sin la menor dificultad, o tal vez por esto mismo, nunca hacía gala de su ingenio, no acudía a ferias, no exponía al público; simplemente esperaba a que vinieran a buscarlo, lo< que ocurría con cierta asiduidad. La persona interesada se presentaba en el caserío

acompañada por Fermín, un amigo y vecino que hacía las veces de representante, a cambio de un porcentaje de la venta, contemplaba las obras acabadas, pagaba y se marchaba con la pieza elegida; él seguía a lo suyo.

—¿Nunca has pensado en montar una exposición? —le preguntó un día.

—¿Para qué?

—No sé… para ser más conocido. ¿No te gustaría que tus obras estuvieran expuestas en un museo?

Xabier sonrió divertido, pero no respondió y continuó vaciando una pieza de corazón de castaño que había dejado secar durante meses.

—Esto de la talla ¿es solo cosa tuya o te viene de familia?

—El padre y los tíos hacían herramientas, cucharas, cuencos y esas cosas.

—¿Todavía te quedan parientes aquí, en el pueblo?

—Dos hermanos, una tía, primos, sobrinos… pero no me hablo con ninguno de ellos desde hace mucho.

—¿Y eso?

El hombre dejó la maza y la gubia y salió afuera a liar un cigarrillo. Iker lo siguió, y ambos se sentaron en el asiento de piedra adosado a la casa.

—Yo era un crío cuando aquello ocurrió, pero todavía me acuerdo…

Desde la noche de la muerte de la tía Julia, no lo había escuchado hablar tanto; no preguntó, solo escuchó mientras intentaba retener la información.

Su padre era amigo íntimo del viejo Gervasio desde que eran niños, tan íntimo, que siempre estaban juntos, como si fueran hermanos gemelos. Después de la guerra, unos cuantos jóvenes del pueblo se reunían en el molino para hablar de política y meterse mano, y allí los pilló la Guardia Civil. Los detuvieron, y las cosas ya no volvieron a ser como antes. Alguien dijo que había sido Lucio, su padre, quien había denunciado a los demás, y los dos hombres no volvieron a hablarse. Gervasio pasó dos años en “el trullo” y, al volver, supo que su novia había tenido un hijo, y que el niño había desaparecido. No se supo quién, pero corrió el rumor de que ella lo había ahogado en el río. Un día, los antiguos amigos se liaron a

puñetazos en el bar y aquel, su mujer y sus dos hijos se marcharon a Bilbao una semana después.

—Aquella noche escuché una discusión en la cocina. Yo estaba escondido bajo la escalera. Mis padres, dos de mis tíos y Faustino, un hermano de tu bisabuelo, hablaban en voz en grito. Lo único que saqué en claro fue que el niño desaparecido no había ido a parar al río. La madre de doña Nieves se lo había entregado a Faustino, quien, para entonces, ya vivía en la ciudad y tenía un almacén de libros. Estaba hecho una furia y amenazó a los demás con degollarlos con una hoz si alguien volvía a hablar de su familia. Mi padre no volvió a ser el mismo desde entonces. Se volvió taciturno, huraño. Hasta que conoció a Julia y supo que era hija de quien había sido su mejor compañero. Organizó una gresca cuando mis tías y tíos fueron a decirle que era un escándalo que ella y yo viviéramos juntos sin estar debidamente casados. Les dijo que se fueran por donde habían llegado y que no volvieran a meter las narices en lo que no les importaba. Yo creo que fue la única manera que tuvo para desagraviar a Gervasio, a quien nunca dejó de echar en falta. Desde entonces no he vuelto a hablar con mis parientes.

—¿Y fue tu quien denunció a los del molino? —se atrevió a preguntar Iker cuando el hombre por fin calló.

—No. Fue Faustino, que estaba celoso de su hermano porque él también quería a tu bisabuela. Lo supe años después. Mi padre me lo dijo cuando estaba a punto de morir.

El joven había escuchado una versión, pero aquella revelación cambiaba la historia de arriba abajo. No quiso preguntar más para no levantar sospechas. Tampoco inquirió por el resto de la familia Egurra; ya se enteraría, aunque no parecía que hubiera mucho por averiguar. Al día siguiente se presentó en casa de doña Nieves.

—Así que a mi hijo se lo llevó Faustino…

—Eso parece.

La anciana intentaba hacer memoria, pero no recordaba a su cuñado acompañado de un niño. Nunca lo había visto con uno, y él tampoco había dicho nada, ni había hecho alusión al hecho de que hubiera prohijado al hijo de su hermano. ¿Se lo habría confesado a Gervasio? Y en caso de ser así, ¿por qué su marido no le había dicho nada?

—Averigua si Faustino todavía vive, y si tiene un hijo —casi

ordenó—. Necesito saberlo.

Durante los siguientes días, Iker rastreó en Internet sin encontrar nada, absolutamente nada, ni siquiera una esquela de defunción. Recordó lo dicho por su madre sobre el tipo que acudía a la librería y soltaba una maldición ante el expositor de los libros de Ediciones Egurra. Tampoco ella supo decirle algo acerca del extraño personaje, pero sí le informó de su posible dirección pues, en una ocasión, se lo había encontrado saliendo de un portal de la calle Cinturería. Acudió al edificio y habló con la vecina del primero, una mujer muy mayor, pero que todavía conservaba una excelente memoria. Por ella supo que Faustino había vivido en el segundo hasta que los Servicios Sociales lo trasladaron a una residencia para ancianos hacía ya años. El hombre tendría entonces cerca de noventa y, probablemente, ya habría muerto. El piso lo vendió su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, aunque debía ser viudo porque nunca vi a ninguna mujer por aquí. El chico creció y lo perdí de vista. No venía a visitar a su padre.

—¿Y recuerda usted cómo se llamaba?

—Abel, igual al asesinado por su hermano Caín.

Buscar a Abel Egurra resultó más fácil. Supuso que Faustino lo habría inscrito como propio con sus dos apellidos o, en todo caso, con el de la abuela Nieves como segundo.

Lo encontró en las “Páginas Blancas” de Internet, aunque tuvo que intentarlo varias veces hasta dar con él y, en efecto, el hombre había inscrito a su sobrino con sus dos apellidos: Egurra Ateurdin. Sin embargo, el buscador no daba información alguna acerca de la dirección y el teléfono. Buscó en las redes, pero tampoco, así que echó mano de un listín de teléfonos, de los antiguos, que guardaba su madre en un cuarto repleto de trastos, libros viejos y papeles. Se alegró de que no hubiera tirado todo aquello como él le había insistido en repetidas ocasiones llamándola “Diógenes”; encontró lo que buscaba y se apresuró a llamar al número que aparecía tras el nombre. Un decepcionante “no existe el número al que llama” apagó su euforia inicial. Le quedaba un último intento y se presentó en la dirección indicada, un portal de la calle de Deusto. No aparecía el nombre en los buzones, y estaba a punto de darse media

vuelta cuando apareció una señora con un perro que le preguntó a quién buscaba.

—A Abel Egurra —respondió él.

—Vive en el cuarto izquierda.

Antes de entrar, echó de nuevo un vistazo a los buzones; la etiqueta del cuarto izquierda estaba en blanco.

Creyó encontrarse frente al propio tío abuelo Gervas cuando un hombre con el pelo gris cortado al ras y cejas hirsutas le abrió la puerta, le miró a través de unas gafas con montura de hilo apenas perceptible y respondió a su saludo con un escueto:

—No compro nada.

Iba a cerrar la puerta, pero se detuvo al preguntarle él si era hijo de Faustino Egurra. Aprovechó su momentánea sorpresa para informarle de que estaba llevando un cabo un trabajo sobre los comercios en Bilbao de después de la guerra y que sabía que alguien con dicho nombre había tenido un almacén de libros en las Siete Calles. Lo había llamado la atención, prosiguió embalado, porque los libros no eran precisamente género de primera necesidad, y menos en aquellos años, y una persona interesada en ellos debía de ser alguien especial.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó el otro.

—Iker Gómez —respondió omitiendo la segunda parte de su apellido a fin de no alertarlo.

Lo hizo pasar a la cocina, pero un vistazo alrededor fue suficiente para comprobar que vivía solo y, dado que no parecía demasiado simpático, tampoco era difícil de imaginar que no tuviera una rica vida social. Sin embargo, estaba claro que el hombre quería hablar, y habló. En efecto, era hijo de Faustino Egurra, aunque, puntualizó, había sido adoptado nada más nacer. Lo supo cuando todavía era un adolescente, un día en que su supuesto padre se emborrachó y lo llamó “bastardo”, “hijo de mala madre” y otras perlas parecidas. No consiguió sonsacarle quién era su verdadera madre, pero el frágil hilo que los unía se rompió definitivamente, y nunca más volvieron a tener una conversación medianamente larga. Abandonó el piso y se buscó la vida, trabajando de día y estudiando de noche hasta conseguir el título de perito y un empleo en una multinacional; se casó con una buena mujer y tuvo un hijo. A Faustino lo veía de vez en cuando en la

calle y consiguió una plaza para él en una residencia, pero nunca fue a visitarlo.

—¿Y no ha sabido quién era su madre biológica? —preguntó Iker.

—No, pero tampoco me importa. Alguien que abandona a un hijo no merece el mínimo respeto.

—¿Y si ella no lo abandonó?

—Me consta que sí lo hizo. Él me lo dijo.

Notó que su tono de voz adquiría un tono amargo y cambió de tema.

—Volviendo al motivo de mi visita, ¿no tendrá por ahí alguna foto del almacén, de su… de Faustino? Como le he comentado, estoy haciendo un trabajo sobre el comercio en la posguerra…

El hombre no respondió; salió de la cocina y volvió instantes después con una caja de zapatos dentro de la cual había unas cuantas fotos en blanco y negro, algunas borrosas por el paso del tiempo, otras estropeadas, pero también las había en las que aparecían personas en las calles de Bilbao, en el almacén de libros, en un pueblo…

—¿Me permite que haga unas copias con el móvil?

—Llévatelas.

—Pero…

—Nunca las miro, ¿para qué? Borré mi pasado el día que supe que era hijo de madre soltera.

—Bueno, yo también lo soy y no me preocupa en absoluto…

Abel Egurra enarcó las cejas y lo contempló con interés, pero no dijo nada. Iker se despedía al cabo de un rato prometiendo que volvería a devolverle las fotografías, naturalmente si a él le parecía bien. El hombre no respondió, pero afirmó con un movimiento de cabeza y un amago de sonrisa, el único gesto amable de todo el encuentro.

De nuevo en su apartamento, el joven vació la caja de cartón e hizo una selección. Retiró las instantáneas poco claras, las rayadas o aquellas en las que solo se veía una calle o un paisaje, y se centró en las que aparecían hombres y mujeres, en grupo o solas, apenas media docena. Las escaneó y amplió a tamaño folio; no reconocía a nadie, así que las metió en una carpeta junto a los originales y fue a ver a doña Nieves. Durante el trayecto en el metro no dejó de

pensar en la explicación que le daría de cómo las había conseguido. No quería hablarle de Abel Egurra hasta no estar seguro de que era el hijo perdido, además temía la reacción de este; lo mismo se negaba a verla, y por nada del mundo deseaba que su querida *amama* sufriera un disgusto. Encontró la solución antes de llamar a su puerta: le diría que había acudido a la antigua vivienda de Faustino en la calle Cinturería y que había hablado con la vecina del primero.

—¿Y él? —preguntó la anciana.

—Falleció hace algunos años.

—Ya. ¿Tenía un hijo?

—Parece ser que sí, pero hace mucho que no lo ve. Se marchó siendo joven.

—Vaya…

—Pero, tranquila, lo encontraré, aunque a lo mejor está en México o por ahí, vete a saber. La mujer guardaba estas fotos. A ver si reconoces a alguien…

Doña Nieves cogió la lupa y empezó a examinar los rostros que le devolvían parte de su pasado, olvidó su momentánea tristeza al seguir sin saber nada del hijo que le habían robado, y una sonrisa se dibujó en su cara. Los reconocía a casi todos: amigos y amigas del pueblo, Gervasio, Lucio, Eulalia, Mirentxu, también ella y otros. Posaban alegres delante del molino, en el baile de la plaza durante las fiestas, todas eran de antes de la guerra, excepto una en la que aparecía Faustino con un chaval de unos catorce años a su lado frente a un local que tenía un letrero: “Almacén de Libros”.

—¡Es él! —exclamó emocionada—. Mi hijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es la viva imagen de Gervas a su edad.

—Puede que Faustino tuviera también un hijo…

—Ya te digo yo que no. Tenía un problema de nacimiento y no podía engendrar. De hecho, no podía cubrir a una mujer, de ahí que tuviera tan mala leche.

—Xabier me dijo que estaba enamorado de ti…

—De eso nada. Lo que no soportaba es que nosotros fuéramos felices. Toda su vida fue un envidioso, y esa fue seguramente la razón por la que aceptó hacerse cargo de nuestro hijo cuando mi madre me lo quitó. Para vengarse.

—Pero lo habríais visto alguna vez mientras vivíais en Bilbao y trabajabais juntos…

—Lo mismo lo metió en la inclusa hasta que tuvo edad de echarle una mano cuando nosotros montamos nuestro negocio. Dame unas tijeras que hay en la caja de labores.

La vio recortar la copia y hacer una bola con la imagen del hombre, luego cogió un marco, sacó la foto en la que aparecían ella y dos amigas y colocó la del muchacho con pantalones cortos y un jersey que le venía grande. La dejó contemplando el rostro del hijo que no conocía.

Muy en su papel de investigador, Jorge Ibáñez no tardó en presentarse en el caserío Egurra, un jueves por la tarde, acompañado de Pili a fin de que pareciera una visita casual. Desechó la idea de referirse a doña Nieves y recomendó a la joven no mencionar su lugar de trabajo; los dueños eran parientes de doña Mercedes, y no quería que hubiera malentendidos. Había oído comentar a la señora lo bonito que era el lugar, y tenía curiosidad por verlo, sin más. Encontraron a Leire ocupada en un pequeño jardín de plantas medicinales, y no tuvieron que dar explicaciones, bastó que Pili hiciera un comentario acerca de un esplendido aloe vera y su uso en las heridas, y ambas mujeres entablaron una animada conversación. Él se mantenía aparte hasta que la primera lo animó a darse una vuelta por los invernaderos, cosa que no se hizo repetir.

Reconoció al hombre que se afanaba recogiendo puerros por haberlo visto en un par de ocasiones y por un instante temió ser descubierto. Luego recordó que su actual aspecto no se parecía en nada al del invisible chófer uniformado, gorra incluida, y se ofreció a ayudarlo. Al rato habían acabado y llenado dos cajas que, según le informó Xabier, estaban destinadas a la feria que tendría lugar el siguiente sábado, allí mismo en el pueblo. Después lo invitó a tomar un vino mientras las dos jóvenes seguían hablando de plantas medicinales.

—Hermoso lugar… ¿Da para vivir? —preguntó una vez que ambos estuvieron sentados bajo la parra.

—Da.

—También da mucho trabajo…

—Mucho.

—¿Es tu hija? —preguntó de nuevo señalando a Leire.

—No.

Estaba claro que el hombre no era en absoluto comunicativo, pero logró que respondiera algo más que monosílabos echando mano a su talento para hacerse pasar por quien no era.

Aunque nacido en Portugalete, sus abuelos eran inmigrantes llegados de un pueblo de Burgos adonde, de niño, solía ir con ellos en vacaciones. Como en tantos otros casos, la vieja casa y el terreno habían acabado siendo propiedad de un hermano de su padre, el más listo, o el más avaricioso, lo cual no dejaba de tener su gracia: potentadas o humildes, en todas las familias ocurría lo mismo. Echó mano a lo poco que recordaba y se inventó una infancia y parte de la juventud ayudando a sus parientes en el campo y con los animales hasta que aprendió mecánica y se trasladó a Bizkaia; echaba en falta la vida al aire libre, pero había que comer, adujo. Fuera como fuese, sus palabras fueron como la llave que abre una cerradura y, una vez más, se dijo que debía haberse dedicado al teatro. El introvertido Xabier le confesó que él siempre había vivido allí y que nunca había sentido la necesidad de cambiar de vida. Sus padres, abuelos, antepasados, todos habían sido caseros, y él hacía lo mismo que ellos: labrar, arar, cultivar. También le dijo que era viudo desde hacía unos meses y que ahora vivía con el sobrino nieto de su difunta y con la compañera de este, una profesora que dedicaba su tiempo libre al cultivo de las plantas medicinales. Se entendieron bien, así que quedaron en verse de nuevo el sábado, aunque Pili no podría acompañarlo porque debía cuidar de su madre, mintió.

No informó a doña Mercedes acerca de su visita; no había visto a Iker, tampoco había averiguado nada, y apareció por la feria el sábado al mediodía. En un ambiente muy animado, los puestos llenaban la pequeña plaza, y no tardó en descubrir a Xabier tras un mostrador repleto de hortalizas, también a Leire que a su lado y en una mesa ofrecía hierbas para todo tipo de males, cremas y jabones que ella misma elaboraba. Los saludó con la mano, indicando que luego se verían, y se dedicó a mirar el resto de los puestos. Acabó con una copa de *txakolin* en una mano y un talo con *txistorra* en la

otra mientras escuchaba conversaciones en euskera que no entendía y contemplaba una exhibición de danzas vascas. Ciertamente, aquel era un ambiente que desconocía; le daba la impresión de hallarse en algún pueblo perdido de la Euskadi profunda cuando, en realidad, se encontraba a pocos kilómetros de Bilbao, y le gustó. A eso de las tres de la tarde, observó que Xabier comenzaba a recoger y se acercó para echarle una mano; visto y no visto habían guardado lo que quedaba de la venta, que no era mucho, y llevaron las cajas a la camioneta aparcada a poca distancia. Volvió para ayudar a Leire, pero ella también había recogido en compañía del joven, al que conocía por haberlo visto en Neguri. Era Iker, el nieto "adulterino" de doña Mercedes, como la había oído decir en una ocasión. Tampoco este lo reconoció y, poco después, se hallaban los cuatro sentados bajo la parra dispuestos a comer una ensalada y una tortilla de patatas.

—¿Un poco de vino, Gorka?

—Poco, que tengo que conducir.

Se le hacía raro oírse llamar "Gorka". La idea se la había dado Pili en su primer encuentro fuera del palacete. Según ella le iba que ni pintado, y aunque entonces pensó que era una bobada ahora le resultaba eficaz para evitar dar pistas, pues cabía la posibilidad de que uno de los dos hombres, o ambos, hubieran escuchado el nombre de Jorge en boca de las señoras.

Olvidó el motivo de su presencia allí, siguiendo las órdenes de su jefa, y disfrutó de unas horas en compañía de aquellas tres personas sin misterio que no guardaban ningún terrible secreto. Al final, mientras Xabier iba a poner en marcha el sistema de regadío de los invernaderos, y Leire se ocupaba de colocar unos plásticos sobre algunas de sus plantas en previsión a la helada nocturna, él e Iker permanecieron solos a la mesa.

—¿Siempre has vivido aquí? —le preguntó.

—No. Antes vivía en Bilbao, en las Siete Calles, pero venía a menudo al caserío. Mi tía abuela Julia era la propietaria. Ella y Xabier no tuvieron hijos, y me lo legó en su testamento. Murió el año pasado —añadió el joven con tristeza.

—¿Enfermedad?

—Una intoxicación o algo parecido. Le destrozó el hígado. Leire y yo siempre habíamos querido vivir en el pueblo, así que nos

vinimos aquí.

—¿Y tus padres?

—Mi madre regenta una pequeña librería en el Casco, y mi padre… Mi padre vive en Las Arenas, tiene otra familia, pero siempre ha estado enamorado de mi madre y se ha ocupado de nosotros.

—¿Tienes abuelos?

—Mis abuelos maternos murieron, y los paternos… ¡como si no los tuviera! Nunca me han querido, aunque, si te digo la verdad, tampoco me ha importado. Imagino que la doña pondría el grito en el cielo cuando se enteró de que su hermana me legaba el caserío y las tierras.

—¿La doña?

—Sí, mi abuela, doña Mercedes Egurra. Mi padre la llama "la madre superiora". Nunca me ha tratado como a un nieto, y el rechazo es mutuo. Menos mal que los demás siempre han sido cariñosos conmigo, en especial la *amama* Nieves, mi bisabuela. Tiene muchos años, muchísimos, pero la cabeza bien amueblada. Dice que, de todos sus bisnietos, yo soy el favorito, que ya lo veré cuando lean su testamento. Ese día estaré presente solo por ver la cara que pone la madre superiora.

Se echó a reír como si todo fuera una broma, y él rio a su vez imaginando, en efecto, la cara de su patrona.

14
DEPRAVADOS

Albi, el copropietario y representante de la compañía madrileña de inversiones poseedora del catorce por ciento de las acciones del Grupo Egurra, una cantidad demasiado importante como para no tenerla en cuenta en el plan trazado por su madre y por él mismo a fin de hacerse con las riendas de la empresa. Confiaba en sus dotes de cuentista para conseguir que le revendiera el paquete al precio de compra, pero enseguida se dio cuenta de que el hombre que tenía delante, de mediana edad, amable y bien trajeado, era lo que llamaban un "tiburón financiero" y que de ninguna manera se dejaría engatusar. Tras comentarle él que la familia desearía recomprar sus acciones y que, a fin de cuentas, Inversiones Albi & Cía. tampoco detentaba el suficiente número para influir en las decisiones del Consejo, el inversor sonrió y solo dijo una frase:

—De acuerdo, tres millones de euros. Antes de que pudiera reponerse del susto, el otro prosiguió, siempre sin perder la sonrisa.

—La nuestra no es una empresa de capital de riesgo, siempre va a lo seguro. Teníamos la idea de adquirir la totalidad del Grupo Egurra en el momento en que bajara su valor, pero habéis hecho bien las cosas, y ahora no nos interesa perder el beneficio que sin duda nos proporcionará vuestro salto a primera línea. Por tanto, estamos dispuestos a revenderos las acciones al precio del beneficio que obtendríamos dentro de, digamos, dos o tres años, que es el tiempo que calculamos tardaréis en crear vuestro emporio. No tenemos prisa.

Un par de horas más tarde, Pablo se reunía con su jefe en el

restaurante favorito de este, uno cuyo plato estrella era el cocido. No tenía hambre y no tardó en contarle el motivo de su desgana. El otro lo escuchó sin decir palabra, aparentemente más interesado en la comida que en sus cuitas; al acabar, bebió un trago de vino y se le quedó mirando.

—Conozco bien los trapos sucios de Albi y sus compinches. No me opongo a que se aprovechen de otros, pero no de mis amigos. Yo te consigo esas acciones a un buen precio, aunque, naturalmente, recibiría mi parte por la gestión. ¿Para qué crees que me metí en política? —preguntó soltando una carcajada al constatar su asombro—. También pido algo más…

—¿De dinero?

—No. Me bastará con lo que me toque. La quiero a ella.

Diciendo esto, cogió el móvil y le mostró la foto en la que aparecía junto a Margaret.

—Me causó una gran impresión, y más desde que he leído varias de sus novelas. Alguien que describe escenas de sexo como ella tiene que ser buena en la cama, muy buena.

—Es la mujer de mi primo, y apenas me hablo con ella…

—Pues vete pensando cómo hacer para que volvamos a encontrarnos, y esa vez, no hará falta que estés presente. Hablaré con Emilio sobre el otro asunto. A fin de cuentas, tú ya no trabajas allí, y es él quien dirige Egurra. Tu labor ahora consiste en prepararte para viceconsejero de mi departamento, así estarás a punto para las próximas elecciones generales.

Apenas durmió aquella noche. ¿Por qué cojones le había contado a su jefe el asunto de Albi? En cuanto hablara con Goián, este empezaría a sospechar que se traía algo entre manos. Lo llamó nada más levantarse para informarle de que se había encontrado con Carlos Albi la víspera, en una reunión social del Círculo de Empresarios, mintió; de su ocurrencia y de la respuesta recibida. Se quedó más tranquilo al constatar que el otro no se inmutaba y respondía con un “era de esperar”. También le comentó que el diputado estaba dispuesto a utilizar sus aldabas, aunque no mencionó el tema de Margaret; después llamó a su madre.

—Averigua si ese hombre tiene algún trapo sucio, que seguro lo tiene, para que podamos utilizarlo a la hora de la negociación sin necesidad de intermediarios.

—¿Y cómo lo hago?

—¡Hijo! ¡Usa tu imaginación!

No volvió a hablar del asunto con su jefe, pero a partir de entonces se dedicó a investigar todo lo referente a Albi & Cía., la organización, socios, negocios, chanchullos. Descubrió que habían aportado fondos al partido a cambio de información privilegiada, y que el hombre estaba forrado; acudió a todo tipo de eventos, conferencias o saraos en los que cabía la posibilidad de encontrarse con alguien que lo conociera. No tardó en darse cuenta de que aquel mundo de empresarios, políticos y banqueros, que hasta hacía poco le había sido completamente indiferente, era un avispero cerrado de intrigas y favores al cual muy pocos tenían acceso, pero a él se le había franqueado la entrada gracias a su relación con el diputado. Sin embargo, no había nada que pudiera ser utilizado para chantajear a Albi, y ya desesperaba de encontrarlo cuando conoció a Magdalena en uno de los más exclusivos clubs de la capital, al cual únicamente tenían acceso los socios y sus invitados. Su jefe le había pasado la invitación para asistir a la conferencia de un escritor.

—No tengo intención de perder el tiempo escuchando hablar a unos intelectualoides que miran a los demás por encima del hombro, pero el organizador es un destacado militante a quien vale más tener contento. Salúdalo de mi parte y dile que he tenido que salir hacia Valencia por un asunto del partido.

Tampoco a él le interesaba escuchar hablar de escritores y de libros, pero sí tenía curiosidad por conocer aquel club elitista que se enorgullecía de ser uno de los más antiguos de la capital, y cuya cuota de ingreso frisaba los treinta mil euros, a la que había que añadir unas mensualidades elevadas. Quizás se animara y se hiciera socio, podía permitírselo, no en vano acababa de embolsarse la parte correspondiente dela herencia de su padre. Le agradó el mobiliario inglés, las grandes arañas colgadas del techo, el servicio uniformado y, en especial, la elegancia de las damas y la sobriedad de los caballeros. Con su americana y chaleco de *tweed*, él no desentonaba en aquel entorno, todo lo contrario; incluso las gafas con montura de pasta le daban un aire de bohemio acomodado, muy de acorde con el evento. Buscó al organizador para transmitirle las disculpas del diputado, este le presentó a su hija, y ambos se

sentaron en la tercera fila de sillas tapizadas, dispuestos a escuchar al escritor que iniciaba su conferencia.

Deseaba que acabara antes de empezar para así dedicarse a la joven, unos veinte años menor que él, calculó, que le sonreía cual *Lolita* de Nabokov, novela que había leído siendo adolescente, más que nada por su aureola de obra maldita y pornográfica. A esta siguieron otras de contenido sexual que le pasaban sus amigos y que leía, como solía decirse, con una sola mano. No le interesaban la calidad literaria de dichas obras, si es que la tenían, la crítica social, la frustración o ambigüedad de los personajes, las reflexiones psicológicas; únicamente las escenas de sexo, cuanto más descarnadas, mejor. Dejó de leer cuando comenzó a ser el personaje de sus propias novelas. Magdalena le cuchicheó al oído algo que no captó y, al hacerlo, acercó su cuerpo al suyo, rozó su muslo e impregnó su olfato con aroma a perfume caro; tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y se centró en las palabras del conferenciante, que en esos momentos citaba el nombre de un escritor, que no le sonaba de nada, atribuyéndole el calificativo de "autor de culto", al igual que lo era él mismo, afirmó.

No pudo evitar una sonrisa; la pedantería de algunos literatos iba pareja a la escasa venta de sus libros. ¿Cuánto le habrían pagado a aquel tipo cuyo nombre ignoraba la víspera? ¿Cuántas más daba al cabo del año a fin de sacarse un sueldo? Había consultado en Internet para no parecer ignorante; tres novelas, cuatro libros de relatos cortos, otros dos de poesía, un ensayo, y poco más en casi tres décadas. A su hermano se lo llevaban los demonios cada vez que mencionaba a aquellos autores que vivían del cuento, aseguraba; sin lectores, presumían de cultos, de literatos exquisitos, citaban a escritores y filósofos, y su presencia debidamente remunerada en eventos, fiestas, entregas de premios y demás era considerada un gran logro por los organizadores, que tampoco eran lectores.

Se vio separado de Magdalena durante el cóctel que siguió a la conferencia, pero la pilló mirándole al tiempo que se pasaba la punta de la lengua por los labios. No pudo reunirse con ella; se lo impidió una señora de edad que lo había asaltado y le soltaba un rollo acerca de la valía del conferenciante, su marido. Este y el anfitrión se les unieron en el momento en que pensaba en la manera

de escapar de allí, y se sintió como una liebre arrinconada, más aún cuando el escritor supo que era miembro de la conocida familia de editores. Alabó las publicaciones de Ediciones Egurra, mencionó un par de títulos y de autores de la misma y, a continuación, le informó de que tenía un original recién salido del horno.

—Mi nueva novela es digna de las mejores editoriales del país —añadió condescendiente—. He recibido espléndidas ofertas de adelanto, pero la cuestión no es publicar por publicar, sino hacerlo como es debido, con el respeto que un autor de mi categoría merece.

Su interlocutor, ante la visible complacencia de los otros dos, continuó alabándose sin pudor alguno y, de paso, citando a autores tales como Sófocles, Kafka, Melville, Murakami…, y también a otros que no merecían su mal ganada fama; le recordó al pelma de su cuñado Ramón.

—Escribir bien es un arte que está solo al alcance de unos pocos —prosiguió—, y es preciso marcar las diferencias a fin de que el vulgo no se confunda.

Finalmente, le dio una tarjeta y lo instó a visitarlo; la nueva obra sería publicada por Ediciones Egurra, un gran honor para su editorial, señaló. Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero no lo hizo y aprovechó que se les habían unido otras personas para alejarse disimuladamente en busca de la salida. Él no era modesto, lo sabía, pero aquel despliegue de vanidad lo superaba con creces. En cuanto a lo de los adelantos… Desde la crisis, ninguna editorial desembolsaba las enormes sumas de veinte años atrás a menos que estuviera segura de obtener el doble, y eso ya solo ocurría en casos contados y planificados de antemano. Necesitaba fumar y sacó un cigarrillo en cuanto salió a la calle.

—¿Me das uno? —Oyó que le preguntaban.

Magdalena y él pasaron la noche en su apartamento. Por falta de oportunidad o de ganas, no se había acostado con una mujer desde su llegada a Madrid, y aquello fue un regalo inesperado. Se sintió el personaje de Humbert seducido por Lolita, aunque, en realidad, ni él era tan viejo, ni ella tan joven. Se trataba de una relación sin visos de continuidad, justo como a él le gustaban, pero descubrió algo de la forma más inesperada.

—Follas mejor que Carlos —jadeó ella tras su segunda

acometida.

—¿Qué Carlos?

—Carlos Albi, mi primer amante. No creo que lo conozcas. Me desvirgó cuando era menor de edad.

—¿Y no lo denunciaste?

—¿Por qué? Me encantó. A él le gustaba que lo llamara "papi".

—¿Y sigues con él?

—No. Ahora prefiero a hombres maduros, pero no demasiado.

No quiso insistir, permaneció en vela mientras ella dormía con una sonrisa de niña buena plasmada en el rostro.

Dos días más tarde, cogió el avión a Bilbao a primera hora de la mañana con la intención de volver ese mismo día. La víspera había llamado a su madre, y ambos se reunieron en la elegante cafetería de un hotel de cinco estrellas; una casa con una docena de sirvientes no era lugar adecuado para confidencias. Comieron juntos, y a media tarde regresó a Madrid.

La primavera se dejaba sentir más cálida que de costumbre. Doña Mercedes mandó llamar a Jorge y lo esperó en la pérgola del jardín mientras contemplaba el mar sin dejar de pensar en lo mismo que la obsesionaba desde hacía meses: la muerte de su marido y de sus dos hermanos, añadidas a la diabetes, los dolores de piernas y su cada vez menor apetito. Además de la insulina, tomaba una docena de pastillas diarias y no notaba mejoría; se hacía tomar la tensión mañana y noche, y su dieta era una continuidad de menús a base de verduras, que su cocinera se afanaba en condimentar de todas las formas posibles. Si su salud era precaria, también lo era su estado anímico; le pesaba la soledad más de lo que nunca hubiera imaginado. Con Pablo lejos, sus otros dos hijos habían dejado de ir a comer los domingos; Juan Ignacio y Begoña se pasaban por allí una vez a la semana, sus parejas una al mes. De Maite y de los niños no sabía nada a pesar de vivir allí mismo, en Las Arenas, y los otros nietos eran ya mayores y hacían su vida. A los únicos que veía con asiduidad por tenerlos en la puerta de al lado eran a María Paz y familia, aunque su relación se había enfriado un tanto desde lo de la elección de Goián como director general del Grupo Egurra. Y también veía a su madre todos los días. Le habría gustado que fuera

a vivir al palacete, más que nada para tener de quien ocuparse y con quien hablar, pero era terca como una mula, y no había habido manera de sacarla de su piso. Le asombraba su vitalidad e incluso sentía envidia; una pastilla para el corazón era todo lo que tomaba. Cierto que andaba mal, que se estaba quedando sorda y que le costaba leer, pero la había acompañado a una revisión dos semanas atrás, y el médico aseguró que pocas veces había conocido a una persona con tan buena salud, augurando que llegaría a los ciento y pico y los enterraría a todos. No le deseaba la muerte, por supuesto, pero tampoco podía esperar; eran demasiadas acciones en poder de una anciana que se negaba a que hubiera cambios en la empresa.

Observó que su "detective" particular se dirigía hacia la pérgola, su aspecto había cambiado a mejor en los meses que llevaba trabajando para ella. Ya no era el hombre gris que pasaba desapercibido; los andares, la ropa deportiva de marca, el cabello algo más largo, la barba recortada, nadie diría que se trataba de un simple sirviente a quien podría despedir en cualquier momento. Su encuentro no fue largo. Le entregó una carpeta con fotografías e información, así como un billete de autobús de ida y vuelta, el vale de reserva en un hostal del centro de Madrid, desayuno incluido, y una tarjeta anónima de crédito por un valor de setecientos euros.

—Averigüe todo lo que pueda —le ordenó—. Si consigue fotografías o cualquier tipo de documento, mucho mejor. En la carpeta está toda la información que necesita sobre dicha persona, y no se olvide de guardar las facturas. Póngase en contacto con nuestro representante en caso de que necesite alargar su estancia. Tampoco tengo que recordarle que se trata de un asunto confidencial, y que no debe hablar de ello con nadie. ¿Qué hay del hijo de mi hijo? ¿Ha ido usted al caserío?

No había mucho que contar, la informó. Había estado en el pueblo en dos ocasiones y pensaba volver. Ni Iker ni Xabier habían hablado de asuntos familiares, pero tampoco sospechaban, y lograría que confiaran en él más tarde o más temprano. Añadió que el joven había hecho un comentario acerca de que doña Nieves le había asegurado que era su bisnieto favorito y que lo tendría en cuenta en su testamento, aunque no le pareció que se lo tomara en serio.

—Ahora corre más prisa el asunto que le he encargado. Llámeme

solo si se trata de algo imprescindible.

Lo vio marcharse y detenerse en la terraza a hablar con una de las doncellas. Supuso, por los gestos de ambos, que había algo entre ellos, ya lo averiguaría. No le importaba que dos sirvientes tuvieran relaciones, siempre que guardaran la debida compostura, pero no estaría de más vigilar al vigilante. Luego llamó a su abogado, y quedaron para verse aquella misma tarde en el despacho de este último.

Jorge se sorprendió al comprobar que el autobús en el que viajaba no era uno de línea, de los que paraban en pueblos y ciudades y convertían el viaje en una pesadilla. Aquel era un vehículo de primera, con una fila de asientos individuales y otra doble, *wifi*, pantalla en el respaldo delantero, mesa plegable, una azafata que le ofrecía café y bollos, y se arrepintió de haber pensado que su jefa era una roñosa por no pagarle un billete de avión. Se había leído la prensa disponible y una revista sobre automóviles de gama antes de llegar a Burgos; jugueteó un rato con la pantalla sin encontrar una peli que lo interesara y optó finalmente por escuchar música mientras abría la carpeta a fin de informarse acerca del hombre a quien tenía que investigar. Al parecer se trataba de un especulador que adquiría bienes con la intención de venderlos a corto plazo y obtener beneficio.

—Un tipo como el de *Pretty Woman* —musitó.

Le habría gustado ser como aquel, atractivo y millonario, con avión privado y todos los lujos del mundo a su alcance. Este también tenía una buena planta; la información aportaba varias fotografías, la mayoría en compañía de otras personas en reuniones y congresos; alguna otra, solo. Se preciaba de conocer a la gente. Los años al servicio de los adinerados, la espera a la puerta de restaurantes, hoteles, casonas y, ante todo, las conversaciones escuchadas como si sus pasajeros lo consideraran sordo y mudo, le permitían intuir con qué tipo de personas trataba. Calculó que el hombre andaría en torno a los sesenta o más, le recordaba a su primer patrón, un empresario para quien trabajó durante un par de años, y a quien pillaron en un desfalco. Tuvo que asistir al juicio y responder a unas cuantas preguntas. Impasible, mirando a los ojos

de sus interrogadores, se declaró ignorante de cualquier chanchullo, no reconoció a nadie y tampoco dio ninguna pista. Los abogados de la acusación no insistieron, a fin de cuentas, solo era un simple chófer en su primer empleo, como señaló uno de ellos. Los seis mil euros que recibió en mano en un despacho a cambio de su silencio ayudaron a que se olvidara de maletines y conversaciones. Por un instante pensó que se estaba vendiendo, pero llegó a la conclusión de que necesitaba el dinero hasta encontrar otro trabajo. Continuó leyendo los papeles y levantó las cejas sorprendido al descubrir la finalidad de sus pesquisas.

El hostal en el que le habían reservado habitación era uno más de los muchos del centro de Madrid, pequeño, pero confortable y limpio. Se tomó la tardé libre, deambuló por varios garitos y durmió a pierna suelta hasta las seis de la mañana, momento en que salió a la caza de su presa. Durante los dos siguientes días, hizo guardia frente al elegante edificio en el que Albi & Cía. tenía las oficinas y siguió a Carlos Albi hasta que este regresaba a su urbanización privada. No podía entrar, pero desde la calle veía el chalet y no se marchaba hasta observar las luces apagadas. El tercer día lo vio salir a media tarde, solo; su chófer no lo esperaba, y echó a andar por la misma acera, algo que agradeció, pues le evitaba tener que coger un taxi y perseguir al Mercedes Clase S como si se tratara de una de esas películas de gánsteres a las que tan aficionado era. Lo vio entrar en un portal y entró tras él, antes de que se cerrara la puerta; iba al ático, y él apretó el botón del tercero, después bajó las escaleras a pie, comprobó los buzones, en el ático solo había una puerta y no tenía nombre. Lo vio salir dos horas más tarde para dirigirse de nuevo al edificio de oficinas, donde lo esperaba su chófer. Esta vez no lo persiguió, esperó a que desapareciera, regresó al portal y llamó al ático.

—Un amigo de don Carlos, “papi” —respondió a la pregunta de quién era.

Momentos después, se felicitaba una vez más por su aspecto de hombre pudiente y su capacidad para no mostrar señal alguna de extrañeza, y respondía con aplomo a las cuatro preguntas que le hizo un tipo vestido con *esmoquin*, don Carlos le había recomendado el lugar, estaba de paso en Madrid por asuntos de negocios, disponía de una tarjeta de crédito *offshore* por cuestiones de

seguridad y sus gustos eran parecidos a los de su amigo. Tuvo la impresión de que el hombre estaba acostumbrado a que le dieran nombres falsos cuando dijo apellidarse Basoaga, pero no le pidió el DNI, aunque retuvo la tarjeta; lo acompañó a una habitación, le sirvió un *whisky* y le informó de que sería atendido en unos minutos. Se estaba preguntando cómo diablos se le había ocurrido dar el nombre del circuito de *motocross* al que solía acudir en sus años locos cuando entró en la habitación una niña vestida de colegiala, y por poco se le cae el vaso al suelo. Así que eran ciertas las sospechas que aparecían en los papeles respecto a Albi. Observó a la niña acercarse hacia él con una sonrisa inocente y se mordió los labios. Le gustaban las mujeres y no rechazaba los servicios de una prostituta, pero de ahí a acostarse con una niña iba un trecho. De hecho, años atrás por poco mata a puñetazos a un sinvergüenza a quien había pillado intentando meter mano a una cría que vivía en su edificio. La niña había comenzado a desabrocharse la blusa sin dejar de sonreírle. Tenía que pensar rápido; no sería extraño que los estuvieran espiando, así que cerró las cortinas, apagó las luces y la llevó a la cama sin haberle dado tiempo a desnudarse.

—Tranquila —le dijo en un susurro—, solo quiero que hablemos.

Y hablaron tumbados sobre la cama, aunque más bien él preguntó y ella contestó. No era la única, había otras, todas más o menos de su edad. También vivían allí dos hombres y una mujer; las trataban bien, les enseñaban modales y maneras para agradar a los clientes, aunque a veces los señores no fueran tan amables como él, le confesó.

—¿Y tu familia?

—No me acuerdo.

—¿Vas al colegio?

—No.

—¿Sales alguna vez de aquí?

—No.

—¿Cómo te llamas?

—María.

Dejó la habitación una hora más tarde, tras hacer prometer a la niña que no diría nada a nadie acerca de lo que habían hablado, tampoco a sus compañeras. Le juró que volvería a por ella si

guardaba silencio.

—¿Satisfecho? —le preguntó el tipo del esmoquin.

—Mucho.

—¿Volveremos a verlo por aquí?

—Por supuesto.

La broma le costó quinientos euros, pero no parpadeó cuando el otro le devolvió la tarjeta de crédito. A continuación, se dirigió al barrio de Carabanchel. TU día siguiente estaba de nuevo haciendo guardia ante el edificio de Albi & Cía. Hubo de esperar dos días más hasta que lo vio de nuevo dirigirse hacia el portal y rápidamente marcó un número en su móvil; veinte minutos más tarde se reunían con él los dos hombres que había contactado en Carabanchel, en un tugurio de mala muerte, y respondía "*Basoaga*" a la pregunta a través del portero automático. Minutos más tarde la sonrisa de bienvenida del encargado se transformaba en una mueca de estupor al verse encañonado por uno de los hombres que acompañaban a su supuesto cliente.

—¿Dónde está "papi"?

El tono amenazador y, sobre todo, la pistola en el pecho fueron acicates suficientes para que lo llevara a la misma habitación en la que él había estado. El otro hombre permaneció vigilante en el vestíbulo.

La sorpresa de Albi al verse descubierto fue inenarrable; intentó levantarse, cubrirse, pero lo desconcertó una ráfaga de *flashes*. Cuando Jorge consideró que ya tenía suficientes fotos, le soltó un puñetazo que lo lanzó contra la pared y ordenó a la niña que se vistiera. Ya puestos, entró en las otras habitaciones, cinco más, ocupadas por otros tantos pederastas, a quienes también sacó fotos. Después, cogió a María de la mano y los cuatro abandonaron el lugar. Todo había ocurrido en algo más de quince minutos.

15
EL ESCÁNDALO

Nunca se habían hecho las cosas tan rápido. La novela había sido reescrita, corregida, maquetada y editada en a penas cuatro meses. Más aún, Goián había ocupado en este caso el lugar del editor aduciendo que se lo tomaba como un “asunto personal”. Juan Ignacio no dijo nada pero, en su interior lo mandó al infierno y se desatendió por completo. Cada vez que su cuñado le preguntaba cómo iba lo suyo, lo dirigía al director:

—Habla con Emilio. Yo no sé nada.

No se interesó por la convocatoria del premio, que en un tiempo récord había logrado la participación de los más de trescientos originales apilados encima de una mesa a la espera de que alguien les echara una ojeada y decidiera si alguno merecía la pena ser editado más adelante. No leyó las galeradas, ni siquiera se preocupó por la portada hasta que Emilio le entregó un ejemplar. El título, *Justicia necesaria*, no tenía que ver con el original, y su estupor no tuvo límites al leer el nombre del autor, J. P. Fran, un escritor habitual en las tertulias televisivas y en saraos de cierto relumbrón, que no había publicado nada en años, y cuyo éxito literario era tan solo un recuerdo. Ojeó varias páginas y, por un instante, pensó que se trataba de otra novela; los nombres de los protagonistas no coincidían, también eran otros los lugares donde transcurría la trama, pero, básicamente, se trataba de la misma, la de un autor que decidía matar al personal de la editorial que no había aceptado su original.

—¿Qué cojones es esto? —exclamó.

—La novela ganadora del primer “Premio Egurra” —respondió

Goián.

—¡Ni siquiera es el texto corregido por Karmele!

—Claro que no. Yo también tengo mis contactos. Le pasé el borrador a un buen amigo, y él se encargó de buscar a un verdadero escritor a quien, por cierto, hemos pagado una cantidad escandalosa por hacer el trabajo y mantener la boca cerrada. Va a ser un éxito.

—¡Es un plagio!

—Llámalo como quieras. Comprenderás que no podíamos dar semejante premio al, para nada, bueno de tu cuñado…

—¿No habíais firmado un contrato?

—Solo un precontrato.

—¿Y qué le vas a decir?

—Eso te lo dejo a ti.

—¡Y una mierda!

Salió dando un portazo y, a continuación, se dirigió al despacho del jefe de Recursos Humanos. Media hora más tarde, cogía algunas cosas de su despacho, dejaba dicho que enviaría a alguien a recoger el resto y se fue al piso de la calle Jardines. Tenía mucho en que pensar y llamó a su mujer para avisar de que no iría a casa, que lo retenía un asunto grave de trabajo. Karmele lo llamó al móvil a eso de las seis de la tarde, e Itziar los encontró allí, en su sala de estar, con caras de funeral.

La trampa, farsa, estafa, tejemaneje, robo… a Juan Ignacio le faltaban los calificativos, era la gota que colmaba el vaso de su paciencia; había dimitido y no pensaba volver atrás, no sería una pieza más en el tablero de intereses de un tipo sin escrúpulos que echaba por tierra la labor de tres generaciones de editores honrados. Hablaría con su abogado a fin de que él se encargara de tramitar su dimisión, y lo que ello conllevaba, y debía decidir lo que haría en el futuro. Disponía de una cuenta corriente saneada, pero la vivienda de Las Arenas, los estudios de los hijos, el servicio, el tren de vida en general, suponían gastos importantes a tener en cuenta. Por otra parte, no quería ni imaginarse lo que aquello iba a suponer para la familia, lo que ocurriría en cuanto su cuñado se enterara de que no solo no recibiría el premio prometido, sino de que además le habían plagiado la novela.

—Presentará una denuncia —afirmó Karmele convencida.

—Y puedes estar segura de que tanto tú como yo nos veremos

envueltos en el fango, pues ambos sabíamos lo del primer original. Goián hará lo posible por quitarse el muerto de encima.

Esa misma noche envió sendos mensajes a su madre, a Begoña y al primo Jon convocando una reunión urgente en la que únicamente ellos debían estar presentes; quedaron a las diez de la mañana en el palacete de Neguri. Durante largo rato, habló él solo; les contó lo ocurrido sin omitir detalles, inclusive su participación en la reescritura del original de Ramón, y sintió una enorme pena al contemplar el rostro compungido de su hermana.

—¿Cuántas personas conocen el asunto? —preguntó doña Mercedes.

—Lo ignoro. Supongo que no muchas. Emilio lo ha llevado todo en secreto. Estamos él, yo, Karmele, el escritor fantasma que ha contratado…

—¿Qué pasa con la edición?

—Hemos editado seis libros para la campaña de primavera, este es uno más.

—¿Y cuándo se pondrá a la venta?

—Después del fallo público del premio en la gala que tendrá lugar no sé todavía dónde. Es lo que suele hacerse cuando se concierta un galardón de antemano. Se imprime el libro, y sale unos días más tarde aprovechando el revuelo.

—Ramón se pondrá hecho una furia —dijo Begoña en un hilo de voz—. Es capaz de llevar el asunto a juicio.

—Por eso os he reunido.

—No será la primera vez que se habla de plagios —señaló su madre—; escritores famosos, periodistas, artistas, políticos… Se olvidan pronto.

—Pero es muy mala publicidad, y los costes, ¡ni os cuento!

Muy en su papel de director financiero, Jon intentó explicarles lo que aquello supondría en abogados, indemnizaciones y demás, sin contar el montante del premio y la gala.

Lo que, añadido al escándalo, el enorme desembolso y a los créditos de los últimos meses debido a las inversiones en medios de comunicación y compra de editoriales, significarían la excusa perfecta para que la Banca Buisan retirara sus avales y precipitara la quiebra de la empresa.

—Hay algo más. He dimitido de manera irreversible. Mi mujer

todavía no lo sabe.

Juan Ignacio no pudo evitar esbozar un conato de sonrisa al observar las miradas atónitas de los otros tres.

—Fue un error nombrar a Emilio Goián director del Grupo Egurra —afirmó.

Todavía conmocionada por la gravedad de la situación, doña Mercedes hizo prometer a sus hijos y a su sobrino que no dirían ni media palabra del asunto, ni siquiera a su yerno, insistió a una llorosa Begoña. Ya verían lo que hacer, pero antes debían hablar con la abuela y el resto de los accionistas.

Una vez sola, la primera idea que le vino a la cabeza, la más sencilla, fue despedir al director general, incluso su madre estaría de acuerdo vistas las circunstancias. Luego recordó el contrato que ella misma había firmado como presidenta del Consejo de Administración, en el que se le garantizaba el puesto para cinco años y que costaría una fortuna anular. Goián era listo, muy listo, y seguro que habría amarrado bien las cosas. No le extrañaría que hubiera recabado información acerca de cada uno de ellos y la soltara a la prensa a fin de ensuciar el apellido Gómez-Egurra. Todas las familias tenían algo que ocultar, y la suya no era diferente. Cierto que los líos de faldas de su marido y de sus hijos no eran tan terribles, y menos en estos tiempos, pero había más: los favores comprados tras la guerra a fin de que la pastelería, entonces panificadora, fuera la única proveedora de los cuarteles de la zona, el dinero depositado en una cuenta oculta en Suiza, la no cotización a la Seguridad Social de las empleadas a su servicio… No podía arriesgarse.

La distrajo una llamada al móvil utilizado para comunicarse con Jorge.

—Buenos días. Le acabo de enviar unas fotos por *WhatsApp* —escuchó al otro lado de la línea.

Estupefacta contempló las imágenes, aunque su estupor duró unos instantes.

—¿Ha detenido la policía a ese degenerado?

—No.

—Le paso el número de mi hijo, llámelo. Él sabe lo que tiene que hacer. Usted vuelva aquí cuanto antes.

Dos días más tarde, las acciones en posesión de Albi &Cía.

pasaban a nombre de Pablo Gómez-Egurra.

Le extrañó la llamada de su antiguo compañero de afición, ignoraba que estuviera en Madrid, y más aún cuando dijo llamar de parte de su madre. Se encontraron en un *pub* al lado de la estación de autobuses, Jorge lo informó acerca de su misión, le pasó las fotografías, le dijo que a una de las niñas la había llevado a un centro de acogida infantil, no sabía nada de las otras, y se fue a coger el autobús a Bilbao. Él todavía permaneció un rato sentado a un extremo de la barra, bebiendo una cerveza y examinando las imágenes.

Al rato se encontraba en el despacho de Carlos Albi, quien lo recibió con una sonrisa, imaginando, supuso, que venía a ofrecerle la cantidad solicitada a cambio de sus acciones. Solo le mostró una de las fotos, añadiendo que enviaría el resto a la policía y a los periódicos si no le vendía su catorce por ciento al precio de compra. No había nada que negociar, le dijo, nada; un depravado como él no merecía la mínima indulgencia. Lo vio temblar, apretar los labios y llamar a su secretario para disponer el traspaso de las acciones del Grupo Egurra a su nombre; los documentos estarían listos al día siguiente bajo promesa de que eliminaría aquellas pruebas de un acto cometido en un momento de debilidad, adujo.

De nuevo en la calle, adquirió dos móviles de los más baratos, y pasó la velada en un bar de alterne al que ya había acudido en otras ocasiones. Al día siguiente, tras la firma de los títulos, entregó a Albi uno de los aparatos y salió sin despedirse. El otro lo utilizó para enviar las imágenes a la policía, añadiendo los detalles que conocía: el nombre del pederasta y la dirección del burdel infantil, luego lo destrozó a martillazos y tiró las piezas al contenedor de basura. Horas más tarde, la policía se personaba en las oficinas de Albi & Cía. y detenía a su director general bajo la acusación de corrupción y abuso de menores. Asimismo, encontró en el ático a cinco niñas aterrorizadas, encerradas con llave en una habitación; los dueños del burdel se habían largado la misma noche de la inesperada irrupción.

—Oye… No podré ayudarte en el asunto de Albi…

Pablo miró interrogante a su jefe.

—¿No te has enterado? Lo han detenido por un tema muy feo. Al parecer le gusta hacer guarrerías con niñas, y lo han pillado in

fraganti. Aunque lo suelten hasta la fecha del juicio, seguro que la policía registra sus oficinas y encuentra otros asuntos turbios, así que más vale mantenerse al margen.

Se planteó la posibilidad de que el tipo lo denunciara por chantaje, pero seguro que habría hecho desaparecer el móvil por la cuenta que le traía. Asimismo, no había nada de extraño en que él lo hubiera visitado por asuntos de negocios. Cierto que tenía el documento de la recompra con su firma el mismo día de su detención, pero aquella era una más de las muchas transacciones llevadas a cabo a diario en todas las empresas del país, sin más. Decidió, no obstante, ausentarse de Madrid durante unos días; comunicó al diputado que debía volver a Bilbao por un asunto familiar de extrema gravedad y esa misma noche durmió en su cuarto de soltero.

Doña Mercedes lo puso al corriente del problema que se les venía encima y la imperiosa necesidad de solucionarlo cuanto antes; se verían en serios apuros si Goián seguía adelante y Ramón decidía denunciar el plagio. Por otra parte, aunque consiguieran la mayoría en el Consejo, llevaría unos meses deshacerse del director de la empresa, tiempo suficiente para que este se saliera con la suya y destruyera la reputación de Ediciones Egurra, y del Grupo en general, además de dejarlos a ellos en la ruina.

—Podemos llamar a los irlandeses, o escoceses, o lo que sean… —dijo él con ironía.

—¿De qué hablas?

—Se les contrata, aunque son bastante caros. Llegan en el avión de la mañana, le rompen las piernas a alguien, y se vuelven en el de la tarde. No dejan rastro. O también puedes enviar a tu hombre a que le dé una lección…

—¡No digas tonterías! Está también el otro tema…

—¿Cuál?

—Lo de tu abuela. Me temo que esté pensando en legar la mayor parte de su herencia al hijo de tu hermano.

—¿A Iker? ¿Acaso no tiene ya bastante con lo que heredó de la tía Julia? ¡Va a resultar que un bisnieto bastardo recibe más que los nietos legítimos!

—Y que su propia hija.

Su abogado lo había dejado bien claro: aunque por ley ella y el

hijo de su difunto hermano recibieran la legítima, es decir un tercio de los bienes, doña Nieves podía legar otro tercio, la mejora, a un solo de sus parientes y, por supuesto, hacer lo que le viniera en gana con el último tercio, el de libre disposición. Resumiendo: dos tercios de la herencia podrían ir a parar a una sola persona. Era preciso impedir semejante desatino, e insinuó la posibilidad de incapacitar a su madre aduciendo su edad, pero no resultaba algo fácil; el proceso tenía sus trámites: informes médicos y psicológicos, razonamientos de los demandantes, incluso la implicación del propio juez dada la cuantía del patrimonio en juego. El asunto se alargaría durante meses, demasiado tiempo para hacerse con el control de las acciones, sin contar el menoscabo que supondría para toda la familia. Aparte de ellos dos, dudaba que los demás estuvieran de acuerdo en un proceso de tal envergadura. Decidieron centrarse en el tema del premio y sus consecuencias.

Pablo estaba en las oficinas de Gran Vía a primera hora de la mañana para hablar con Emilio Goián. Le expuso la preocupación de los accionistas ante la posibilidad de que su cuñado armara una gresca al sentirse engañado con la promesa del galardón y, más aún, cuando averiguara que su texto había sido plagiado. Conocía bien a Ramón Menusqueta, el hombre era un amargado, llevaba años intentando ser un escritor reconocido y no permanecería callado.

—Todo el mundo tiene un precio —respondió el director—. Le pagaremos una buena cantidad y le ofreceremos publicar todo lo que escriba de ahora en adelante.

—No le bastará, es muy suyo.

—Pues tendrá que apechugar si no quiere ser el hazmerreír de todo el mundo. No llevo mucho en esto de los libros, pero sí lo suficiente para saber que sus supuestos colegas no moverán un dedo a su favor.

—¿Y la prensa?

—La prensa… Todo es cuestión de encontrar a un par de críticos importantes dispuestos a jurar que esa novela la ha escrito J. P. Fran.

—¿Fran?

—Sí, un autor a quien nadie lee, pero que se lo monta de cine y está excelentemente relacionado.

—Lo conozco.

Recordó al viejo pedante a quien había escuchado disertar en un tono engolado de voz acerca de la única buena literatura existente, la propia y la de cuatro más. Así que era a él a quien Goián pensaba soltar un millón de euros a riesgo de meter a la empresa en un marrón de proporciones imprevisibles.

—Entonces, ¿la cosa va en serio? —preguntó segundos después.

—¡Por supuesto! Todo lo que yo hago va muy en serio. Supongo que habrás hablado con tu hermano… ¿No? Mejor así. Juan Ignacio es un buen hombre, pero, digamos, bastante corto. No se ha enterado de que el mundo está cambiando, de que ya ha cambiado.

Durante un rato, lo escuchó hablar de informes y estadísticas, de la desaparición de las editoriales tradicionales, así como de las librerías de barrio. La gente no tenía tiempo, ni ganas, de sentarse a leer; prefería que se lo dieran hecho. Internet, las redes sociales, las plataformas audiovisuales ocupaban el espacio de los libros, igualaban a ricos y pobres, intelectuales e ignorantes. ¿A quién le interesaban Shakespeare, Cervantes, Dickens, Orwell o Capote, por mencionar a cinco de los considerados mejores escritores de todos los tiempos, si no era para hacer una película o una serie con algunas de sus historias?

—De hecho, ya tengo apalabrada una serie para televisión basada en "nuestra" novela. Las adaptaciones, incluso de noveluchas de tres al cuarto, son lo habitual actualmente, y no vamos a quedarnos atrás. Juan Ignacio es incapaz de entender que estamos en el siglo XXI y por esa razón ha dejado el trabajo, supongo. ¿No lo sabías? —preguntó al observar su sorpresa—. Se despidió hace unos días. Es un magnífico editor y le deseo todo lo mejor, pero no está a la altura de lo que Ediciones Egurra necesita en estos momentos. ¿Qué tal tu trabajo en Madrid?

Una hora más tarde, Pablo se reunía con su hermano en una cafetería de El Ensanche y escuchaba por segunda vez la trama maquinada por Goián, no solo su apellido saldría malparado, también se iría a pique la empresa creada por el abuelo Gervasio. No intentó convencerlo de la necesidad de alinearse con los tiempos actuales, tampoco le habló de la idea de su madre y de él de librarse del gerente. Su enfado era tan obvio, que estaba seguro de que convencería a su hijo Iker a fin de que, llegado el momento, apoyara el despido de Emilio. Por otra parte, él no estaba del todo

en desacuerdo con el planteamiento de este; quizás tenía razón, a fin de cuentas era un experto en *marketing* de empresas, y los haberes de la suya daban todavía mucho margen, incluso si tenían que pasar por una coyuntura desfavorable. Recordó el escándalo originado cuando un ganador del "Autor" fue acusado de plagio. No recordaba si el denunciante había o no ganado el pleito, pero, desde luego, no parecía que hubiera habido consecuencias ni para el escritor ni para la editorial. La gente olvidaba pronto. Media hora más tarde, se hallaba en el piso de su mujer, quien lo dejó agradablemente sorprendido al recibirlo con una sonrisa de oreja a oreja e invitarlo a comer.

El asunto de Carlos Albi tuvo unas consecuencias inesperadas. Las declaraciones de las niñas del burdel y de los dueños del mismo, a quienes pillaron una semana después de su espantada, pero sobre todo el registro de las oficinas por parte de la Policía Judicial, que puso al descubierto sobornos a políticos, malas prácticas y el hallazgo de dos cuentas bancadas en paraísos fiscales, descubrieron una trama de grandes proporciones. El juez decretó el ingreso en prisión del principal inculpado y de tres de sus socios. Pronto corrió la noticia, y algunas personas perdieron el sueño, el diputado entre otras. Su nombre aparecía en algunos de los papeles, y su futuro se presentaba complicado; el partido no quería líos, y mucho menos, que tuvieran que ver con asuntos escabrosos como la trata infantil y la evasión fiscal. Se le recomendó ausentarse durante un tiempo aduciendo problemas de salud, y desapareció de la vida pública, aunque no soltó el escaño; ser aforado tenía sus ventajas, y pasaría mucho antes de que se viera obligado a declarar. Mientras, intentaría proveerse de una coartada y se encerró con su abogado y su secretario. También llamó a Pablo Gómez-Egurra para que se ocupara de su buena imagen en la prensa, pero este le informó de que su madre estaba gravemente enferma y no podía dejarla en aquellos momentos; le prometió, sin embargo, que trabajaría desde Bilbao.

—No se te ocurra enviarme nada al móvil o por *e-mail*. Te paso una dirección, apúntala y bórrala inmediatamente. Borra también está conversación, todos los contactos que hayamos tenido y lo que tengas en el ordenador —le ordenó el otro.

La cosa pintaba peor de lo que Pablo creía, así que eliminó

cualquier rastro que pudiera vincularlo con el diputado, llamó a la agencia inmobiliaria que le había alquilado el apartamento en Madrid y se olvidó de su paso por la capital. A fin de cuentas, solo habían sido unos pocos meses y tampoco había firmado un contrato; el sueldo se lo pagaba en mano el secretario del político.

16
EL PREMIO

Iker y Abel Egurra comían en una pizzería de Deusto tras insistir el primero en que salieran a dar una vuelta, vistos la temperatura y el cielo despejado, más propios del verano que de comienzos de la primavera. Aquel era el cuarto encuentro en dos meses, y ambos parecían disfrutar de su mutua compañía, aunque por razones diferentes. El joven sentía un cierto remordimiento por no confesarle al otro su verdadera identidad, deseaba decirle que no era cierto que su madre lo hubiera abandonado, muy al contrario, lo había buscado durante los últimos setenta y seis años, pero temía su reacción, y también la de ella. Por otra parte, el hombre adusto de la primera vez había resultado ser una persona interesante, aunque difícil de tratar, y descubrieron que compartían una misma afición: el modelismo. En la segunda visita, le mostró la sala de estar transformada en un taller cuyas cuatro paredes se hallaban repletas de baldas con reproducciones a escala mediana de automóviles, máquinas, locomotoras, barcos; una mesa para trabajar, otra con materiales de todos los tipos, soportes y cajas de herramientas, y una tercera que ocupaba la mitad del espacio con una maqueta aún sin terminar.

—¡Es Bilbao! —exclamó atónito.

—Lo es, aunque todavía queda mucho trabajo.

No hablaron de familias ni de recuerdos. Olvidados los pesares del uno y las indagaciones del otro, se les hizo de noche cortando, pintando, pegando piezas, e Iker repitió visita con la mente puesta en la maqueta más que en la manera de explicar el motivo de su presencia.

Abel Egurra, por su parte, se sentía a gusto en compañía del joven que había aparecido en su vida perdidas las pocas ilusiones que le quedaban, si es que alguna vez las había tenido. Intentaba olvidar su malhadada infancia en la Santa Casa de la Misericordia, de la que lo sacó Faustino al cumplir los diez años. Las monjas le dijeron que aquel hombre de aspecto sombrío era su padre, que había tenido que dejarlo allí al no poder ocuparse de él, pero nunca se comportó como tal; lo hacía trabajar en el almacén como un esclavo y lo golpeaba con saña si hacía algo mal o cuando estaba borracho, algo que ocurría a menudo. Hasta el día en que le dijo que no era su hijo, y que su madre era una pérdida que lo había abandonado. Aquel día se largó de la calle Cinturería y no volvió a hablar con él a pesar de que a veces se cruzaban en las Siete Calles; hizo las gestiones para que fuera ingresado en una residencia y vendió el piso que tan malos recuerdos le traía. Además, necesitaba dinero para comprarse uno nuevo.

—Y tú, ¿dónde vives?

Iker iba a responder, pero se atragantó con un trozo de *pizza*. En buena hora. Había estado a punto de mencionar el pueblo, pero, tras un buen trago, le dijo que en un apartamento de la calle Jardines.

—¿Y tu madre? ¿Trabaja?

—Sí. En una librería.

—¿Te gustan los libros?

—Sí, claro, me encantan. He vivido entre libros desde que nací y me gustaría escribir uno algún día.

Fue mentar la bicha. El hombre frunció el ceño, soltó un juramento, arrojó un billete de 20€ encima de la mesa y salió del local dejándolo atónito. Corrió tras él y lo alcanzó justo cuando abría el portal.

—¿Qué le pasa? ¿He dicho algo que le ha sentado mal? —preguntó agarrándolo por un brazo.

—No soporto a las personas que andan entre libros, pandilla de miserables. Mejor que no vuelvas por aquí.

Lo vio desaparecer en el ascensor a través del cristal de la puerta y, todavía desconcertado por su reacción, recordó que no había visto un solo libro en su vivienda. Volvió al día siguiente, pero nadie respondió cuando llamó al timbre. Lo intentó de nuevo un par

de veces más, siempre con el mismo resultado, y llegó a la conclusión de que era mejor dejarlo por el momento y no decirle nada a la abuela Nieves.

Le preocupaba; a veces daba la impresión de tener la cabeza en otra parte, y repetía las mismas preguntas. En su última visita, la había encontrado distraída, con la mirada fija en el mar. Ya solo hablaba en euskera, como si hubiera vuelto ala infancia, y no volvió a preguntar por su niño perdido o por aquella intriga asesina que tanto la había preocupado tras la muerte de su hijo Gervas. No supo por qué pero, tras el fallido intento de ver una vez más a Abel Egurra, cogió el metro a Las Arenas y sonrió feliz al reconocer a la anciana con quien compartía confidencias. La encontró como de costumbre, sentada en su butaca de flores, un libro en las manos, acompañada de Reme y Miren. Esta se apresuró a disponer una buena merienda para los cuatro: café, té, un bizcocho y unas pastas, y disfrutó enormemente escuchando hablar a las tres mujeres de unas épocas que él no había vivido; era como si el tiempo se hubiera detenido. En aquella casa no había ordenador, y el único aparato moderno era el móvil de la más joven, aparte de un aparato de televisión de pantalla grande y plana que nunca había visto encendida. Finalizada la merienda, tía y sobrina los dejaron solos, y él notó que el corazón se le encogía cuando ella le cogió la mano y le miró a los ojos.

—Querido, esto se acaba. Miren tiene orden de llamar a mi médico en cuanto me fallen las fuerzas. Él se encargará de que no me lleven a un hospital. Allí no podrán hacer nada, y tampoco quiero morir en un entorno extraño.

—¡*Amama*!

—Deja que siga. Tú y mi abogado también seréis los primeros en saber que me voy, o que ya me he ido —sonrió—. Miren os llamará después de avisar al médico. En esa carpeta encontrarás una copia firmada de mis últimas voluntades en las que pido que mi cuerpo sea incinerado y mis cenizas esparcidas en algún lugar del jardín.

—¿Qué jardín?

—El vuestro, hijo, el de las hierbas. No quiero velatorio, funeral, coronas de flores ni misas. A estas alturas no necesito intermediarios —y de nuevo aquella risa de niña traviesa que transformaba su rostro—. Mercedes armará una buena en cuanto se

entere, pero ni caso. Es mi última voluntad, y quiero que se respete. En la carpeta también encontrarás un cuaderno escrito de mi puño y letra para que entregues a tu tía Margaret y una copia de mi testamento.

—¿Por qué yo?

—Porque has sido la alegría de esta anciana y el hijo que perdí de alguna manera. Lo encontraste ¿verdad?

Su afirmación lo desconcertó, y fue incapaz de negarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en el reverso de una de las fotocopias de las fotos que me trajiste había un nombre, Abel Egurra. ¡Menudo investigador estás tú hecho! ¿Cómo es?

—No se parece en nada a ti, aunque su cara me recuerda al tío abuelo Gervas. Es un hombre poco amable que odia todo lo que tenga que ver con los libros…

Le contó cómo había dado con él tras seguir la pista de Faustino, dónde vivía, que era viudo y tenía un hijo. No sabía mucho más, no era hombre locuaz. Por no saber, no sabía ni el nombre de su hijo, con quien, al parecer, no se trataba. Omitió decirle lo mal que lo había pasado de niño y que odiaba el recuerdo de una madre que, estaba convencido, lo había abandonado.

—¿Quieres conocerlo?

Si fuera preciso obligaría al viejo tozudo, aunque tuviera que arrastrarlo por la fuerza.

—No. Verás, querido, el amor no se impone, es una planta que hay que regar cada día. Un hijo no ama a sus padres por serlo, sino porque lo cuidan, lo educan, se preocupan por él, y aun así… Me basta con su fotografía de niño y con saber que, a pesar de todo, ha tenido su propia vida y una familia. Soy una extraña para él, al igual que él lo es para mí.

—Pero tiene que saber que no lo abandonaste…

—Y puede que no se lo crea. Deja las cosas como están y no permitas que nadie, nadie te haga daño.

—¿Por qué habrían de hacérmelo?

A través del gran ventanal de la sala, doña Nieves dirigió su mirada hacia la puesta de sol, y la luz rojiza del Poniente iluminó su rostro.

—Tengo que vestirme. Tu padre llegará en cualquier momento.

Me ha prometido que iremos al baile en la plaza. Tú y tus hermanos os quedaréis con la abuela Fermina. Pórtate bien, que para eso eres el mayor. Ya voy Gervasio, ya voy…

Un temblor sacudió su cuerpo y cerró los ojos sin dejar de hablar del vestido, del baile, de su compañero de casi una vida. Iker intentaba entender lo que decía y tardó en reaccionar; llamó a gritos a Miren, y esta se presentó al instante. La anciana no se movía, no respondía, pero todavía respiraba. La llevaron entre los dos al dormitorio y la cubrieron con una manta de mohair, la mujer avisó luego al médico mientras el joven se esforzaba en que la bisabuela respondiera a su voz. La vieja Reme se sentó en el sillón colocado al lado de la cama y musitó una oración.

La reacción de Mercedes al llegar acompañada de María Paz y encontrar allí al médico, al abogado de su madre y al "adulterino" habría hecho reír a este último si las circunstancias hubieran sido otras. Los miró de arriba abajo y entró en el dormitorio seguida de su cuñada. Salía casi de inmediato con los ojos húmedos dirigiéndose a Miren, a quien reprochó su falta de lealtad al haber avisado a "aquellos" antes que a ella. También se encaró con el médico por no haber llamado a una ambulancia y haber dejado que su madre muriera sin ayuda. De nada sirvieron los razonamientos del facultativo en cuanto a que no había nada que hacer y que había sido más sabio dejarla ir en paz. Lo llamó "matasanos", amenazando con denunciarlo ante el Colegio de Médicos por mala práctica. Tuvo que intervenir el abogado, cuyo tono de voz sosegado logró calmarla. Doña Nieves había dejado firmadas sus últimas voluntades, dijo al tiempo que sacaba un documento de su maletín, entre las que estipulaba con claridad que, dada su edad, no quería ser internada en un hospital llegado el momento; había fallecido como ella quería, en su casa.

—Y ahora me dirá usted que tampoco quería un sepelio —dijo mordaz.

—Así es. Pidió ser incinerada, y que sus cenizas fueran esparcidas en la huerta del caserío de su marido. Tampoco deseaba que se celebraran funerales ni misas.

Aquello era ya el colmo.

—¡Se hará lo que los deudos quieran!

—Se hará lo que ella dejó firmado —aseguró el letrado sin

inmutarse—. Para eso estoy yo aquí.

Dos días después el cuerpo de la matriarca del clan Egurra fue incinerado. En el tanatorio se hallaban presentes los nietos y bisnietos mayores, además de sus respectivas parejas; Mercedes y su hijo Pablo se negaron a asistir. Tampoco estuvieron presentes en el lugar elegido para enterrar sus cenizas, el jardín de hierbas medicinales del caserío. Xabier talló una *eguzkilore* en un tronco de fresno que fue colocado sobre el hoyo donde depositaron la urna funeraria al modo de los antiguos. Y, por supuesto, no asistieron a la comida que ella había dejado pagada en el mejor restaurante de la zona. Sí se presentaron, no obstante, en el despacho notarial a fin de escuchar la lectura del testamento a la que habían sido convocados todas aquellas personas que aparecían en el mismo. A medida que el notario procedía, el rostro de Mercedes pasó de un pálido mortecino a un rojo vivo. Al finalizar la lectura, se negó a firmar el documento y juró impugnarlo. A continuación, salió sin despedirse de nadie.

Ramón Menusqueta no cabía en sí de la impaciencia. No sabía nada de su libro, nada. La fecha de entrega del Premio Egurra se había anunciado a bombo y platillo en los medios de comunicación; la cena tendría lugar el siguiente viernes, en el museo Guggenheim, y a ella asistirían las fuerzas vivas de la política y de la cultura. Y él seguía sin saber nada. Begoña aseguraba ignorar el nombre del ganador, bastante tenía, dijo, con organizar el evento, enviar las invitaciones, informar a la prensa, contratar a la orquesta y demás parafernalias que implicaba un acontecimiento de semejantes proporciones.

Quiso hablar con su cuñado, aun a sabiendas de que había dimitido, pero había apagado el móvil o cambiado el número. Llamó al de casa, pero Isabel le comunicó sin darle mayores explicaciones que Juan Ignacio no estaba. Jon, por su parte, le dijo que el asunto del galardón lo llevaba Emilio Goián personalmente, y que él solo sabía que la broma les iba a costar muy cara. Tampoco pudo dar con el gerente, estaba desaparecido. Se armó de valor una mañana y se presentó en las oficinas, pero la secretaria se limitó a informarlo de que su jefe se hallaba ausente. No tenía más remedio

que esperar, los nervios a flor de piel y, entretanto, escribió un artículo en su blog acerca del nuevo gran galardón a nivel nacional que revolucionaría el panorama literario de acuerdo con fuentes bien informadas. No se molestó en responder a los pocos comentarios que entraron, jocosos algunos, críticos otros.

Y por fin llegó el gran día. El famoso museo acogió una cena de gala para más de trescientas personas, servida por tres de los mejores *chefs* del momento. La puntual llegada de los asistentes, ellos de esmoquin, pajarita incluida, ellas de largo, atrajo a un buen número de curiosos, periodistas y fotógrafos que se apiñaban en los aledaños de la entrada antes de la hora prevista. No era cuestión de agobiar a las *socialites*, por lo que la exclusiva del evento estaba en manos de una agencia de información que, a su vez, repartiría de inmediato el material a periódicos, radios y televisiones. Guiados por un batallón de azafatas, los invitados iban ocupando sus sitios mientras un cuarteto interpretaba piezas que nadie escuchaba. Muchos se conocían, así que, durante largo rato, saludos, abrazos y besos llenaron el ambiente para desesperación de Begoña, que ejercía de anfitriona y tenía organizada la velada, minuto a minuto. Se le escapó un suspiro de alivio cuando todo el mundo hubo ocupado su lugar, y ella pudo sentarse a la mesa, vecina a la principal, ocupada por las autoridades y por Emilio Goián, su madre y su hermano Pablo. A su lado, Ramón intentaba disimular la excitación y los calambres que sentía en pies y manos. Allí estaba, vestido de pingüino, alternando con lo más granado de una sociedad que siempre lo había ignorado y que se rendiría a él aquella noche. Había entrado de los primeros, intentando descubrir alguna cara conocida del mundo literario, aunque solo reconoció a la mujer de su primo, sentada a tres comensales de él, y a algunas caras de escritores publicados por la editorial, que ni siquiera llevaban corbata, lo cual lo hizo sentirse ridículo; hablaban y se reían, ajenos a la solemnidad del momento.

—¡Que se jodan! —farfulló.

—¿Decía usted algo? —le preguntó la mujer sentada entre él y un señor con aspecto de empresario.

No la conocía de nada y se limitó a negar con la cabeza centrando su atención en lo que tenía delante: un plato de grandes dimensiones en cuyo centro se perdía un puñado de guisantes

enanos con un huevo escaldado encima, enano asimismo. Leyó la carta en la que aparecía el menú detallado: “Guisantes lágrima con huevo de codorniz *poché*”, y le entró una risa floja, que Begoña cortó de golpe dándole un rodillazo por debajo de la mesa y dirigiéndole una mirada asesina.

—Son los nervios… —se disculpó.

El cuarteto continuaba interpretando melodías de cámara a fin de amenizar la velada, si bien apenas se le escuchaba debido a los ruidos de los cubiertos y las voces de tantos comensales. El cambio de platos transcurría con una lentitud capaz de impacientar al más tranquilo, y él no tenía hambre. Le susurró a su mujer que debía ir al servicio y salió por un lateral para no tener que cruzar por entre las mesas, dio unas cuantas vueltas, habló con los bedeles y regresó cuando ya se habían servido los postres, momento en el que Emilio Goián subió al estrado y cogió el micrófono. Tras agradecer la presencia de los invitados, pasó a leer un discurso sobre el futuro que llevaría a la editorial a cotas nunca antes alcanzadas, lo que, añadido a los planes de expansión en otros campos punteros, haría del Grupo Egurra un referente a nivel nacional de la industria cultural con *label* vasco. Después, invitó a doña Mercedes a unirse a él como única hija viva del fundador de la empresa.

—En esta nueva andadura, Ediciones Egurra ha creado un galardón extraordinario para premiar la mejor obra literaria entre las casi cuatrocientas que hemos recibido en esta primera convocatoria. Por supuesto, la elección ha sido difícil, pero hemos contado con un jurado excepcional cuyo presidente, el reconocido autor y crítico don Fernando Malgüena, nos hará saber a continuación quién ha sido el elegido, o la elegida —añadió provocando murmullos de aprobación, en especial de las damas presentes—. Fernando, por favor…

Un hombre alto de pelo canoso, con traje y pañuelo de seda al cuello se aproximó al estrado.

—¿Qué cojones hace ese aquí? —preguntó Ramón al oído de Begoña.

—Calla… que te van a oír… —respondió ella del mismo modo.

Aquel tipo había destrozado su primer libro de comienzo a fin, sin obviar calificativos a cuál más despiadado. De haber creído en el vudú, habría confeccionado un muñeco con su aspecto y le habría

clavado agujas por todas partes. Se calmó pensando la gran victoria que iba a suponer escuchar su nombre en los labios de semejante cretino.

Malgüena dijo unas palabras acerca de lo arduo de elegir la mejor obra entre las muchas buenas que el jurado había tenido que leer, deseó todo lo mejor al ganador e hizo una broma en la que animaba a los presentes, él incluido, a presentarse en la siguiente edición de un premio que daría mucho que hablar. Luego sacó de su bolsillo un sobre y leyó el nombre de la novela ganadora: *Justicia necesaria*, de J. P. Fran.

Ramón estuvo a punto de caerse de la silla, la cabeza le daba vueltas, la mano de su mujer asía con tanta fuerza la suya que hasta le hizo daño; cogió la copa de champán que acababan de servirles a fin de brindar por el premiado y se la bebió de un trago. No prestó atención a los aplausos, la entrega del premio, las fotografías, el discurso del tal J. P. Fran, encantado de escucharse a sí mismo, y se bebió otras dos copas más antes de que el cuarteto fuera reemplazado por un grupo de "salsa", señal que dejaba libres a los comensales para cambiarse de sitio, salir a fumar, bailar o marcharse. Tras beberse una cuarta copa, se levantó tambaleante, se dirigió a la mesa principal y espetó a Goián un:

—¡Hijo de puta! ¡Dijiste que el premio era mío!

—Dije que tal vez tendrías una posibilidad —respondió el otro procurando no perder las formas—. Ya hablaremos.

—¡Te juro que te pegaré un tiro!

Begoña había salido tras él y se lo llevó afuera ayudada por Pablo, los tres seguidos por doña Mercedes, escandalizada ante el bochornoso espectáculo que estaba dando su yerno y, aún más, preocupada por lo que este haría en cuanto supiera que la novela premiada era un plagio de la suya.

—¡La culpa es vuestra! —les gritó cuando lo introdujeron a la fuerza en el automóvil de su suegra—. ¡Los Gómez-Egurra sois un atajo de mentirosos ladrones!

Aquella noche, la pareja durmió en el palacete de Neguri; madre y hermano decidieron que Begoña no permaneciera a solas con un borracho violento, y ella estuvo de acuerdo. El chófer se encargó de llevarlo a una habitación y tumbarlo en la cama mientras su mujer sollozaba en el salón, y doña Mercedes llamaba a Jorge y le

ordenaba vigilar a su yerno por si acaso se le ocurría empezar a romper cosas. El hombre pasó la noche sentado a la puerta del dormitorio, maldiciendo un cometido que no consideraba propio de sus méritos, si bien, a eso de las tres de la madrugada, aprovechó que su vigilado roncaba para entrar en el pequeño cuarto de servicio ocupado por Pili, aunque media hora más tarde se encontraba de nuevo en su puesto.

Las reseñas e imágenes de la velada aparecían al día siguiente en la prensa local y nacional, también en los noticieros televisivos y en Internet; los comentarios eran en general positivos a la espera de la aparición del libro. Un premio de aquellas características siempre era provechoso pues animaba a la gente a leer, aunque solo fuera por curiosidad. Ramón se despertó cerca del mediodía, no se duchó, no desayunó, no dirigió la palabra a nadie; se marchó a su piso, seguido por Jorge a una señal de doña Mercedes. Begoña había salido hacia la oficina a primera hora, y Pablo había quedado con Manu Lardazabal en El Marítimo.

Los dos hombres hablaron durante un rato de temas intrascendentales, pero a la pregunta del primero sobre los motivos que habían llevado al segundo a pedirle que se vieran cuando nunca habían mantenido relación alguna, este respondió sin cortarse:

—Queremos las acciones del Grupo Egurra que obran en tu poder.

—¿Y eso?

—Tenemos grandes planes y necesitamos controlar el Consejo de Administración sin trabas de ningún tipo.

—¿Quienes?

—Nosotros, los Gómez-Egurra.

—Querrás decir tu madre y tú…

—¿Qué más da? Sé que mi tío te vendió una parte en un momento en el que necesitaba dinero, pero a ti no te hace falta para nada.

—Eso lo tendré que decir yo.

La conversación tomaba un derrotero incómodo; estaba claro que Lardazabal no tenía intención de ceder. Pablo bebió un trago de cerveza y, como queriendo cambiar de tema, le preguntó qué tipo de peces pescaba.

—Depende de la época. Doradas, besugos, lubinas…

—¿Ninguna especie rara?

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—Qué sé yo… Ignoro todo lo relativo a peces, aunque hace poco leí un artículo muy interesante en una revista especializada.

Cualquiera lo habría tomado por un entendido al escucharlo hablar de tortugas, caballitos de mar, corales, peces payasos y unos cuantos nombres más, que se había aprendido de memoria. También habló del tráfico que movía millones de dólares al año, de la regulación en vigor, de las multas si te pillaban con una especie protegida sin tener los papeles en regla, incluso podían meterte en la cárcel. Finalizó con una sonrisa y con un:

—A pesar de todo, tiene que ser genial poseer un ejemplar de "dragón de mar", o dos, y de otros bichos por el estilo.

Lardazabal se levantó de la mesa dejando su consumición a medias.

—Tengo que irme —dijo—. Hablaré con Goián por el tema de las acciones.

Él también se levantó.

—Emilio es solo un empleado de la empresa, no un socio. Prefiero que estos asuntos los tratemos de tú a tú. ¿Te parece bien quedar mañana en tu casa?

—En mi casa solo recibo a los amigos. Ya te llamaré.

—Que sea pronto. Tenemos prisa.

Lo vio partir a paso rápido, pidió otra caña y fue a sentarse a la mesa de una mujer todavía joven que no había dejado de sonreírle desde que había entrado en el local.

No había transcurrido una semana cuando recibió la llamada del gestor de Larzabal informándole de que su cliente había transferido sus acciones a Jon, el hijo de su añorado amigo Gervas Egurra, y colgó el teléfono. Por un instante, pensó en denunciarlo por tráfico de especies, pero solo se trataría de una pobre venganza a cambio de nada. De todos modos, Jon no tenía suficiente fuerza y no daría guerra.

17
LA ACUSACIÓN

El testamento de doña Nieves no dejaba ningún cabo suelto al que Mercedes pudiera agarrarse para impugnarlo. Habló con su abogado y con un amigo procurador jubilado; ambos coincidieron en que no se daban los requisitos necesarios para llevar a cabo una impugnación. El documento testamentario tenía más de cincuenta folios, y en él se hallaban descritos al detalle valores, cantidades monetarias, propiedades, cuadros valiosos, joyas, y los nombres de los beneficiarios. Cabía la posibilidad de aducir que la anciana tuviera sus capacidades mentales mermadas, pero, para ello, sería necesario un certificado médico que no tenía y una declaración de testigos. En este caso, aparte de ella y quizás de su hijo Pablo, no habría nadie dispuesto a jurar que la anciana no estaba en sus cabales. Tenía treinta días para aceptar o repudiar la herencia y, muy a su pesar, acudió al notario a firmar los papeles, pues el asunto seguiría su curso con o sin ella. Al volver a casa, se encerró en su estudio y leyó varias veces la copia que le había sido entregada, incluso tomó notas en un cuaderno.

El documento era algo más que una simple transmisión de haberes; en algunos puntos, su madre manifestaba su especial cariño por este o aquel de sus herederos, daba consejos, hacía algún tipo de reflexión, aludía a algún momento de su vida, y en una primera lectura llegaron a emocionarla. Después se dejó de sensiblerías y lo releyó con ojo crítico. Aparte de diversas mandas, demasiadas en su opinión, a varias personas de su servicio a lo largo de los años, y donaciones a media docena de ONGs, legaba el piso de Las Arenas a su fiel Reme y a la sobrina de esta; el resto de

sus bienes eran para sus allegados. Venía a continuación una lista de donaciones en joyas y cuadros, con nombres y apellidos, y dejaba para el final el grueso del legado, el dinero en metálico y las acciones: un tercio a repartir entre ella y su sobrino Jon como heredero de su hijo fallecido, un tercio a repartir entre sus cuatro nietos, un tercio para su querido bisnieto Iker Gómez-Egurra Axpe.

¿Cómo había podido hacerle su madre algo semejante? Era su única hija viva, se había ocupado de que estuviera bien atendida, de que nada le faltara, y le pagaba de aquella manera. No solo había muerto sin recibir la Santa Extremaunción ni el consuelo de un sacerdote, encima estaba enterrada en una huerta, sin funerales ni misas, como una pagana, igual que Julia. ¡Y ahora esto! Legaba al "adulterino" lo que en justicia le correspondía a ella. Pidió una tila al ama de llaves, se tomó tiempo para recuperar su aplomo habitual y, a continuación, empezó a hacer números. La suma de sus acciones más las de sus hijos, incluidas las de Albi, sumaban casi el cincuenta por ciento; María Paz y Jon apoyarían los nuevos planes. La empresa volvería a la familia como debía ser. En cuanto al hijo de su hijo, hablaría con Juan Ignacio; este se encargaría de meterlo en vereda y, si no lo lograba, tampoco les hacía falta para nada.

Ya más tranquila, se vistió de riguroso luto y acudió a la iglesia de San Ignacio, donde se celebraría una misa por el alma de doña Nieves Otadui y Garai. Le daba igual lo que la difunta quisiera o dejara de querer, era su obligación como buena católica, y había que evitar las habladurías.

La novela *Justicia necesaria* salió al mercado diez días exactos después de ser declarada ganadora del Premio Egurra, y el primero en comprar dos ejemplares fue Ramón Menusqueta. Al despertar de la cogorza del que consideró el día más funesto de su vida, hizo las maletas, cogió su ordenador portátil y se trasladó al ático de soltero que todavía conservaba en Licenciado Poza, en un sexto sin ascensor. Tardó en responder a las llamadas de Begoña, no quería saber nada de ella ni de su familia por el momento, dijo, pero prometió llamarla si cambiaba de opinión. Jorge lo llevó en su coche y lo ayudó a subir el equipaje, después volvió al palacete para informar a su jefa.

—Ya se le pasará —comentó esta en tono desdeñoso.

Pero no se le pasó. Durante los siguientes días leyó todo lo que encontró referente al galardón y al galardonado y escribió en su blog críticas aceradas contra el uno y el otro. Su librero habitual lo llamó para comunicarle que ya había llegado el libro; estaba delante de la librería antes siquiera de que hubieran levantado la persiana.

Sus gritos airados pudieron escucharse en el patio de la casa a medida que leía lo que él había escrito, a veces en otros términos, otras intercambiando los párrafos y añadiendo nuevos; no reconocía a sus personajes, ni su estilo literario, pero la trama era idéntica. Pasó las siguientes dos jornadas marcando en rojo las similitudes entre su original y la novela publicada, y una más redactando una denuncia de los hechos desde el comienzo, fechas incluidas. Luego bajó a lo copistería e hizo varias copias de ambos, el original y la denuncia; buscó en Internet a un abogado experto en derechos de autor y se presentó en su despacho, llevando asimismo una copia del Registro de la Propiedad Intelectual, otra del precontrato firmado meses atrás y un ejemplar marcado de la novela premiada. A primera vista, el letrado estuvo de acuerdo en cuanto a que eran muchas las analogías que presentaban ambos textos, si bien, apuntó, no sería la primera vez que dos escritores coincidían en una misma temática; sería preciso un examen concienzudo, línea por línea, párrafo por párrafo, para demostrar que, en efecto, se trataba de un plagio.

—Y eso, ¿cuánto tardará?

—Varios meses, pero podemos iniciar ya los trámites y comunicar nuestra intención a las partes. Estos casos resultan peliagudos. Un primer contacto es suficiente a veces para llegar a un acuerdo.

—No quiero llegar a ningún acuerdo. Me han robado y deben pagar por ello.

El abogado tuvo que insistir en que todo asunto legal llevaba su tiempo y más aquel, en el que se verían involucrados una editorial renombrada y un autor de larga trayectoria. Finalmente, logró que su cliente aceptara tener un poco de paciencia; hasta la fecha siempre había ganado los pleitos, y todo se arreglaría a su gusto.

—Hoy mismo enviaré un burofax a Ediciones Egurra —

prometió.

Emilio Goián torció el gesto al recibir el comunicado en el que se le informaba de la apertura de un procedimiento por plagio. Tal y como suponía, el evento en el Guggenheim había obtenido el resultado esperado; la distribuidora no paraba un momento, palés de libros salían del almacén uno tras otro, las solicitudes se sucedían, y ya se preparaba una segunda edición de la novela. Por mucho empeño que pusiera, el inútil de Menusqueta no ganaría aquella batalla, era un don nadie, un fracasado, siempre lo había sido. Volvió a torcer el gesto cuando su secretaria le pasó una lista de *links* en los que un tal "Pepito Grillo" ponía a caldo a Ediciones Egurra y denunciaba el robo y la estafa del premio concedido a dedo. También lo mencionaba a él. No le cupo la menor duda de que el autor era el mismo. El tipo se estaba poniendo pesado, si bien más preocupantes eran los comentarios en los enlaces de Internet, en los que decenas de nombres anónimos opinaban al respecto, la mayoría negativos. Era preciso poner fin a todo aquello, y pidió al apoderado de la empresa que se personara en el despacho desde el cual había sido enviado el burofax y rebatiera los puntos de la demanda; debía dejar claro que la editorial no reconocía las acusaciones de las que era objeto, aunque estaba dispuesta a llegar a un acuerdo a fin evitar un proceso largo y costoso. La respuesta fue clara: el demandante solicitaba la cuantía del premio por el robo de su trabajo, más otra similar por el perjuicio sufrido, y exigía además la retirada del mercado de todos los ejemplares de la obra plagiada.

—¡Ese tío está loco! —exclamó.

El asunto tardaría todavía en ponerse en marcha, pero antes él se ocuparía de cortarle las alas al pajarraco.

Días más tarde, a la salida del colegio donde impartía clases de Literatura, dos inspectores de paisano de la Ertzaintza comunicaban a Ramón Menusqueta que por orden judicial quedaba detenido por los asesinatos de Gervas y Julia Egurra, y por homicidio en grado de tentativa de varios miembros de la misma familia. Una vez en las dependencias policiales, y aún bajo la conmoción de haberse visto detenido y esposado en plena calle delante de los padres que esperaban a sus hijos a la puerta del centro, firmó el documento con los cargos que se le imputaban y leyó los derechos que lo asistían,

aferrándose al primero de estos: guardar silencio; solo pidió que avisaran a su mujer. Begoña no tardó en personarse en la comisaría acompañada de su abogado.

—¡Esto es ridículo! —exclamó la mujer al conocer las acusaciones que pesaban sobre su marido.

Las pruebas eran suficientes para incoar un procedimiento y ponerlo a disposición judicial: una serie de artículos en Internet, algunos muy ofensivos, en los que se nombraba a los responsables de Ediciones Egurra, a los cuales "habría que arrancar las cabezas de cuajo"; las amenazas de muerte al director proferidas en público con motivo de la entrega de un premio y a todo esto se añadía el borrador de una novela cuyo protagonista era un asesino que mataba al personal de una editorial. El material había sido enviado a la policía sin remite. Le fueron incautados el móvil y el ordenador portátil, y se llevaron a cabo sendos registros en la vivienda familiar y en el apartamento de soltero, donde se encontraron varias carpetas repletas de artículos aparecidos en periódicos y revistas especializadas acerca de la empresa y sus dueños. Asimismo, se halló información sobre métodos para eliminar sin dejar pistas, un grueso volumen con la vida y hechos de los homicidas más célebres y un buen número de novelas del género negro. A uno de los agentes, conocedor de dicho tipo de literatura, lo llamaron la atención los ejemplares colocados en un lugar preferente de la biblioteca del sospechoso: Sade, Krystian Bala, Unterweger, Liu Yongbiao, Klinkhamer y otros, todos ellos escritores y asesinos a partes iguales que habían dejado escritos sus crímenes, y los metió en una bolsa.

Sin embargo, tras la toma de declaración en el Juzgado, y al no haber de momento sino indicios de la autoría, Ramón fue puesto en libertad condicional tras pagar una fianza y con la obligación de presentarse una vez a la semana en las dependencias judiciales. Se encerró en el piso que compartía con su mujer sin querer hablar con nadie, ni siquiera con esta; acudía al Juzgado en cuanto abrían las puertas y regresaba a su cuarto de trabajo, donde también dormía y comía. La prensa local no tardó en hacerse eco del asunto, y la familia contrató a dos guardaespaldas para que lo acompañaran. La situación era insostenible, y tanto madre como hermanos rogaron a Begoña que se trasladara al palacete, al menos hasta que se

esclareciera una acusación que, estaban convencidos, se trataba de un infundio. No obstante, ningún miembro de la familia, excepto su mujer, ponía la mano en el fuego por él. ¿Cuántas veces lo habían escuchado despotricar contra Gervas y Juan Ignacio por no publicar sus obras? ¿Cuántas más contra la industria editorial, a la que acusaba de explotar a los autores? ¿Y todo aquello sobre asesinos y asesinatos que la policía había encontrado en su apartamento?

—Esa no es prueba suficiente —respondió Margaret a los interrogantes de su suegra—. A mí me gusta la narración histórica. Si entraran en nuestra casa no encontrarían otro tipo de libros… Además, el tío Gervas murió de un ataque al corazón.

—¿Y las amenazas a Emilio Goián la noche del premio?

—Estaba enfadado, y con razón. Yo también lo habría estado si me prometen algo y no me lo dan. Y más aún si, encima, plagian mi novela.

—¿Crees que es cierto que hay un asesino que quería envenenarnos a todos?

—No escribo género negro, querida María Paz —respondió con una sonrisa tranquilizadora.

Algo más tarde se hallaba sentada en la terraza de su casa-refugio contemplando el mar, un cigarrillo en los dedos, las carpetas de doña Nieves en la mesita de bambú que Jon y ella se habían traído de un viaje a Tailandia. La abuela de su marido había fallecido hacía semanas, e Iker le había entregado el último cuaderno. No los había abierto en vida de ella, pero incluso ahora le costaba leer las confidencias de la anciana, a quien había respetado y querido, fisgonear en su intimidad, pensamientos, secretos, pero quizás allí encontrara razones para creer que alguien deseaba mal a la familia. Apagó la colilla y cogió el primero de los cuadernos, de tapa blanda color canela y hojas de papel rayado; observó la letra, legible e inclinada hacia la derecha, e inició la lectura. Enganchada al igual que con algunas novelas, pocas, que leía de un tirón, tuvo que hacer un esfuerzo para dejarlo al anochecer, pero regresó a primera hora de la mañana tras comunicar a su suegra que no podría comer con ella y con la tía Mercedes como había prometido; debía entregar un texto urgente. En el camino, compró una *baguette*, jamón, queso y unos refrescos y corrió cuesta arriba, tan ansiosa estaba de continuar con la lectura. Llamó a Iker antes de regresar a

casa, pasadas las diez de la noche.

—Tenemos que hablar —dijo.

Las investigaciones proseguían su curso. Por orden judicial, se llevó a cabo la exhumación del cadáver de Gervas Egurra a fin de proceder a un examen concienzudo de sus restos, aunque, aparentemente, la causa de la muerte había sido una parada cardiovascular. En su momento, el médico forense de guardia se había limitado a realizar los trámites habituales en dichos casos ya que no existían marcas o indicios de agresión. El hombre sobrepasaba los setenta, pesaba más de lo debido para su complexión, trabajaba hasta muy tarde, también fumaba y bebía; era un candidato idóneo para sufrir un ataque de corazón. Sin embargo, no sería el primer caso en el que no se detectaba un veneno de efecto rápido que tardaba días o incluso meses en metabolizarse y que, dadas las presunciones, era preciso indagar. A la espera de los resultados, y no pudiendo hacer otro tanto con los restos de Julia Egurra, la policía investigó a fondo las pruebas archivadas del asunto de la tarta de buñuelos e interrogó en sus dependencias a todos los miembros de la familia, el personal a su servicio, empleados de la editorial y también de la pastelería.

Juan Ignacio Gómez-Egurra declaró haber mantenido varios encontronazos con su cuñado por no publicar sus novelas, al igual que el su difunto tío Gervas, pero aseguró que Ramón en ningún momento había proferido amenazas ni intentado intimidarlos. Karmele Sainz habló acerca del trabajo realizado para mejorar el original que, añadió, había sido manipulado ignoraba por quien. Emilio Goián dejó claro que, como director de una empresa editorial, había sopesado la calidad de las obras de Menusqueta y J. R Fran, similares en la temática, pero muy diferentes en estilo. De todos modos, él no había decidido; había sido el fallo del jurado otorgarle el premio al segundo. Y sí, Ramón Menusqueta lo había amenazado de muerte ante testigos. Una de las últimas personas en ser interrogada por tres agentes fue Jorge Ibáñez, y su declaración reveló datos ignorados hasta el momento. Antiguo chófer de la difunta doña Nieves y actual hombre de confianza de su hija, habló de su relación con la familia y dio algunos detalles interesantes

desde la neutralidad, puesto que, afirmó, nunca se involucraba en los asuntos de las personas para quienes trabajaba, pero tenía ojos y oídos. Para empezar, el señor Menusqueta era un hombre gris, raramente expresaba sus opiniones, al menos delante de él, pero conocía su obsesión por llegar a ser un autor reconocido y, en una ocasión, lo había escuchado decir que el hijo estaba "bien muerto, igual que su padre".

—¿Cuándo fue eso?

—A la salida del funeral de don Gervas, el hijo de doña Nieves.

Lo que más interesaba a los agentes era, sin embargo, lo acontecido la noche del premio y la mañana siguiente, pues, según varias declaraciones, él se había ocupado de vigilarlo.

—El hombre estaba bebido, muy bebido, y no dejaba de gritar como un poseso que le habían robado el galardón, que los Egurra y el señor Goián eran unos hijos de puta y acabarían todos en el Infierno, donde ya los estaban esperando los otros dos.

—¿Qué otros dos?

—Lo ignoro. Supongo que se refería a los hermanos de doña Mercedes, pero pensé que solo se trataba de un delirio provocado por el alcohol. Luego se quedó dormido. A la mañana siguiente lo llevé a su casa y, después, al piso que tiene en Licenciado Poza. Lo ayudé a subir las maletas, le pregunté si necesitaba algo y me respondió que tenía suficiente con su sapo de oro.

—¿Con su qué?

—Sapo de oro.

—¿Y eso qué significa?

—No tengo ni idea. Sería una forma de consolarse por no haber recibido el súperpremio. Ya sabe usted, el cuento de la princesa y el sapo…

Uno de los agentes tecleó a toda velocidad "sapo de oro" en Google, pero las primeras entradas se referían a un sapo de Costa Rica, a una figurilla china, a un cuento con el mismo nombre del escritor Rubén Dario…

—¿Está usted seguro que dijo sapo? —le preguntó el agente.

—Sí, sapo, o rana… ¿No es lo mismo?

El hombre volvió a teclear.

—¡Aquí está! Rana de oro o rana dorada.

Lo despidieron avisándolo de que lo llamarían si les hacía falta.

Lo último que vio antes de salir fue a los tres hombres leyendo la pantalla del ordenador, y fue a reunirse con Emilio Goián.

—¿Cómo ha ido la cosa?

—Como tú me dijiste que iría.

—Bien.

Goián hizo una seña, y el camarero sirvió otra caña al recién llegado. Sentados en el bar de la terraza del Hotel Domine, protegidos del sol gracias a un toldo, bebieron unos sorbos y contemplaron en silencio La Ría y el museo de titanio que había revolucionado la antigua villa industrial.

No estaba nada mal que se hablara de la novela premiada, meditó Emilio; el morbo hacía estragos en una parte de la sociedad que se alimentaba del mal ajeno, el drama, los temas escabrosos, la inmoralidad. ¿Cómo era aquello que solía decirle su padre? "Cuanto más se hunde el guarro en el barro, más feliz es". Le gustaba el cine, también las series televisivas, en especial policiacas, de vampiros y seres que volvían del inframundo para aterrorizar a los vivos; eran las más vistas. Ocurría lo mismo con los libros. No era lector, pero el negocio lo obligaba a estar al corriente de las tendencias del momento, y estas eran claras, solo había que consultar las listas de los títulos más vendidos para comprobar que el llamado "género negro" arrasaba, cuantos más crímenes, mejor. El supuesto plagio y la imputación a Menusqueta les proporcionaba una publicidad inesperada que era preciso aprovechar. De hecho, el productor interesado en hacer una serie con la novela lo había llamado anunciándole que le enviaba el contrato. No le costó convencer a su amigo de juventud; lo necesitaba, le dijo, para dar un escarmiento al tipo que se atrevía a amenazarlo en público y a organizar un escándalo. Jorge estuvo de acuerdo en apoyarlo en nombre de su antigua amistad y también, por qué no, en el del sobre con mil euros que le tendió. Además, no tenía ninguna simpatía por el yerno de su jefa desde la vez que se le cayeron las llaves al suelo, y él le ordenó que se las recogiera, llamándole "cochero". No le costó dejar de lado por una vez su discreción profesional, aunque, en realidad, podría haber dicho cosas parecidas de cualquiera de los miembros de la familia.

Gracias a la información obtenida, el examen de los restos de Gervas Egurra determinó que había ingerido el veneno más potente

conocido; la batracotoxina, también llamada “dardo venenoso” por ser el utilizado para untar las puntas de sus flechas por los *emberá*, indígenas del oeste colombiano; lo conseguían haciendo exudar al fuego a la *Phyllobates terribilis* o rana dorada, y una cantidad minúscula podía matar a un elefante. Visto que el sospechoso continuaba negándose a responder, se preguntó a su mujer si por casualidad habían visitado Colombia. En efecto, habían realizado un viaje a aquel país meses antes del fallecimiento de su tío. Aunque su destino principal fue un lujoso *resort* del Parque Natural de Tayrona, en la costa del Caribe, antes de regresar hicieron un *tour* por una parte de la Amazonia.

—Incluso dormimos tres noches en un poblado indígena —añadió satisfecha, sin cuestionarse una pregunta tan atípica en la situación en la que se encontraba.

No pudiendo determinar su participación en el envenenamiento de la tarta de buñuelos, la Fiscalía Provincial de Bizkaia presentó acusación contra Ramón Menusqueta por el asesinato de Gervasio Egurra Otadui, siendo el acusado recluido en la cárcel de Basauri hasta que finalizara el juicio.

18
LOS CUADERNOS

Margaret e Iker se reunieron en el estudio de Algorta dos días después de que ella lo llamara. El joven no tenía idea acerca del motivo por el cual le había pedido que se vieran; no quiso darle mayores explicaciones, solo que el asunto era urgente y tenía que ver con su familia paterna. Una vez sentados a la mesa de trabajo, le mostró los cuadernos donde la abuela Nieves había escrito sus vivencias de los últimos cuarenta años, haciendo asimismo referencias a hechos que habían tenido lugar en el pueblo, durante su juventud. Todas las entradas tenían fecha, pero, en ocasiones, pasaban meses sin que hubiera escrito algo. La última, en el último cuaderno, era diferente y lo mencionaba: "He rogado a mi querido bisnieto Iker que investigue si Gervas y Julia fueron asesinados".

—¿Por qué creía ella que habían sido asesinados?

—Lo ignoro. Se le había metido en la cabeza.

—¿Y has encontrado algo?

—Sobre los supuestos asesinatos no, pero ahora, con lo del tío Ramón, no sé… a lo mejor tenía razón…

—No fue él.

—¿Cómo lo sabes?

Margaret lo dejó leyendo mientras salía a la terraza.

> Iker me ha traído unas fotos que han resucitado en mí recuerdos que creía olvidados. Ahí estamos todos, jóvenes esperanzados antes de la maldita guerra, amigos a quienes no he vuelto a ver y que

seguro ya habrán muerto. Hay también unas del pueblo y otra de mi cuñado con un niño. He temblado al ver el rostro de Faustino, tan parecido y a la vez tan diferente al de su hermano Gervasio. El niño a su lado es el hijo que no me dejaron abrazar y a quien he buscado durante toda mi vida. Ahora será un hombre mayor, y nunca he podido decirle lo mucho que le quiero, lo mucho que he pensado en él…

La continuación estaba ilegible, emborronada, como si su querida *amama* hubiera llorado mientras escribía. El tono cambiaba unos párrafos más adelante:

Faustino era una mala persona, un borracho inútil. Nunca le dije a Gervasio que me amenazó cuando supo que pensábamos montar nuestro propio negocio sin él. Me llamó puta y dijo que se alegraba de que mi primer hijo, el bastardo lo llamó, nunca supiera quién era su madre. También dijo que no descansaría hasta vernos a todos muertos…

Y de nuevo la letra emborronada. No había más, e Iker tuvo la impresión de que había dejado hojas en blanco para que alguien finalizara su relato.

—¿Qué te parece? —le preguntó Margaret.

—No sé…

—¿No crees que el asesino podría ser ese tal Faustino?

—No, claro. Faustino murió hace unos cuantos años.

—Podría haber sido su hijo…

—¿Abel? No. Lo conozco.

—¿Se llama Abel?

—Sí. Es mayor que doña Mercedes y aunque tiene mala uva no lo creo capaz de envenenar a nadie. ¿Cómo iba a hacerlo? Está viejo y necesita bastón.

—¿Tiene hijos?

—Uno, pero no sé por dónde anda. Nunca me ha hablado de él.

—Pues yo creo que tenemos que buscar en esa dirección. Ramón es un bocazas, pero no un asesino.

—La frustración puede llegar a ser una enfermedad.

—Cierto, pero no hasta ese punto. No lo veo matando a mi suegro en su despacho y, mucho menos, intentando envenenarnos a todos con unos buñuelos. Tampoco creo que sea tan estúpido como para escribir una novela que deje pistas, aunque ha habido otros escritores que sí lo han sido.

Una llamada de su suegra interrumpió la conversación. Al parecer, la tía Mercedes se había caído redonda al suelo, y la habían llevado a Urduliz. Media hora más tarde, ambos se juntaban en la cafetería del hospital con sus dos hijos varones; Begoña la acompañaba en el *box* de urgencias. Juan Ignacio los informó de lo poco que sabían: que su madre había salido a dar una vuelta por Las Arenas, algo que solía hacer algunas tardes, había estado en su cafetería de siempre y, ya en la calle, se había desmayado. Su hermana apareció llorosa al cabo de bastante rato para decirles que la habían llevado a reanimación, y que la médico quería hablar con ellos tres. Margaret e Iker decidieron esperarlos en la cafetería. Por suerte, habían convencido a María Paz para que no los acompañara, llevaba días con un lumbago agudo, aunque prometieron mantenerla al corriente en todo momento.

—Ya sé que esto parece absurdo, pero…

Margaret se mordisqueó el labio inferior.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, que no ha sido un simple desmayo? —preguntó el joven.

—Ya no sé qué pensar. Creo que la abuela Nieves me ha contagiado sus temores.

Las perspectivas no eran buenas, les informó Juan Ignacio, su madre estaba muy grave. Según la doctora, el colapso podría haberse debido a una hipoglucemia severa, o lo que era lo mismo una bajada excesiva del azúcar en sangre, dado que era diabética. Se le había aplicado el tratamiento correspondiente, pero no respondía de manera adecuada; temblaba, no sabía dónde estaba y no respondía a las preguntas. No había mucho que hacer y tampoco se les permitía quedarse a su lado, así que cada cual volvió a su casa. Sin embargo, ellos dos decidieron darse una vuelta por la cafetería a fin de intentar averiguar algo más. La dueña lamentó lo ocurrido; la señora solía pasarse por su local, siempre pedía lo mismo: un café con poca leche y sin azúcar.

—¿Estaba con alguien? —preguntó el joven.

—Suele reunirse con un par de amigas, pero hoy estaba con un hombre. No me he fijado bien, había mucha gente en la barra, pero era un señor bien vestido.

—¿Mayor?

—No. De mediana edad o así…

—¿Han lavado la taza en la que ha bebido el café?

La mujer hizo un gesto como si preguntara si acaso ponían en duda la limpieza del local.

—¡Naturalmente!

Mercedes Egurra falleció dos días después a causa de un derrame cerebral fulminante provocado por una arritmia cardíaca debida a la hipoglucemia. No se realizó una autopsia, nadie la reclamó; no había nada que demostrar, era la primera causa de muerte entre las mujeres, y el parte médico no dejaba entrever que fueran otros los motivos de la defunción.

El cadáver fue inhumado en el panteón familiar en presencia únicamente de los miembros de la familia. Cuando ya enfilaban la salida, Iker descubrió la presencia de alguien a quien creyó reconocer. ¿Qué demonios hacía allí? Corrió tras el hombre, pero había ya desaparecido al llegar él a la calle. A la tarde, en San Ignacio de Loyola, se coló en el coro donde el Biotz Alai volvió a cantar una misa funeral por el alma de otro miembro de la familia Egurra. No prestó atención a las palabras del sacerdote, quien lamentó la pérdida de una benefactora de la iglesia, abnegada madre, esposa y abuela que había hecho frente a la adversidad con verdadera resignación cristiana. Él no sentía nada por aquella mujer que nunca lo había querido; su interés se centraba en descubrir al asesino entre los asistentes, pues estaba convencido de que se trataba de una misma persona, ¿cómo explicar sino la muerte de la segunda generación completa de los Egurra? Cierto que existían las casualidades, pero que los tres hermanos fallecieran en un lapso de dos años era demasiado obvio, y más teniendo en cuenta que los dos primeros habían sido envenenados.

La iglesia se llenó hasta los topes, al igual que en las otras ocasiones, y las condolencias duraron más de una hora. Durante todo aquel tiempo, él se mantuvo aparte, examinando con atención a todos aquellos que se acercaban con cara de circunstancias;

conocía a algunos, a otros no, Goián, Lardazabal, el gerente de la empresa pastelera, Reme y Miren, todas las personas del servicio, la mujer de Pablo y sus padres y… ¡Abel Egurra! Lo vio dar la mano a su padre y a sus tíos y alejarse con una sonrisa en los labios. Así que era él, el hombre del cementerio, no se había confundido. ¿Qué hacía allí? ¿Y por qué sonreía? Lo siguió hasta la parada del metro, entró en el vagón contiguo y se bajó al igual que él en la parada de Deusto. Lo vio entrar en su portal y ya estaba pensando en tocar a otro timbre para que le abrieran cuando apareció la señora del perro que había conocido la primera vez y entró con ella. No le dio tiempo a Abel a negarle la entrada; empujó la puerta y lo asió por un brazo llevándolo a la cocina y obligándolo a sentarse.

—Y ahora dígame, ¿qué hacía usted en el cementerio esta mañana y esta tarde en el funeral de doña Mercedes?

—Asegurarme.

—¿De qué?

—De que esa mujer está bien muerta.

—¿Se ha drogado, o qué?

Para su sorpresa, el hombre empezó a hablar con la vista fija en la ventana. Anochecía, y su rostro apenas iluminado por la luz del crepúsculo le recordó al protagonista de una serie de vampiros de treinta capítulos que se había tragado un fin de semana antes de conocer a Leire. Pálido, con los ojos amarillentos, Abel Egurra era la viva imagen de un muerto viviente. Faustino nunca le habló de su familia, aparte de mencionarle que no era su hijo, y que su madre era una ramera, pero el apellido Egurra era demasiado conocido para pasar desapercibido, y él también lo llevaba. Averiguó todo lo que pudo, incluso se acercó a recabar información al pueblo del que era originario su padre adoptivo, si podía llamársele así. Una mujer mayor le habló de las gentes del lugar, también le contó todo tipo de chascarrillos, pero él solo se interesó por uno: la de una madre soltera que, decían, había tirado a su recién nacido al río.

—Se llamaba Nieves Otadui y siempre lo negó —añadió la mujer —, pero ¿qué otra cosa podía hacer? El niño nunca apareció. Luego se casó con Gervasio Egurra, y se fueron a vivir a Bilbao.

Así se enteró del nombre de su madre y del marido de esta, supo que eran los propietarios de la editorial del mismo nombre, dueños asimismo de un palacete en Neguri, padres de tres hijos. Los espió

durante un tiempo; eran ricos, mucho, y él no tenía nada, solo un empleo en una empresa multinacional en la que nunca logró ascender. Durante unos años olvidó sus pesares y formó una familia, pero su mujer enfermó de leucemia. Los médicos le dijeron que no había curación, a menos que probara en el Johns Hopkins Hospital de Baltimore, en Estados Unidos, pero el viaje y el tratamiento costaban una fortuna de la que él no disponía. Acudió entonces a hablar con su supuesto padre, pero este lo llamó farsante, lo amenazó con denunciarlo si continuaba aprovechándose de un apellido que, seguro, no era el suyo, y mandó que lo echaran de las oficinas como a un perro sarnoso. Su esposa murió en sus brazos, y él maldijo a Gervasio y a todos sus descendientes.

—Les he seguido la pista —concluyó—. Estuve en su funeral, en el de su hijo y, ahora, en el de Mercedes Egurra. Me habría gustado también asistir al de la otra hija y al de la madre que me abandonó, pero no encontré sus esquelas en el periódico, una lástima. Me alegro de que todos ellos estén muertos mientras yo sigo aquí.

La cocina estaba a oscuras e Iker encendió la luz, sacó de su bolsillo una hoja copiada del último cuaderno de doña Nieves y la colocó delante del hombre.

—Lea usted esto.

Abel leyó aquellas líneas, el ceño fruncido, las mandíbulas prietas.

—Ella lo quería, nunca dejó de buscarlo, así que no vuelva ni siquiera a pensar que renegó de usted y que lo abandonó a su suerte.

—Me da igual. Por su culpa tuve una infancia desgraciada y murió el amor de mi vida.

—¿Por qué nunca intentó conocerla?

—La odiaba, todavía la odio.

—¿No ha leído lo que ella escribió?

—Mentiras, remordimientos.

—¿Mató usted a sus hermanos?

—Nunca lo fueron.

—¿Los mató usted?

—Por supuesto que no, ¿qué sé yo de venenos? Pero merecen estar muertos. Disfrutaron de lo que a mí me correspondía y ¿de qué les han valido sus riquezas? De nada. La muerte nos iguala a

todos.

No quiso seguir escuchándole y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo has conseguido tú este papel? —lo oyó preguntar.

—Porque doña Nieves era mi bisabuela, ¡loco de mierda!

Salió dando un portazo, con el convencimiento de que Abel Egurra tenía que ver con los asesinatos de sus familiares. ¿Cómo si no sabía que sus tíos abuelos habían muerto envenenados? Pasó media noche pegado al ordenador, tecleando los apellidos Egurra, Ateurdin, Otadui, sin encontrar otras referencias que las conocidas; nada de nadie que no tuviera que ver con la editorial. Se fue a la cama y tardó en conciliar el sueño a pesar de sentir a su lado el cálido cuerpo de Leire, que olía a lavanda. No podía dejar de pensar, de buscar respuestas que no lograba encontrar.

Y de nuevo trámites y papeleos que llevaron varias semanas. El testamento de doña Mercedes no presentaba complicaciones; todos sus bienes, cuadros, jarrones chinos, muebles ingleses y joyas incluidos, se dividirían en tres partes iguales, una para cada hijo, nada para los nietos, y menos para las nueras y el yerno. Ninguno de los hermanos quería el palacete, pues equivaldría a tener que comprar las partes correspondientes a los otros dos, así que decidieron venderlo y repartirse las ganancias; el servicio fue despedido con la consiguiente indemnización por años trabajados, y un mes después del fallecimiento de la dueña, la casa quedaba cerrada y el anuncio de la venta colgada en la página web de una inmobiliaria. El tema de las acciones, tanto del Grupo como de la pastelería, también se solventó de manera regulada entre los tres hermanos, aunque el menor insinuó no tener inconveniente en intercambiar las suyas del obrador más la correspondiente cantidad en metálico a cambio de las de la editorial. Begoña aceptó a condición de mantener su puesto en la empresa; el bufete que defendía a su marido no resultaba barato y tampoco sabía a lo que tendría que enfrentarse en un futuro. Juan Ignacio también aceptó.

Pablo volvía a vivir en el piso de su mujer. Maite había decidido perdonarlo por el momento, pero lo tenía a prueba, y dormía en la habitación de invitados. Intentaba pasar el mayor tiempo posible con ella y los niños; sin embargo, su cabeza estaba en otra parte.

Por primera vez echaba en falta a alguien, a su madre; su muerte lo había dejado huérfano de ideas. Hasta la fecha siempre había sido ella la que lo había guiado, aconsejado. Fue ella quien lo animó a trabajar en la empresa, la que le aseguró que un día él sería el dueño del negocio fundado por el abuelo, la que puso en marcha el plan para deshacerse de Emilio Goián y recuperar el control del Grupo Egurra, pero ahora no lo veía tan claro. Cierto que las acciones habían vuelto al seno de la familia, pero, incluso con el apoyo de sus hermanos y los de María Paz y Jon, necesitaba el apoyo del "adulterino", así que tendría que hablar con Juan Ignacio para asegurarse de que su hijo garantizaría el proyecto.

Por otra parte, el diputado no dejaba de insistir para que volviera a Madrid. La policía había encontrado pruebas de su implicación en algunos de los asuntos de Albi; *e-mails* y llamadas, demostraban una relación más amplia que la declarada por él. Lo necesitaba para organizar no solo su defensa, también su imagen pública; el partido lo había amenazado con echarlo si la cosa seguía adelante. Le daba largas, no quería verse implicado en algo turbio teniendo en cuenta la situación de su cuñado, que también lo salpicaría en caso de ser declarado culpable. No quiso ir a visitarlo, aunque Begoña le pidió que lo hiciera a fin de darle ánimos; merecía estar encerrado si era cierto que había envenenado a sus tíos. No creía que fuera capaz de algo así, pero era mejor no relacionarse con él ni de lejos. Por si todo esto fuera poco, su suegro había dejado caer que el banco no avalaría a una empresa salpicada por el escándalo. Finalmente, tomó una decisión y decidió ir a hablar con el hijo de su hermano.

Cuando, tras preguntar a varias personas, dio por fin con el caserío, lo sorprendió encontrárselo en camiseta y vaqueros viejos, botas de caucho y las manos sucias. No se habían tratado más allá de un saludo en los eventos familiares, pero no ignoraba que el joven era un informático muy solicitado; lo último que esperaba era verlo con aquellas pintas, acarreando leños. Nunca había estado en el pueblo, no tenía curiosidad alguna por conocer el lugar de donde provenía su familia materna, sin embargo, reconocía lo bucólico del ambiente y se preguntó para qué narices le hacían falta a un aldeano los millones heredados de la tía Julia y de una anciana que, a todas luces había perdido la cabeza; puso su mejor cara, le dijo

que estaba en la zona y que se le había ocurrido pasar a saludarlo. Asimismo, aguantó lo mejor que pudo la visita a los invernaderos, escuchó sin prestar atención las explicaciones del “viudo” de su tía y, por fin, Iker y él se sentaron a hablar. Entró a saco tras un intercambio de frases acerca de su estado de ánimo por la muerte de su madre y la situación de su cuñado.

—En realidad, quería hablar contigo para saber qué piensas hacer con las acciones que has heredado —le dijo.

—Cobrar los dividendos si es que los hay, supongo.

—¿Sabes que el Grupo Egurra es la tercera empresa editorial más importante del país?

—Lo sé.

—Queremos llegar a ser la primera, y para ello es necesario que los accionistas apoyen a la dirección, pero algunos de nosotros no estamos de acuerdo con el actual CEO, por lo que tus votos son fundamentales para nombrar a otro.

—¿Y a quién estáis pensando en poner en su lugar? ¿A ti?

Le molestó el tono burlón, pero aguantó el tipo y le expuso algunas de las razones que lo llevaban a solicitar su apoyo.

Goián se había embarcado en una serie de inversiones que estaban hipotecando el futuro de la empresa fundada por el abuelo Gervasio, y el asunto de Ramón no ayudaba. Era preciso dar un giro y que las riendas volvieran a un miembro de la familia.

—Estarás de acuerdo conmigo en que tu padre no es la persona idónea, es demasiado… idealista. Begoña tampoco sería la persona adecuada, así que solo quedo yo.

—Y Jon, Jaime, Maribel, Ane, Nekane, y yo.

—Jon podría ser, pero los demás no estáis preparados.

—Aprenderíamos…

Estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Me venderías tus acciones? —preguntó a bocajarro.

—Te costarán una fortuna, ya sabes que tengo más que el resto juntos…

—Pero ¿me las venderías? —insistió.

—Sí. Por su precio más lo que haya que pagarse a Hacienda.

—¿Cuándo?

—Cuando reciba los dividendos de este año.

—Puedo entonces decirle a mi agente que empiece con los

trámites.

—Puedes. No tengo interés alguno en los negocios.

Al rato, con una sonrisa en los labios, Pablo emprendía el trayecto hacia Las Arenas; no había sido tan difícil después de todo. Aquel pardillo no tenía idea de lo que eran los negocios e ignoraba lo que iba a perder; en sus manos el Grupo Egurra llegaría a la cima. Cierto que la broma le iba a costar cara, pero ya buscaría la forma de abonar unos millones que no tenía en efectivo. Vendería su Picasso y el Sorolla que le había tocado en el reparto de la herencia de su madre, también su parte de las joyas. ¡En buena hora no se las había regalado a Maite para sellar su reconciliación, como en un principio había pensado hacer! Además, tenía sin tocar el dinero recibido tras la muerte de sus padres y de su abuela. Aurelio Buisan no se negaría a avalar a la empresa teniendo en cuenta que su hija y él volvían a estar juntos, y de que sus nietos serían los más beneficiados. A medio camino, decidió cambiar de ruta y pasarse por el piso de Silvia; la ingenua seguía creyendo que había un futuro juntos para ambos.

19
UN NUEVO PLAN

Tal y como Emilio Goián preveía, al mes de su puesta a la venta la novela ganadora del Premio Egurra estaba en las listas de más vendidos, y a los dos meses era la primera en todas ellas. Su autor aparecía en periódicos y revistas de gran tirada, en programas de televisión, en la radio, y los críticos aplaudían la vuelta de un autor a quien habían relegado a la categoría de vieja gloria, incluso alababan su falta de modestia; un genio de las letras como él no necesitaba ser humilde. De nada servían los artículos de otros críticos menos amables y de algunos blogueros literarios, quienes no dejaban de hacer hincapié en el supuesto plagio de la obra. A los lectores no parecía importarles demasiado, y una tercera edición siguió a la segunda. Para finales de año se habían vendido más de cien mil ejemplares, había empezado a rodarse la serie, y Egurra gestionaba la venta de los derechos de traducción con editoriales punteras de todo el mundo. Nadie dudaba de que J. P. Fran ganaría todos los galardones nacionales de Literatura del siguiente año, y las agentes de varios autores reconocidos se habían puesto en contacto con la editorial a fin de que publicara a sus representados.

Juan Ignacio estaba al corriente de todo ello gracias a Karmele, cuya primera intención había sido seguir sus pasos. La convenció para que no lo hiciera, al menos por el momento. La denuncia por plagio continuaba su curso, y el abogado de Ramón, experto en derechos de autor, lo llamaría a declarar. Necesitaba saber cuál era la postura de Goián al respecto porque no se fiaba un pelo; lo mismo le echaba la culpa a él. Cualquier buen filólogo, cualquier lingüista, sería capaz de descubrir las similitudes existentes entre el

original de su cuñado y la obra publicada. Aunque siempre podría aducir que la reescritura no era una práctica extraña a la edición; conocía varios casos de novelas de éxito que habían sido escritas de nuevo por otros que no eran los autores. De todos modos, tenía guardadas dos copias: el original de Ramón y el corregido por Karmele para demostrar que ellos no habían tenido arte ni parte en el plagio publicado.

Las cosas no le habían ido demasiado bien desde su dimisión. Le costó bastante confesarle a Isabel que estaba en paro, y que tendrían que reducir gastos hasta que él encontrara un nuevo empleo, algo complicado a sus cincuenta y dos años. Disponían de ahorros, Pablo se había interesado por las acciones heredadas de su madre y le quedaban las de su padre, que también podría vender, si bien todo ello llevaría tiempo, y los estudios de los hijos, los tres coches, la interina, el lujo con el que vivían, los impuestos… eran goteras que acabarían por inundarlos. Esperaba que ella entendiera la situación, mas no fue así. Le echó en cara su falta de carácter para enfrentarse a Goián y dejar el trabajo sin tener otro previsto y, lo que más le dolió, lo acusó de haberse gastado sus buenos dineros en la educación de aquel hijo de soltera que vete tú a saber si era de él o de otro, y que encima se había quedado con la herencia de Julia y con la mayor parte de la de doña Nieves, y acabó llamándolo “bígamo rastrero”. Aquella noche durmió en el piso de la calle Jardines, junto a la mujer que amaba, y que nunca le había reprochado su doble vida.

Tal y como temía, fue citado a declarar. Las partes no habían llegado a un acuerdo durante la vista previa, y el juicio por plagio continuaba su curso, aunque aún transcurrirían unos meses antes de que hubiera una sentencia definitiva. La defensa basaba su exposición en la intertextualidad, es decir el paralelismo en las tramas literarias planteado por ensayistas de renombre, pues el hecho de que dos novelas coincidieran en la forma de tratar un mismo tema no era motivo suficiente para acusar de plagio al autor de una de ellas. Respondió con claridad a todas las preguntas, adjudicándose la corrección del original de Ramón Menusqueta; era su trabajo como editor corregir e incluso reescribir algunos párrafos de los textos a publicar y guardaba copias de todos ellos. En ningún momento mencionó a Karmele, quien no había sido citada. Sin

embargo, dejó bien claro que no tenía nada que ver con el texto definitivo, el ganador del Premio Egurra; había entregado el corregido al señor Goián y se desentendió del mismo al no estar de acuerdo con lo que este pretendía. De hecho, se despidió tras leer la novela supuestamente escrita por J. P. Fran que, por cierto, añadió, ya estaba editada antes de que se adjudicara el galardón, lo cual era una estafa contra las personas que habían enviado sus obras inéditas creyendo tener una oportunidad. No tuvo la impresión de que fueran a llamarlo de nuevo, así que procuró no darle más vueltas al asunto y se centró en organizar su nueva vida.

Visto que le resultaría más que difícil encontrar un puesto similar, dado que él solo había trabajado en el mundo editorial, que las editoriales vascas no eran muchas y que tampoco le apetecía buscarse la vida fuera de allí, únicamente le quedaba una salida: montarse su propia empresa, al igual que había hecho el abuelo Gervasio. Si Pablo le compraba las acciones del Grupo, y lograba vender las del obrador, tendría un pequeño capital para empezar de cero sin verse obligado a pedir un crédito. Entretanto, ayudaría a Itziar en la librería, si ella quería…

—Por mí, encantada —respondió esta al proponerle él su idea—. La edad empieza a notarse, y hoy mismo la chica que me ayuda me ha dicho que se va a trabajar a una de esas tiendas de ropa *fashion* que están apareciendo por Bilbao como setas después de la lluvia. No se lo reprocho. Es joven y quiere algo más que una vieja tienda de libros, además no le gusta leer.

Sonrieron divertidos, aunque ambos eran conscientes de que las pequeñas librerías iban de capa caída debido al auge de las ventas *online* y de la competencia de las grandes superficies. La suya no tenía espacio para albergar la cantidad de títulos nuevos que se publicaban cada año y que llegaban con cuentagotas, pues algunos distribuidores exigían que el pedido de un libro de éxito fuera acompañado de otros que no lo eran tanto. Aun así, podían devolver el *stock* que no vendían, pero, claro, eso llevaba tiempo. Por otra parte, Itziar no ignoraba que sus ganancias aumentarían si despachaba más papelería y objetos de regalo, pero ello le ocuparía el espacio que tenía reservado para el fondo. Ambos estaban de acuerdo en que una librería sin fondo era como un jardín con mucha hierba y pocas flores. Libros que habían triunfado apenas

cinco años atrás se hallaban desaparecidos, y qué decir de los clásicos o incluso de grandes obras publicadas a mediados del siglo pasado. Críticos y escritores exquisitos las citaban, pero luego era imposible encontrarlas como no fuera en una biblioteca o en un mercadillo de segunda mano.

—Compraremos un local con grandes vitrinas —afirmó Juan Ignacio entusiasmado—. Solo venderemos buena literatura, y si hay que vender por Internet, le diremos a Iker que nos cree una página. También tendremos un taller en la trastienda, donde montaremos nuestra propia editorial, y por fin podremos estar juntos en todas las horas del día.

—Eso me suena al cuento de la lechera —lo interrumpió ella entre risas—. ¿Y qué hay de Isabel?

—No lo sé… Se ha tomado muy mal que dejara el trabajo, y no creo que cambie de postura. La verdad es que no hay nada entre nosotros, tal vez lo hubo mientras los hijos eran pequeños. Ahora, desde luego, no. No les va a faltar nada, hay dinero en la cuenta y están los dividendos de las empresas de mis padres, aunque dudo que acepte divorciarse, es católica practicante. Lo que sí tengo claro es que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—Vale, pues entonces seremos socios en el negocio.

—¿De día y de noche?

—Sí, querido. De día y de noche.

Al mismo tiempo que la pareja hacía planes, Jorge Ibáñez meditaba en una pensión a dos calles de distancia. Muerta doña Mercedes, se había quedado en el paro y sin vivienda. Había alquilado el piso de Romo por cinco años, y los inquilinos no tenían intención de abandonarlo, así que se alojó en la fonda de un conocido. Intentó encontrar trabajo en una agencia de coches de alquiler con chófer; anotaron su nombre, pero le dijeron que estaban completos y que lo llamarían si quedaba alguna vacante. Llamó a Pablo Gómez-Egurra, pero este afirmó que no tenía por el momento nada que ofrecerle; no era un empresario y bastantes líos tenía ya como para ocuparse de los de otros. Intentó ver a su viejo conocido de afición y se dio una vuelta por las oficinas del Grupo Egurra, pero lo informaron de que el señor Goián se hallaba

ausente. Disponía de unos ahorrillos y también de los setecientos euros del arrendamiento, suficiente para ir tirando, pero odiaba permanecer inactivo. Además, Pili se había ido a Medina de Pomar, donde vivía su familia, por lo que tampoco había nadie de confianza con quien hablar.

Un domingo, cogió el autobús de línea y se presentó en el caserío de Iker; tenía ganas de tomar el aire, de escapar de los mismos bares, de los mismos conocidos que solo hablaban de fútbol y política. El recibimiento no pudo ser más cordial; ayudó a Xabier a recoger manzanas y se quedó a comer.

Tras el café, Leire se marchó porque había quedado con unas amigas, y el "abuelo" se fue a la siesta; Iker y él permanecieron frente a la chimenea disfrutando de la cerveza artesanal elaborada allí mismo por el joven y su abuelo adoptivo. La conversación no tardó en encaminarse hacia su actual situación, es decir la falta de trabajo.

—¿Y qué sabes hacer? —preguntó el joven.

—Bueno… he sido chófer casi toda mi vida, pero mi última patrona falleció hace unos meses. He buscado otro puesto, pero la cosa está difícil. Por otra parte, creo que estoy un poco harto de ser invisible.

—¿Invisible?

—Sí. Uno lleva y trae gente, la oye hablar, conoce sus secretos, pero nadie se fija en él.

—Puede que tengas razón. La familia de mi padre ha tenido varios chóferes y, si te digo la verdad, no reconocería a ninguno. Claro, que tampoco es que yo haya tenido mucha relación con mis parientes… ¿Y a ti qué te gustaría ser?

—Investigador. No se me da mal.

—¿Como en las novelas?

—Sí, como en las novelas.

Se echaron a reír; ambos tenían en común el gusto por las novelas de detectives. Hablaron de sus personajes favoritos, coincidiendo en que el Sam Spade de Hammett o el Philip Marlowe de Chandler eran de lo mejorcito, aunque tampoco estaban mal Poirot o el mismo Sherlock Holmes, si bien habían quedado algo obsoletos al no contar para sus investigaciones con los avances tecnológicos actuales. De los autores modernos, Iker se quedaba con

Jo Nesbo, Jorge con David Peace. Lo uno llevó a lo otro, o quizás el fuego, las viejas pero confortables butacas, el *patxaran*, fueron propicios a las confidencias. El más joven confesó que se traía entre manos una investigación sin visos de futuro: los asesinatos de Gervas y Julia Egurra, achacados al marido de su tía Begoña, aunque él no creía que hubiera sido él. Le contó la parte de la historia familiar que conocía, la de Abel, el niño robado por Faustino quien casi, casi seguro había tenido algo que ver con la muerte de sus hermanos no reconocidos, si bien no tenía pruebas.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Por qué habrías de hacerlo? Lo mismo todo es fruto de mi imaginación calenturienta.

—O no. Puede que el haber sido "invisible" valga para algo. De todos modos, no tengo trabajo y prefiero mantener la mente ocupada en lugar de perder el tiempo de bar en bar.

A primeras horas del día siguiente, se apostó delante del edificio en el que vivía Abel Egurra; estaba acostumbrado a esperar, pero, por si acaso, se colocó cerca de un bar donde podía proveerse de comida y bebida. Esperó hasta pasadas las once de la noche y regresó por la mañana, así durante tres días. No perdía ojo a todo aquel o aquella que entraba en el edificio de doce plantas y les sacaba fotos con el móvil, pero ni rastro del "sospechoso". Ya estaba pensando que era absurdo tirarse allí las horas muertas sin hacer nada y que haría mejor en largarse cuando recibió una llamada de la agencia de alquiler de coches con chófer; había una vacante para un viaje a Madrid y debía pasarse por la central para recibir instrucciones.

Debía dejar a su pasajero en el hotel Palace y recogerlo a las nueve de la mañana del día siguiente, por lo que tenía la tarde libre. La agencia le había proporcionado un alojamiento cerca, en una pensión del barrio de Las Letras, así que dejó el vehículo en un parquin y decidió comer en uno de los muchos restaurantes que había en la zona, incluso se le ocurrió que después podría irse al cine o, por qué no, a ver una obra de teatro. Sentado junto al ventanal de la taberna en la que acababa de degustar un magnífico cocido y a punto de pedir el café, vio pasar a un hombre que conocía y no se lo pensó; pagó a toda prisa y salió a la calle. No tardó en alcanzarlo e iba a llamarlo justo en el momento en que

aquel saludaba a otro hombre, y ambos entraban en un acogedor café donde se sentaron a una mesa. Él se colocó en un extremo de la barra bastante concurrida y pidió un *gin-tonic* sin dejar de observarlos, al tiempo que simulaba estar hablando por el móvil. Le sonaba la cara del otro individuo, aunque tardó en recordar que era la misma del tipo aquel al que había pillado con la niña, el tal "papi". ¿Qué diablos hacía Emilio en compañía de semejante pervertido? Poco después abandonaban el local y se dirigían a un edificio cercano; él los siguió y entró en el portal en cuanto se cerraron las puertas del ascensor. Los nombres en los buzones eran familiares, solo en uno aparecía lo que podía ser el nombre de una empresa: "Business Ideas". Lo apuntó para no olvidarlo y esperó pacientemente en la acera de enfrente a que Goián volviera a salir para hacerse el encontradizo con él.

—¡Emilio!

El hombre se detuvo sorprendido.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó.

—Un servicio, ¿y tú?

—Negocios.

Lo invitó a tomar algo y aprovechó para contarle las dificultades por las que pasaba después de haberse quedado sin empleo al morir su patrona.

—Este el primer servicio que realizo después de meses de andar buscando y, la verdad, no es algo que me agrade demasiado.

—Pásate el lunes por mi despacho. Seguro que habrá algo para ti. En estos tiempos, es bueno tener a alguien en quien confiar.

Puntual y bien vestido, el lunes a primera hora se presentó en las oficinas del Grupo Egurra y aceptó la propuesta de su amigo. Por suerte para él, el anterior chófer de la empresa acababa de jubilarse y la plaza estaba vacante; su cometido sería estar a disposición de los ejecutivos e invitados, así como realizar algunos encargos. Aunque el contrato era solo por un año, al menos podría ir tirando y se olvidó de Iker y del supuesto envenenamiento de los tíos abuelos de este por parte de un viejo perturbado que buscaba venganza, trama para una novela, pero improbable en la realidad. A la espera de un cometido, ocupaba el tiempo hablando con unos y otros o ayudando al encargado del almacén. Era un mundo nuevo para él, y le gustó, en especial la mujer que trabajaba en un

extremo de la oficina central. La veía leer sin descanso, teclear y permanecer ensimismada, con la mirada puesta en el cielo o en los edificios de Gran Vía que se veían a través de la ventana. Coincidieron en la máquina del café y entabló conversación con ella, así supo que se llamaba Karmele y que su misión era leer los originales que llegaban a la editorial y decidir cuáles merecían ser publicados.

—¿Y si tú dices que no? —le preguntó.

—Pues no salen, aunque todavía tienen que pasar por la criba del editor en jefe, que es quien finalmente decide.

—¿Y os llegan muchos originales?

—Prácticamente a diario, pero la mayoría no valen nada. Parece mentira la cantidad de gente que cree que sabe escribir…

—Así que tú elegiste la novela del premio que disteis hace unos meses y salió en toda la prensa…

—No. Eso no lo llevé yo. Fue un asunto personal del señor Goián, y ya sabes que donde hay capitán…

—¿Y qué te pareció?

—Prefiero no hablar de ese asunto.

Le llamó la atención el tono cortante, pero no insistió. Días más tarde, la invitó a tomar algo a la salida del trabajo, y ella aceptó. Le gustaba aquella mujer que tanto sabía de libros. No era una modelo de revista, pero hacía tiempo que había dejado de soñar y prefería a alguien normal; no había vuelto a saber nada de Pili y necesitaba una compañía femenina. Además, Karmele vivía en un apartamento de una habitación, acogedor, confortable, nada que ver con el cuarto de pensión en el que dormía desde hacía meses. No pasó mucho antes de que su relación se volviera más íntima y de que él se mudara con ella.

—Ya sé que no te gusta hablar del tema, pero ¿qué fue exactamente aquello del plagio? —le preguntó un día.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque hoy he llevado al aeropuerto a dos de los jefazos y les he escuchado hablar. Uno ha preguntado cómo iba lo del plagio, y el otro le ha respondido que, en cuanto condenen a Menusqueta por asesinato, el asunto quedará olvidado.

Karmele tenía ganas de hablar. El nuevo editor jefe era de la cuerda de Goián; solo le importaba vender lo que fuera, y las

últimas novedades eran bodrios infumables que se vendían bien, eso sí, pero que no tenían calidad literaria alguna. Tanto era así, que había perdido el interés, se limitaba a hacer correcciones gramaticales y de estilo y se ocupaba de las portadas. La última novela que habían publicado era una basura, copia infame de los delirios sexuales y depravados del personaje de Christian Grey, cuyas historias habían hecho millonaria a su autora pese a la avalancha de críticas negativas, la repetición de escenas y diálogos, la falta de calidad literaria y el carácter claramente delictivo del protagonista. Intentó razonar con el editor, pero este le respondió que tantos millones de lectores, más bien lectoras, no podían haberse equivocado. Estuvo a punto de decirle aquello de que también a millones de moscas les gustaba la mierda, pero calló; estaba pagando la hipoteca del apartamento y no podía arriesgarse a ser despedida.

—Yo reescribí el original, que no había por dónde agarrarlo, y Goián se lo pasó a no sé quién para que volviera a reescribirlo y saliera con el nombre de otro autor, al que le dieron el premio. Pero es cierto que la trama y bastantes párrafos están calcados, por lo que sí, es un plagio indecente.

—Entonces Menusqueta ganará el juicio…

—Puede, pero está acusado de asesinar a dos de los propietarios de la editorial y, supongo, a nadie le importará si le copiaron o no la novela.

—¿Tú crees que los mató?

—Conozco a Ramón desde que estudiábamos en la Universidad. Es un tipo acomplejado que se cree un gran escritor y no lo es por mucho que se empeñe, pero de ahí a envenenar a alguien va un trecho. La gente se pregunta qué hace falta para ser un autor o autora, pero no se trata solo de juntar palabras, de escribir una historia más o menos bonita. Para escribir hace falta haber leído antes mucho, tener imaginación y también algo que contar —dijo repitiendo las palabras de su maestro—. Es preciso elaborar una buena trama, dotar a los personajes de personalidad, mantener a los lectores enganchados. Las novelas que no cuentan nada y encima están mal escritas pueden tener éxito si la editorial lleva a cabo un buen *marketing*, pero se olvidan en cuanto se cierra el libro, no dejan huella. ¡Pena de árbol desperdiciado! —concluyó con humor.

—Y si no fue él, ¿quién fue? —insistió él.

—Vete tú a saber…

—¿No se te ocurre nadie?

—No, la verdad.

—Voy a llevarte a conocer a unas personas que te van a gustar.

El sábado siguiente por la tarde, se presentaron en el caserío de Iker. Karmele había oído hablar de él a Juan Ignacio, pero no había tenido oportunidad de conocerlo. Le gustó el ambiente, la naturalidad del trato; sin tráfico, ruidos ni gente por todas partes, y a pocos kilómetros de la ciudad, estar allí era como traspasar una línea invisible entre mundos similares y, no obstante, diferentes. No tardaron en hablar del asunto que a todos preocupaba: la muerte de Gervas y, por supuesto y con más razón, la de Julia. Llovía y hacía frío. Sentados delante de la chimenea encendida, tomando café y tisanas de hierbas, a Karmele le recordó una escena de una de aquellas novelas de conspiradores que le llegaban con asiduidad. Repasaron los hechos, la muerte de los dos hermanos. Estaba claro que el asesino, o asesina, era alguien con ingenio, si bien se trataba de averiguar el motivo por el cual alguien había acabado con la vida de dos personas que, en principio, no tenían enemigos. El principal sospechoso habría querido vengarse por la negativa de Ediciones Egurra a publicar sus novelas, pero ¿por qué asesinar a Julia, quien no tenía nada que ver con la editorial?

—Recordad que hubo otros miembros de la familia que comieron el postre. El objetivo podría haber sido cualquiera, o todos —señaló Iker recordando algunas de las tramas de una de sus escritoras favoritas, Agatha Christie, especializada en envenenamientos en serie—. Estoy convencido de que el culpable es Abel Egurra, el hermano de Gervas, de Julia y de mi no-abuela Mercedes.

—La señora murió de un derrame cerebral provocado por su diabetes —puntualizó Jorge, alias Gorka.

—Bueno, eso dicen. También decían que el tío Gervas había muerto de un ataque al corazón, y no fue así.

—¿Por qué iba alguien a querer matar a sus hermanos? —preguntó Leire, que era la menos enterada del asunto.

—Para desquitarse.

—¿De qué?

—Abel se ha sentido despreciado toda su vida porque está convencido de que fue abandonado al nacer. Además, su mujer murió porque el bisabuelo Gervasio no le dio dinero para llevarla a una clínica de Estados Unidos. Sin embargo, no acabo de verlo claro. El hombre está viejo, anda con bastón y apenas sale de su piso. Nadie lo vio por las oficinas el día que murió el tío Gervas, y tampoco en el obrador ni en el palacete, por lo que tampoco pudo echar el veneno a la tarta…

—Tendrá alguien que lo ayude.

Xabier había permanecido callado desde el comienzo de la conversación, y su voz grave sorprendió a los demás.

—¿Quién?

—Su hijo. Me dijiste que tenía un hijo.

—¿Quién es su hijo? —preguntó Jorge.

—Ni idea. Lo he buscado en Internet, pero no aparece ningún Egurra que no seamos nosotros.

—Pues habrá que seguir buscándolo.

—Ya me dirás cómo…

—Yo mismo le sacaré la información al viejo, aunque tenga que darle de hostias.

—¡No seas bruto!

La risa de Karmele distendió el ambiente, y se despidieron poco después prometiendo darle vueltas al asunto y seguir buscando, cada cual por su lado.

20
LA NOVELA

La oferta por parte de una editorial importante a nivel nacional para escribir una novela sobre el famoso plagio le llegó a Ramón días después de ser puesto en libertad. Su original, los comentarios en el blog y las amenazas proferidas en estado de embriaguez no eran pruebas suficientes para acusarlo de asesinato, aunque se le advirtió de que la investigación continuaba y de que no debía salir del país. Begoña se había mantenido a su lado en todo momento, algo que él agradeció, si bien no quiso tener tratos con el resto de la familia, por lo que ambos permanecían aislados del resto. No ignoraba que la propuesta de la editorial, acompañada de un más que generoso adelanto, no tenía qué ver con sus cualidades literarias —de hecho, la persona que se había puesto en contacto con él le confesó no haber leído nada suyo— y sí mucho con el alboroto del premio plagiado, campo sembrado para la venta, y más aún con el daño que pudiera hacerse a la competencia. Por otra parte, lo habían despedido del colegio de monjas donde impartía clases, y disponía de todas las horas del día para centrarse en su nueva obra, en la que él sería el principal protagonista.

Se olvidó de teorías, minimalismos, opiniones expertas, autores de éxito inmerecido y demás zarandajas de un mundo literario que aborrecía. Por fin tenía una historia que contar, una auténtica, y decidió narrarla en primera persona. Recordó haber leído el discurso de Orhan Pamuk al recibir el Nobel y una frase este que se le quedó grabada: “Escribo porque puede que así comprenda la razón por la que estoy tan enfadado con todo el mundo”. Él también estaba enfadado con todo el mundo, la familia Egurra, Emilio

Goián, J. P Fran, la directora del colegio, los críticos que lo ignoraba, los libreros, la policía, el juez que lo había interrogado, el asesino que le había colgado a él los muertos, sus “colegas” que no lo eran; todos ellos saldrían en la novela, con sus nombres reales. Dicha determinación lo reconcilió con el infierno sufrido durante los últimos tiempos, y volvió a acostarse con su mujer.

En un mes tenía acabado el borrador, escrito a una velocidad hasta entonces impensable para él, y ahora tocaba la parte más ardua: releer párrafo a párrafo, corregir vocablos y expresiones, borrar, añadir y, lo más importante, comprobar que encajaban todas las piezas del rompecabezas. Y una no encajaba. Él no había matado a nadie, aunque hubiera deseado que más de uno estuviera muerto, pero el asesino era el único personaje de su novela que no tenía nombre; podía ponerle uno cualquiera, pero no sería lo mismo. Su historia era real, así como los protagonistas de la misma, e inventarse un nombre iría en detrimento de la narración. Hizo una lista con los sospechosos y sus posibles motivaciones. ¿Quién podría desear eliminar a dos personas ya de edad y que tenían muy poco en común entre ellos aparte del parentesco? Tras muchas vueltas, llegó a la conclusión de que la única persona capaz de hacer algo parecido tenía que ser alguien que tuviera mucho que ganar con su desaparición, y solo se le ocurrió un nombre: Mercedes, la mujer que siempre le había mostrado un total desprecio y que había intentado poner a Begoña en su contra.

Muertos sus hermanos, ella sería la única heredera de doña Nieves y podría hacer lo que le viniera en gana en la empresa, como nombrar gerente al incompetente de su hijo Pablo. Primero Gervas y luego Julia habían fallecido antes que su madre, pero su suegra no podía saber que la mayor parte de la herencia iría a parar al “adulterino”. De todos modos, no la veía envenenando ella misma a nadie, no era de las que se manchaban las manos, así que habría encargado a alguien que lo hiciera, alguien cercano que tuviera acceso a personas e instalaciones. Pasó revista a todos aquellos que trabajaban o habían trabajado para los Egurra y Gómez-Egurra en busca del personaje perfecto para una trama policiaca y no tardó en adjudicarle el puesto al “cochero”, como lo llamaba de forma despectiva. Ibáñez había trabajado de chófer para la abuela y después para su suegra en calidad de no sabía exactamente qué,

pero lo había visto moverse a su aire por el palacete y desaparecer durante días de vez en cuando. Mercedes era una mujer puntillosa que no habría permitido libertades a un empleado a menos que ambos mantuvieran una relación especial, un secreto. ¿Y que mayor secreto podría haber entre ellos que dos crímenes?

La novela fue muy bien acogida por la crítica. Unos días antes se había conocido el fallo referente al plagio, por el que se condenaba a Ediciones Egurra y a J. P. Fran y se les sentenciaba a pagar cien mil euros por daños y perjuicios, amén de obligar a la primera a retirar de inmediato del mercado todos los ejemplares de la obra premiada. El hecho de que *El desquite de un inocente* hubiera sido escrita por el todavía sospechoso de asesinato añadía curiosidad y bastante morbo, y durante las siguientes semanas Ramón Menusqueta se paseó por varias ciudades, presentó el libro, firmó ejemplares, dio entrevistas en radio y televisión, y se sintió el amo del mundo. Hasta que una nueva orden judicial emitida por un juzgado de Bilbao acabó de golpe con su ensueño; se había decretado la inmediata incautación de la edición al completo a causa de varias denuncias presentadas contra él por difamación, la del colegio de monjas entre ellas y, por supuesto, la de los hijos de Mercedes, Begoña incluida.

No le había dejado leer el original, pero no pudo evitar que leyera la novela una vez publicada. De nada sirvió que adujera que se trataba de una obra de ficción, ella lo llamó de todo por ultrajar la memoria de su madre, le dijo que hasta ahí había llegado y lo echó del piso que ambos compartían, anunciándole que pensaba divorciarse. No le importó, estaba hasta las narices de toda la familia. Tenía el dinero del adelanto y pronto recibiría el de la compensación por el plagio, alquiló un apartamento y se dispuso a comenzar una nueva novela. Su futuro literario estaba asegurado tras las buenas críticas recibidas.

Para entonces, Pablo había por fin adquirido las acciones de sus hermanos y su sobrino, quedándose sin blanca después de vaciar sus cuentas corrientes y vender las joyas y cuadros heredados. Sin embargo, se había convertido en el accionista mayoritario de la empresa y, a excepción del pequeño número de acciones todavía en poder de María Paz y de su hijo Jon, podía hacer y deshacer a su antojo. Lo primero que hizo fue despedir a Emilio Goián y a su

camarilla. Todos exigieron indemnizaciones millonadas, si bien no pensaba abonárselas hasta que estuvieran claros los asuntos de la empresa, y estos no estaban nada claros.

Jon tuvo que explicarle por medio de gráficos las enormes inversiones realizadas por el anterior equipo ejecutivo, las deudas existentes y sus correspondientes intereses, a lo que era preciso añadir el pago de la multa por el asunto del plagio, los sueldos de los empleados y la indemnización a los directivos despedidos. Haría falta un esfuerzo de titanes para poner todo aquello en orden, vender los activos si es que alguien se interesaba por adquirir una emisora de radio sin patrocinadores o una cadena de televisión que ya estaba en números rojos al ser comprada por el Grupo, llevar a cabo un expediente de regulación de empleo y sanear las finanzas siempre que la Banca Buisan, u otro, estuviera dispuesto a darles un crédito. A esto había que sumar la bajada en las ventas debido a que las últimas publicaciones de Ediciones Egurra no habían tenido éxito y a que, de alguna forma, el escándalo del premio había provocado el abandono de muchos lectores, decididos a no comprar más los libros de una editorial que los engañaba.

Le costó entender que la empresa codiciada con tanto tesón estaba en la ruina y que, en el mejor de los casos, acabaría siendo comprada por un fondo buitre por menos de la mitad de su valor nominal. Acudió a su suegro apelando al bienestar de Maite y de sus hijos, pero el banquero le miró de arriba abajo y le dijo que a su hija y a sus nietos nunca les faltaría de nada. No estaba dispuesto a invertir en una empresa con pies de barro envuelta en el escándalo y lo mejor que podía hacer era regresar a Madrid y dedicarse a la política. Siguió su consejo y voló a la capital, no para entrar en política, sino para conseguir el apoyo del diputado y de alguno de aquellos importantes hombres de negocios que movían los hilos en la sombra. De no haber mediado el asunto del burdel infantil, habría acudido a Carlos Albi, pero ahora resultaba del todo imposible, aparte de no saber qué había sido de él.

El diputado lo tuvo esperando dos horas antes de recibirlo y, cuando lo hizo, dejó bien claro que no tenía intención de ayudarlo con su asunto; demasiado liado estaba con los propios. Por suerte disfrutaba de la condición de aforado, al menos hasta las siguientes elecciones, e intentaba limpiar su imagen, para lo que tenía un

nuevo asesor, en vista de que él no había acudido a su llamada. Además, señaló, le había pedido que lo pusiera en contacto con Margaret Wind, y tampoco.

—Y por cierto —añadió antes de despedirlo—, tu comportamiento hacia Emilio Goián ha sido deleznable, teniendo en cuenta que él te echó un capote cuando lo precisabas y te recomendó para que trabajaras en mi equipo.

Sin saber a quién más recurrir y necesitado de un desahogo, llamó a Magdalena. No había vuelto a verla desde aquella única ocasión y, total, no perdía nada con probar. Quedaron para verse en un bar de moda, allí la encontró en compañía de unos amigos. No parecía que tuvieran mucho que decirse aparte de las típicas bromas; el grupo tenía planes para cenar, pero no lo invitaron a unirse. Antes de marcharse, la joven le dijo algo que lo dejó pasmado.

—¿Te acuerdas de "papi", mi primer amante, del que te hablé? Lo pillaron con una cría, pero sigue siendo tan capullo como siempre. El otro día lo vi con J. P. Fran, el escritor que nos dio la brasa en el club, y con el director de la editorial que le publicó el libro aquel que tanto ha dado que hablar. ¿Lo has leído?

Lo besó en la mejilla, prometió llamarlo y se fue dejando tras ella una fragancia a perfume caro. Él permaneció en el local con un vaso de *whisky* en las manos. El "director de la editorial" no podía ser otro que Goián, ¿y qué diablos hacía él en compañía de Albi?

A Jorge Ibáñez lo sorprendió que Emilio le pidiera que lo llevara a Madrid en el coche de la empresa después de haber sido cesado. La noticia corrió rápidamente por las oficinas, interrogándose el personal acerca de su futuro. Nadie ignoraba que las cosas no iban bien, y se rumoreaba que pensaban despedir a la mitad o más de la plantilla. Constató, no obstante, que nadie lamentaba perder de vista al hombre que, muchos aseguraban, era la causa de la mala situación actual debida a sus megalómanos planes para situarla a la cabeza del mundo editorial. Ediciones Egurra era una firma solvente y reconocida hasta que él se había hecho con el mando. No obstante, aceptó su petición; le debía el favor y, por otra parte, no había previsto ningún desplazamiento, dado que se habían

suspendido los viajes de los directivos y que el almacén se hallaba paralizado.

Sentado en el asiento del copiloto, su amigo de motos y jefe hasta hacía unos días apenas abrió la boca, solo cuando ya estaban llegando a su destino le preguntó si sabía lo que era un testaferro. Ante su respuesta negativa, le explicó que se trataba de alguien que prestaba su nombre en un negocio de otra persona con vistas a favorecer el secreto bancario y una fiscalidad ventajosa, por lo que recibía una buena gratificación. No entendía a qué se refería y todo aquello le sonaba al timo de la estampita, pero no dijo nada; se limitó a asentir con un gesto de cabeza. Llegados a Madrid, lo dejó en la puerta de un restaurante donde lo vio saludar al hijo de puta que él mismo había fotografiado en cueros y en compañía de una niña. No le dio tiempo a prestar más atención; el semáforo se puso en verde, y tuvo que seguir adelante. Lo recogió tres horas más tarde en el mismo lugar, y volvieron a Bilbao. No vio a "papi" y suspiró aliviado; habría supuesto un problema si lo reconocía y tenía que explicar su parte en los hechos que habían llevado a su detención, aunque, por lo visto, sin demasiadas consecuencias.

Emilio parecía de mejor humor que a la ida; puede que hubiera bebido o que le hubiera salido bien lo que fuera que se trajera entre manos con el impresentable de Albi, pero le dijo que tenía a la vista un proyecto que lo liaría todavía más rico de lo que ya era, y que él podría ser parte si aceptaba ser su testaferro.

—No tendrás que hacer nada. Solo firmar unos documentos en mi nombre.

—¿Y eso es legal? —preguntó él, suspicaz.

—Por supuesto que lo es. Imagina que quiero invertir cierta suma en un negocio, pero no quiero que se sepa que soy yo el inversor.

—¿Por qué no ibas a querer?

—Porque en el mundo de los negocios hay todo tipo de gentes. Supón que los dueños no quieren que yo sea su socio, aunque a mí me interese. Tú firmas en mi nombre, y luego recibes un porcentaje. ¡Nunca vas a ganar un dinero tan fácil!

Emilio rio, y él también, para disimular. Su madre siempre decía que nadie daba duros a cuatro pesetas, y estaba de acuerdo; era desconfiado por naturaleza y una oferta de aquellas características a

cambio de una simple firma lo hacía sospechar. Tendría que informarse bien antes de meter la pata.

—¿Has denunciado a Menusqueta por haber puesto tu nombre en su novela? —le preguntó para cambiar de tema.

—No. No merece la pena, ¿y tú?

—Me lo estoy pensando, pero, la verdad, no me apetece en absoluto liarme con abogados, jueces y demás. Me han dicho que los Egurra ya lo han denunciado. Solo tengo que esperar a ver qué pasa…

No añadió que pensaba romperle la cara a Ramón en cuanto tuviera oportunidad. ¡El muy cabrón!

—Pero es muy fuerte eso de que aparezca tu nombre asociado al de un asesino…

—Si entras en Internet y pones "Jorge Ibáñez", verás que te salen unos cuantos.

—Pero solo tú trabajabas para doña Mercedes…

Estuvo a punto de contarle que Iker Gómez-Egurra sospechaba de un tal Abel, hijo no reconocido de la difunta doña Nieves y, por tanto, hermano de los asesinados, quien podría tener razones para vengarse, pero no lo hizo. Emilio había puesto la radio y cerrado los ojos; no volvió a abrirlos hasta que entraron en Bilbao.

—De todos modos —dijo este al apearse—, todo lo que le pase a esa familia lo tiene merecido. Te avisaré para lo de la firma.

Karmele le había enviado un mensaje por *whatsApp* informándole de que se iba al cine con unas amigas y de que volvería tarde. No estaba cansado pese a la paliza que suponía ir a Madrid y volver en el mismo día, así que se preparó un bocadillo, abrió una cerveza y entró en Internet para averiguar qué era exactamente un testaferro. No le gustó lo que leyó. En principio no era ilegal; se trataba de un mandatario que luego tramitaba los bienes adquiridos a la persona que representaba. Pero la mayoría de las entradas incluían las palabras "fraude", "estafa", "falsedad documental", "evasión de impuestos" y, lo más grave, la pena podía suponer cinco años de cárcel para quien colaborara en estos casos.

A los pocos días, recibió la llamada de Emilio que lo citaba a media tarde en un despacho de abogados. Se sintió un tanto cohibido ante dos señores bien trajeados que le sonreían y que, tras informarle de manera somera acerca del contenido, le pusieron

delante dos documentos que debía firmar: en el que aparecía como responsable de la negociación y en el que transfería a Goián los beneficios obtenidos en la transacción. Había firmado la compra y la hipoteca del piso de Romo, el alquiler de este, y un par de contratos de trabajo, pero en todos los casos se había leído la letra pequeña. Notó que los tres hombres se impacientaban, pero los ignoró y continuó leyendo.

—No voy a firmar esto —dijo finalmente poniéndose en pie.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Emilio.

—A que no lo tengo nada claro. Además, aquí pone un nombre que conozco… "Business Ideas".

—¿De qué coño vas tú a conocerlo?

—Vi entrar en el edificio a Carlos Albi, un degenerado a quien le gusta forzar niñas. Se hace llamar "papi" mientras las folla.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—¿No lo conoces? Es el mismo tipo con el que comiste en Madrid el otro día. ¿Estáis pensando acaso en montar un negocio de trata de niñas?

—¡Eres un imbécil!

El rostro de Emilio pasó del blanco al rojo, apretó las mandíbulas y alzó un puño. Que él recordara, era la primera vez que lo veía perder los papeles. Incluso cuando montaban en moto en circuitos peligrosos siempre hacía gala de un temple de acero y jamás soltaba tacos.

Una semana más tarde le comunicaron que estaban llevando a cabo un recorte de personal y se veían obligados a prescindir de sus servicios. Antes de marcharse fue a hablar con Karmele, y en ello estaba cuando apareció un hombre que le mostró la placa y le dijo que tenía unas preguntas que hacerle, aunque lo informó de que tenía derecho a no contestar puesto que se trataba de una indagación extraoficial. Por su parte no había inconveniente en responder a cualquier tipo de interrogantes, aseguró, y lo invitó a tomar un café. Así supo que se había recibido una denuncia anónima en la que se señalaba que había estado al servicio de los Egurra durante varios años y que tenía acceso a todos los miembros de la familia. El denunciante acompañaba una fotocopia de un recibo en el que constaba la transferencia de cincuenta mil euros a su cuenta. No figuraba el remitente ni el motivo del ingreso, pero

aparecía una anotación escrita a bolígrafo con los nombres de Gervas y Julia Egurra cuyas muertes se hallaban en proceso de investigación. Acudieron a la sucursal de la caja de ahorros en la que se había llevado a cabo la operación de la cual, por cierto, él no tenía constancia, y allí descubrieron que el ingreso se había realizado en metálico, aunque nadie supo dar razón de la persona responsable del mismo. Por el momento no había mucho más que hacer, y el agente le recomendó que, por si acaso, metiera el dinero en otra cuenta y no la tocara hasta que se aclarase el asunto, cosa que hizo.

Únicamente al quedarse solo, cayó en la cuenta de que la fecha del ingreso era la misma que la de su cita en el despacho de abogados. Se le ocurrió que, con toda probabilidad, Emilio estaba convencido de que firmaría el contrato y habría querido darle una sorpresa. Al negarse él y no poder recuperar la suma desembolsada, se habría vengado enviando el anónimo a la policía para poner a esta sobre la pista abierta por Menusqueta, como indicando que había cobrado por matar a los Egurra. ¡El muy cabrón!

Sus inquilinos lo habían llamado por un problema con una fuga de agua y aquella misma tarde se acercó al piso de Romo para hablar con el administrador. Salió de mala leche tras pagar por el arreglo de la avería y decidió caminar hasta el muelle de Las Arenas. La vista del mar en una tarde fresca pero soleada tranquilizó su ánimo, alterado por el despido y la actitud marrullera del tipo que creía su amigo y que había querido meterlo en un asunto poco limpio, además de intentar involucrarlo en un crimen. Sus pasos lo llevaron por el paseo entre el agua y los jardines de los hermosos edificios sobre la loma que tan bien conocía y lamentó no volver a tener la oportunidad de sentirse un potentado al contemplar a los viandantes desde las alturas. Continuó adelante, hasta el Club Marítimo, se sentó en la terraza del bar a contemplar la puesta de sol y pidió una cerveza que no llegó a llevarse a los labios.

—¡Jorge!

Ante él estaba Manuel Lardazabal, el buen caballero que lo había llevado de pesca y lo había invitado a su casa, y a quien él había espiado por orden de doña Mercedes. No había vuelto a verlo y, de hecho, se había olvidado por completo de él. Respondiendo a

sus preguntas, alegó su presencia en Bilbao a unos asuntos familiares y no le quedó más remedio que aceptar su invitación a cenar allí mismo, en el restaurante. Charlaron de su mutua afición, el hombre presumió de las últimas capturas e insistió en que tenían que volver a salir juntos a la mar. Después, comentó algo que despertó su interés.

—¿Sabes mi colección de peces disecados? Ya no la tengo.

—¿Y eso?

—Pues verás, digamos que algunos de los ejemplares los adquirí de manera… poco religiosa. —Lardazabal esbozó una amplia sonrisa—. Eran especímenes protegidos que compré en el mercado negro. Me chantajearon, y tuve que desprenderme de ellos.

—¿Te chantajearon?

—Ya ves…

Quizás porque quería contárselo a alguien o porque se había bebido él solo media botella de Vega Sicilia, le confesó la coacción sufrida por parte del sobrino de su mejor amigo a fin de que le vendiera su participación en una empresa, una editorial importante, aclaró. Le hizo alusiones a su colección, como dando a entender que lo denunciaría si no se avenía a razones, así que se la vendió a un coleccionista de Barcelona para que no hubiera pruebas en caso de que aquel impresentable llevara a cabo su amenaza. La pequeña cantidad de acciones en su poder, añadió, no tenía peso alguno en el negocio, pero el tipo era ambicioso y quería ser el único dueño.

—Se las regalé a mi ahijado, el hijo de mi querido Gervas Egurra.

El hombre soltó una risa divertida y se sirvió otra copa.

—De todos modos —continuó—, no le habrían servido de mucho. Contrataron a un mal bicho para dirigir la compañía y el negocio va de mal en peor.

—¿Lo conoces?

—Sí, claro. Es un hampón de guante blanco y modales de dandi que da el pego, pero uno ya está de vuelta y sabe separar la paja del grano. Yo creo que, además, es un impostor y que no se llama como dice.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a ciertos niveles todos nos conocemos, e intenté averiguar algo sobre él y su familia. Nada de nada. Se apellida

Goián, ¿sabías que ese nombre suena a vasco, pero es el de una parroquia de Pontevedra? Fui a Las Rías Baixas el verano pasado, invitado por un amigo, y anduvimos de un lado para otro. También pescamos en el Miño. ¿A que no sabes lo que atrapé?

No hubo manera de que tocara el tema de nuevo, y él no quiso insistir para no desvelar su verdadera identidad. Lo acompañó a casa pasadas las doce de la noche y prometió volver a verlo. Al entrar en el piso, encontró a Karmele dormida y se acurrucó a su lado; ella era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

21
LA RANA DORADA

Aprovechando que Jon se había ido a esquiar con sus hijas y las parejas de ambas, y que María Paz pasaba unos días con una hermana que vivía en Donostia, Margaret se encerró en la casa del Puerto Viejo, decidida a acabar su nueva novela.

Había leído tantas veces los cuadernos de doña Nieves que casi se los sabía de memoria. Ella le había dado permiso para hacer lo que quisiera con ellos, y lo que quería era escribir una novela biográfica basada en la vida de una mujer a la que le habría gustado conocer más a fondo, pues aquellos textos revelaban secretos, vivencias, anhelos, miedos, esperanzas. La abuela de su marido desgranaba en sus diarios la vida de una mujer corriente, desconocida, al igual que los personajes de sus novelas, mucho más interesantes para ella que los reyes, dictadores, conquistadores y demás que llenaban los estantes de las librerías. A través de lo escrito, podía recrear los años de la Guerra Civil española, la dureza de ser madre soltera en un pueblo pequeño, el reencuentro con el padre de su hijo perdido, las dificultades para crear un futuro, el éxito de su empeño y, finalmente, la realidad de su existencia. Aquellas páginas, cuya grafía se tornaba vacilante a medida que transcurrían los años, eran un testimonio, empero también una fuente de inspiración.

Como siempre le ocurría, se adentró de tal forma en la vida de la protagonista y en sus vicisitudes, que llegó a mimetizarse con ella, y las pocas fotos de las que disponía ayudaron asimismo a conformar a los personajes de una historia nada utópica. Descubrió que el bisabuelo Gervasio no era el hombre romántico en pos de un sueño

que ella creía, sino más bien un tipo duro, poco generoso, infiel, inflexible y nada cariñoso, aunque sí honesto en los negocios y valedor de su familia. Había creado un emporio de la nada con la ayuda de su mujer, aunque pronto la apartó, relegándola al papel de esposa y madre, muy acorde con los tiempos del franquismo. Sin embargo, ella siguió queriéndolo y apoyándolo, y dicha veneración la distanció de sus vástagos, que crecieron sin que nada les faltara, excepto un mayor afecto por parte de sus progenitores. En los textos los mencionaba poco, aunque sí se refería al hijo perdido que, estaba claro, se había convertido en su obsesión, pues lo llamaba siempre "mi hijo", mientras que a los otros tres los citaba por sus nombres. Llegó a la conclusión de que la abuela consideraba al primero fruto del amor ilusionado y prohibido que se profesaron dos jóvenes ilusionados; los otros eran la consecuencia natural de una unión socialmente formal.

También había escrito acerca de las bodas de los dos mayores y de la llegada de los nietos, pero el décimo cuaderno se interrumpía bruscamente poco antes del fallecimiento de su marido. Al parecer, no había querido plasmar por escrito su estado de ánimo o, quizás, había pensado que ya no tenía nada más que decir. El undécimo lo había comenzado veinte años después, tras la muerte de su hijo Gervas, y acababa con aquel "También dijo que no descansaría hasta vemos a todos muertos…". Solo entonces se dio cuenta de que más adelante, tras un buen número de hojas en blanco, aparecían unas frases aparentemente inconexas, de trazos irregulares, como si le hubiera costado un gran esfuerzo escribirlas, cortas, incluso inacabadas, en euskera. Se armó de paciencia, las copió en una hoja y buscó en Google un traductor de castellano-euskera. El resultado la dejó como antes, y envió un mensaje a Iker:

—Ven al Puerto Viejo en cuanto puedas. Te espero.

El joven acababa de finalizar una complicada tabla de algoritmos para una empresa del Parque Tecnológico de Zamudio y necesitaba tomar el aire. Media hora más tarde, ambos se hallaban intentando descifrar lo que la abuela Nieves había querido transmitir. La traducción de Google no se asemejaba al texto escrito con faltas de ortografía, pues ella no había aprendido a escribir en la antigua lengua y se limitaba a reproducir los sonidos del dialecto vizcaíno aprendido en su niñez. Iker no logró averiguar el

significado de algunas palabras y aún menos de los verbos. Finalmente decidió consultar con su compañera, quien, a fin de cuentas, era licenciada en Filología Vasca y, seguro, entendería aquel galimatías mejor que él. Margaret lo acompañó; debía saber exactamente lo que ponía para finalizar la novela.

—Aquí pone algo parecido a “Él está vivo y busca venganza” —afirmó Leire.

—¿Quién está vivo? —preguntó él impaciente.

—No lo dice. Sigo: “Me engañó. Ahora su sangre es la dueña”, no dice de qué. Luego viene una frase que no entiendo… “caballo maldito, pelo suave”, o algo así…

—Es un proverbio viejo.

Los sorprendió la intervención de Xabier, quien permanecía callado como de costumbre.

—Y… ¿qué significa?

—Que el mal se oculta bajo una apariencia agradable.

—Pero ¿a qué o a quién se refiere?

—Tendréis que averiguarlo. Ahora debo ir a cerrar los invernaderos.

Los otros tres permanecieron en silencio tras su salida, cada cual dándole vueltas a la cabeza.

—Lo de que “él está vivo y busca venganza” tiene que referirse a Abel —Iker volvió a la carga—. Pero lo de que “me engañó…" ¿Quién la engañó?

—Quizás lo sepan Reme y Miren —señaló Margaret—. Estaban juntas a todas horas. Apenas salió de su piso desde la muerte de mi suegro. Ellas tienen que saber si recibía visitas…

Las dos mujeres habían vendido la lujosa vivienda con vistas al mar, recibida en herencia; era demasiado grande y costaba mantenerla. Adquirieron un piso pequeño en Algorta con lo obtenido por la venta y abrieron una cuenta corriente con el resto; la pensión que les quedaba era más bien raquítica y aquellos ahorros les venían de perlas para vivir con comodidad. Llevaban sin verlas desde el fallecimiento de su patrona y amiga, y las encontraron igual que siempre, aunque la mayor apenas recordaba nada; su alzhéimer se hallaba en una fase avanzada. De todos modos, solo les interesaba saber si la abuela recibía visitas, en especial después de la muerte de su hijo mayor. Sí, las recibía,

respondió Miren, en especial de sus familiares, algunas amigas, el médico que la había atendido durante los últimos veinte años, la presidenta de una asociación caritativa con la que colaboraba…

—¿Y de alguien desconocido? —preguntó Iker.

—Pues… no, que yo recuerde… Bueno, una vez vino un hombre a verla para darle el pésame por el fallecimiento del señorito Gervas, y estuvieron hablando toda la tarde. Aunque ahora ya no es un desconocido…

—¿Quién?

—El señor Goián.

—¿Goián?

—Sí. Al parecer, era nieto de unos conocidos del marido de la señora. Naturalmente, no escuché su conversación —se defendió la mujer—, pero recuerdo que se presentó así.

—¿Y quiénes eran esos amigos?

—Lo siento, no lo sé…

—Tranquila, Miren. Llámame si te acuerdas de algo más.

Entraron en una cafetería al dejar el piso. Ambos eran parientes «postizos» de los Egurra y no estaban al tanto de lo ocurrido tras la muerte de Gervas, aunque Margaret sí recordaba lo tensas que se habían vuelto las relaciones con la tía Mercedes porque su suegra y su marido habían votado a Goián como nuevo director gerente de la empresa. El joven únicamente había coincidido con él en la fiesta de cumpleaños de la bisabuela y en los velatorios familiares, pero a ella le vinieron a la mente las dos ocasiones en las que ambos habían hablado: cuando él le ofreció ganar el súperpremio y, después, en la *Azoka* de Durango.

No habían sido encuentros cordiales. Tal vez daban el pego sus modales educados, la aureola de hombre de mundo, pero el instinto le decía que no era de fiar, y no se había fiado pese a sus palabras aduladoras. Puede que Ramón no fuera un escritor extraordinario, tampoco lo era ella, pero no se merecía, nadie se merecía, ser engañado de forma tan cruel. Cada autor, cada autora, reflejaba su propia naturaleza en la escritura y la compartía con los lectores que leían sus obras, y en el mundo literario sobraban tipejos como Emilio, que desvirtuaban su razón de ser: la transmisión del lenguaje, las ideas, los sueños, las fábulas, la imaginación, la crítica. Jon le había comentado que antes había sido un tiburón financiero,

un especulador dedicado a manipular empresas en quiebra para revenderlas a un precio mayor que el precio de compra. Cierto que no era el caso, pues no poseía una sola acción del Grupo Egurra, pero tenía grandes proyectos que estaba poniendo en marcha y que, seguro, le reportarían sus buenos beneficios. Si no, ¿para qué iba a molestarse?

—¿Tú crees que Emilio es el «caballo maldito, pelo suave» que pudo engañar a *amama* Nieves?

Sumida en sus pensamientos mientras revolvía el azúcar de la taza de té, Margaret casi se había olvidado de su acompañante.

—Soy escritora de novelas, ya lo sabes, y tiendo a crear tramas inexistentes. No sé si soy la persona más idónea para responder a tu pregunta…

—Inténtalo.

—Digamos que es un hombre atrayente que gusta a todo el mundo. Tiene un buen currículum, aunque nunca haya dirigido una editorial. Logró el apoyo de tu bisabuela, máxima accionista de Ediciones Egurra, no sabemos cómo. Robó el original de Ramón y ha colocado la novela en el top de las listas de más vendidos. Si me apuras, puede que también fuera él quien lo denunció por asesinato. De paso, se quitó a tu padre de en medio y se desembarazó de tu tío Pablo. También se ha metido en unos gastos difíciles de sostener. Jon está muy preocupado y, el otro día, insinuó que puede que tengan que pedir un crédito millonario para seguir adelante, algo difícil de conseguir en estos tiempos.

—¿Y qué saca Emilio de todo eso?

—¿Se te ha ocurrido que quiera arruinar a la familia?

—¿Por qué habría de hacer algo así?

—Por venganza, lo pone en el cuaderno de la abuela Nieves.

—¿Y las muertes del tío Gervas y de la tía Julia?

—*Ahora su sangre es la dueña…*

—¿Crees que Emilio es el hijo de Abel? —preguntó el joven al cabo de unos instantes.

Se presentó en el Registro Civil al día siguiente en cuanto abrieron las puertas; mostró su DNI y explicó a la funcionaria que lo atendió que estaba buscando a un pariente de quien nadie tenía noticia; por no saber, no sabían ni su nombre. Ante la mirada extrañada de la mujer, le contó que su bisabuela había fallecido

meses atrás y que en el testamento legaba un cuadro de gran valor al hijo de su hijo, Abel Egurra Ateurdin. El problema radicaba en que madre e hijo habían roto relaciones tiempo atrás, no se hablaban y no sabían nada la una del otro. Sin embargo, ella quería que su nieto tuviera el cuadro como recuerdo de la abuela a quien nunca conoció. Él no entendía de asuntos legales e ignoraba a dónde iría a parar la pintura si no aparecía el beneficiario, añadió, pero adoraba a su bisabuela y deseaba que se cumpliera su última voluntad. Había intentado dar con el tal Abel, su supuesto tío abuelo, pero no había habido manera, así que quería saber si existía algún modo de averiguar el nombre del hijo para buscarlo en Internet, en Hacienda o donde fuera.

Debió de caerle en gracia a la funcionaria y al rato salía con un papel en la mano en el que aparecía escrito el nombre de la persona a la que buscaba. Si quería el certificado de nacimiento, le informó, debía rellenar un formulario, aunque le sería difícil al ignorar la fecha y el lugar del mismo.

—Ya me contarás si encuentras a tu pariente —lo despidió con una sonrisa.

Algo era algo. Ahora al menos podría intentar hallar a Miguel Egurra Arcea y comprobar si este y Emilio Goián eran la misma persona. Quizás resultara difícil rastrear a alguien mayor de setenta años, pero Abel tendría más o menos la edad de su padre y de sus tíos, y era sorprendente la cantidad de información que pululaba en las redes. Buscó de todas las maneras posibles, jugó con el nombre y los apellidos, pero no daba con ninguna pista. A punto estaba de rendirse cuando se le ocurrió teclear en Facebook «fotografías antiguas de Bilbao» y dio con la página de un tal Botxo, que había colgado montones de instantáneas de la ciudad en varias épocas. Fue pasándolas una a una, sonriendo al comprobar cómo era antes de que él naciera y lo mucho que había cambiado desde entonces, hasta detenerse en una en la que aparecía la típica foto con cuatro filas de alumnos de un colegio, todos chicos, y sus nombres debajo. Tenía la habilidad de encontrar una palabra sin leerse todo el texto y no le costó encontrar el nombre que buscaba; Miguel Egurra aparecía en el extremo de la segunda fila. Copió la foto, la agrandó todo lo que pudo y contempló durante largo rato el rostro de un adolescente que miraba a cámara con una sonrisa burlona, la misma

que había visto reflejada en el rostro de Emilio Goián la noche en que su bisabuela agradeció emocionada la presencia de los invitados en la cena de su 95 cumpleaños.

Su primera idea fue acudir a la Ertzaintza y denunciar los hechos, pero ¿y si estaba equivocado? Se metería en un marrón del que le iba a costar salir; era delito grave acusar en falso. El muchacho de la foto tenía un aire a Emilio, pero ¿y si no era él? ¿Si su afán por encontrar al asesino lo hacían ver cosas que no eran reales? Decidió dejarlo todo por escrito: hechos, nombres, posibilidades, dudas, averiguaciones. Envió una copia a Margaret y otra a su padre, llamó a Jorge Ibáñez y quedaron para verse al día siguiente a la salida de la boca del metro de Deusto. Minutos después llamaban al timbre del piso donde vivía Abel Egurra; nadie respondió. Lo intentaron de nuevo un par de veces y ya iban a llamara otros para que les abrieran el portal cuando, una vez más, apareció la señora del perro; los informó de que el hombre que buscaban ya no vivía allí y señaló el cartel de «Se vende» pegado encima de la puerta. La mujer ignoraba a dónde había ido, pero días atrás había visto un camión de mudanzas pequeño cargando cajas. Fueron a continuación a la vivienda de Goián, un dúplex alquilado en una calle paralela a Gran Vía, pero el inquilino se había marchado sin dejar su nueva dirección, según les dijo el conserje. Se miraron impotentes; los dos pájaros habían volado. No había mucho más que pudieran hacer, a no ser informar a la policía dejando claro que se trataba de una conjetura, no de una denuncia.

—A menos que no los busquemos nosotros mismos…

—¿Dónde? —preguntó Jorge.

Volvieron a Deusto y llamaron al número de teléfono que aparecía en el cartel. Al rato se hallaban en la oficina de la inmobiliaria encargada de la venta del piso. La joven que los atendió les dio todo tipo de información, pero aseguró que existía una cláusula de confidencialidad en el contrato, y que no estaba autorizada a desvelar el paradero de su cliente, sin embargo, se le escapó un nombre: Tomiño. Jorge dio un codazo a Iker, y se despidieron asegurando que tenían que pensarse lo de la compra de la vivienda.

—¿A qué venía el codazo?

—Espera…

Allí estaba, en Google: Goián parroquia del *concello* de Tomiño. Pontevedra.

—Tenemos que ir a hablar con Manu Lardazabal.

El hombre los escuchó sin decir palabra, si bien no ocultó su desconcierto, al igual que el joven, cuando el antiguo chófer confesó su verdadera identidad y los motivos que lo habían llevado a ponerse en contacto con él; era un empleado de doña Mercedes, y obedecía órdenes. Fue el turno de Iker de exponer lo averiguado acerca de Emilio Goián y sus sospechas en cuanto a que había sido él quién había matado a los hermanos Egurra y arruinado la empresa familiar; barruntaban que se escondía en el pueblo mencionado por él y solicitaban su ayuda para encontrarlo.

—¿Y por qué habría yo de ayudaros? —preguntó Lardazabal tras unos instantes de silencio—. Apoyé en todo momento a la familia Egurra, a la que consideraba la mía propia, y no solo me espiaron, sino que tuve que desprenderme de la colección de peces disecados que tanto apreciaba y regalar mis acciones a fin de no ser desvalijado.

—Porque estamos convencidos de que Miguel Egurra, alias Goián, asesinó a tu amigo, mi tío Gervas —dijo Iker.

Días más tarde, los tres hombres se hallaban alojados en el pazo de Lourenzo Fompedriña, militar retirado y descendiente de un antiguo linaje venido a menos, pero que había logrado conservar parte de la antaño rica hacienda familiar. El hombre era un erudito en cuanto a lugares y apellidos, y no necesitó echar mano de ninguno de los volúmenes que llenaban su amplia biblioteca para informarles de que ya no quedaban Arceas en Tomiño; habían emigrado a América antes de la Guerra Civil, y también al País Vasco, si bien todavía se mantenía una casa de piedra cerca de la parroquia de San Cristovo de Goián, que, por cierto, volvía a estar ocupada desde hacía unas semanas.

A la mañana siguiente, en compañía de su anfitrión, a quien habían puesto al corriente del asunto, visitaron los restos del castillo, erigido para defenderse de los portugueses, y caminaron los dos kilómetros que los separaban de la parroquia. Con perneras dentro de las medias, bastón y visera pico de pato, el vizcaíno era la

imagen de un excursionista ingles de mediados del siglo anterior, aunque Iker y Jorge se libraron de hacer comentario jocoso alguno. Los seguían a distancia sin perderlos de vista, aunque se detuvieron al observar que se detenían delante de una casa vieja de piedra y entablaban conversación con otro hombre cuyo rostro no distinguieron. Dieron media vuelta al verlos regresar sobre sus pasos y los esperaron en un recodo del camino.

El hombre con quien habían hablado era Emilio cuya sorpresa fue mayúscula al ver a Lardazabal.

—Le he dicho que estaba pasando unos días en el pazo de Lourenzo, y lo hemos invitado a cenar.

—No vendrá —aseguró el joven.

—Sí vendrá —afirmó el gallego—. Soy el dueño de su casa, y le conviene estar a buenas conmigo.

Los dos mayores sonrieron y continuaron adelante.

En efecto, a las ocho en punto aparecían Emilio y su padre con dos botellas de albariño, y una doncella los acompañaba al comedor donde los esperaban el dueño y su amigo. El buen ambiente, la espléndida cena, la conversación y, en especial, el vino y los licores soltaron la lengua de Abel Egurra, achispado por el alcohol y necesitado, al parecer, de contar lo que había sido su vida. Así supieron que su difunta esposa era natural de Goián, nacida en la casa donde años atrás pasaban los veranos y que ahora ellos ocupaban de manera provisional, «hasta que Miguel encuentre otro trabajo».

—¿Miguel? —preguntó Lardazabal haciéndose el sorprendido.

—Él me llama así —intervino su hijo—, pero mi nombre es Emilio.

—No. Tú eres Miguel Egurra Arcea.

—Padre…

Era preciso que cambiara de nombre para entrar en la empresa que debía haber sido de él por derecho propio, prosiguió embalado el mayor. El fundador y su mujer eran sus padres y lo abandonaron de la manera más miserable en manos de un borracho amargado. Por su culpa, él había tenido que buscarse la vida mientras sus hermanos disfrutaban de lo mejor, y su querida Euxenia fallecía de leucemia.

—Nos vamos, si ustedes disculpan.

Emilio se había levantado de la mesa y asía a su padre por un brazo.

—Pero todos ellos recibieron su merecido y ahora están en el infierno —prosiguió el hombre.

—No los mataría usted, ¿verdad? —preguntó Lardazabal sin perder la sonrisa.

—Mi hijo se encargó.

—¡Padre! No le hagan caso, delira. El alcohol le sienta mal y dice cosas que no son ciertas. Gracias por la cena, pero tenemos que irnos.

—Ustedes no van a ninguna parte hasta que esto se aclare.

Fompedriña hizo un gesto con la mano y aparecieron cuatro hombres armados con escopetas que aguardaban su señal ocultos en el salón contiguo al comedor. Seguidamente entraron Iker y Jorge, que también habían estado escuchando la conversación.

Gracias a la intervención del gallego, que se lo tomó como algo personal, padre e hijo fueron enviados a Bilbao días más tarde a fin de pasar a disposición judicial. Ambos confesaron una trama que dejó perplejos a los interrogadores, acostumbrados a escuchar todo tipo de revelaciones. Abel había aleccionado a su hijo desde niño en el odio hacia los Egurra, y juntos organizaron un plan que les llevó años perfilar, exactamente desde la muerte de Gervasio padre. Al igual que pasaban horas construyendo maquetas, así planificaron lo que sería su venganza. Miguel se convirtió en Emilio, borró todo rastro de su identidad, dio con un falsificador que le proporcionó DNI, pasaporte, tarjeta de la Seguridad Social y títulos; rastreó empresas que ya no existían para crearse un currículo digno de un profesional con experiencia y, sobre todo, se documentó a fondo acerca de Ediciones Egurra. Los ahorros de su padre y un empleo en una agencia de viajes le permitieron pasar largas temporadas en Madrid, donde, gracias a su buena presencia y su habilidad para el engaño, conoció al diputado, quien, a su vez, lo puso en contacto con uno de los accionistas ajenos a la familia, Carlos Albi, al que propuso hacerse con la empresa. Ni él ni su padre tenían interés alguno en quedarse con ella; su único anhelo era destruirla.

El asunto de los venenos resultó más peliagudo. Emilio, o Miguel, negó en todo momento tener algo que ver con la muerte de Gervas y Julia Egurra. Las palabras de su padre en el pazo habían

sido fruto de su deseo, no de la realidad, afirmó; a ninguno de los dos se les había pasado por la cabeza matar a nadie, no estaban tan locos. Un examen minucioso de las cajas, algunas todavía sin desembalar, que habían quedado en la casa de la parroquia de Goián, y que don Lourenzo mandó enviar, dio como resultado el descubrimiento de un objeto extraño, una rana dorada, aparentemente un adorno, que guardaba en su interior un frasquito a medio llenar, cuyo contenido era el mismo veneno encontrado en los restos de Gervas: la batracotoxina.

A la par que el hijo se derrumbaba ante la evidencia, el padre se mostró orgulloso. La única salida al extranjero realizada en toda su vida fue a Colombia, en su viaje de novios, a visitar a unos parientes de su mujer. Allí supo sobre el veneno utilizado por los *emberd* para untar las flechas y adquirió una dosis que guardó en la figura de la rana con la mente puesta en utilizarlo algún día. Su hijo se había hecho pasar por ayudante del conserje y lo había vertido en el té de menta que Gervas llevaba en un termo a la oficina, luego limpió el recipiente y la taza. De paso, en recuerdo, robó del despacho una tablilla antigua a modo de trofeo. La idea de envenenar la tarta de buñuelos también fue de él. Aparte de las maquetas, su otro *hobby* era la micología, y sabía todo lo que podía saberse de hongos y setas. Miguel le había pagado al chófer de la camioneta de reparto para que lo dejara conducir, quería dar una sorpresa a «su» familia, le dijo, y se había encargado de echar las limaduras de una *Amanita Phalloides*, debidamente deshidratada y triturada.

—¿Y por qué no mató también a su madre? —preguntó el interrogador, atónito ante el desparpajo del asesino confeso.

—Porque queríamos que sufriera con la muerte de sus tres hijos —respondió Abel sin inmutarse.

—¿Tres?

—Sí. También matamos a su hija mayor. Miguel se hizo el encontradizo en su cafetería habitual y le echó el veneno de rana al café.

El examen de los restos de Mercedes Egurra dio asimismo positivo, y ambos hombres fueron enviados a una cárcel de máxima seguridad a la espera del juicio.

EPÍLOGO

El Grupo Egurra se declaró en quiebra y entró en un procedimiento concursal a fin de atender las deudas pendientes. Los trabajadores pasaron a engrosar la lista de parados, y los administradores de la empresa fueron sustituidos por interventores judiciales.

Completamente arruinado, a Pablo Gómez-Egurra se le pasó por la mente la idea del suicidio, una forma rápida de acabar con la pesadilla que le quitaba el sueño, pero no lo hizo. También pensó en desaparecer, en marcharse a otro país y empezar de nuevo, pero ¿a dónde iba a ir si no disponía de un euro? Maite estaba encantada de tenerlo en casa, dependiendo de ella y dándole una paga para sus gastos como si fuera un adolescente, y su suegro dejó caer que quizás, solo quizás, más adelante podría darle un trabajo en una de las sucursales del banco. El panal de abejas había sido de nuevo un fiasco.

Begoña se divorció finalmente de su marido, encontró un trabajo en una empresa de publicidad y pronto otra pareja.

Mientras, Ramón Menusqueta, con su honor recuperado, recibió una oferta por una nueva novela, una que se titularía *Inocente de culpas*. Se trasladó a vivir a Madrid, donde, estaba convencido, recibiría el reconocimiento que merecía. No se despidió de nadie, y nadie lo echó en falta, tampoco los lectores; el libro pasó completamente desapercibido.

Miguel Egurra, alias Emilio Goián, fue condenado a la máxima pena, a prisión permanente revisable, por asesinato múltiple. Abel Egurra acabó internado en un psiquiátrico, donde no dejaba de relatar su venganza una y otra vez, de forma que nadie lo

escuchaba.

Por su parte, Juan Ignacio e Itziar montaron su propia editorial: «EgurAxpe». No tuvieron que pedir créditos, su hijo puso a su disposición los millones obtenidos por la venta de las acciones del Grupo Egurra, a los que añadió los recibidos en herencia.

Iker fue nombrado director de la empresa, de la cual, en realidad, era propietario; abandonó sus otros trabajos y se dedicó de lleno a dirigir la andadura de la editorial, siguiendo los pasos del bisabuelo y, ante todo, de la bisabuela cuyo retrato colgaba de una pared de su despacho.

Karmele y varios de los trabajadores de Ediciones Egurra se unieron a ellos, Jorge Ibáñez entre ellos como encargado del almacén y del transporte.

Jon Egurra ocupó el puesto de director financiero en la nueva empresa, mucho más humilde que el detentado con anterioridad, pero también mucho más grato. María Paz había decidido irse a vivir a Donostia con su hermana y las hijas tenían sus propias vidas, así que decidieron poner en venta la vivienda de Neguri. Él y su mujer se trasladaron a la pequeña casa del Puerto Viejo, y el palacete permaneció con las persianas cerradas, a la espera de alguien dispuesto a desembolsar una enorme cantidad de dinero por un edificio que acabaría siendo una casa de pisos.

El primer libro publicado por EgurAxpe se tituló *La editorial*, de Margaret Wind. El éxito fue inmediato pese a no contar con los medios publicitarios ni los contactos de las grandes editoriales; el nombre y la fama de la autora eran por sí solos un reclamo. Juan Ignacio no logró sin embargo que se comprometiera a escribir otro para ellos.

—Ya veremos —dijo—. Sabes que no me gusta mezclar familia y trabajo.

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA (Vitoria-Gasteiz, 1949). Escritora. Vive en Larrabetzu, pequeña población vizcaína. En 1978, en compañía de su marido, funda el grupo de teatro Kukubiltxo. Entre los años 1983 y 1992 escribe, dirige y realiza 40 programas de vídeo para el Departamento de Educación del Gobierno Vasco y más de mil para niños y jóvenes en ETB. En 1986 recopila y escribe *Euskal Herriko Leiendak / Leyendas de Euskal Herria*. En 1998 publica su primera novela *La Calle de la Judería*. Ha sido traducida al euskera, francés, alemán, portugués, chino y ruso.